TRATADO

DE LA

TRIBULACION

B. Maura, Gbó



TRATADO

DE LA

TRIBULACION

POR EL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

NUEVA EDICION

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

POR EL P. MIGUEL MIR

de la misma Compañía

PROSPECTO

Los trabajos y calamidades de su tiempo movieron al docto y piadoso Padre Pedro de Rivadeneira á escribir y publicar en 1589 el *Tratado de la Tribulacion*, en el cual, como filósofo cristiano, discurre maravillosamente sobre el orígen, causas y remedios de los infinitos males que afligen á los hombres. Hoy que estos males han llegado á un punto de gravedad espantosa, parece por extremo oportuno sacar de nuevo á la pública luz esta obra, notable bajo todos aspectos, elogiada por propios y extraños, traducida á diversos idiomas, libro

admirable en cuya lectura hallaron nuestros mayores consuelo en sus penas y alivio en sus desgracias.

Cuando la imprenta propaga muchedumbre innumerable de libros, cuyo adorno y exterior aderezo forman contraste con su escaso mérito intrínseco, el editor que admira con devocion al P. Rivadeneira, justamente calificado como uno de los maestros del castizo lenguaje castellano, ha creido que el precioso *Tratado de la Tribulacion*, tan bella y elegantemente escrito, era muy digno de que saliese á luz hermoseado con todos los adornos artístico-tipográficos que el buen gusto de la época exige.

Un hermoso retrato en acero del P. Rivadeneira, con el facsímile de su firma, debido al excelente buril del reputado grabador señor Maura, dos portadas, una en rojo y negro y otra esculpida en madera al estilo antiguo, imitacion de las bellas estampas flamencas, impresion correcta y esmerada con tipos elzevirianos en buen papel, con viñetas y letras de adorno, hacen que esta nueva edicion pueda figurar dignamente entre las curiosidades bibliográficas que en estos tiempos han salido de las prensas españolas, y que ademas sea muy á propósito para regalo á personas atribuladas ó afligidas, y premio en seminarios y colegios.

Para el texto se ha seguido puntualmente

la edicion de Sanchez de 1605, que forma autoridad en las obras del P. Rivadeneira, y con la cual no están del todo conformes ni la que publicó Mompié en Valencia en 1831, ni la que se dió á luz en Palma en 1846, ni aun la que figura en el tomo sexagésimo de la Biblioteca de Autores españoles.



Imp. y fundicion de M. Tello.

TRATADO

DE LA

TRIBULACION

COMPUESTO POR EL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

RELIGIOSO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

repartido en dos libros. En el primero, se trata de las tribulaciones particulares, y en el segundo, de las generales que Dios nos envia, y del remedio dellas.



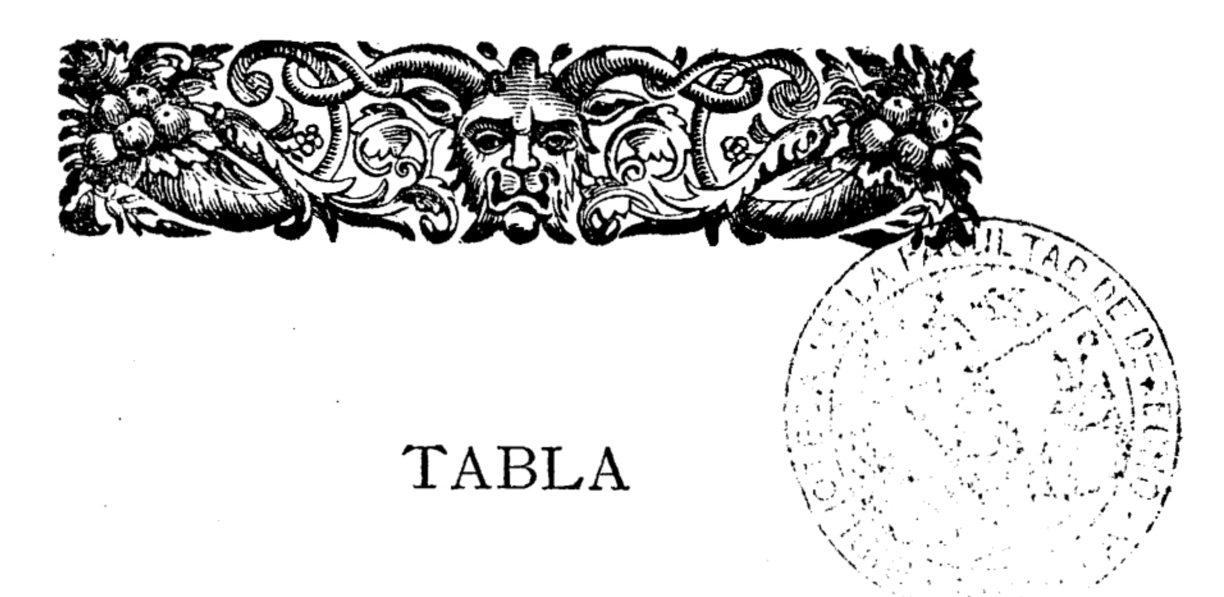
MADRID

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1877



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DESTE TRATADO DE LA TRIBULACION.

Páginas.

LIBRO SEGUNDO.

Páginas.

Páginas.





INTRODUCCION

No se puede negar que la condicion de los tiempos en que vivimos es triste y por extremo calamitosa. En pocos años hemos visto estallar en casi todas las naciones de la tierra guerras cruelísimas que han devastado y empobrecido comarcas enteras; los campos donde florecieron las artes de la paz ensangrentados por los horrores de la discordia; la impiedad y el libertinage corriendo sin freno, y trastornando y enloqueciendo los juicios de los hombres; la tiránica razon de Estado sustituida á la suave ley de Cristo; la virtud despreciada y oprimida; el vicio coronado, honrada la perfidia, y enaltecida y llevada en palmas la alevosa traicion; desastres espantosos, pestes, inundaciones, destruccion y asolamiento de provincias, y tantas y tan terribles calamidades que no pueden recordarse sin lágrimas en los ojos, y sin miedo y pavor en el corazon.

*

Ciego está quien á traves de tantas ruinas y calamidades no vea relampaguear el rayo de la indignacion divina. De bronce debe de tener el pecho quien no se ablanda con golpes tan terribles; y loco y perdido anda sin duda alguna quien agobiado por la gravedad y fiereza de tantos males, no levanta al cielo sus ojos confesando que virtud más alta gobierna los acontecimientos de este mundo, y que si no queremos rendirnos á las bondades de la entrañable misericordia de Dios, es fuerza que nos rindan los rigores de su justicia.

A pesar de esto, es tal nuestra soberbia y la rebeldía de nuestro corazon, y á tal extremo han llegado nuestros males, que ni despertamos con avisos tan espantosos, ni nos mueven tan manifiestos castigos; y los golpes de la justicia divina, en lugar de ablandar nuestro corazon lo endurecen más, y lo enconan é irritan contra la mano que piadosamente nos castiga. Aturdidos y desatentados buscamos el remedio de nuestras desgracias, no en la paciencia y en la humillacion bajo la poderosa mano de Dios, sino en la vanidad, en la disipacion y desvanecimiento de nuestro espíritu; pretendemos embotar el filo de nuestras amarguras con el cebo de insaciables placeres; ni falta quien, dando coces contra el aguijon que le punza y lastima, desahoga contra Dios el fu-

ror de su corazon, diciendo que la resignacion en los trabajos y tribulaciones es apocamiento y bajeza de espíritu; la paciencia, cobardía; y blasfemia abominable, el bendecir y adorar la Providencia soberana de Dios que nos humilla para levantarnos, y que áun en los rigores de su indignacion no se olvida jamas de su misericordia infinita.

Triste condicion la nuestra en que, desconociendo y desperdiciando el tesoro de bienes depositados por la mano de Dios en la tribulacion, no solamente no sacamos de la raíz amarga de la pena el fruto de nuestra correccion y enmienda, sino que convertimos la medicina en ponzoña, y lo que habia de ser freno de nuestras pasiones en ocasion de mayores males y pecados. Despreciando las enseñanzas del que vino á este mundo á sanar todas las enfermedades, á cicatrizar las heridas del alma y á calmar sus dolores para transformarlos y transfigurarlos y convertirlos en manantiales de placer inefable, gran parte de los hombres que hoy más bullen y se agitan, vagan á la ventura, sin otra guía que el furor de sus desenfrenados apetitos; sofistas incansables predican á todas horas enseñanzas absurdas, que devoradas ansiosamente por incauta muchedumbre pervierten su espíritu y extravían su entendimiento; á los mónstruos de

errores vemos con espanto, como es natural, sucederse mónstruos de crímenes; y perdida la fé, y entenebrecida la razon, llevamos una vida miserable, sin que un rayo de esperanza venga á alumbrar y fortalecer nuestro asombrado corazon.

En medio de tan pavorosas tinieblas que cada dia se condensan más y más, no hay ningun espíritu cristiano que no vuelva los ojos á la luz de las creencias, faro inextinguible dado á los hombres para guiarlos en el borrascoso mar de la vida.

Sobre este punto del dolor y de la tribulacion, es sabido que la religion tiene palabras y explicaciones que, iluminando el entendimiento con rayos de inaccesible claridad, esfuerzan milagrosamente nuestra alma y la recrean con sobrenaturales consuelos. Desde que nuestro soberano Redentor en el admirable sermon de la montaña llamó á boca llena dichosos y bienaventurados á los pobres, á los humildes, á los que lloran y sufren persecucion por amor á la justicia; desde que el mismo Salvador del mundo, Verbo del Padre, y resplandor y figura de su sustancia, se despojó de la centelleante vestidura de su gloria para vestirse de la miseria de nuestra mortalidad; y sobre todo, desde que por su voluntad, libre y espontánea, se

abrazó con los trabajos, pobreza, penalidades y dolores, y hasta con la muerte sobre toda comparacion abatida y dolorosa de cruz, amaneció en los entendimientos de los hombres una luz celestial y divina que vino á descubrir á los ojos de los mortales las riquezas y magnificencias encerradas en el dolor, objeto de los amores y preferencias divinas, santuario donde plugo á la majestad del Hijo de Dios poner su morada en la tierra.

Desde aquel momento no han cesado de iluminar el mundo tan hermosos resplandores. Estos han aclarado los misterios del dolor, descubriendo consuelos inefables en lo que parecia no haber de encerrar más que desconsuelo y amargura, y presentando á la tribulacion y á la desgracia como medios de que se vale Dios para purificar, alumbrar y perfeccionar el alma del hombre, regalo de su misericordia, prenda de su amor, corona con que su mano soberana se complace en adornar la frente de los justos. Así apareció en el mundo una divina filosofía que el hombre por sí mismo jamas habria podido ni siquiera adivinar. Las palabras de Cristo, y más aún, la fuerza de su ejemplo y la de los socorros y auxilios de la gracia que nos alcanzaron sus merecimientos infinitos, esclarecieron y confortaron y levantaron sobre sí mismo al entendimiento del hombre, engendrando en

él una ciencia sublime por la cual conoció por maravillosa é infalible manera el orígen y el fin de la existencia del dolor físico y moral, y los medios de sobrellevarlo y de convertir sus dolorosas espinas en flores de gloriosa inmortalidad.

Esta altísima filosofía resplandece en las obras de los Santos Padres y en las de aquellos autores que llenos del espíritu de Dios, ó siguiendo sus enseñanzas escribieron sobre tan grave asunto.

Uno de los mejores libros entre los innumerables que se han escrito, es el que publicó el P. Pedro de Rivadeneira por los años de 1589.

La ocasion de escribirlo (dice el mismo P. Rivadeneira) fué el deseo de instruir y consolar á los fieles en las grandes calamidades con que quiso Dios afligir por aquel tiempo á la cristiandad, y en especial á la nacion española. En el año anterior de 1588, para vengar agravios recibidos, y más que todo la muerte de la sin ventura Reina de Escocia María Estuardo, víctima de la perfidia y crueldad de su prima la Reina Isabel de Inglaterra, el Rey D. Felipe II de este nombre apréstó una de las mayores armadas que hasta entonces habian oprimido á los mares. Muerto aquel rayo de la guerra, padre de los soldados,

venturoso y jamas vencido capitan, marqués de Santa Cruz, que estaba destinado á regirla, fué escogido en su lugar el duque de Medina-Sidonia, varon, si señalado por el lustre de su casa y servicios prestados á la nacion, de ménos prudencia que para negocio tan difícil se requeria. Habiendo zarpado la armada del Puerto de Lisboa en 9 de Junio de 1588, la furia de las tormentas, el escaso conocimiento y práctica de los mares del Norte por donde habia de navegar, y la poca avenencia de los capitanes, malograron de todo punto la empresa y los inmensos sacrificios que habia costado el abastecimiento de tan grande ejército como en ella iba embarcado. La noticia del espantoso desastre, llenó de consternacion á toda España. Para consolar los espíritus abatidos y hacer ver la justicia de Dios y las entrañas de su misericordia en aquella terrible calamidad, escribió el P. Rivadeneira el libro de *la Tribulacion*, donde levantándose á las regiones más encumbradas de la filosofía cristiana discurrió con maravillosa doctrina y elocuencia sobre las desgracias, así particulares como generales y comunes, que la Divina Providencia se sirve enviarnos.

Del mérito de este libro es excusado hablar. San Francisco de Sales, que dictó tan hermosas páginas sobre el dolor cristiano, lo tenía

en grande estima, y áun en vida de su piadoso autor, recomendaba encarecidamente su lectura á su bienaventurada penitente, la Baronesa de Chantal. El P. Juan Andrés, en la *Historia de la literatura*, dice de él, y del tratado *Del Príncipe cristiano* del mismo Rivadeneira, que obras que se acerquen más á la elocuencia ciceroniana sería inútil buscarlas en la oratoria moderna. En este juicio conviene el voto universal de cuantos conocen libro tan precioso, uno de los más leidos y saboreados entre los mejores y muy excelentes que nos dejaron los autores ascéticos de nuestro siglo de oro, cual lo prueban las muchas ediciones que de él se han hecho.

Ocioso es, por lo tanto, hacer el análisis de esta obra para demostrar las bellezas que encierra y despertar la aficion á leerla: el libro del P. Rivadeneira es de aquellos que no sólo hacen bien y mejoran al alma con su lectura, sino que la ilustran, la recrean y llenan de saludable consuelo.

La claridad de las ideas que expone, la hermosura de sus pensamientos, las luces y figuras del lenguaje, y el encanto de su estilo inimitable, hacen que el lector lo vaya pasando página por página absorto y embebecido, y si algun esfuerzo ó molestia le aguija al leerlo, consiste en no poder devorar de una vez

libro tan hermosa y elegantemente escrito.

Es punto en que todos convienen, que los españoles gozamos de un bien y ventaja inestimable, de la cual no disfrutan otras naciones. Nuestros mejores libros, las joyas de nuestra literatura, las obras que serán perdurablemente modelos del lenguaje puro, del escribir elegante, del estilo suave, claro, conciso y genuinamente castellano, son los libros que escribieron nuestros ascéticos. En ellos campea con toda su pompa y majestad la soberana lengua castellana. El bien pensar engendró en sus autores el sentir bien y el expresar con energía y dignidad nobilísimos pensamientos; y su ingenio peregrino adestrado con una vigorosa dialéctica, imbuido en los principios de vasta y profunda filosofía que unia y avivaba por maravillosa manera los varios ramos del saber humano, y enriquecido con las sublimes verdades de la que es reina de todas las ciencias, la sagrada teología, supo dar energía y vigor incomparables á su estilo, purificó y ennobleció sus sentimientos, moderó los vuelos de su poderosa fantasía, y prestó á su pluma palabras singularmente apropiadas á la grandeza de sus ideas, formándose así aquella lengua admirable cuyo secreto parece se ha perdido, lengua que, juntando á la gravedad y concision de la latina, la suavidad y

dulzura de la griega, parece hecha para hablar de Dios ó con Dios, y en cuya majestuosa armonía resuena el eco de las armonías del cielo.

Uno de los que manejaron mejor esta lengua fué el P. Rivadeneira. El P. Fr. Luis de Granada, príncipe de nuestros oradores, y juez competente como el que más en esta materia, escribiendo al mismo P. Rivadeneira dándole gracias por la *Historia del cisma de Inglaterra* que le habia enviado, le decia: «Del estilo no digo nada, porque se nació con V. P., y ese habia yo menester para saber alabar esta obra.» Habiendo vivido en aquella venturosa edad en que tocaba nuestra nacion al punto más alto de su poderío y gloriosa cultura, y nuestro lenguaje desembarazándose de las formas y vicios antiguos que le hacian algo duro y escabroso, adquiria su última perfeccion, y en las obras de Granada, Leon, Mariana, Cervántes, Lope de Vega y otros mil hacía pomposo alarde de su riqueza, suavidad, y armonía, y de una viveza de colorido que refleja la galanura y riqueza de las lenguas orientales, el P. Rivadeneira es quizá el escritor de aquel tiempo, en cuyos libros fluye la lengua castellana más libre y exenta de modismos anticuados, de voces y locuciones viciosas y de trasposiciones violentas. No hay en ellos frase ó giro de que no pueda usarse hoy con

igual propiedad y elegancia. Sus escritos, comparados con los de sus contemporáneos, son lo más moderno de la antigüedad. Hay en sus períodos, en sus giros y palabras, una armonía exquisita que seduce el oido y le regala con suavísimo deleite. Por otra parte todo se lo encuentra dicho; porque es tal la propiedad de las palabras y va unida á tal grado de naturalidad y sencillez, que lo que dice parece no haberse podido expresar de otra manera. Esta naturalidad no excluye el artificio; ántes en pocos autores se notará un trabajo tan grande, aunque en ninguno tan disimulado, como en el P. Rivadeneira. Aquella concision y brevedad admirable, el órden con que coloca las palabras, su destreza en el manejo de las partículas, de tanta importancia en nuestra lengua, el partido que saca de los participios activos, y más aún de los pasivos, para dar á la frase más brío, más soltura y gallardía, el cuidado que tiene de mezclar los períodos largos con los breves y de variar su forma y construccion, aquel pasar tan fácilmente de la metáfora á la alegoría, el acierto en no dar á las figuras más extension que la necesaria para desenvolver el pensamiento, aquel uso de las repeticiones, conduplicaciones y palabras sinónimas cuando se enfervoriza, y olvidado en cierto modo de sí,

corre y se agita y pone en juego todos los resortes de su acalorada fantasía para llevar al lector al convencimiento que pretende, estos y otros mil medios de que se vale, hacen del P. Rivadeneira uno de los mejores y más excelentes maestros en el difícil arte de escribir. Su estilo era naturalmente rico, abundante, fácil, flexible y sumamente sencillo y natural, mas perfeccionado por la reflexion y el estudio. Cuando escribia, dice uno de los biógrafos, gustaba mucho de rever y corregir lo que habia trabajado; consultaba á otros acerca de la propiedad de las palabras que habia puesto; aunque fuesen personas de escasa instruccion, seguía de muy buena gana su consejo; y despues de haber corregido ó borrado alguna cosa, solía decir con graciosa sencillez: «¡qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» [1].

De esta mezcla feliz de la naturaleza y del arte procede aquel tino con que sabe tratar el asunto que toma entre manos; su prudencia y acierto en la eleccion de los argumentos, en el uso de las imágenes y figuras, y en las palabras de que se sirve. En sus escritos nada hay que dificultar, nada que ofenda ó choque. Las palabras, las ideas, los sentimientos, el

1 El Hermano Cristóbal Lopez en la *Vida Ms. del P. Rivadeneira*; lib. III, cap. 8.

movimiento y giro de la frase, todo se acomoda y encaja perfectísimamente con el objeto de que trata, con el fin que pretende alcanzar, y con los pensamientos que va despertando en los lectores; todo sirve, ya para enseñar é ilustrar el entendimiento, ya para mover la voluntad, ya para agitar dulcemente el corazon con nobles y elevados afectos; todo revela aquella alma suya purísima, abierta siempre á los más delicados sentimientos, y embellecida con inestimables dones de Dios, espejo brillantísimo donde reverberaban las impresiones y luces del cielo, las cuales devolvia hermoseadas con las galas de su viva fantasía y enriquecidas con el suave aroma que se desprendia de su hermoso corazon. En una palabra, si el principio del bien escribir es el pensar bien y cuerdamente, como dice Horacio; si, segun Quintiliano, el corazon y el vigor del alma es lo que hace al orador; y si la prudencia es virtud y parte de la prudencia, por ser, como dice el mismo Quintiliano, *prudentia dicendi*, no hay duda que el P. Rivadeneira es uno de los escritores más elocuentes de que puede gloriarse la nacion española.

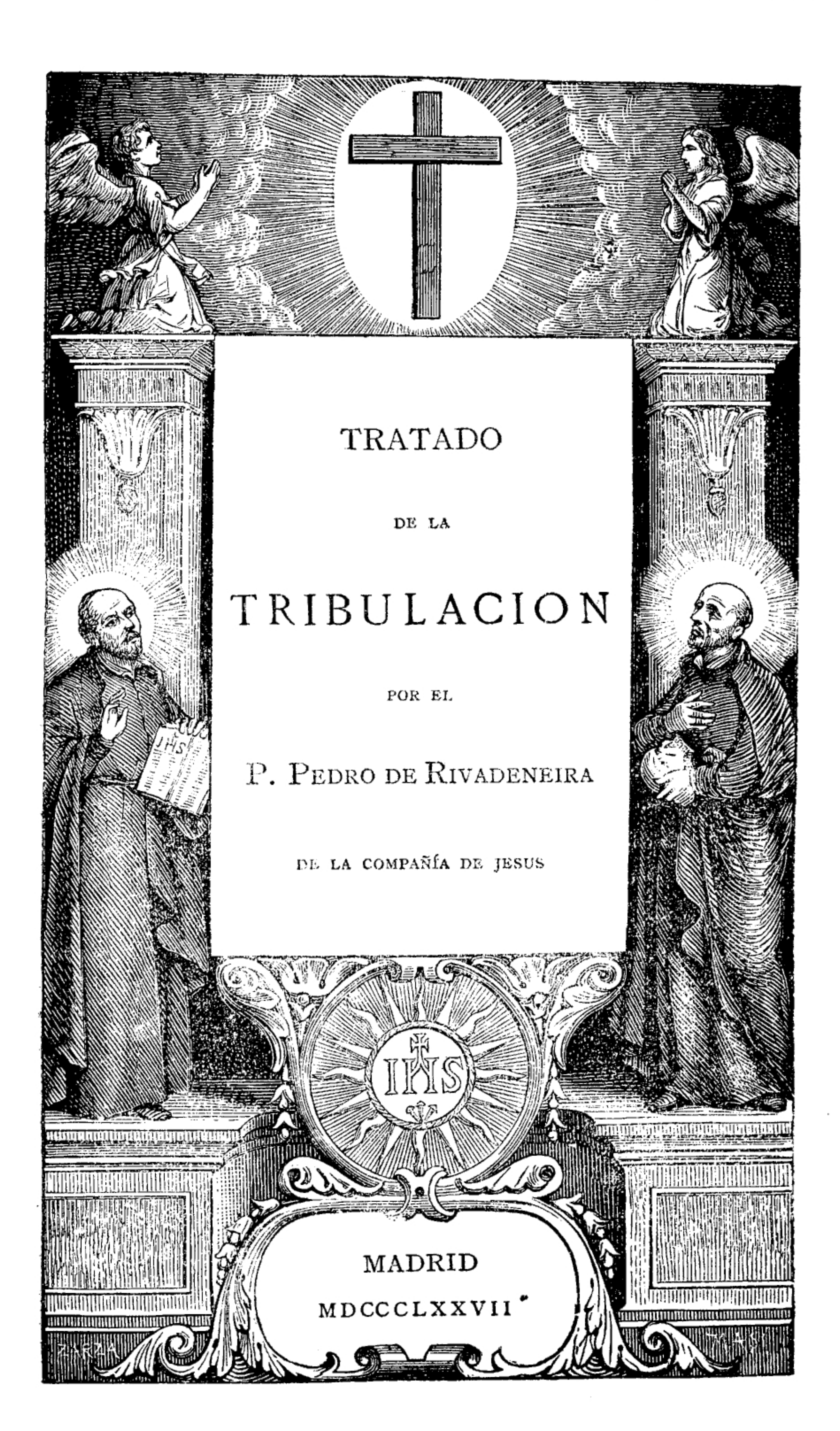
Volviendo ahora al *Tratado de la Tribulacion*, al cual como fachada miserable que encubre suntuoso edificio anteponemos las presentes

desaliñadas páginas, ha sido idea felicísima la de imprimir y sacar de nuevo á luz esta joya de nuestra literatura. Hoy que tan necesario es recordar los principios y creencias cristianas en medio de las gravísimas tribulaciones que nos oprimen, el editor, honrando la memoria del P. Rivadeneira, de quien es admirador entusiasta, ha querido presentar al público español un libro donde, al par de la cristiana enseñanza, resplandecen lenguaje puro, estilo hermosísimo y altos y generosos sentimientos. Ojalá encuentre favor y proteccion entre los amadores de nuestros buenos libros, para que pueda llevar adelante sus honrados propósitos, que son de publicar otras obras de tan elegante, suave y piadoso escritor.

Madrid 31 de Julio de 1877.

MIGUEL MIR, S. J.





TRATADO

DE LA

TRIBULACION

POR EL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

MADRID

MDCCCLXXVII



Á LA MAJESTAD

DE LA

EMPERATRIZ DOÑA MARÍA.

SACRA CESAREA MAJESTAD:

Los trabajos y calamidades destos tiempos miserables son de manera, que me han obligado, para algun consuelo y remedio dellos, á escribir este *Tratado de la Tribulacion*, que envio á Vuestra Majestad. Porque, aunque es verdad que muchos santos y graves varones nos han enseñado á armarnos con el escudo de la paciencia contra los duros golpes de la adversidad, todavía son tantas las que cada dia se levantan, que por mucho que esté dicho, siempre queda que decir. Especialmente, que lo que los santos desta materia han escrito, está tan derramado por sus libros, que no todos lo pueden leer; y será de provecho recogerlo en una breve suma, y ponerlo delante á los que dello tuvieren necesidad, que son todos los

qúe navegamos por este golfo tempestuoso del mundo, pues ninguno se escapa de sus furiosas olas y horribles tormentas, y basta ser hombre para estar sujeto á las leyes y miserias de los hijos de Adan. Va repartido este Tratado en dos partes. En la primera se trata de los trabajos y fatigas particulares de los hombres, y del remedio dellas. En la segunda, de las calamidades generales destos nuestros tiempos, con las cuales el Señor nos azota y castiga, y de los medios que debemos tomar para desenojarle. Heme atrevido á dedicarle á Vuestra Majestad por la obligacion que todos los desta mínima Compañía de Jesus tenemos á su servicio, y porque las señaladas mercedes que contínuamente recibimos de su mano nos dan confianza para acudir á Vuestra Majestad con todas nuestras cosas, por bajas y pequeñas que sean; y demas desto, porque ha hecho Dios nuestro Señor, á Vuestra Majestad tan grande y soberana Princesa, que abraza con su esclarecida y imperial sangre casi á todos los poderosos Reyes y Príncipes cristianos que hay hoy en la tierra; y así necesariamente le ha de caber buena parte de sus trabajos, los cuales no pueden dejar de ser muy grandes, por tocar á Príncipes tan grandes como ellos son. Y no ménos porque Vuestra Majestad los lleva con tan maravillosa paciencia y longani-

midad, conformándose en todo con la divina voluntad, y dándonos ejemplo de lo que habemos de hacer para aplacar la ira del Señor, que esta sola causa me puede dar ánimo para publicar este breve Tratado debajo de la sombra y amparo de Vuestra Majestad, porque deseo que los que le leyeren, ilustrado y favorecido con tal nombre, juntamente tomen por guía y maestra á Vuestra Majestad y procuren imitar sus heroicas y admirables virtudes; que si esto hiciésemos todos, cesarian del todo las tribulaciones y calamidades públicas que al presente padecemos. El Señor, por su infinita misericordia, oiga los piadosos ruegos de Vuestra Majestad, y de tal manera consuele á su santa Iglesia católica, por tantas vias combatida y perseguida de los ministros de Satanas, que quedando él, como otro Faraon, con todas sus máquinas, carros y ejércitos ahogado, pueda Vuestra Majestad algun dia cantarle cánticos de alabanza y alegría, y decir, con la otra María, hermana de Moisen: «¡Cantemos al Señor y alabémosle, pues se ha mostrado magnífico y glorioso, y ha arrojado en la mar al caballo y al caballero!»

En éste Colegio de la Compañía de Jesus, á 10 de Noviembre de 1589 años.

PEDRO DE RIVADENEIRA.



AL CRISTIANO LETOR.

Dos cosas, entre otras, cristiano letor, me han movido á tratar de las tribulaciones. La primera, la muchedumbre y abundancia que tenemos dellas en estos tiempos trabajosos, en los cuales demas de las fatigas y miserias que cada uno pasa en su persona y casa, nos visita y castiga nuestro Señor con las calamidades públicas que padecemos. La otra, ver que no nos sabemos aprovechar desta misericordia del Señor, y que por nuestra culpa perdemos un riquísimo tesoro de inestimables bienes, que podriamos granjear, si de la raíz amarga de la pena supiésemos coger el fruto suavísimo de nuestra enmienda y correccion. Áspera y desabrida es en sí la tribulacion, mas con la gracia de Dios se hace dulce y sabrosa y en la boca del leon muerto muchas veces se halla el panal de miel [1], y los gitanos que ántes

1 *Judic.*, XIV.

nos apretaban y afligian, cuando los vemos ahogados y muertos nos dan motivos de alabanza y alegría [1]. Más muestra nuestro Señor su infinito poder enviándonos tribulaciones, y consolándonos en ellas, y librándonos dellas, que si no las enviase. Porque, como admirablemente dice Eusebio Emiseno, mayor maravilla es que caiga la casa y que no reciba lision alguna el que estaba en ella, que si la casa se estuviera en pié; y que quebrado el mástil y caidas las velas y perdido el gobernalle, la nave salga de medio de la tempestad salva y entera, que si se estuviera en el puerto quieta y segura; y que en medio de las llamas no os quemeis, y en el lago seais regalado de los leones, que si no hubiérades entrado en el fuego, ni en el lago. Y por esto la tribulacion nos es materia para que glorifiquemos más al Señor, y tambien nos es estímulo para la virtud y para nuestro aprovechamiento. Porque, como dice san Gregorio papa [2], «la carne se sustenta con las cosas blandas, y el ánima con las duras; la carne se regala con los deleites, y el ánima se ejercita con las cosas ásperas; la una se apacienta con los gustos suaves, y la otra se hace más vigorosa y robusta con las amarguras saludables. Y como las cosas duras afligen la carne, así las blandas ahogan el es-

1 Exod., XIV. 2 Gregor., X, *Moral.*, cap. XIII.

píritu; y con lo que la carne vive para pocos dias, el espíritu muere para siempre.» No podemos coger en la otra vida [1], como dice el mismo santo, el gozo que no hubiéremos sembrado y cultivado en esta con sufrimiento y paciencia. Todas las cosas que sirven al hombre, para que sean de provecho, primero han de padecer muchas como tribulaciones y martirios. El campo, para que dé fruto, se cava y se ara; el trigo, para que se pueda comer despues de cogido, se alimpia, muele, amasa y cuece; el vino y el aceite se exprimen en el lagar; la lana y el lino pasan por infinitos tormentos; y el hombre con las tribulaciones se perficiona y afina. Todas las artes tienen sus reglas y medidas para examinar y nivelar sus obras; el nivel para examinar las obras del cristiano y saber lo que ha aprovechado en la virtud, es la paciencia y sufrimiento en los trabajos y adversidades que padece. Porque el que sale del crisol purgado y resplandeciente es oro fino y perfecto. Y así dice el apóstol Santiago [2] que la paciencia muestra que la obra es perfeta. Y por esto el mismo Apóstol nos exhorta [3] que pongamos todo nuestro gozo y contento en ser probados y afligidos con várias tentaciones. Esto es lo que habemos de hacer, esto lo que, con el favor

1 Lib. x, *Moral.*, cap. XII. 2 Jacob, I. 3 Jacob, I.

divino, debemos procurar, para que no perdamos tan grandes riquezas y bienes como por mèdio de las tribulaciones podemos alcanzar. A este blanco se endereza este mi trabajo, á este fin se escribe este tratado, para que sanemos con las medicinas amargas, y emendando nosotros nuestras culpas, el Señor parta mano de las penas con que nos azota y castiga. Comencemos en su santo nombre, y para que procedamos con más órden, ante todas cosas declaremos qué cosa es tribulacion.





LIBRO PRIMERO

DE LA

TRIBULACION,

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES PARTICULARES, Y DEL REMEDIO DELLAS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Qué cosa es tribulacion, y cómo se divide en temporal y eterna.

CUALQUIERA de nuestros sentidos y potencias se deleita con su objeto propio y proporcionado, y se entristece cuando el objeto le es contrario y desconveniente. El ojo naturalmente se alegra con la vista de cosas lindas, y el oido con la música concertada, y el gusto con los manjares sabrosos, y el olfato con los olores suaves; y al contrario, reciben pena estos sentidos cuando lo que se ve es triste, y lo que se gusta es de-

sabrido, y lo que se oye y se huele es desagradable é insuave. Lo mismo podemos decir en los demas sentidos y potencias interiores y exteriores; y aquella pena y afliccion que reciben, ó con el objeto contrario, ó con la falta y deseo de su propio y conveniente objeto, llamamos *tribulacion;* y llámese así de *tribulo*, voz latina, que es una yerba aguda y espinosa, que en castellano llamamos *abrojo*, porque como él, espina y lastima. Otros derivan este nombre de *tribulacion* de *tribula*, que en latin es lo que nosotros llamamos *trilla*, (instrumento bien conocido de los labradores), con la cual en la era se trillan y apuran las mieses. Porque, así como la mies se aprieta y quebranta con la trilla, y se despide la paja, y queda limpio y mondo el grano, así la tribulacion, apretándonos y quebrantándonos, nos doma y humilla, y nos enseña á apartar la paja del grano y lo precioso de lo vil, y nos da luz para que conozcamos lo que va de cielo á tierra, y de Dios á todo lo que no lo es.

Supuesta esta declaracion, se ha de notar que hay dos linajes de tribulacion y pena, con que los hijos de Adan son afligidos y fatigados despues que nuestros primeros padres pecaron. El uno es temporal, que se acaba con esta vida, y el otro es eterno, que durará mientras duráre Dios. Por esto dijo el Eclesiás-

tico [1] que el pecado es como espada de dos filos, y que es incurable su herida, porque obliga á pena temporal y á pena perdurable, y de suyo es incurable la herida que hace, porque ni con nuestras fuerzas ni con las de toda la naturaleza no se puede curar, si Dios, por los merecimientos de la sangre de su precioso Hijo, no la sana. Y el mismo Eclesiástico [2], en el mismo capítulo, luégo más abajo, dice: «el camino de los pecadores es pedregoso, y el paradero dellos es infierno, tinieblas y penas.» Diciendo que el camino es pedregoso, da á entender el trabajo y pena con que caminan los malos, y añadiendo que el paradero es infierno, tinieblas y penas, declara que las tribulaciones y penas dellos no se rematan con su vida. Y el profeta Nahum dijo [3]: «¿Por qué pensais mal contra el Señor? Él dará fin á estas calamidades, y la tribulacion no será doblada;» dando á entender que con la tribulacion temporal y breve desta vida quedarían los hombres purgados, y que no se seguiria tras ella la eterna, ni se añadiria tribulacion á tribulacion. Y Job dice [4]: «Dios te librará en seis tribulaciones, (que son todas las desta presente vida), y no te tocará la séptima tribulacion, (que es la eterna), ni vendrá mal sobre tí.» No es, pues, mi intencion

1 *Eccles.*, XXI. 2 *Eccles.*, XXI. 3 Nahum, I. 4 Job, V.

hablar ni tratar aquí de las penas y tribulaciones que padecen los pecadores en el infierno, porque estas no tienen remedio, alivio ni consuelo, y son tantas y tan horribles y espantosas, que no se pueden con entendimiento humano comprender, y mucho ménos con lengua explicar. Lo que pretendo es hablar de las congojas y fatigas de que está sembrada toda esta vida miserable, y de la fruta que en este valle de lágrimas y destierro nuestro cogemos, para que, pues necesariamente habemos de gustar y comer della, y esto no se puede excusar, de tal manera comamos, que no nos empezca su amargura, ni nos quede dentera de tan desabrido manjar, sino que lo desabrido se nos haga sabroso, y dulce lo amargo, y suave lo áspero, y fácil y llevadero lo dificultoso é insufrible.





CAPÍTULO II.

La muchedumbre, variedad y terribilidad de las miserias que pasa el hombre en esta vida.

HABLANDO, pues, de las tribulaciones y penas desta vida presente, ¿quién podrá contar el número, la variedad y terribilidad dellas? El Espíritu Santo dijo en el *Eclesiástico* estas palabras [1]: «Grande ocupacion se crió en todos los hombres, y un yugo muy pesado tienen sobre sí todos los hijos de Adan desde el dia que salieron del vientre de sus madres hasta el dia que fueron sepultados y depositados en el regazo de la tierra, que es madre de todos. Los pensamientos dellos, y los temores de su corazon, las invenciones y acaecimientos que no pensaban, y los dias de sus acabamientos, desde los Presidentes que están asentados en su trono, hasta el pobrecito que está postrado y tendido en el suelo y en la ceniza; desde el

1 *Eccles.*, XL.

que anda cargado de joyas y de jacintos y trae corona en la cabeza, hasta el que va vestido de lino crudo y cubre sus carnes de cáñamo, ¿quién podrá contar cuántos géneros de enfermedades combaten y afligen al hombre? Cuán agudos son los dolores? Cuán terribles los tormentos? Cuán varias y cuán mal entendidas de los médicos son las dolencias que cada dia se descubren de nuevo? Cuán penosos son sus remedios, y muchas veces más tristes que las mismas dolencias? ¿Qué diré de la hambre y de la sed, y de los manjares amargos y desabridos? ¿Qué de los malos y pestilentes olores? ¿Qué de las palabras injuriosas y malas nuevas que oye? ¿Qué de lo que ve y no querria ver, no viendo lo que querria? ¿Qué de las pasiones turbulentas y olas tempestuosas que anegan el corazon? El amor ciego, el ódio cruel, el alegría loca, la tristeza sin fundamento, el temor vano, las esperanzas engañosas, la ira furiosa, los antojos desvariados, los deseos insaciables y sin fin, los castillos en el aire, las trazas desbaratadas de subir y crecer, la memoria de lo que nos queriamos olvidar, y el olvido de lo que nos queriamos acordar. Y en los casados, las sospechas falsas, los celos y disgustos, la ánsia de tener hijos, si no los hay, y si los hay, el trabajo de criarlos, el temor de perderlos, el dolor cuan-

do se pierden, si son buenos, y las contínuas lágrimas, gemidos y sobresaltos cuando no lo son. ¿Cuántas mujeres en los partos compran con sus muertes las vidas que dan á sus hijos? ¿Cuántos millares de hombres se traga cada dia la mar? ¿Cuántos consumen las guerras? ¿Cuántos las pestilencias, los rayos, los temblores de la tierra, las caidas de casas, las crecientes de los rios, las picaduras y heridas de bestias ponzoñosas? Y áun sola la vista de algunas mata y acaba. Hombre ha habido que murió reventando serpientes por todas las partes de su cuerpo [1]. Y no solamente las bestias fieras y ponzoñosas le persiguen, sino las pequeñas y flacas asimismo le enojan, y hasta los mosquitos le desasosiegan y quitan el sueño y no le dejan reposar; de manera que parece que todas las cosas que crió Dios para servicio del hombre se conjuran contra el hombre, y son tanto para su daño como para su servicio. Y no se escapa desta miseria y calamidad el grande ni el pequeño, el rico ni el pobre; porque, como dice el Sabio, desde el que está sentado en la silla real y trae corona en la cabeza, hasta el desnudo y desastrado, están sujetos á esta miseria. Y dado que todas ellas le fatiguen y persigan, lo peor de todo es, que el mismo hombre, que deberia ser el

1 Plinio lo escribe de Pherecide Syrio, lib. VII, c. 52.

amparo y remedio de otro hombre, le es verdugo y cuchillo, y le hace guerra más cruel que todas las otras criaturas. ¿Cuántos agravios, calumnias, robos, injurias, afrentas, heridas y muertes padecen cada dia unos hombres de otros hombres? La tierra, la mar, los caminos, las plazas públicas están llenas de ladrones, de salteadores, de cosarios y de enemigos, y como si faltasen instrumentos para quitar al hombre la vida, se inventan con ingeniosa crueldad nuevos modos y nuevos instrumentos para acabarle, y para que, cuando el aire y el cielo le perdonaren, le persigan los compañeros de su misma naturaleza. Y ha llegado nuestra miseria á tanto extremo, que no solamente lo hacen los extraños y apartados, sino los muy deudos y conjuntos ponen las manos en su sangre, y el hermano quita la vida al hermano, la mujer al marido, el marido á la mujer, el padre al hijo, y el hijo al padre. Un filósofo, llamado Dicearco, dice Ciceron [1] que escribió un libro en que cuenta las causas de mortandades que hasta su tiempo habia habido en el mundo; y despues de haber declarado la infinidad de gentes que habian perecido de hambre, de pestilencia, de avenidas de rios, de tormentas de la mar, de diluvios, de incendios, de concurso de bestias fie-

1 Lib. II, *Officiorum*.

ras que asolaron y destruyeron pueblos y provincias enteras, y otros acaecimientos semejantes, concluye que mucho mayor número de hombres ha muerto por mano é industria de otros hombres, que por todas las otras calamidades juntas que ha habido en el mundo. Y no es maravilla que sea verdad lo que dijo este filósofo, pues de Julio César, que fué alabado de muy clemente y piadoso, se escribe [1] que en las batallas que dió murieron más de un millon y cien mil hombres. ¿Qué hiciera si fuera cruel el que vertió tanta sangre siendo piadoso? Por esto se dice en un proverbio latino: *Homo homini lupus;* que el hombre es al hombre lo que á la oveja es el lobo. Y por la misma causa dijo Cristo, nuestro redentor, á sus sagrados discípulos [2] que los enviaba como ovejas entre lobos. Y á Ecequiel, profeta, dijo Dios [3] que moraba con escorpiones. Y Job dice [4] que era hermano de los dragones. San Juan Crisóstomo prueba muy á la larga que el corazon humano, sin la gracia divina, es la más brava, cruel y ponzoñosa fiera que hay en el mundo, y que todos los apetitos de todas las bestias se encierran en él. Y así parece que lo da á entender el Espíritu Santo cuando, hablando de la perversa

1 Plin., lib. VII, cap. XXV. 2 Matth., X. 3 Ecech., II. 4 Job., XXX.

y mala mujer, dice [1] que es mejor morar con el leon y con el dragon que con ella. Y Séneca dijo [2] Cada dia viene al hombre peligro de otro hombre, contra el cual se ha de armar y estar atento; porque no hay mal ninguno más ordinario, ni más pertinaz, ni más blando. La tempestad da señales ántes que se levante, los edificios estallan ántes que caigan, el humo va delante del incendio; pero el mal que nos viene del hombre viene de repente y nos toma descuidados, y tanto más se encubre cuanto está más cerca. Engáñaste (dice), si crees al semblante de los que te topan y te saludan, los cuales tienen la figura de hombres y el corazon de fieras. No se acaban aquí nuestros daños, sino que los demonios nos persiguen y afligen, como lo vemos en el demonio que afligió al santo Job [3], y en el que mató á los siete maridos de Sara [4], hija de Raquel, y en otros ejemplos. Y áun los santos ángeles son ministros de Dios y ejecutores de su justicia contra nosotros, como lo hicieron en Sodoma [5] y en las otras ciudades que se quemaron con el fuego del cielo, para castigar con él el de la concupiscencia infernal, que tanto en ellos ardia, y en el ángel que mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército del rey Senacherib [6], y en el

1 *Eccles.*, XXV. 2 Epist. CIII. 3 Job., II. 4 Tob., VI y VII. 5 *Gen.*, XIX. 6 IV, *Reg.*, XIX.

que vió el rey David [1] sobre Jerusalen con la espada bañada en sangre, haciendo grande riza en el pueblo y llevándole á cuchillo; y en las plagas de Egipto [2] y en otras vemos lo mismo; y lo que es más, el mismo Dios se arma contra nosotros, y el Hacedor hace guerra á su hechura, como lo dijo Job [3] en aquellas palabras: *Cur faciem tuam abscondis, et arbitraris me inimicum tuum?* ¿Por qué, Señor, escondeis vuestro rostro y me tratais como á enemigo? Y el hombre es el mayor enemigo de sí mismo y el que más cruel guerra se hace, y se carga de balde de cuidados impertinentes y de cargas insufribles, y así lo dijo el mismo Job [4]: *Quare me posuisti contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis?* Señor, vos me habeis hecho vuestro contrario, y por esto soy odioso y pesado á mí mismo. Y es esto de manera, que algunos, de aborridos, se matan; pensando que con la muerte acabarian las miserias y molestias de la vida, para que no nos espantemos que los otros, por más conjuntos y allegados en sangre que sean, no perdonen al hombre, pues él no perdona á sí mismo. Pues si el cielo, la tierra, y la mar, y el aire, y el fuego, y todos los elementos se arman contra el hombre; si todas las criaturas se conjuran y apellidan contra él; si el ángel malo y el ángel

1 II, *Reg.*, XXIV. 2 *Exod.*, XII y XIII. 3 Job., XIII. 4 Job., VII.

bueno son ministros de Dios para afligirle, y el mismo Dios se le muestra contrario, y el hombre es verdugo de otro hombre, y muchas veces de sí mismo, ¿cuántas y cuán graves serán las tribulaciones y penas que necesariamente ha de padecer, pues son tantos y tan poderosos los que se las procuran, y él tan flaco y miserable para poderlas resistir!





CAPÍTULO III.

Que Dios es autor de la tribulacion del hombre, y para afligirle se sirve de las criaturas.

ESTANDO, pues, cercados por todas partes de penas, y no habiendo en el mundo ningun hijo de Adan que se pueda escapar dellas, bien es que veamos qué consuelo y alivio podremos tener cuando la corriente y avenida de las tribulaciones viniere sobre nosotros. Para esto se ha de considerar atentamente, primero, de dónde nos viene la tribulacion, y quién es el autor y la causa della; porque, sabiendo por qué mano nos viene, por ventura, será más fácil el remedio.

Dios nuestro Señor es la primera y universal causa de todas las cosas; de manera, que así como todas ellas reciben el sér de Dios, y sin él no tendrian ningun sér, así este mismo sér, despues que le recibieron, está dependiente y colgado de la voluntad del mismo Dios que se

le dió, como el rayo del sol del mismo sol, y de la fuente el agua que corre della. Y como no habria rayo de luz si el sol no alumbrase, ni agua si la fuente se secase, tampoco tendria criatura alguna sér si el Señor apartase la mano de su conservacion.

Lo que decimos del sér se ha de entender de la misma manera del obrar de las criaturas; porque, así como ninguna criatura se conservaria si Dios no le estuviese siempre dando el sér, así no obraria si Dios no estuviese siempre obrando con ella y dándole fuerza para obrar; porque de tal suerte están las causas segundas ordenadas y trabadas entre sí, y tal proporcion y subordinacion tienen con la primera causa, que ninguna dellas puede moverse para nada, ni obrar sino en virtud de la primera; la cual mueve á las demas y les da eficacia para obrar, y obra en ellas y con ellas, con tan maravillosa eficacia y perfeccion, que todos los efectos de las segundas causas son más propios de la primera que no suyos. De manera, que cuando el sol nos alumbra y el fuego nos calienta y el mantenimiento nos sustenta, aunque propia y verdaderamente se atribuyen estos efectos á sus causas particulares, pero más propiamente se puede decir que Dios es el que nos alumbra, calienta y sustenta, que estas criaturas, que lo hacen por su virtud. Porque, así como el sér,

y la vida, y el movimiento, y operacion del cuerpo humano, depende en todo y por todo del ánima que está en él, sin la cual deja de ser cuerpo de hombre, y no tiene vida ni se puede mover ni obrar, así habemos de entender que la vida y como el alma de todas las criaturas es Dios nuestro Señor, sin el cual no son nada y no se pueden mover ni causar efecto alguno, y que más propiamente se han de atribuir á Dios, como á primera y principalísima causa de todas las causas, los efectos dellas, que no á las mismas causas segundas. No solamente porque la virtud que tienen para moverse y obrar no la tienen de sí, sino de Dios, sino porque no se moverian ni obrarian si el mismo Señor no las moviese y obrase con ellas y las tomase por instrumento para hacer lo que él es servido. Y pues no decimos que el pincel pintó la imágen que vemos, sino el pintor, aunque para pintar se sirvió del pincel, ni que la pluma escribió la carta que leemos, sino el escribano con la pluma; tampoco habemos de atribuir á las criaturas los efectos que hacen, como á causas primeras y principales, sino como á segundas causas é instrumentos de la primera y soberana causa, que es la divina voluntad. Y ésta es una admirable, dulce y provechosa consideracion para ver á Dios en todas sus criaturas, y andar siempre en su presencia

como sumidos y anegados en sus beneficios, y tomar como de su mano todos los sucesos y y varios acaecimientos, prósperos y adversos, que vemos cada dia en el mundo.

Desta verdad así declarada se sigue otra de no ménos consuelo: que Dios es el autor y causa primera y principal de todas las tribulaciones y penas que padecemos; el cual, para corregir y purgar y perfeccionar á los hombres, se sirve de todas sus criaturas, áun de las mínimas y más despreciadas y viles, y todas ellas le sirven como los buenos y leales soldados á su rey; porque Dios nuestro Señor ha de dar una batalla y pelear con el hombre el dia del juicio universal, cuando armará, como dice la Escritura [1] á todas las criaturas contra los insensatos y pecadores, y ellas pelearán contra ellos. Pero entre tanto que viene aquel dia, hay varios reencuentros y escaramuzas en el mundo, como se usa en la guerra; y la hambre, la pestilencia, la misma guerra, los temblores de la tierra, los vientos, las tempestades de la mar, los rayos y otros infortunios escaramuzan contra el hombre, y si el Señor no les tuviese la rienda, le arruinarian; pero váles á la mano con su clemencia para que le azoten y no le acaben, y sea ésta una como escaramuza, y no batalla formada, como

1 *Sapient.*, v.

escribe san Clemente, papa [1], haberlo oido decir al príncipe de los apóstoles, san Pedro, su maestro. Y no ha Dios menester á las criaturas para afligirnos y castigarnos, porque basta volvernos Él las espaldas para que nosotros nos volvamos en nuestra nada; pero quiere servirse dellas para mostrarse Señor de todas, y algunas veces toma las más flacas y más viles sabandijas que Él crió, para nuestra cruz y tormento, para que se vea que Él es solo el Señor de todo y todopoderoso, pues con alguaciles y ministros de justicia tan pequeños y tan flacos hace castigos tan terribles.

¿Cuántos, no digo hombres pobres, sino reyes y monarcas del mundo, han sido comidos de piojos y roidos de gusanos, siendo pasto en vida de los que en muerte todos lo somos, y enseñándonos cuán flaca y de poca estima es toda aquella soberanía y majestad que admiramos y adoramos en los hombres, pues cosa tan soez y asquerosa la pudo consumir y acabar? Las moscas y los cínifes [2], (que es un linaje fastidioso de mosca pequeña y canina), y las ranas, afligieron á los gitanos [3]. De los crabones, que son tábanos, ó, como los llama el libro de la *Sabiduría* [4], avispas, se sirvió Dios para espantar y afligir á los habitadores de la

1 Lib. v, *Recognit.* 2 *Exod.* VIII. 3 *Deut.*, VII. 4 *Sapient.*, XII.

tierra de Canaan ántes que la sujetase á su pueblo [1]. Los ratones fueron los verdugos y ejecutores de su justicia contra los filisteos [2] despues que tomaron el arca; y despedazaron y comieron á un arzobispo de Maguncia, llamado Hato [3], porque habia sido cruel con los pobres; y á un rey de Polonia, llamado Popiel [4], porque habia muerto con ponzoña á dos tios suyos que le iban á la mano, de cuyos cuerpos bulleron tantos ratones, que, sin poderlo resistir, royeron y acabaron al Rey y á su mujer, que habia sido consorte en el delito. Las langostas cada dia talan los campos, y roen y consumen los frutos dellos, y los trabajos y haciendas de los labradores. Los conejos arruinaron una ciudad de España; y en Macedonia los topos, y en Francia las ranas, y en África las langostas han hecho lo mismo, y en otras provincias otras sabandijas han causado daños notables [5]. Estando la ciudad llamada Nisibis cercada de Sapores, rey de Persia, el obispo della, que se llamaba Jacobo, suplicó á nuestro Señor que la defendiese, y Dios envió un ejército innumerable de mosquitos, que entrándose desapoderadamente por las narices de los caballos y por las trompas de los elefantes

1 I, *Reg.*, XV. 2 I, *Reg.*, V. 3 Mariano Sco., *Mar. in chron.* 4 *Genebrar. in chron. ann.* 970. *Historia prodigiosa*, 1.ª p., cap. III. 5 Plin., VIII, cap. XXIX.

de los enemigos, les hacian dar brincos y saltos, con tanta furia y espanto de los que estaban encima, que no siendo parte para los detener y sosegar, se desbarató todo el ejército y se alzó el cerco, y la ciudad quedó libre [1]. Habiendo los Reyes Phelipe de Francia, y Carlos de Sicilia, tomado la ciudad de Girona, salió un ejército de moscas del Sepulcro de San Narciso, y dió con tan grande ímpetu en los escuadrones de los enemigos, que los desbarató y rompió y puso en huida, y quedó el proverbio que dice: Las moscas de San Narciso [2]. Y de semejantes ejemplos hay muchos en las historias y vidas de los santos; por los cuales se ve que Dios es el sumo Emperador y Monarca del universo, y que todas las criaturas son sus soldados, y que muchas veces se sirve de los más viles para manifestar más su poder y para castigar y afligir por su medio á los hombres con las tribulaciones que él les envia.

1 Teod., *Hist. Eccles.*, lib. II, cap. XXV. 2 César Baronio en las anotaciones del Martirologio Romano 18 de Marzo.





CAPÍTULO IV.

Que diferentemente es Dios causa de la tribulacion cuando hay en ella pecado y cuando no lo hay.

Pero hase de advertir que de dos maneras diferentes concurre Dios nuestro Señor con las criaturas para atribular y afligir al hombre; porque algunas veces no hay pecado en el que causa tribulacion, y otras sí; y aunque Dios en todas concurre con lo que da pena y aflige, pero muy diferentemente en la una manera y en la otra. Cuando por estar turbada la mar se hunde el navío; cuando un diluvio de agua arrebata y anega á los hombres; cuando por la pestilencia queda yerma la tierra y se despueblan las ciudades; cuando un incendio que se levanta por un rayo del cielo abrasa la casa y hacienda, claro está que en estos y en otros daños semejantes no hay pecado, ni le puede haber en las criaturas que los obran, así porque ellas no son capaces de pecado, como porque si-

guen en lo que hacen el órden de su naturaleza, ó por mejor decir, el órden de Dios, que les dió y conserva la naturaleza; el cual concurre libremente con su sabiduría y providencia con ellas, y les da fuerza para hacer aquellos efectos que hacen, y el mismo Señor los hace más principalmente que no ellas, y por eso se atribuyen los tales efectos más propiamente á Dios que no á las criaturas, pues todo el sér y operacion dellas depende dél, como queda declarado.

Otras veces puede haber pecado en el que es causa de la tribulacion, como cuando uno contra razon y justicia persigue á su prójimo, ó le acusa y calumnia falsamente, ó le quita la hacienda, ó la vida contra la ley de Dios; cierto es que de aquel daño que le hace, y de aquella tribulacion y pena que el otro recibe, no es autor el Señor, en cuanto es pecado y transgresion de su ley. Porque, así como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, y á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, así é infinitamente más repugna á la bondad infinita de Dios amar la maldad. Dios nuestro Señor, dice san Pablo [1] que es fidelísimo y que no puede negarse á sí mismo, y negaríase si quebrantase la órden de su justicia é hiciese cosa contraria á su naturaleza y bondad, y

1 II, *Tim.*, II.

fuese autor del pecado; y si lo fuese, ya no seria pecado, ni él lo castigaria con pena del infierno; y pues lo castiga, señal es que no le agrada lo que castiga tan ásperamente. Y así dijo el profeta Abacuc [1], hablando con Dios: «Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podeis mirar las perversidades de los hombres.» Quiere decir, no podeis ver, y viendo, aprobar y tener por buenas sus maldades. Como decimos, no le puede ver cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro. Y en otro lugar se dice que el Altísimo aborrece á los pecadores, y da á los impíos el pago y castigo de su impiedad. El real profeta David dijo [2]: «Por la mañana asistiré en vuestro templo, y conoceré que vos no sois Dios que quiere maldad»; y en otro lugar [3]: «Amastes la justicia y aborrecistes la maldad»; y su hijo Salomon [4]: «Dios abomina el camino del impío, y ama al que sigue la justicia»; y en otro cabo [5]: «De una misma manera Dios aborrece al malo y á su maldad.» Y en el *Eclesiástico* se dice [6]: «Nunca mandó Dios á nadie que obrase mal, porque no quiere muchedumbre de hijos desleales y desaprovechados.» Y toda la Sagrada Escritura está llena desta verdad, y de cuán

1 Abac., I. 2 Salmo V. 3 Salmo XLIV. 4 *Prov.*, V. 5 *Sapient.*, XIV. 6 *Eccles.*, XV.

aborrecible es á Dios el pecador y el pecado. Mas porque Dios crió al hombre libre y le dejó en mano de su consejo [1], y como dice altamente el gran Dionisio Areopagita, discipulo de san Pablo [2], toca á su providencia conservar las naturales que Él mismo crió, de tal manera concurre con cada una dellas, como conviene á la naturaleza que Él les dió. Y así, concurre con el hombre, que es libre, dejándole obrar libremente y caer en pecados por su voluntad; no porque le agraden los pecados, que esto es imposible, como habemos dicho, sino porque no pierda el hombre su libertad, y se descomponga y desordene la naturaleza libre y señora de sí con que fué criado. Clemente Alejandrino dice [3] que una de las mayores y más admirables obras del Señor es conservar la naturaleza del hombre en su libertad.

Pero hase de notar que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto natural, que es como el fundamento de aquella obra, y la otra, la desórden con que ella se hace. De la primera es autor Dios, y de la segunda el hombre. Pongamos por caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar

1 *De divinis nom.*, cap. VI, *in fine*. 2 *Eccles.*, XV. 3 Lib. I, *Pedag.*, cap. XI.

mano á la espada, de levantar y menear el brazo, de tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin la desórden de la voluntad del hombre, que los hizo para matar á otro. De todos estos movimientos, en sí considerados, es causa de Dios nuestro Señor, y Él los hace, como hace los otros efectos que dijimos de las criaturas irracionales. Porque, así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, (á la manera que declaramos en el capítulo pasado), así tampoco sin Él no pudiera el tal hombre menear el brazo ni echar mano á la espada. Y por esto dijo san Pablo [1]: *In ipso vivimus, movemur et sumus;* que en Dios vivimos, nos movemos y somos. Y demas desto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase dellos para su necesaria defensa, ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no tendria culpa. Pero de la desórden y deformidad que interviene en este hecho y muerte injusta del hombre, no es causa Dios, aunque la permite; y permítela por dejar al hombre en la libertad con que le crió, y por sacar della mayores bienes. Porque esta verdad habemos de creer y tenerla muy asentada en nuestros pechos [2]: que el Señor no permitiria males en el mundo

1 *Act.*, XVII. 2 August., *In Ench.*, capítulos XI y XXVII.

si no fuese para sacar dellos otros mayores y más importantes bienes, que son los mismos males que permite. Porque, así como con el fuego que hacemos se quema y consume la leña, y pierde su sér y forma de leña, lo cual en sí es malo; pero deste mal se sigue el alumbrarse el hombre, el cocerse la vianda, el purificarse el aire, y otros buenos efectos que hace el fuego; y éstos son mayores bienes que fué el mal del gastarse y corromperse la leña; así Dios nuestro Señor permite el mal de la culpa, para descubrir por él los tesoros y riquezas de su gloria, como adelante se dirá.

Volviendo, pues, á nuestro propósito, de todos los males de pena es nuestro Señor causa y autor, y no lo es ni lo puede ser de ningun mal de culpa. La una y la otra verdad nos enseña el Espíritu Santo. Esta segunda, que no es autor de la culpa, en los lugares que arriba referimos de la Escritura y en otros muchos; y la primera, que lo sea de la pena, lo declara Moisen cuando en persona de Dios dijo aquellas palabras contra los pecadores [1]: «Yo juntaré contra ellos males, y tiraré contra ellos mis saetas hasta que no quede ninguna.»

Acabado el templo que labró Salomon, le apareció Dios la segunda vez y le dijo [2] que

1 *Deut.*, XXXII. 2 III, *Reg.*, IX.

si seguia las pisadas del rey David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondria los ojos sobre él, y estableceria, y perpetuaria en él y en sus sucesores el reino; y si no, que los destruiria y asolaria, y los haria fábula y risa del mundo. Y en el *Deuteronomio* se ven otras amenazas más terribles y espantosas acerca desto. Salomon dice [1]: «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza viene de Dios.» Isaías en persona de Dios dice [2]: «Yo soy el Señor, y no hay otro que lo sea; yo soy el que crió la luz y las tinieblas, el que hago la paz y crio el mal; yo soy el Señor, que hago todas estas cosas.» Y en otro lugar [3]: «¿Quién ha entregado á Israel á sus enemigos para que le despojasen? ¿No es Dios, contra el cual pecaron y no quisieron guardar sus mandamientos?» Y por Jeremías [4] dice Dios, hablando del pueblo de los judíos: «Yo lloveré sobre ellos tales males, que no puedan salir dellos; clamarán y darán voces á mí, y no los oiré; irán las ciudades de Judá y los vecinos de Jerusalen, y llamarán á los dioses á quien sacrifican, pero ellos no los librarán de sus congojas y aflicciones.» Y por el profeta Amos dice [5]: «¿Habrá por ventura algun mal en la ciudad que yo no le haya causado?» Y

1 *Eccles.*, XI. 2 Isai., XLV. 3 Isai., XLI. 4 Jerem. XI. 5 Amos, III.

como éstos hay otros muchos lugares en las divinas letras, en que se ve que Dios nuestro Señor es el autor y causa del mal de la pena, pero no lo es así de la culpa, como queda dicho.





CAPÍTULO V.

Por qué causas envia Dios las tribulaciones.

Siendo nuestro Señor tan dulce y piadoso padre para con nosotros como es, y habiendo muerto en una cruz por darnos vida, parece cosa digna de admiracion que aflija y atribule á sus hijos con tantas y tan varias y extrañas maneras de penas como vemos cada dia en el mundo. Pues de lo que acabamos de decir se saca que Él es el autor de todas nuestras penas, y que sin Él no sería parte para fatigarnos ninguna de sus criaturas. Pues si nos consta que Dios es padre, y padre amorosísimo y suavísimo, y que nos azota y castiga ásperamente, bien será que rastreemos, é inquiramos las causas por que nos trata desta manera. Si nuestros primeros padres no pecáran, no tuviéramos tropiezos ni dificultades en esta nuestra jornada; todo el camino nos fuera llano, derecho y apacible, sin cansancio, sin torcimientos ni desvíos. No

tuviéramos necesidad de medicina, porque no hubiera enfermedad que curar. Pero como todos caimos en nuestros padres y quedamos lisiados y dolientes, no se pudo curar tan grande y universal dolencia sino con purgas amargas y desabridas. Y por esto dijo el santo rey David [1]: «Yo pequé ántes que fuese humillado y afligido.» Y en el libro de la *Sabiduría* se dice [2]: «Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdicion de los vivos, porque Él crió é hizo todas las cosas: mas los impíos con sus propias manos y con sus palabras se la buscaron.» Y así, propiamente hablando, el pecado es la original causa y manantial de todos nuestros males y penas. Porque, como dice el Apóstol [3], por el pecado entró la muerte, y se extendió y comprehendió á todos los hombres. Pero, supuesto el pecado, fué necesario que hubiese justicia y castigo y horca para el ladron; y que con el órden de la justicia se ordenase y reparase el desórden de la culpa, como vemos que se hace en las cosas humanas. Porque así como cuando un hombre mata á otro hombre se descompone y desordena, y para concertar y componer aquel desórden la justicia lo mata á él; así con la pena, que es órden admirable de la divina justicia, ordena Dios y concierta el desórden del pecado; el

1 Salmo CXVIII. 2 *Sapien.*, XI. 3 *Rom.*, V.

cual si faltára, no hubiera necesidad de pena y castigo.

Las purgas amargas que tomamos en nuestras enfermedades turban el estómago y nos debilitan; pero así evacuan los humores desordenados y malignos, y limpian y sosiegan el cuerpo; y si no hubiese desórden y desproporcion de humores, no habria necesidad de componerlos con otro desórden y turbacion. Por esto dijo el glorioso san Agustin [1]: «Entienda el hombre que Dios es médico, y que la tribulacion es medicina para sanarle, y no pena para condenarle. Cuando te curan, te queman y cortan, y tú das voces; mas el médico no condesciende con tu voluntad, por darte entera salud. Todos los que en esta vida han sido afligidos, (exceptuando al Hijo de Dios, que no pudo tener pecado, y á su benditísima Madre, que por especial gracia no le tuvo), ántes que fuesen afligidos tuvieron la culpa por lo ménos del pecado original, y los miró Dios en algun tiempo como á enemigos y rebeldes y hijos de traidor, y como á tales los pudo castigar justamente. Y demas del pecado original, que es la raíz y fuente de todos los otros pecados, añadimos los hombres otros infinitos actuales en el discurso de nuestra vida, los cuales cura Dios, como médico sa-

1 Aug. *in psalm.* XXI.

pientísimo, con penas y adversidades, como con medicinas contrarias, y por ellas nos azota y castiga como padre amorosísimo. Y por esto dijo [1]: «Yo soy el Señor Dios tuyo, fuerte y celoso, que visito y castigo misericordiosamente, para que se enmienden los pecados que pasan de padres en hijos por imitacion hasta la cuarta generacion.» Y el glorioso Evangelista san Juan en persona de Dios dice [2]: «A los que amo yo, los reprendo y castigo.» Y el Apóstol san Pablo dice [3]: «Al que Dios ama castígale, y azota al que recibe y tiene por hijo.» Y es esto de manera, que concluye el mismo Apóstol en aquel lugar que el que no es castigado y disciplinado no se debe tener por hijo de Dios, sino por ilegítimo, y hijo de otro padre. «¿Qué hijo hay, dice él, que no sea castigado de su padre? Porque, si careceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios.» Y conforme á esto dice San Agustin: «Si no estás en el número de los atribulados, no estás en el número de los hijos.» Y Salomon dice en los *Proverbios* [4]: «Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, porque él castiga á los que ama, y huelga con ellos como padre con sus hijos.»

1 *Exod.*, XX. 2 *Apoc.*, III. 3 *Hebr.*, XIII. 4 *Proverb.*, III.

Cuando vemos que algunos mochachos están jugando y traveseando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno de ellos y le castiga, luégo entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Lo mismo habemos de entender de nuestro grande y benignísimo padre, el cual á los que tiene por hijos los azota y castiga, y deja sin castigo á los que no tiene por tales.

Esta es tan cierta verdad, que cuando Dios quiere dar á entender que está muy enojado contra alguno, dice que no le castigará. Y así dice por el profeta Ecequiel [1]: «Yo dejaré el celo que tengo de tí, y alzaré la mano, y no me enojaré más, porque me has provocado á esto con todas estas maldades.» Y por Oseas [2]: «Yo no visitaré ni castigaré á vuestros hijos cuando hubiesen fornicado.» Y David dice [3]: «El pecador, añadiendo pecados á pecados, ha provocado de tal manera la ira de Dios, que, segun el mucho enojo que tiene, no buscará sus pecados para castigarlos.» Y al reves, la misma Sagrada Escritura nos enseña que es señal de amor maternal el azote y castigo de Dios en esta vida, como lo dice el real profeta David, el cual, contando en el salmo LXXXVIII las mercedes que Dios le prometió, y lo que habia de hacer con sus hijos, por

1 Ecech., XVI. 2 Osea., IV. 3 Psalm. IX.

muy gran favor dice: «Visitaré con mi vara y castigo sus maldades, pero no apartaré dellos mi misericordia»; y en aquellas palabras [1], «Señor, vos fuistes propicio y clemente para con ellos, y por esto castigastes todas sus invenciones y maldades.» Y el profeta Amos [2]; hablando con su pueblo en persona de Dios, «A vosotros, dice, solo conozco y tengo por amigos entre todas las congregaciones de la tierra; por tanto, yo os visitaré y castigaré vuestras maldades.» Porque, como se escribe en el libro de los *Macabeos* [3], señal es é indicio de la merced grande que hace Dios á los pecadores, cuando no los deja correr sin freno y que les sucedan las cosas á su voluntad, sino que luégo los castiga; de suerte que en haciendo la culpa, luégo la paguen con la pena.

Pero, aunque muchas veces la pena es medicina que cura la culpa en que caimos, otras es medicina que nos preserva para que no caigamos; que por esto dijo el Apóstol [4] que el Señor le habia dado el estímulo de la carne, (que algunos doctores le interpretan como suena, por las tentaciones del apetito sensual, y otros por enfermedad, y otros por la contradiccion y molestia que le hacian los enemigos

1 Psalm. XCVIII. 2 Amos, III. 3 II, *Mac.*, VI. 4 II, *Corint.*, XII.

del Evangelio), para que con la grandeza y excelencia de las revelaciones de Dios no se desvaneciese, y para preservarle permitia que fuese atribulado y abofeteado de algun adversario y perseguidor.

Suele, otrosí, nuestro Señor enviar trabajos para acrecentar los merecimientos de las personas á quien los envia, y enriquecer su Iglesia de maravillosos ejemplos, que dejan con su paciencia y santidad, como lo vemos en Job y en Tobías, á quien dijo el ángel san Rafael: «Porque agradabas á Dios fué necesario que la tentacion te probase.» Malaquías, hablando de los justos, dice [1]: *Colabit eos et purgabit quasi argentum;* colarlos ha y purgarlos ha como se purga la plata. Porque la plata para purificarse y afinarse pasa por muchos y grandes como martirios; y son tantos los coladeros y pruebas que se hacen en ella, ahora con el fuego fundiéndola, ahora con el fuego y con el azogue, que es cosa de maravilla. Pero todo es menester para que ella sea plata acendrada y de aquella que dice David [2]: *Argentum purgatum terræ, purgatum septuplum.* Que es: «Plata refinada y purificada de toda escoria de la tierra, y siete veces purgada.»

Asimismo envia semejantes aflicciones para manifestar más, (librándonos dellas), su mise-

1 Malac., III. 2 Psalm. CXVIII.

ricordia y bondad, como se ve en el ciego de su nacimiento; porque, preguntándole los apóstoles [1] á Cristo, nuestro Redentor, por cúyo pecado aquel hombre habia nacido ciego, ó por el suyo propio, ó por el de sus padres, (entendiendo que habia de ser necesariamente la causa de aquella enfermedad el uno ó el otro, y que Dios no daba pena donde no habia culpa), respondió el Señor que no habia sido causa de aquella ceguedad pecado de los padres ni del hijo, sino que Dios se la habia dado para su gloria, la cual, alumbrando al ciego, habia de resplandecer y conocerse más.

1 Joan., IX.





CAPÍTULO VI.

Los efectos que hace la tribulacion en los buenos.

VISTO hemos como Dios causa la tribulacion que es pena, y permite la que es culpa, y asimismo por qué causas nos envia trabajos y fatigas. Síguese que tratemos de los efectos que hace la tribulacion.

Para declarar esto, se ha de presuponer que la tribulacion en cierta manera es mala, en cuanto es privacion de algun bien, como la pobreza es privacion de riquezas, la enfermedad de salud, la afrenta de honra, la muerte de vida. Y como comunmente los hombres llamamos bienes á estas cosas de que nos priva la tribulacion, y como á tales naturalmente los apetecemos, así naturalmente aborrecemos la tribulacion que nos priva dellos. Por esta parte no puede ser buena en sí la tribulacion, y mucho ménos por parte del pecado, que es la fuente de donde ella manó; pues,

como dijimos, si no hubiera pecado, tampoco hubiera tribulacion en el mundo. Pues si la tribulacion de suyo es penosa y aborrecible en su principio y raíz, veamos cómo puede ser deseable y provechosa. Esto no puede ser sino por la gracia del Señor, que saca bien del mal, y miel dulce y óleo suavísimo de la piedra dura de la tribulacion, y consuela y da alivio en ella cuando cae en buena tierra, que son los corazones de aquellos que la reciben y abrazan, como enviada de la mano de Dios, y llevan fruto, como dice Cristo nuestro Redentor, con paciencia [1]. A estos tales es buena la tribulacion y los enriquece de merecimientos admirables.

Y puesto caso que en el mismo tiempo que el Señor los azota, pocos gustan de la amargura de esta mirra saludable; pero despues que pasó el trabajo y se goza ya del fruto dél, muchos conocen la merced que Dios les hacia cuando así los ejercitaba y afligia. A la manera que pasa en los mochachos cuando los azotan sus padres ó maestros, que aborrecen y huyen del castigo, porque no saben la virtud que tienen aquellos azotes; mas cuando ya son mayores, y ven que por ellos se libraron de los lazos y peligros de la mocedad, en que cayeron otros que corrian sin este freno y disci-

1 Lucaæ, VIII.

plina, entónces conocen cuánto más les valió aquel rigor que les valiera el regalo que deseaban; y alaban á Dios, que les dió tales padres y maestros. Así nosotros miéntras que en esta vida somos pequeñuelos y niños aborrecemos y huimos de nuestro bien, y no arrostramos ni queremos tomar la purga saludable de la tribulacion que el Señor nos ordena, porque nos parece amarga y desabrida; pero en creciendo, en dejando de ser niños y comenzando á ser varones, que es en la otra vida, leyendo en el libro de la Divina Providencia el discurso que tuvimos en ésta, entónces claramente entendemos cuán grande misericordia y benignidad fué la del Señor en llevarnos por camino áspero y espinoso, y decimos, con el Profeta [1]: «Pasado hemos por fuego y por agua, y sacádonos habeis, Señor, á lugar de descanso y refrigerio.»

Verdad es que tambien en esta vida se conocen algunos de los provechos de la tribulacion; pero pocos son los que los conocen miéntras que ella dura, aunque despues de pasada todos se huelgan de hablar della; porque, como dice el Apóstol san Pablo [2]: «Todo el castigo que se nos da nos parece amargo, y no dulce, miéntras que él dura; pero despues de pasado da fruto de consuelo y de

1 Psalm., xv. 2 *Heb.*, xii.

justicia á los que han sido probados y castigados.» Y como dijo el romano Orador: «Es gusto acordarse de los trabajos pasados.» Y el que en el tiempo que Dios le azota y aflige conoce la merced que le hace, y que aquel castigo es de padre, y no de enemigo, tiene grandes prendas suyas y un precioso é inestimable tesoro. Y este mismo conocimiento es grande ayuda para llevar la pena con alivio y consuelo.

Innumerables son los provechos que se pueden sacar de la tribulacion, y dellos hay muchos libros escritos; pero yo solamente quiero tratar de tres principales, en los cuales se comprenden casi los demas, y declarar cómo purga y alumbra y perficiona el ánimo del que está congojado y afligido. Que, como dice el gran Dionisio Areopagita [1], son tres actos de la celestial jerarquía.

1 *De cæl.* Hier., cap. III.





CAPÍTULO VII.

Cómo purga la tribulacion.

QUE la tribulacion purgue el alma y la limpie de sus pecados, y que nuestro Señor los perdone por medio della, dícelo el santo y afligido Tobías [1] por estas palabras: «Bendito es, Señor, vuestro nombre, Dios de nuestros padres, porque cuando estais airado usais de misericordia, y en el tiempo de la tribulacion perdonais los pecados de los que os llaman.» Y en el *Eclesiástico* se dice [2]: «Mirad, ¡oh hijos! todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que ninguno esperó en el Señor y quedó confuso; porque ¿quién jamas perseveró en sus mandamientos y fué desamparado? O ¿quién le invocó y fué despreciado de Él? Porque Dios es piadoso y misericordioso, y en el dia de la tribulacion perdona los pecados, y es protector de todos los que le buscan en ver-

1 Tob., III. 2 *Eccles.*, II.

dad.» Y el paciente Job, hablando de Dios nuestro Señor, dice estas palabras [1]: «No aparta sus ojos del justo, y pone en su trono perpetuamente á los reyes, y allí los levanta, y aunque alguna vez sean encadenados y atados con las prisiones de la pobreza, Él les descubre sus obras y sus maldades, y les da á entender que fueron violentos. Tambien les habla al oido y los castiga, y los avisa que se conviertan y se aparten de la maldad. Si oyeren al Señor y le obedecieren, cumplirán sus dias en toda prosperidad y sus años en gloria.» Pero veamos cómo la tribulacion hace este efeto y es causa que el Señor nos perdone nuestros pecados.

Primeramente, cuando está el hombre afligido, la misma aflicion y pena que padece le despierta y hace entrar en los rincones de su conciencia y ver la fealdad de su alma, y con esta vista se ablanda y compunge el corazon y comienza á desear perdon y se vuelve á Dios, y con oracion y lágrimas se lo pide y propone su emienda, y toma los remedios para alcanzarla. Entónces se confiesa, recibe del sacerdote el beneficio de la absolucion, cumple la penitencia que le ha sido impuesta, allégase á la mesa celestial y come aquel Pan divino; frecuenta los sacramentos, y por el uso

1 Job., XXXVI.

devoto dellos se muda en otro varon, y de esclavo de Satanas comienza á ser hijo de Dios. Pongamos un ejemplo. Tomemos un mozo noble, rico, lozano, en la flor de su edad y en la locura de su juventud, el cual sigue sus apetitos sin rienda, y de noche y de dia no piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse en fiestas, en juegos, en pasatiempos y amores lascivos y deshonestos, olvidado de sí y de Dios y de que la muerte le puede saltear. Si á este mozo de repente le da un dolor de costado ó un tabardillo, que en pocos dias le marchita y consume, y le hace entender que dentro de pocas horas le puede acabar y dar con él en el infierno; si no está del todo loco, cierto es que volverá en sí, y hablando consigo mismo, dirá: «¿Qué es esto en que me veo? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho? ¿Soy yo Fulano? ¡Ay dolor, á qué me han traido mis pecados!» Y considerando la muchedumbre y la gravedad y fealdad dellos, se espanta de sí y gime; y con lágrimas y sollozos se vuelve á Dios y le suplica que le perdone, y propone de emendar su vida, si Dios le alargáre los plazos della.

De la misma manera, cuando el padre que tiene solo un hijo, como en un espejo se mira y contempla en él, y no se desvela sino en acrecentar la hacienda y en instituir el mayorazgo para él, y en buscarle el oficio y el be-

neficio, cansándose á sí porque descanse su hijo, y ésta es la suma de su contento y felicidad, viene el Señor y quítale el hijo que adoraba, para que todo aquel amor y solicitud y desvelo, que ántes le traia absorto y fuera de sí, lo convierta en amar y servir á Dios. Este tal, cuando se ve solo y sin el ídolo que tenía, conoce que andaba errado, y vuélvese á Dios y pídele perdon de aquel exceso y demasía, y pone su amor en aquel bien soberano que no puede faltar y en aquel Señor que no puede morir.

Y lo mismo podriamos decir de la mujer casada que adora á su marido, y tiene puesto en él todo su amor y confianza y el blanco de su felicidad, y por agradarle y servirle se olvida de sí, y de Dios, el cual por esto se le quita, no para que pierda el amor, sino para que le trueque y mejore y le suba de punto, traspasándole en aquel sumo Bien, que por ser solo de todas las cosas el todo, pide y merece todo nuestro corazon, el cual está en su centro y verdadero descanso cuando está abrazado con él.

Por esto dijo el profeta Isaías [1] que sola la vejacion da entendimiento al oido; quiere decir que sola la aflicion y la pena hace que entienda el hombre lo que otras muchas veces

1 Isai., XXVIII.

habia oido y nunca habia entendido. Porque, aunque es verdad que cada dia oimos de nuestros padres y de nuestros maestros buenos consejos, y que los predicadores en los púlpitos y en los confesionarios los confesores, y los religiosos y cuerdos siempre nos amonestan y nos representan nuestros peligros; pero las más veces no entendemos lo que nos dicen, y se nos entra por un oido y sale por otro, hasta que la tribulacion nos lo declara y nos lo hace entender. Porque entónces decimos: «Esto es lo que me decian mis padres y yo no los creí; éste es el paradero de mis liviandades, que los que bien me querian me pronosticaban y yo me reia dellos; dichoso yo si los hubiera creido.»

Como cuando un hombre que estaba sosegado en su casa, y si no con mucha abundancia, con una pasada honesta, por ver que valen y suben otros, sale della y se va á la Córte; si algun amigo experimentado y fiel le aconseja que se esté en su casa y alabe á Dios en ella, y le dice que la córte es un golfo tan peligroso, que pocos le pasan sin tormenta, y que no hallará en él lo que piensa; cuando esto le dice, ríese dello, y no lo cree, hasta que, entrado en este golfo, y pasados los primeros dias de novedad y gusto, despues, cansada la vida, perdida la salud, acabada la hacienda, gastado ya sin ningun fruto el favor, desengañado de

las esperanzas vanas en que estribaba, y conociendo bien que no hay deudo ni amistad ni agradecimiento en Córte, sólo, desamparado y afligido se halla tendido en una cama, y se acuerda con amargura y dolor de su casa y de lo que su amigo, cuando partió della, le dijo, y él no habia entendido, hasta que la tribulacion y el mal suceso se lo hizo entender. Porque entónces llora su desvarío, sospira por su rincon, condena su mal consejo, y entiende que no es más rico el que más tiene, ni más bienaventurado el que manda más, sino el que se contenta con ménos, y aunque tarde, tiene por mejor una vida quieta, segura y moderada, que el bullicio y tráfago y resplandor engañoso de la Córte. Pues vale más, como dice el Sabio [1], un bocado de pan á secas comido con gusto, que no los convites y fiestas de los pecadores.

Pues ¿qué diré de los privados y ministros que adoran á los Reyes y los sirven como á dioses, y se visten en todo y por todo de su voluntad, y nunca sueñan sino cómo la ejecutarán, y con qué medios y artificios la ganarán, pensando tener en ellos cierta y segura su bienaventuranza? Pero cuando la fortuna se muda, y el aire fresco del favor y privanza se les vuelve, y no pueden ver sereno el rostro de

1 *Prov.*, XVII.

su Príncipe, y por un pequeño descuido se olvidan los muchos y grandes y largos servicios que hicieron, entónces comienzan á entender lo que dice el Profeta [1]: «Mejor es confiar en Dios que no en el hombre; mejor es confiar en Dios que no en los Príncipes de la tierra [2]. Y, no querais confiar en los Príncipes, que son hijos de hombres, porque no hay en ellos salud.» Lo cual aunque muchas veces lo habian oido, nunca lo habian entendido, hasta que la experiencia se lo enseñó.

Y lo mismo hemos de decir del ambicioso que quiere ser adorado y estimado de todos, cuando le viene alguna deshonra y afrenta, y del codicioso y rico, cuando pierde su hacienda, y del que por derramarse, y dejar la rienda á su ciego apetito se ve cargado de enfermedades contagiosas, y podrido, pagando con dietas, sudores, unciones y dolores, los gustos momentáneos y sucios, que ya pasaron, aunque no pasó la culpa, y la deuda, y memoria dolorosa dellos. Todos estos, y los demas, por medio de la tribulacion, se reconocen, y se vuelven á Dios, y dicen, con el Real Profeta [3]: «Cuando me vi afligido llamé al Señor, y oyóme.» Porque, como habemos dicho, la tribulacion nos da entendimiento para que entendamos lo que muchas veces habiamos oido y

1 Psalm. CXVII. 2 Psalm. CXLVI. 3 Psalm. CXX.

no entendido, y desta suerte nos purga y libra del pecado.

Éste es un don de Dios tan admirable, que no hay hombre que en esta vida le pueda entender como él es; porque es tan grande, cuanto es grande el mal del pecado que se nos perdona por él: el cual, por ser contra Dios nuestro Señor, que es bien infinito, es en cierta manera infinito y causador de infinitos males. Y uno dellos, y el mayor de todos, es tener á Dios por enemigo y ser aborrecido y desechado dél. Porque si acá en el mundo tanto se siente el estar en desgracia del Rey, y saber que contra su poder no hay lugar en el Reino seguro, ¿qué será el tener enojado al Rey de los Reyes, en cuya comparacion todos los Reyes de la tierra son Príncipes pintados? Tener contra sí aquel Señor á quien dice el Real Profeta [1]: «¿Adónde iré, que no me halle vuestro espíritu? ¿Adónde huiré de vuestro rostro? Si yo subiere al cielo, allí estais; si bajáre hasta el infierno, allí os hallaré; si madrugáre por la mañana y tomáre alas para volar, y moráre en las partes más remotas y apartadas de la mar, ahí me llevará vuestra mano, y vuestra diestra me tendrá.» ¿Qué seguridad puede tener el que tiene por enemigo á Dios, ó qué vida el que vive sin Él, que es vida de todas las cosas?

1 Psalm. CXXXVIII.

Deste daño tan temeroso nos libra la tribulacion, purgando el ánima, y alcanzándonos perdon de nuestros pecados, como hemos dicho.

De aquí se sigue otro bien inestimable, que es librarnos de las penas del infierno, á las cuales estamos obligados por el pecado mortal. Y ellas son tan horribles y espantosas, que todas las desta miserable vida, juntas, y amontonadas en uno, si se cotejan con ellas, no son más que una sombra ó sueño de penas. La cárcel, la galera, la pobreza, la infamia, el dolor agudo, la angustia y quebranto de corazon, y todo lo que acá nos suele afligir y congojar, no es más que un rascuño de males pintados, y los del infierno son los verdaderos. Los unos son breves, pues se acaban con la vida, que es tan corta, y los otros no tienen fin, y son pasto con que para siempre vive la muerte.

Demas desto, líbranos la tribulacion de las penas del purgatorio, que son terribilísimas y más graves que todas las que en esta vida se pueden pasar, como dice san Agustin [1], aunque se aplacan con la esperanza que se han de acabar, la cual esperanza falta á los condenados. Porque, despues que el Señor nos perdona, por su misericordia, la culpa del pecado mortal, y la obligacion de la pena eterna en que por él caimos, quiere que satisfagamos y pa-

1 Aug., lib. *De pœnit.*

guemos lo que debemos con pena temporal, ó en esta vida, ó en la otra. Y es grandísima merced de Dios cuando nos da tiempo y comodidad para que lo paguemos en ésta. Y para que el cuerpo que tuvo parte de contento en la culpa, lleve tambien su parte de la pena, sin que sea necesario que el ánima lo pague todo. Porque si entrasen dos compañeros juntos en un meson y comiesen en él á su placer, y despues el uno se huyese secretamente, el mesonero apretaria al compañero que quedó para que pagase el escote por ambos. Así, porque el ánima y el cuerpo de compañía se gozan en el deleite del pecado, es bien que hagan la penitencia y paguen juntos los que comieron juntos, para que no sea menester que sola el ánima pague su parte y la del cuerpo en el purgatorio. Esto hace la tribulacion, afligiendo al cuerpo, y atormentándole para que pague lo que debe, y el gusto que recibió con el bocado sabroso.

Por esto permite Dios que la mujer tenga un marido áspero de condicion, y el marido una mujer insufrible, y que el hijo desobediente y travieso aflija al padre, y que el amigo engañe al amigo, y la pobreza nos apriete, y la enfermedad nos consuma, y otras fatigas y calamidades nos ejerciten, para que, tomándolas con paciencia, y como enviadas de su ben-

dita mano, paguemos aquí á poca costa nuestra, lo que con tanta costa habiamos de pagar en el purgatorio. Y esta es una misericordia tan soberana é inestimable del Señor, como se puede ver de lo que san Antonino, arzobispo de Florencia, cuenta [1], y es: que estando una persona muy fatigada de una larga y penosa enfermedad, suplicó á Dios que la librase della, porque se le acababa la paciencia, y no podia ya más resistir á los dolores agudos y continuos que la atormentaban. Envióle el Señor un ángel que le dijese que ella habia de purgar sus pecados, ó en esta vida con dos años más de aquella enfermedad, ó con tres dias de penas del purgatorio; que escogiese de las dos cosas la que queria. Escogió la pena del purgatorio por librarse de la del dolor y enfermedad, que por ser de dos años y presente le debia parecer mayor. Murió y fué al purgatorio. Al cabo de una hora de estar en él, le apareció el mismo ángel que ántes le habia aparecido para consolarla y animarla, y como ella le viese y oyese dél quién era, le dijo que ¿como le habia dicho que no estaria sino tres dias en purgatorio, habiendo estado ya tantos años en aquellos tormentos? Los cuales, por ser tan horribles y penosos, una hora le habia parecido muchos años. Y pidióle que suplicase á

1 IV P. *Summæ*, tít. XIV, § 4.º

nuestro Señor que no mirase á su insipiencia y mala eleccion, sino que la volviese al cuerpo y la dejase padecer en él todas las enfermedades y dolores el tiempo que fuese servido, librándola de aquellas penas. Y así se hizo; y llevó con gran paciencia y alegría sus trabajos y fatigas, á trueque de no pasarlas en el purgatorio. Y conforme á esto, es muy gran misericordia del Señor afligirnos en esta vida, para que paguemos en ella nuestras culpas, y no en la otra, aunque sea con pena de purgatorio.

De otra manera, asimismo, purga la tribulacion el ánima, que es preservándola y haciendo que no caiga en pecado, porque le sirve de una como medicina preservativa y la tiene que no caiga; para lo cual es de saber que aunque el hombre de suyo es frágil y caedizo, y resbala con cualquier ocasion de pena y de alegría; pero es cierto que son más en número y más fáciles y peligrosas las caidas en el tiempo de la prosperidad que de la adversidad, y que muchas veces caemos por la una, y nos levantamos por la otra. Y por esto dice san Ireneo [1] que ántes del dia del juicio vendrá el Antecristo, y enviará Dios muchos trabajos y penas, para que, siendo afligidos los justos, y purgados de los pecados que tienen, y pre-

1 Lib. V., *Adversus hæreses*, c. XXVIII et XXIX.

servados de las culpas en que caerian, puedan volar derechos al cielo.

Este efecto hace la tribulacion en dos maneras: la una, debilitando y enflaqueciendo al enemigo, y la otra, quitándole las armas con que nos hace guerra. Porque el enemigo principal que tenemos es el hombre viejo y la concupiscencia y mala inclinacion arraigada en nuestras entrañas, con que nacemos, la cual se reprime y enfrena y pierde sus bríos con la tribulacion. Y las armas con que nos hace la guerra y combate son aquellas de que dice el Apóstol y Evangelista san Juan [1]: «Todo lo que hay en el mundo, ó es concupiscencia y deseo de carne, ó concupiscencia de ojos, ó soberbia de la vida.» Quiere decir que todos los males de culpa que hay en el mundo manan de tres fuentes, que son: el deleite de la carne, y la codicia de hacienda, y la ambicion y deseo de honra y de propia estimacion; porque todos los pecados que cometen los hombres, los cometen por alcanzar una destas tres cosas, ó por huir de sus contrarias. Pues para esto nuestro soberano y sapientísimo Médico nos envia enfermedades y dolores, para que nuestra carne se debilite y domestique, y sujete á la razon y tome mejor el freno; y le quita los gustos y deleites, que son la materia

1 II, Joan. II.

del pecado y las armas con que nos hace guerra, y de la misma manera, y por la misma causa, nos quita la hacienda y la honra, para purgar y limpiar con la tribulacion el alma, lo cual se hace en el modo que hemos declarado. Pero vamos adelante, y veamos cómo alumbra la tribulacion.





CAPÍTULO VIII.

Cómo alumbra la tribulacion.

No solamente purga y alimpia el alma la tribulacion, sino tambien la esclarece y alumbra; y así dijo el Espíritu Santo en el *Eclesiástico* [1]: «El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?» Dando á entender que la escuela de la sabiduría, donde el hombre es enseñado y alumbrado es la tribulacion. Lo mismo nos enseña lo que dijimos en el capítulo pasado de Isaías [2]: que la afliccion hace que se entienda lo que muchas veces se habia oido y nunca se habia entendido. Y el mismo profeta Isaías dice en otro lugar, hablando con Dios: «Señor, en su angustia os han buscado, y en la tribulacion, cuando se quejan y murmuran, los enseñais.» Y Oseas, en persona de Dios, dice [3]: «Por esto yo la atraeré con blandura, y la llevaré á la soledad,

1 *Eccless.*, XXXIV. 2 Isai., XXI. 3 Osea., II.

y le hablaré al corazon.» La soledad es la tribulacion, porque los que son muy acompañados en la prosperidad y tienen muchos que se les venden por deudos y amigos, luégo los desamparan en trocándose el viento y viniendo la adversidad, y quedan solos, como lo vemos cada dia por experiencia. Mas en esta soledad habla Dios al corazon y le alumbra y enseña. Pero veamos cómo le alumbra, y qué cosas son las que le hace ver.

Para declarar esto mejor, tomemos al santo Tobías, y considerémosle cuando estaba ciego y no podia ver. Cierto es que en este tiempo no veia ni las cosas que tenía debajo de sí, ni sobre sí, ni cabe sí, y finalmente, que ni áun á sí mismo no veia. Alumbróle Dios por medio del ángel san Rafael [1], y con la luz del cielo que recibió, vió todas estas cosas que ántes no veia. Y ¿cómo fué alumbrado? Con la hiel de un pece, para que entendamos que con la hiel y amargura de la tribulacion, que, á manera de pece, anda nadando por las aguas turbias deste siglo, son esclarecidos nuestros ojos y reciben luz soberana del Señor, para que veamos primeramente las cosas que están debajo de nos. Estas son todas las cosas criadas debajo del cielo, que no tienen uso de razon: la honra, la hacienda, la salud, la hermosura, la fortaleza,

1 Tob., XI.

los cargos y dignidades, los deleites y regalos, y finalmente, todo lo que Dios cria acá abajo para uso y servicio del hombre. Con las cuales cosas pecamos y ofendemos á nuestro Señor de dos maneras. La primera, pensando que tenemos estos bienes de nuestra cosecha, y no reconociéndolos ni agradeciéndolos á Dios. Y aunque, cuando consideramos las cosas, no caemos con el pensamiento en este engaño, porque es muy claro; pero con las obras muchas veces caemos en él, abrazándonos con el don, y no haciendo caso del que nos le dió, y creyendo que la nobleza que tenemos no la debemos á Dios, sino á nuestros progenitores, y que el oficio y hacienda que alcanzamos fué por nuestra habilidad é industria. Y por esto nuestro Señor nos quita estos dones que Él nos habia dado, para que cuando nos falten volvamos á él y se los pidamos, conociéndole por Señor y dador dellos. La otra manera con que pecamos en estas cosas bajas, es estimándolas y haciendo más caso dellas de lo que ellas merecen, amándolas excesivamente, deseándolas y procurándolas con grande ánsia y afecto, desentrañándonos como las arañas, y tejiendo redes para cazar moscas y cosas que se lleva el viento. Por esto Dios nuestro Señor, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son durables, y di-

chosos los que los poseen, y que el cargo es perpétuo, y que la hacienda no se puede menoscabar, ni perderse la honra ni la gracia del Príncipe, ni la amistad de los poderosos, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, ni enflaquecerse la gallardía y vigor de la juventud; y finalmente, que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida; entónces á deshora nos quita estos bienes, para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad [1].

Y muchas veces nos los quita al tiempo que estamos más descuidados y abrazados con ellos, y que nos parece tenemos en ellos entera seguridad. Como aconteció á aquel rico del Evangelio, que decia, hablando consigo [2]: «Alma mia, tú tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa ahora, come y bebe y date á regocijos y banquetes, porque seguramente lo puedes hacer.» Pero á este tal, en el mismo tiempo que estaba con esta paz y seguridad, causada de las trojes y bodegas llenas que poseia, le dijo Dios: «Necio, esta noche dejarás la vida, y con ella la hacienda que tienes allegada, y no sabes de quién será, y por ventura vendrá á manos de quien la des-

1 Aug., *in psalm.* VIII. 2 Luc., XII.

perdicie y derrame, y lo que tú con tanto cuidado, escaseza y miseria has allegado, lo disipe y pierda en un tumbo de un dado.»

Desta manera nos alumbra la tribulacion, para que veamos estas cosas inferiores, y no ménos para que conozcamos las penas del infierno, que tambien están debajo de nosotros. Porque si acá en esta vida sentimos tanto un dolor de ijada ó de piedra, ó otro cualquiera riguroso y vehemente, que sabemos ha de ser breve, porque, ó se ha de acabar, ó nos ha de acabar, y nos parece que no lo podemos sufrir, y que la misma muerte es más tolerable, y estamos en una perpétua congoja y agonía miéntras que dura, con tener para aplacarle muchos alivios y remedios de médicos y medicinas, y de personas que nos consuelan y animan, ¿qué sentimiento debemos tener de aquellas penas que están aparejadas á los pecadores, sabiendo que son tan terribles y espantosas, que todas las desta vida se pueden tener por regalo en su comparacion, y que no se han de acabar jamas, sino que han de correr á las parejas con Dios? Por eso dijo Isaías [1]: «¿Quién de vosotros podrá morar con el fuego tragador? ¿Quién podrá habitar con las llamas que no tienen fin?» San Gregorio dijo: «Si Dios castiga tan ásperamente en el lugar de perdon,

1 Isai., XXXIII.

¿cómo castigará adonde no hay esperanza de perdon ni de misericordia?» Si á un hombre le atasen en una cama blanda y regalada, y le dijesen que habia de estar en ella todos los dias de su vida, ¿cómo lo sentiria? ¿Qué pena tendria? ¿Cómo le pareceria que aquélla no era cama blanda, sino dura cárcel é insufrible tormento? Pues ¿qué será estar por todos los siglos de los siglos en aquella cama horrible de fuego infernal, que nunca se acaba, ni tiene necesidad de leña para sustentarse, sino que él mismo se aviva y sustenta, porque quema y atormenta como verdugo vengador de Dios? Si una mota que nos cae en los ojos tanto nos aflige, si una brizna que se atraviesa entre los dientes no nos deja reposar hasta echarla fuera, ¿cómo vivimos tan descuidados y tan olvidados de lo que ha de ser y de tales advenideras, pues tanto nos fatigan, por más ligeras que sean las presentes? Esto nos enseña la tribulacion, y nos alumbra, para que por lo que ahora padecemos estimemos con ponderacion lo que padecerémos en el infierno, si perseveramos en el pecado.

Tambien nos alumbra la tribulacion para que veamos y estimemos las cosas que están encima de nosotros, que son aquellos bienes incomprehensibles de la gloria y bienaventuranza que esperamos. Porque la misma tribu-

lacion nos despierta, y el mal recaudo que hallamos en la venta nos hace desear nuestra patria, sospirar por ella, y conocer que somos peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, y que no puede esta tierra producir sino espinas y abrojos y penalidades, que nos lastimen y aflijan. Y de aquí sacamos cuán gloriosa y bienaventurada es aquella morada celestial, de donde el dolor y la fatiga, la enfermedad y la muerte, y todo lo que es pena y miseria, está desterrado perpetuamente, y no hay sino todo lo contrario de lo que en esta miserable vida nos congoja y acaba. Y así, á las riberas de Babilonia sentados y llorosos nos acordamos de la celestial Sion. Porque, como dice el bienaventurado San Gregorio: «A los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria.»

Estas dos consideraciones que podemos sacar de la tribulacion para estimar las penas del infierno y los bienes del paraíso, las pone san Juan Crisóstomo por estas palabras [1]: «Todas las cosas desta vida son como una sombra ó sueño, y por eso debemos mirar y esperar las de la otra, porque, comparados con ella, todos los males presentes nos parecerán como si no fuesen, así por su naturaleza como por el tiempo y duracion. ¿Qué tiene que ver todo lo que

1 Hom. XXVIII, *ad Heb.*

aquí padecemos con aquel fuego que nunca se acaba, con aquel gusano que nunca muere, con aquel crujir de dientes, con aquellas tinieblas exteriores y prisiones horribles, con aquella perpétua y sempiterna angustia, congoja y afan? Demas desto, ¿qué proporcion puede haber del tiempo breve á la eternidad, con la cual cotejados diez mil años, no son más que una gota de agua respecto de la inmensidad del mar? Pues si ponemos los ojos en aquellos bienes que ni ojo humano puede ver ni oido oir, ¿no debriamos escoger y desear morir mil veces y pasar por ruedas de navajas y por todos los tormentos deste mundo por alcanzar aquel tesoro de inestimables bienes que el Señor nos tiene prometido?» Hasta aquí es de san Juan Crisóstomo.

Alúmbranos asimismo la tribulacion para que conozcamos á nuestro prójimo, que está cabe nosotros, que comunmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos; cuando él tiene necesidad, y nosotros abundancia; él algun trabajo y miseria, y nosotros descanso y prosperidad; y parécenos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena. Y como si fuésemos de otro barro ó de otro metal, pensamos que somos privilegiados y exentos de las calamidades que pasan por otros, y por esto no nos compadecemos

dellos ni les damos la mano. Para que lo hagamos, nos envia Dios las tribulaciones, y para que de nuestra pena y aflicion saquemos la aflicion y pena de nuestros hermanos, y nos ablandemos y compadezcamos, y los socorramos y proveamos en sus necesidades. Por esto dijo el Sabio [1]: «Por lo que tú sientes en tí entenderás lo que siente tu prójimo;» que es lo que vulgarmente decimos: «De mi mal saco el ajeno.»

Pero aunque para todas estas cosas que habemos dicho nos da luz la tribulacion, y ellas son de tanto provecho; pero no lo es ménos la que nos da para que nos conozcamos y humillemos. Porque verdaderamente el hombre en la prosperidad es ciego, y no se conoce hasta que la tribulacion le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías [2]: «Yo soy varon que conozco mi pobreza, cuando vos, Señor, levantais la vara de vuestra indignacion.» Y Daniel dice [3], hablando del rey Baltasar: «Pesáronle en la balanza y halláronle falto.» Porque en el tiempo del consuelo y de la prosperidad nos parece que somos de justo peso, y que por ningun trabajo, peligro ni pena no faltarémos, ni tentacion alguna, por grave que sea, será parte para derribarnos. Hacemos grandes propósitos y trazas; pero en pesándonos con la tribulacion, luégo desmayamos y

1 *Eccles.*, XXXI. 2 Tren. III. 3 Dan., V.

caemos, y conocemos que no somos tan valientes como pensábamos, y llorando nuestra flaqueza, nos humillamos y confundimos, y acudimos por favor á Dios; y desta manera nos alumbra la tribulacion para que nos conozcamos.

Asimismo, porque cuando estamos en algun grande aprieto, tenemos grandes deseos y propósitos de hacer y de acontecer, de emendar la vida y huir de las ocasiones, tener oracion y confesar á menudo; pero en pasando aquel aprieto y hallándonos con mas anchuras, luégo nos olvidamos de todos aquellos buenos propósitos, y volvemos á nuestros vicios y demasías; y así conocemos cuán mudables é inconstantes somos para lo bueno, y cuán fáciles é inclinados á lo malo. Y con esto, como dije, nos confundimos y humillamos, y acudimos al Señor para que nos sustente y esfuerce, como lo suele hacer por su misericordia, labrándonos con el martillo de la tribulacion, y ensan chando y dilatando nuestro corazon para que digamos [1]: «Bueno ha sido para mí, Señor, que me hayais humillado, para que yo aprenda vuestra ley, que es la que sola justifica y es causadora de toda justicia y santidad.» Desta manera, pues, alumbra la tribulacion; pero veamos cómo perficiona.

1 Psalm. CXVIII.



CAPÍTULO IX.

Cómo perficiona la tribulacion.

LA perfecion de cada cosa es el fin y cumplimiento della, y aquella cosa se dice perfeta, que es acabada y tiene todo lo que debe tener. Y conforme á esto, la perfecion del hombre en esta vida, de la cual hablamos, consiste en unirse y juntarse perfetamente con Dios, que es su último fin y todo su bien; lo cual se hace por amor, y por medio de una virtud sobrenatural que infunde el mismo Dios en el ánima, que es la caridad, con la cual amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por el mismo Dios. Y así dijo San Pablo [1]: «El fin del precepto es la caridad de puro corazon y buena conciencia y fé no fingida.» Y en otro lugar [2]: «El cumplimiento de la ley es la dileccion y caridad.» Y en otro [3]: «Sobre todas las cosas tened caridad,

1 I, *Tim.* I. 2 *Rom.*, XIII. 3 *Colos.*, III.

que es el ñudo y vínculo de la perfecion.» Y el Sabio dijo [1]: «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque en esto consiste el sér del hombre»; quiere decir, porque cuando el hombre guarda los mandamientos de Dios, entónces es hombre perfeto y cabal; y todo esto comprende la caridad, la cual no puede poseer el que no guarda lo que le manda Dios, como lo dice el glorioso Evangelista san Juan [2]. Pues para alcanzar esta caridad y perfeto amor de Dios, ayuda mucho la tribulacion, y así nos perficiona y afina. Lo cual hace en dos maneras: la primera, haciendo el corazon capaz de Dios; y la otra, hinchiéndole deste divino licor y maná celestial de la caridad.

Para entender esto se ha de presuponer que nuestro corazon es como un vaso que no puede estar vacío, sino que siempre está lleno, ó del amor propio, ó del amor de Dios; y que cuando más lleno estuviere del amor de sí mismo, tanto ménos podrá recebir del amor divino. Porque es imposible que estos dos amores, siendo contrarios é incompatibles, se junten y quepan en grado perfeto en un corazon. Y así, el que desea henchir su ánima deste licor suavísimo y preciosísimo de la caridad, ha de procurar vaciarle deste otro amor bajo y vil de sí mismo y de todas las cosas de la tierra, como lo dice

1 *Eccles.*, XII. 2 I, Joan., III.

san Agustin por estas palabras: «Vaso, dice, eres, pero vaso lleno; vácia lo que tienes en él, para que recibas lo que no tienes; vácia el amor del siglo, para que seas lleno del amor de Dios.» Pues para que el hombre vácie y deseche este perverso amor, y quede capaz para recebir el amor divino, ayuda mucho la tribulacion; porque, como habemos dicho, nos alumbra y da conocimiento de nuestra miseria y bajeza; del cual conocimiento nace el ódio y aborrecimiento santo de nosotros mismos; y juntamente nos hace conocer, estimar y temer las penas del infierno, y huir el pecado, que es la puerta de la muerte é infierno, y no ménos amar y desear y sospirar por los bienes eternos, y entrar por las estrechas sendas de la virtud, que llevan á ellos, como en el capítulo pasado se declaró. Y esta luz que nos da, y este afecto que engendra en nosotros la tribulacion, es gran principio para renunciar y dar libelo de repudio al regalo de la carne y á todos los gustos de nuestra concupiscencia, que es enemigo capital de la caridad, y para huir las obras de muerte que nacen della como de su fuente; y con esto se vácia el corazon del mal licor que tiene, y queda capaz para recebir á Dios.

Pero no nos ayuda ménos con el desengaño de las cosas que vemos y padecemos cuando

estamos afligidos. Porque, cuando el hombre que estaba sano se ve en un punto enfermo, y de rico pobre, y de honrado afrentado, de privado y favorecido aborrecido y desechado, de libre cautivo, de alegre y contento descontento y caido, entiende que todas las cosas humanas son como un poco de aire ó como un sueño, y que desaparecen como humo y se deshacen como espuma, y se pasan como sombra, y que no tienen tomo, firmeza ni estabilidad; y que siendo esta su condicion y naturaleza, no hay que fiar en ellas ni alegrarnos mucho cuando vienen, ni entristecernos cuando se van; pues no podemos mudar con nuestras lágrimas su naturaleza, ni tener la corriente del rio impetuoso. Y por esto dijo un sabio: «No es grande el que piensa que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales.» Con la cual sentencia, dice Possidonio [1] que se consolaba mucho el glorioso Padre san Agustin cuando estaba la ciudad de Bona cercada de los vándalos.

Tambien nos hace capaces de la caridad la tribulacion de otra manera, que es, labrándonos y dilatando y extendiendo los senos de nuestro corazon á puros golpes, como lo hace el platero cuando martilla un vaso de plata. Y así dijo David, hablando con Dios [2]: «Cuando

1 Possidonio, en la *Vida de san Agustin*. 2 Psalm. IV.

os llamé me oísteis, Dios mio, causador de mi justicia; en la tribulacion dilatastes y ensanchastes mi corazon.» Lo cual hace nuestro Señor, ó librándonos de la pena que tenemos, para que despues de la tempestad, sosegada ya la mar, acudamos á él y le alabemos, ó mitigando la misma tribulacion y haciéndola suave con la dulzura de sù divino consuelo. Porque una sola gota de la consolacion divina tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar Océano de aflicciones, como lo vemos en los santos mártires. Y por esto dice san Pablo [1] que se gloriaba en sus tribulaciones. Y de los apóstoles se escribe [2] que iban muy alegres delante del concilio, porque habian sido tenidos por dignos de padecer por el nombre de Cristo injurias y baldones. Y por esta misma causa, prometiendo nuestro Señor ciento tanto, áun en esta vida, á los que por su amor dejaren el padre y la madre y los hermanos, añade [3]: *etiam cum persecutionibus;* aunque tengan persecuciones. Para que entendamos que no nos promete bienes temporales, como se prometian en la ley vieja á los judíos, sino que habemos de pasar trabajos y persecuciones si queremos seguir la virtud; mas que no podrán ellas ser parte para que áun en esta vida no recibamos ciento tanto más de lo que deja-

1 *Rom.*, v. 2 *Act.* v. 3 Marc., x.

mos. No solamente porque los dones espirituales y las otras mercedes que recebimos del Señor valen ciento y cien mil veces tanto más que todas las cosas perecederas, sino tambien porque muchas veces las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.

De un caballero y hombre principal llamado Arnulfo, se lee que habiendo seguido la milicia y tenido mucha honra y regalo en el siglo, se convirtió á penitencia por la predicacion de san Bernardo, y dando de mano á todas las cosas, se entró en la órden de Claravale y fué muy gran siervo de Dios. Éste solia padecer una recia enfermedad de cólica, y estando una vez, por la fuerza del dolor, casi sin sentido y sin esperanza de vida, hablando con el Señor, le decia: « Verdaderas son todas las cosas que dijistes, oh buen Jesu; muy bien pagais, Señor, en esta vida lo que prometeis; bien cumplis vuestra palabra, porque yo áun en estos mismos dolores lo pruebo y recibo ciento tanto más de lo que por vos dejé. » Tanta era la abundancia y fuerza del divino consuelo, que agotaba y deshacia la terribilidad y aspereza del tormento que padecia, y le hacia fácil y suave el cáliz amargo de aquel dolor. Porque,

así como no ha menester Dios nuestro Señor pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan, así no tiene necesidad de consuelos y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos.

Con esta experiencia que tienen del socorro y favor que da nuestro Señor á los atribulados cuando le llaman con humildad y confianza, se disponen ellos más y aparejan el corazon para recebir el divino amor. Y no haciendo caso de todas las cosas caducas y transitorias (que son como unos algibes rotos, que no tienen agua ni la pueden tener para apagar la sed), les muestra el Señor aquella fuente de vida que sola puede hartarlos y llenarlos sin medida. Y no solamente se la muestra, pero tambien les aprieta, y como á caballo rebelde y mal domado, con la vara y espuela de la tribulacion les hace y casi compele llegar á ella, y él es tan bueno y tan deseoso de comunicarse á su criatura, que en hallándola aparejada y vacía, luégo la llena.

Desta manera ayuda la tribulacion para que alcancemos la perfecion, que, como dijimos, consiste en la caridad; y así lo dice el Apóstol

por estas palabras [1]: «La tribulacion obra en nosotros paciencia, la paciencia probacion, la probacion esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios está en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido comunicado.»

Demas de perficionarnos la tribulacion, tambien nos conserva en la misma perfecion que por ella habemos alcanzado. Porque es como un cofre de hierro fuerte, en que se guarda el tesoro de la divina gracia, y como la espina, que defiende la rosa para que no sea manoseada y pierda su belleza y frescor, y como la corteza dura y áspera, que encierra en sí la dulzura del meollo. Y para concluir este capítulo, la tribulacion perficiona al alma; porque, como dice san Gregorio [2], los trabajos y penas le sirven de alas para volar al cielo, adonde solamente se halla la perfecion absoluta y cumplida que ella puede tener, viviendo y amando aquel infinito bien, sin poderse divertir dél.

Y demas destos tres frutos tan señalados y excelentes que obra la tribulacion en los que della se saben aprovechar, hace otros maravillosos, que sería largo si los quisiésemos declarar todos. Basta decir que ella es la trilla que aparta la paja del grano, la lima áspera

1 *Rom.*, v. 2 Greg., lib. VI., *Mor.*, cap. IV.

que quita el orin y alimpia el hierro, el fuego y fragua que le ablanda, el crisol que apura y afina el oro, la sal que conserva los mantenimientos, el martillo que nos labra, el agua con que se templa y apaga el fuego de la concupiscencia, la pluvia del cielo con que bañada y regada la tierra de nuestra alma, da copioso fruto; la helada con que se arraigan y acepan los panes, el viento con que más se enciende el fuego del divino amor, y con que más presto llegamos al puerto; el acíbar con que nos destetamos y dejamos el pecho dulce y ponzoñoso de las criaturas, la medicina amarga con que nos curamos y sanamos, el lagar en que pisada la uva, da vino oloroso y sabroso; y finalmente, es la librea de los hijos de Dios y la prueba cierta del siervo fiel del Señor. Porque, así como en el tiempo de paz muestra el Rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él, así en el tiempo del consuelo y favor, el Rey del cielo nos da á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos, mucho mejor que en el de la prosperidad.





CAPÍTULO X.

De los efetos que hace en los malos la tribulacion.

Así como la tribulacion purifica, y alumbra y perficiona á los buenos, y produce frutos admirables en ellos de paciencia, humildad y confianza, así en los malos causa efetos contrarios de impaciencia, soberbia y desesperacion. Porque, como dijimos, es trilla que alimpia el grano, que es el hombre justo, ó el que, aunque es pecador, se reconoce y convierte á Dios, y juntamente aparta la paja liviana, que son los malos, los cuales con el viento de la tribulacion se desbaratan y derraman. Y así como en el mismo fuego se purifica y afina el oro, y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo resplandece más como el oro, y el malo, como leño seco é infructuoso, se consume. Por esto dijo san Cipriano [1]: «Para

[1] Lib. *De bono patientiæ.*

examinarnos y probarnos nos da Dios varios dolores, y nos ejercita con muchas tentaciones y penas: con la pérdida de la hacienda, con los encendimientos de las calenturas, con los tormentos de las heridas y llagas, con la muerte de los amigos y queridos, y no hay cosa en que más se eche de ver quién es cada uno, y en que se diferencien más los justos de los pecadores, que en el tiempo de la tribulacion; porque en ella el pecador con la impaciencia se queja y blasfema, y el justo con la paciencia se prueba y afina, como está escrito en el *Eclesiástico* [1]: «Ten sufrimiento en el dolor y paciencia en tu trabajo, porque en el fuego se prueba el oro y la plata.»

Las ondas del mar Bermejo sirvieron de muro á los hijos de Israel y ahogaron á los egipcios [2]; dándonos á entender que las aguas de la tribulacion son para guarda y defensa de los buenos, y para castigo y tormento de los malos, los cuales, como están desarmados y desapercebidos, y les falta el gobernalle de la paciencia y las armas de las virtudes, con que los buenos se defienden cuando pasan el golfo impetuoso de las tribulaciones, dan al traves en las rocas de la ira, de la blasfemia y pusilanimidad y desesperacion.

De aquí vienen á dudar de la providencia de

1 *Eccles.*, II. 2 *Exod.*, XIV.

nuestro Señor, y á parecerles que no está con nosotros ni cuida de nuestros trabajos, y á decir, con Gedeon [1]: «Si el Señor está con nosotros, ¿cómo han venido sobre nosotros tantos males? Si Dios fuese mi padre, ¿cómo me afligiria? ¿cómo no remediaria este daño? ¿cómo no alzaria de mí este castigo tan pesado, largo y trabajoso?» Y juzgando que no tienen en Dios amparo y favor, se vuelven á los enemigos de Dios y acuden á mujeres hechiceras y á hombres que tienen pacto con el demonio, y muchas veces al mismo demonio, pensando hallar en él el remedio que no hallan en Dios.

Vienen á jurar y á blasfemar y á maldecir al Señor, y á seguir el consejo de la loca é importuna mujer de Job, que, vencida de las calamidades que veia en su casa, dijo á su marido [2]: «¿Aun vos permaneceis en vuestra simplicidad y engaño? Maldecid al Señor, y moríos.» Pero él respondió: «Vos habeis hablado como una de las mujeres necias é insipientes. Si habemos recebido de mano del Señor las cosas prósperas y alegres ¿por qué no recebirémos las adversas y tristes?» Estos tales echan maldiciones á los padres que los engendraron; trabajan los domingos y fiestas sin necesidad; hurtan para remediar su pobreza; venden por dinero la verdad y son tes-

1 Jud., VI. 2 Job, II.

tigos falsos en juicio; murmuran de los poderosos; juzgan mal de todos, y sus lenguas son navajas que cortan y despedazan las carnes de sus prójimos, y en fin, viven como hombres sin Dios. Y habiendo de entender que sus culpas son causa de sus penas y de procurar enmendar la vida para que así cese la ira y azote de Dios, ellos multiplican sus pecados, y el Señor multiplica sus castigos. Como prometió de hacerlo en el *Levítico* por estas palabras [1]: «Si despreciáredes mis leyes y hiciéredes poco caso de mis mandamientos, y no guardáredes lo que yo he ordenado, y quebrantáredes el concierto que hay entre nosotros, yo tambien os visitaré prestamente con pobreza y angustia que aflija vuestros ojos y consuma vuestras almas; sembraréis y no cogeréis, porque vuestros enemigos destruirán lo que hubiéredes sembrado; mostraros he el rostro airado, y caeréis delante de vuestros enemigos, y seréis esclavos de los que os aborrecen; huiréis sin que nadie vaya tras vosotros. Y si con todos estos castigos no quisiéredes obedecerme, yo añadiré siete veces tanto otros mayores por vuestros pecados, y quebrantaré la soberbia rebelde de vuestra dureza, y os daré un cielo de hierro y una tierra de metal.» Y va diciendo otras espantosas amenazas, por las cuales da

1 *Levit.*, XXVI.

á entender Dios que nos castiga por nuestros pecados, y que cuando no nos aprovechan los castigos más blandos, envia otros más terribles y rigurosos.

Éstos son aquellos de los cuales dice el Profeta Jeremías [1]: «Herido los habeis y no han tenido dolor, habeislos azotado y ellos no han querido aceptar la disciplina.» Y en otro lugar [2]: «Muerto he y destruido á mi pueblo, y con todo eso no se ha emendado ni entrado por camino. Y curado hemos á Babilonia, mas ella no ha sanado» [3].

De cualquier manera que sea, el Señor ha de ser glorificado en la tribulacion, ó con la emienda ó con el castigo del pecador, y siempre saca admirables provechos della, ó manifestando su justicia ó su misericordia. Porque primeramente, aunque el pecador con la tribulacion se exaspere y se enoje y embravezca y desespere, y blasfeme y se queje de Dios, y caiga en otras culpas que nacen de la angustia y quebranto de su corazon; pero en este mismo tiempo deja de caer en otros pecados y maldades en que cayera si tuviera contento y se hallára en prosperidad, la cual es madre del deleite, de la ociosidad, de la gula, lujuria, soberbia, vanagloria y de otras semejantes, ó mayores, ó no nada menores culpas que las

1 Hier., v. 2 Ibid., xv. 3 Ibid., LI.

que comete en el tiempo de la adversidad. Y desta manera, puesto caso que nuestro Señor sea ofendido del pecador por ocasion della, excusa con ella los otros pecados en que cayera si no se viera acosado y afligido.

Lo segundo, descubre el Señor los tesoros de su divina providencia. Porque cuando á un hombre que ántes mandaba y vedaba á su antojo, y trataba los negocios de Dios sin Dios. despues por sus maldades le vemos caido y derribado de su trono y cortadas las alas, y con necesidad de pedir de balde socorro al que ántes no se dignaba de mirar, conocemos que hay Dios y que tiene providencia de las cosas humanas, y que aunque el premio y castigo entero de nuestras obras se guarda para la otra vida, tambien en ésta comienza y da muestras de lo que despues ha de ser. Y desto se sigue que algunos malos vuelvan en sí y escarmienten en cabeza ajena, y los buenos permanezcan en su innocencia.

Porque, así como al buen juez que tiene preso al ladron y le pesa que aquel hombre haya hecho por que merezca la muerte; pero porque la justicia pide que sea castigado, y que sea ejemplo y escarmiento para otros, le manda ahorcar, y aguarda el dia del mercado y ejecuta la sentencia con grande aparato y cuando hay más concurso de gente; así nuestro Se-

ñor, despues que ha aguardado y sufrido al pecador muchas veces debajo de los piés, le levanta alguna grande calamidad, con la cual le prende, derriba y castiga, y le hace fábula y ejemplo del mundo.

Lo tercero, en este mismo castigo manifiesta nuestro Señor su bondad, como el sol muestra más su resplandor y la virtud de sus rayos cuando el hombre por la flaqueza de su vista no puede mirar en él. Porque así como la luz es agradable á los ojos sanos y limpios, y enojosa á los enfermos y lagañosos, así los que tienen los ojos claros y limpios para ver esta luz del Señor, y la misericordia que usa con ellos cuando los castiga, se gozan de purgar sus culpas con las penas y de estar debajo de su poderosa mano y correcion. Pero los otros, como están rodeados de espesas y horribles tinieblas, no pueden ver esta soberana luz, ántes se hacen cada dia más ciegos con ella y se embravecen contra Dios, y Él más ásperamente los humilla y castiga, como lo habemos dicho, y lo dice Job por estas palabras [1]: «Todos los dias de su vida se ensoberbece el pecador, y suena en sus oidos un sonido de espanto y pavor; aunque haya paz, siempre vive sobresaltado y sospechoso de alguna celada; la tribulacion le espantará y la congoja

1 Job, xv.

le cercará, como suelen cercar al Rey sus soldados cuando se apareja para la guerra. Porque él ha extendido su mano contra Dios y hecho pié y esforzádose contra el Todopoderoso, y con la cerviz engreida y levantada se ha armado y corrido contra Él.» Por esto el Señor agrava más su mano y hiere y derriba al pecador, y echa acíbar en todos sus deleites, y por todos cabos le cerca y aflige para que se reconozca, rinda y humille, y si perseveráre en su maldad, comience aquí á padecer las penas del infierno, como lo dice san Gregorio por estas palabras [1]: «La pena presente, si convierte el corazon del afligido, es fin de la culpa pasada, y si no le convierte, es señal de la pena que se le ha de seguir.»

Y dura este castigo cuanto dura la rebeldía y obstinacion del pecador, que en los condenados es para siempre jamas. Porque, así como siempre duran sus culpas, así tambien duran sus penas, lo cual pone grima y admiracion. Porque ¿qué hombre hay tan vengativo y cruel, que si tomase á su enemigo y le colgase en una horca, le dejase estar en ella medio vivo y medio muerto un dia entero, un mes, un año, toda la vida, ó por mejor decir, infinitos años? ¿Quién no se aplacaria con este tormento? ¿Quién no se amansaria? ¿Quién no

1 Gregor., *in Registr.*

perderia su crueza y furor? Pero el Señor ve las penas terribilísimas de los malaventurados que están en el infierno viviendo en una muerte perpétua, y con todo eso no se mitiga su saña, ni les disminuye las penas, y no por eso es cruel Dios, sino justísimo juez y sapientísimo médico, pues castiga la culpa cuanto ella dura, y cauteriza la llaga miéntras que mana podre y echa mal olor.





CAPÍTULO XI.

De los medios que toman los malos para salir de las tribulaciones.

La causa porque los malos no se aprovechan de las tribulaciones ni hallan alivio y consuelo en ellas es porque no le buscan adonde se debe buscar, ni aciertan á dar en la vena de sus trabajos. Quieren salir dellos, y buscan medios para salir, mas los que toman son redes con que se enlazan y multiplican sus culpas y doblan sus penas, que son efetos dellas; porque cuando se ven angustiados y afligidos, no consideran que aquella angustia les viene de la mano de Dios, y que sus pecados son causa della, ni procuran quitarla y emendar la vida, para que Dios quite el castigo, y cesando la causa de la tribulacion, cese la misma tribulacion. Ántes, ó pensando que aquel mal les viene acaso ó que su remedio es olvidarle, procuran con un falso y dañoso engaño distraerse y ocu-

parse en cosas de entretenimiento y gusto, para que el ánima, embebecida y absorta en los deleites y pasatiempos de fuera, no pueda atender á lo que padece dentro de sí, ni sacar la espina que les atraviesa las entrañas. Por esto cuando los tales se ven congojados se dan á conversaciones profanas, á juegos, á banquetes, á solaces y comedias, y andan todo el tiempo entretenidos y embelesados en fiestas y en regocijos, porque con ellos ó se divierten, ó se olvidan de la pena que carcome y consume el corazon; y no ven que viven como sobresanados, y que dentro está la llaga, y que hasta que se corte la raíz de la pena, que es el pecado, siempre brotará y dará fruto de muerte, y que son como unas malas mujeres, podridas de dentro y afeitadas de fuera, ó como dijo nuestro Redentor [1]: «Cómo unos sepulcros, de fuera blanqueados, y dentro llenos de gusanos y de huesos de muertos.»

Castigó Dios á los egipcios, entre otras plagas, con trocar las aguas de los rios en sangre [2]; y siendo el remedio deste azote conocer al que se le daba y volverse á Él y pedirle perdon, no lo hicieron así, sino cavaron pozos y buscaron otras aguas limpias para poder beber; pero poco les aprovechó. Tomaron los filisteos el arca de Dios, y fueron afligidos por

1 Matt.. XXIII. 2 *Exod* VII.

ello, y castigados con una vergonzosa y dolorosa enfermedad [1], y para sentir ménos sus penas hicieron unas sillas blandas de pellejos en que se asentar. Y no entendian que el remedio de su mal era aplacar á Dios y enviarle el arca con dones y presentes, y que desta manera sanarian y saldrian de sus trabajos, como salieron cuando tomaron este camino. Dejó el espíritu del Señor el Rey Saul por su desobediencia, y fatigábale el espíritu malo y una profunda tristeza y melancolía. El consuelo era volverse á Dios, para que el Señor le volviese el rostro y le alegrase como ántes, con su divina presencia. Pero él tomó otro consejo y buscó uno que le tañese cuando estaba fatigado [2], y con la suavidad de la cítara y con la melodía le recrease y aliviase, y así lo hacia David, y aunque miéntras que duraba la música parecia que se aliviaba algun tanto el Rey, en cesando tornaba la tristeza á su sér, porque no era aquél su remedio, sino cortar la raiz del mal y cobrar la gracia del Señor.

No es mi intencion tratar aquí de la vanidad y engaño de los que por este camino piensan remediar sus males y declarar el peligro que hay en semejantes gustos y entretenimientos, porque esto sería alargarme más de lo que pide este tratado, y extenderme á otras

1 I, *Reg.*, VI. 2 I, *Reg.*, XVI.

cosas que no son propias dél. Pero porque el medio más eficaz que algunos toman para engañar y disimular sus penas es entretenerse con farsas y representaciones, (así por el gusto que hallan en ellas, como porque realmente se divierten más, y la novedad y variedad de las cosas que se representan suspenden los males, y no los deja pensar en ellos); y veo que de poco acá, se ha introducido y extendido mucho esta manera de entretenimiento y recreacion, y aunque se representan algunas veces por hombres y mujercillas perdidas cosas indignas de la excelencia y honestidad cristiana, quiero tomar licencia para referir aquí algo de lo mucho que acerca deste punto dicen algunos esclarecidos y santísimos doctores que han sido lumbreras de la Iglesia católica, los cuales no reprenden los espectáculos solamente por haber sido antiguamente instituidos de los gentiles en honra de sus falsos dioses (que por este título bien se ve que son detestables, y que los debe huir el cristiano), sino tambien por la ofensa que por otros muchos respetos se hace á nuestro Señor con ellos, y por la corrupcion de las costumbres y daño que se sigue á la república. Y así dice el glorioso mártir y obispo san Cipriano [1]:

«Aunque estos espectáculos no hubieran si-

1 Lib. *De spectaculis*.

do consecrados á los falsos dioses, no debrian los cristianos verlos ni hallarse en ellos, porque puesto caso que no fuera tan grave delito como es, tienen grandísima vanidad y muy indigna de la gravedad cristiana. Porque si el hombre de suyo es inclinado á los vicios, ¿qué hará teniendo quien á ellos le impela? Y si nuestra naturaleza cae de suyo, ¿qué hará si le dan empellones y enviones para que caiga?» Y el mismo Santo, habiendo ántes hablado de otros males de la república, añade estas palabras [1]: «Volved, dice, los ojos á otros daños no ménos dolorosos de los espectáculos, los cuales con su contagio inficionan. En los teatros verás cosas que te causen dolor y vergüenza; en las tragedias se cuentan las hazañas antiguas y se representan al vivo los parricidios é incestos, para que con ningun discurso de tiempo haya olvido de las maldades que en algun tiempo se cometieron. Todos los hombres de cualquiera edad que sean, oyéndolas, entienden que se puede hacer lo que en algun tiempo se hizo. Nunca mueren con la vejez del siglo los delitos; nunca la maldad se acaba con el tiempo; nunca el pecado se entierra con el olvido; ántes se hace ejemplo lo que ya dejó de ser pecado, y gustamos de oir lo que se hizo para imitarlo, ó lo que se puede hacer

1 Lib. II epist. II.

para hacerlo. Apréndese el adulterio cuando se ve representar, y con el cebo y blandura de lo que se ve autorizado con la permision de la pública potestad, la matrona que por ventura vino á la comedia honesta, vuelve de la comedia deshonesta. Demas desto, ¿cuánto estrago reciben las buenas costumbres? ¿Cuánto daño la virtud? ¿Cómo se fomentan los vicios? ¿Cómo crecen y se aumentan las maldades?» Todas éstas son palabras de san Cipriano [1]: el cual en el principio de un libro que escribe *De los espectáculos*, se queja que haya entre los cristianos tan blandos defensores de los vicios, que los quieran autorizar y defender, y que digan que se pueden ejercitar y ver los espectáculos por honesta recreacion y entretenimiento, y añade estas palabras: «Porque está ya tan debilitado el vigor de la disciplina eclesiástica, y cada dia va de mal en peor, que no buscamos ya cómo excusar los vicios, sino cómo les daremos autoridad.»

A san Cipriano siguiendo Lactancio, dice [2]: «Los gestos y los meneos de los representantes, ¿qué otra cosa enseñan sino torpezas? ¿Qué harán los mozos y las doncellas cuando ven que tales cosas se representan sin empacho y vergüenza, y son vistas de todos con aplauso y alegría? Cierto que con lo que

1 Lib. *De spectac.* 2 Lib. VI, *Instit.*, cap. XX.

ven son amonestados de lo que pueden hacer, y se inflaman en torpe concupiscencia, la cual con ninguna cosa más se enciende que con la vista; y riendo aprueban lo que ven, y vuelven á sus casas más perdidos, llevando heridas las entrañas y tocadas de la yerba ponzoñosa. Y no solamente los mozos, que se han de apartar de semejantes ocasiones porque no se inficionen ántes de tiempo; pero tambien los viejos, á quien no es decente pecar, caen en semejantes desconciertos.» Hasta aquí es de Lactancio.

San Juan Crisóstomo en una parte llama á estas representaciones pestilencia de la república [1]; en otra, fuente y manantial de todos los males [2]; en otra, cátedra de pestilencia [3], escuela de incontinencia, obrador de lujuria, horno de Babilonia [4]; en otra, fiesta de los demonios [5]; en otra dice que fué invencion del demonio para corromper y destruir el género humano [6]; en otra, habiendo comparado el teatro, que es lugar de las representaciones, con la cárcel, y dicho algunos males della, añade estas palabras: «Mas en el teatro todo lo contrario se ve, porque no hay en él sino risa, torpeza, pompa del demonio, derramamiento

1 Homil. *in Matth.* 2 Homil. LXII, *in Matth.*, XXI. 3 Hom. LXIII, *ad populum Antiochenum*, et VIII, *De pænitentia.* 4 Homil XXXI, *in* IV, *cap. Joannis.* 5 Hom. II, *in psalm.* CXVIII, *et in verba Esaiæ: vidi Dominum, ad medium*, et Homil. VI, *in Matth.*, II. 6 Homil. XLII, *in Actus Apostolorum.*

del corazon, perdimiento del tiempo, empleo de los dias sin provecho y apercebimiento para la maldad.» «Aquí se conciben, dice, los adulterios, aquí los amores deshonestos se enseñan, ésta es la escuela de la destemplanza, el incentivo de la lascivia, materia de risa y ejemplo de deshonestidad. Grandes males hacen las comedias en las ciudades, y tan grandes, que áun no sabemos cuán grandes son.» Y en otro lugar dice [1]: «Si Cristo nuestro Señor dice que el que viere á la mujer con mal deseo, ya en su corazon ha adulterado, y si vemos que una mujer que se topa acaso en la calle sin ninguna curiosidad de vestido, muchas veces roba y pervierte el corazon del que la mira con atencion, y que sola su vista basta para prenderle y encadenarle, ¿qué diremos de los que están todo el dia muy de propósito mirando á las mujeres hermosas y compuestas en las representaciones? Adonde, demas de la vista ponzoñosa, hay palabras lascivas y torpes, canciones de sirenas, voces suaves y muelles, los ojos pintados, afeitados los rostros, todo el cuerpo galano y compuesto, y otros mil lazos para engañar y prender á los que miran; adonde hay tanto descuido y confusion, y todas las cosas convidan á deshonestidad y corrupcion de los presentes, y áun de los ausentes, que despues

1 Tom. I, *de David et Saule,* Homil. III.

oyen referir lo que en la comedia se representó. Añádense á esto otras blanduras de instrumentos músicos y voces, que ablandan los corazones y los pervierten y hacen caer en la red, ó los disponen para que caigan fácilmente. Porque si en la Iglesia, donde se cantan los salmos y se predica la palabra de Dios, y está el hombre con recogimiento y reverencia del Señor, muchas veces nos saltea como ladron la concupiscencia y mal deseo, ¿cómo es posible que en la comedia, adonde no se oye ni se ve cosa buena, sino por todas partes estamos como cercados de peligros, podamos escaparnos de tan doméstico y peligroso enemigo?» Todo esto dice este glorioso Doctor.

Clemente Alejandrino dice [1]: «Védense los espectáculos y canciones, que están llenas de lascivia y de palabras vanas y torpes, dichas sin consideracion. Porque ¿qué cosa hay tan fea, que no se represente en el teatro? ¿Qué palabra tan desvergonzada, que no digan estos representantes para mover á risa á los que los oyen?»

Tertuliano llama al teatro sagrario de Vénus y consistorio de deshonestidad [2], adonde no se tiene por bueno sino lo que en las otras partes se tiene por malo, y dice que todo el regocijo y gracia de las comedias, por la mayor parte,

1 Lib. III, *Pædag.*, cap. XI, *prope finem*. 2 Lib. *De spectac.*, cap. XI et XVII.

es compuesta y guisada con la deshonestidad.

San Basilio dice [1]: «No se han de ocupar los ojos en ver los espectáculos y las vanidades de los representantes, ni las orejas en oir músicas y canciones que corrompen y ablandan los ánimos, porque esta manera de cantos suele acarrear frutos de servidumbre y de ignominia, é incitar los estudios de la deshonestidad.» Y en otro lugar trata el mismo argumento del que ve en la calle la mujer acaso, y la codicia, como de San Juan Crisóstomo queda referido.

San Agustin llama á los teatros patios de torpezas y pública profesion de maldades, y dice [2] que entre las ocasiones de pecar de que se apartaban los que hacian penitencia, era el ir á los espectáculos [3].

San Epifanio dice [4] que entre las otras señales con que la Iglesia de Jesucristo se diferencia de las sectas de perdicion, es porque veda los espectáculos, la fornicacion, el adulterio, los hechizos y otros delitos, poniendo entre ellos los espectáculos. Y así se vedaron en el sexto concilio Constantinopolitano, y se mandó [5] que el clérigo que se hallase en ellos fuese depuesto, y el lego excomulgado. Con estos santos siente tambien san Isidoro [6], y los demas padres

1 *In oratione De legendis libris Gentilium.* 2 Serm. *De ebrietate et luxu.* 3 Aug., *in psalm.* CXIX. 4 *In compendiaria doctrina fidei.* 5 Cap. *Si in Trullo.* 6 Lib. XVIII, *Etym.*, cap. XXVII et XLI et LIX.

antiguos, que fueron ornamento y luz de la santa madre Iglesia, y hablan desta materia con grande sentimiento y ponderacion; cuyas palabras y sentencias dejo por brevedad. Solamente añadiré lo que dice Salviano, obispo de Marsella, que floreció más há de mil y cien años, y es llamado de Genadio maestro de los obispos, cuyas palabras son:

«Hablo de solas las impuridades de los teatros y espectáculos [1], porque son tales las cosas que allí se hacen, que no puede nadie, no solamente decillas, pero ni acordarse dellas sin amancillarse. Los otros pecados no inficionan comunmente sino sus propios sentidos y potencias: los feos pensamientos el ánima, la vista impúdica los ojos, las palabras deshonestas los oidos. De suerte que aunque el hombre con alguna de estas partes ofenda á nuestro Señor, las otras quedan limpias y sin pecado. Pero en la comedia ninguna destas partes está libre de culpa, porque el ánima arde con el mal deseo, y los oidos se ensucian con lo que oyen y los ojos con lo que ven, y son tan feas y perniciosas las cosas, que no se pueden declarar sin vergüenza. Porque ¿quién podrá contar sin cubrirse el rostro aquellos fingimientos y representaciones de cosas torpísimas, aquellas fealdades de voces y palabras, aquellos

1 Salvian., lib. VXI., *De provid.*

meneos descompuestos y movimientos abominables, que son tales, que ellos mismos obligan á callarlos? Otros pecados hay que, aunque son gravísimos, se pueden decir y reprender sin menoscabo de la honestidad, como el homicidio, el adulterio, el sacrilegio y otros semejantes; pero las torpezas y abominaciones de las comedias son tales, que no se pueden tomar en la boca ni vituperarse sin daño de la honestidad. Así que esto es propio y nuevo en la reprension destas comedias, que si el hombre que las quiere vituperar es casto y honesto, como sin duda lo debe ser, no lo podrá hacer sin injuria de su limpieza.» Todo esto es de Salviano, el cual, escribiendo las maldades que habia en su tiempo, por las cuales dice que Dios castigó gravísimamente al mundo, pone los espectáculos y comedias. Y áun añade en otro lugar que antiguamente se preguntaba á los que se bautizaban si renunciaban á Satanas y á pompas y espectáculos y obras, poniendo entre las obras de Satanas los espectáculos, como cosa inventada por él, y en aquel tiempo muy usada de los gentiles, y que despues, cesando los espectáculos, se quitó aquella partícula de la pregunta que se hace á los que se bautizan, y quedó la que ahora se usa, porque no habia della necesidad.

Pero no solamente se estragan las costum-

bres, y se arruinan las repúblicas, como dicen estos santos, con esta manera de representaciones; pero hácese la gente ociosa, regalada, afeminada y mujeril; gástase mucha hacienda en sustentar una manada de hombres y mujercillas perdidas para sí y perniciosas para los que las ven y las oyen. Y por esta misma razon los Príncipes y repúblicas bien ordenadas, áun las que carecieron de la lumbre de la fe, ó no admitieron jamas semejantes comedias en sus repúblicas, ó conocido el daño, despues las desterraron, ó á lo ménos no consintieron que mujeres se hallasen presentes á ellas. Y tuvieron por personas tan infames á los que tenian oficio de representar, que los privaban de cualquier privilegio de ciudadanos, como lo hacian los romanos, y lo cuenta san Agustin [1]. Y habiendo en Roma ladrones, adúlteros, homicidas y otros facinerosos, á ninguno destos quitaban los censores, que eran los maestros y reformadores de las costumbres, el derecho y privilegio de ciudadano romano, y quitábanle al que era representante, porque le tenian por más infame que á los demas. Y los mismos censores muchas veces mandaron derribar los teatros, como lo dice Tertuliano [2]. Y áun san Cipriano, preguntado si se habia de dar la co-

1 Lib. 1. *De civ. Dei*, cap. XIII, y tráelo de Cic. 2 *De* Lib. *spectac.*, cap. XI.

munion de los fieles á uno destos que habia dejado de ejercitar por sí aquel arte, pero la enseñaba á otros, responde estas palabras [1]: *Nec Majestati divinæ, neque evangelicæ disciplinæ congruit ut pudor atque honor Ecclesiæ tam turpi contagione fœdetur;* que no convenia á la Majestad divina ni á la disciplina evangélica que la honestidad y la honra de la santa Iglesia fuese contaminada con cosa tan fea.

Por donde se ve la ponderacion con que se debe tratar deste negocio, y la cuenta que todos los grandes gobernadores de la república tuvieron de apartar della todo lo que podia, ó estragar las costumbres, ó ablandar y afeminar los ánimos, ó afear y oscurecer la excelencia y resplandor del glorioso título que tenemos de cristianos.

Y tambien se ve que, puesto caso que en ley de gobierno político se debe dar alguna recreacion y entretenimiento al vulgo, porque difícilmente puede vivir sin él; pero que no es buena recreacion la que es dañosa á las buenas costumbres, y destruidora del vigor y esfuerzo varonil, con tanta ofensa de Dios, que es el conservador y amplificador de todos los reinos y señoríos. Otros ejercicios se pueden instituir de tanto entretenimiento y gusto y de más provecho para el pueblo, como son aquellos en que

1 Cip., epist. LXI.

se ejercita y habilita el cuerpo para los trabajos y ocupaciones militares, que son propias de hombres y necesarias para la guerra, que do quiera que hay enemigos siempre se ha de temer.

Y aunque es verdad que por ser limitada la virtud del hombre, no puede estar siempre ocupado en cosas graves, y que tiene necesidad de intermision en los trabajos y de alguna honesta recreacion, y que, segun Aristóteles y santo Tomás [1], es virtud saberse recrear y dar entretenimiento á los otros con la medida y tasa que manda la razon, y que para hacerlo como se debe nos ayuda la virtud que ellos llaman eutrapelia, y nosotros podemos llamar en latin *jucunditas*, y en castellano honesto entretenimiento, ó apacible conversacion; pero tambien es verdad lo que el mismo angélico Doctor nos enseña [2], que es pecado el usar en estas recreaciones y entretenimientos de palabras lascivas ó de hechos torpes y feos, y el dejarse llevar demasiado y sin rienda del gusto y entretenimiento (que ha de ser como la sal en el manjar), y el hacer ó decir cosa que no sea muy circunstancionada y muy conveniente al lugar y al tiempo, y á la persona que se recrea. Y conforme á esta doctrina, puesto caso

1 Lib. IV, *Ethic.*, cap. VIII; 2, 2, q. 168, art. 2. 2 2, 2, q. 168, arts. 2 y 3.

que pueda ser que las cosas que se representan sean tan honestas y santas, y representadas por tales personas y de tal modo que no dañen á las costumbres, sino que sirvan de honesta recreacion y deste justo y loable entretenimiento; pero cierto que las que se representan por hombres y mujercillas infames, y de cosas lascivas y amorosas, son la ruina y destruicion de la república. Y los entremeses que se mezclan entre las cosas sagradas son muy perjudiciales é indignos de la gravedad cristiana; porque si las palabras malas corrompen las buenas costumbres, como lo dice el Apóstol san Pablo [1], ¿qué harán las cosas feas y torpes cuando se ven, pues es más agudo el sentido de la vista que el del oido, y hiere y mueve más al alma lo que se le representa por los ojos que por los oidos? Especialmente que en las representaciones, como dijo Salviano [2], todos los sentidos son combatidos y contaminados. Y si el Espíritu Santo nos manda que no miremos á mujer liviana, si no queremos caer en sus lazos, y que no nos paremos á ver la mujer bailadora, ni oyamos su voz, si deseamos no perdernos, ¿quién será tan atrevido ó tan confiado, que, contra lo que manda el Espíritu Santo, presuma de sí que estará seguro en tan manifiesto peligro, y

1 I, *Cor.*, XV. 2 *Salv.*, lib. VI, *De prov.*

sin lesion en medio de tan infernales llamas? Pues las mujercillas que representan comunmente son hermosas, lascivas y que han vendido su honestidad, y con los meneos y gestos de todo el cuerpo y con la voz blanda y suave, con el vestido y gala, á manera de sirenas, encantan y trasforman los hombres en bestias, y les dan tanto mayor ocasion de perderse, cuanto ellas son más perdidas, y por andar vagueando de pueblo en pueblo, ménos se echa de ver su perdicion.

Y así no hay para qué ninguno quiera asirse de la doctrina de santo Tomas, y dar por bueno lo que al presente en algunas partes se hace, por lo que este sapientísimo Doctor dice que se puede hacer. Porque lo que dice santo Tomas es, que de suyo, y mirada la naturaleza de la cosa en sí, no es pecado el representar ni ver representar comedias, ni el oficio de representar es ilícito y malo en sí; porque si fuese tal, siempre sería malo y culpable, y por ningun respeto y circunstancia podria ser bueno; y esto es falso. Y lo que nosotros decimos es verdad, que entreviniendo en las representaciones palabras lascivas, hechos torpes, meneos y gestos provocativos á deshonestidad, de hombres infames y mujercillas perdidas, y habiendo exceso y demasía en las comedias que cada dia se representan, son ilíci-

tas y perjudiciales, segun la doctrina que habemos declarado del mismo santo Tomas, y el mismo santo las condenára como agora en muchas partes se usan.

Y pues en las cosas morales no se ha de mirar tanto lo que se puede y debe hacer, cuanto lo que se hace y lo que segun el curso comun probablemente siempre se hará, bien claro está lo que de semejantes representaciones debemos juzgar y lo que deben mandar los gobernadores de la república, los cuales algunas veces permiten algunos males por excusar otros mayores; y otras por no saber tan particularmente todos los daños que dellos se siguen. Y los que nacen destas comedias son tantos y tan grandes, que, como dice san Juan Crisóstomo, no podemos saber cuán grandes son. Y sé yo que algunos destos comediantes, cuando Dios les ha tocado el corazon, y con la luz de su gracia han conocido su mal estado y deseado salir dél, nunca acaban de decir y llorar la infinidad de pecados espantables y daños irreparables que con semejantes representaciones se cometen, como hombres que tan bien lo saben y han sido artífices y maestros dellos. Pero ya es tiempo que volvamos á lo que tenemos comenzado, y digamos los medios que habemos de usar para aprovecharnos de la tribulacion.



CAPÍTULO XII.

De los medios que debemos tomar en el tiempo de la tribulacion.

Pues los medios que habemos dicho en el capítulo precedente no son buenos ni eficaces para aliviar nuestras penas ni curar las llagas que nos hace la tribulacion, razon será que busquemos otros ciertos y poderosos para librarnos dellas. Porque, ya que no está en nuestra mano evitar la tribulacion, sepamos á lo ménos cómo nos habemos de haber cuando viniere, para que no nos empezca, ó nos ayude y aproveche, que es lo que pretende el Señor. Sea, pues, el primer remedio, y como escudo fuerte contra los golpes de la tribulacion, conocer el hombre que es hombre, que quiere decir sujeto á todas las miserias y calamidades del mundo, y tener entendido que todo él es lugar de destierro y está lleno de fieras bravas y sembrado de abrojos, y que no podemos po-

ner el pié, por más que parezcan rosas y azucenas, sino sobre espinas, y que habemos de ser heridos y lastimados dellas. ¿Quién se maravilla que haga calor en los dias caniculares, ó frio en el corazon del invierno, ó que se maree el que navega? Ninguno por cierto, sino el que no supiere qué cosa es navegar ó no tuviese entendido la calidad de los tiempos. Pues ¿por qué se maravilla el hombre que padezca como hombre y sea combatido de las ondas y miserias á que está sujeto cualquier hombre que navega por el golfo turbulento y peligroso desta vida miserable?

Con esta consideracion ganará dos cosas: la una, el no maravillarse de trabajo ninguno que le venga, pues es la fruta ordinaria que se coge en este valle de lágrimas; y la otra, el estar apercebido y armado contra los golpes de la aflicion, y así sentirlos ménos, como lo dice el glorioso mártir san Cipriano con estas palabras [1]: «Necesaria cosa es que todos los dias de nuestra vida vivamos en tristeza y llanto, y que comamos el pan con sudor y trabajo. Y por esto cada uno de nosotros, cuando nace y entra en la posada deste mundo, comienza á llorar, y aunque por entónces, como inorante de todas las cosas, no sabe más que llorar, todavía con un natural instinto el

1 Lib. *De bono patient.*

ánima lamenta los trabajos, fatigas y tempestades del mundo en que entra y ha de pasar. Porque mientras duráre la vida han de durar los sudores y trabajos, los cuales no pueden tener otro mayor alivio y consuelo que la paciencia y sufrimiento.»

De aquí suba otro escalon y conozca que no solamente es hombre, sino tambien pecador y merecedor de castigo, y que son menores las penas que padece que las culpas que cometió, y diga, con los hermanos de Josef [1]: «Justamente padecemos estos males porque pecamos contra nuestro hermano y no le oimos cuando nos rogaba.» Y la santa Judit [2]: «Consideremos que son menores nuestros trabajos de lo que por nuestros pecados merecemos.»

Y si por ventura la tribulacion es algun falso testimonio que le levantan, ó alguna vana sospecha de cosa que no tiene culpa, no por eso se justifique, sino agradezca al Señor que no la tiene en aquello que le impone, y conozca las otras muchas que tiene, por las cuales ha merecido aquella y otra cualquiera mayor tribulacion. El glorioso san Gregorio Magno, siendo perseguido y maltratado, contra razon y justicia, de Mauricio, Emperador, le escribe estas palabras [3]: «Yo soy hombre pecador, y porque continuamente ofendo á

1 *Genes.*, IV. 2 Jud., VIII. 3 Epist. LXXV, lib. IV.

Dios, pienso que de su tremendo juicio es algun remedio de mis culpas el ser continuamente afligido por ellas, y creo que vos, Señor, tanto más aplacais y ganais la gracia de Dios, cuanto, como á siervo suyo descuidado y flojo, más me afligis.»

Espántese de la bondad de Dios, que no le castiga, conforme á la gravedad de sus culpas, en el infierno, y le trata como un juez piadoso á un ladron que, mereciendo, segun las leyes, pena de muerte, se contenta con tenerle pocos dias en la cárcel.

Examine bien su conciencia y alimpíela y purifíquela, y despida de sí todo lo que viere que puede desagradar á Dios y tenerle enojado contra sí, y ser causa de aquella aflicion. Acuda á Él por oracion humilde y devota, por la confesion frecuente y sencilla, y recíbale á menudo en el Sacrosanto Sacramento del Altar con profundísima reverencia y filial amor. Porque las llagas que hace Dios, por ninguna otra mano, sino por la suya, se pueden sanar. Y las medicinas con que Él las suele curar son los santos sacramentos que Él instituyó, como unos saludables, divinos y eficaces remedios de todas nuestras dolencias, y particularmente el Sacramento del Altar, que es Sacramento de los sacramentos y fuente copiosísima de la gracia, en el cual el mismo

Dios se comunica al ánima afligida y necesitada, y la cura consigo mismo, siendo no solamente médico sapientísimo, sino tambien medicina suavísima y eficacísima para sanar todas sus enfermedades.

Y para que haga todo esto con más facilidad y gusto, acuérdese de lo que arriba enseñamos, que Dios nuestro Señor es la primera y principal causa de cualquier mal de pena y trabajo que nos venga y que nos azota como padre, y que el mismo azote es señal de amor. Por tanto, aunque nos parezca que los trabajos que tenemos nos vienen por la malicia de los hombres, sepamos que no son ellos parte, ni todo el infierno, para quitarnos un cabello, si el Señor no se sirviese de su mala voluntad para nuestro bien. Que pues el demonio no tuvo poder de tocar en la hacienda y en la carne del santo Job [1] hasta que se le dió el Señor, y para entrar una legion de demonios en los puercos pidieron primero licencia á Cristo nuestro Redentor [2], y todos nuestros cabellos están contados delante de su acatamiento, cierto es que no es parte nadie para empecernos sin su voluntad. Y así el mismo santo Job [3], aunque el demonio le habia muerto los hijos, y robádole y quemádole su hacienda, y llenado su cuerpo de una horrible y

1 Job, I. 2 Luc., VIII. 3 Job, I.

espantosa lepra, no atribuyó estas calamidades todas al demonio, sino á Dios, que se habia querido servir dél para su bien, y por esto dijo: «El Señor nos lo dió y el Señor nos lo quitó; sea su nombre bendito.» Y conforme á esto, dice san Agustin [1]: «Ninguno diga: El demonio me ha hecho este mal; atribuid á Dios vuestro azote, porque el demonio no os puede hacer más mal de lo que le es permitido ó para pena ó para correcion: para pena á los rebeldes, para correcion á los buenos.» Por esta misma causa dice el bienaventurado san Gregorio [2]: «Siempre la voluntad de Satanas es perversa, pero nunca su potestad es injusta, porque de suyo tiene la voluntad, y de Dios la potestad.» Y así lo que él desea hacer injustamente, nunca Dios permite que lo pueda hacer sino justamente. Y ésta es la causa por que en los libros de los *Reyes* se dice [3] que el espíritu malo del Señor atormentaba á Saul. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo: del Señor, por la licencia justa que él le daba, y malo, por el deseo de su injusta y maligna voluntad. El casto y amable Josef, cuando fué conocido de sus hermanos, estando ellos atónitos y pasmados, les dijo [4]: «No temais ni os parezca

1 Aug., *in psalm.* XXXI. 2 Lib. II, *Moral.*, cap. VI. 3 I, *Reg.*, XVIII. 4 *Gen.*, XLV.

cosa dura y extraña que me hayais vendido para estas partes, porque Dios me ha enviado delante de vosotros para conservar vuestra vida y salud.» El santo Rey David [1], cuando Semey le maldecia, dijo á sus capitanes, que le querian matar, que no lo hiciesen, porque Dios le habia mandado que le maldijese y afligiese, y que pues era así, que no era justo que ninguno dijese á Dios: ¿Por qué haceis esto? Pero más excelentemente que nadie nos ha enseñado esta verdad Cristo nuestro Redentor, cuando, mandando á san Pedro que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre?» No dijo el cáliz que me ha aparejado Júdas ó los escribas y fariseos, porque sabía que todos estos no eran sino criados que le servian la copa del Padre. Y cuando, maravillándose Pilato que no le respondia, teniendo él potestad de crucificarle y de librarle, le dijo el Señor [2]: «No tendrias tú potestad ninguna contra mí si no te la hubiesen dado de arriba.»

La sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse della, y si pudiese, bebérsela toda; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo; el cual sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más á lo que

1 II, *Reg.*, XVI. 2 Joann., XIX.

pretende la sanguijuela que á la intencion del médico. De la misma manera debemos hacer nosotros en cualquier trabajo que nos venga por parte de los hombres ó de las criaturas, pues todas ellas sirven al sapientísimo Médico de sanguijuelas y de remedios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y por esto el Real Profeta David se volvió á Dios como á médico soberano, y le dijo (segun la traslacion del texto hebreo que hizo san Jerónimo) [1]: «Librad mi ánima de manos del hombre perverso, que es vuestro cuchillo, con el cual herís y castigais.»

1 Psalm. XVI.





CAPÍTULO XIII.

De otros medios que podemos usar.

Demas desto, acuérdese el que está afligido, que Dios nuestro Señor es fiel en sus promesas, y verdadero y fiel amigo de los suyos, y que está más presente con ellos en sus tribulaciones que en ninguna otra cosa, aunque ménos lo parezza. Cosa es muchas veces repetida y prometida en la Sagrada Escritura, el socorro y favor que da Dios nuestro Señor á los suyos cuando le llaman en el tiempo de la tribulacion; y por ser tan clara y tan sabida, no traigo aquí los lugares de las divinas letras que hablan desto; solamente diré lo que dijo san Bernardo sobre aquellas palabras del salmo [1]: «Con él estoy en la tribulacion; librarlo he y glorificarlo he.» Dadme, Señor, dice este santo, siempre tribulaciones, para que siempre esteis con-

1 Bernar., *in psalm.* xc.

migo. Y así, pida instantemente al Señor, y procure criar en su pecho esta segura confianza, que Dios es su padre y está con él, y que no le puede venir trabajo ni pena que no sea por su mano, y que no es parte toda la potencia del mundo ni la del infierno para quitarle un cabello, como habemos dicho, sin su divina voluntad. Y aunque esté atado sobre el altar y debajo del cuchillo para ser sacrificado como otro Isaac [1], y en la cestilla de mimbres como estuvo Moisés [2], y aherrojado en la cárcel como Josef [3], y en el lago de los leones como Daniel [4], y en el horno de Babilonia como los tres mozos sus compañeros [5]; aunque esté en medio de los hombres armados con las piedras para arrojárselas, como estuvo la casta Susana [6], y en el desierto como David [7], perseguido y cercado de Saul, y en el vientre de la ballena como Jonas [8], y desmayado debajo del enebro como Elías [9], y cercado de los soldados del Rey de Siria como Eliseo [10], y sustentado con pan de tribulacion y agua de angustia como Miqueas [11], y medio sumido y anegado de las olas, como san Pedro [12] y como san Pablo [13], en el abismo y profundidad de la

1 *Genes.*, XXII. 2 *Exod.*, II. 3 *Genes.*, XXXIX. 4 Dan., VI. 5 Dan., III. 6 Dan., XIII. 7 I, *Reg.*, XXIII. 8 Joan., II. 9 III, *Reg.*, XIX. 10 IV., *Reg.*, VI. 11 III., *Reg.*, II. 12 Matth., XIV. 13 II, *Cor.*, XI.

mar, sepa cierto que volviéndose y llamando con puro y fiel corazon á Dios, le socorrerá y le dará la mano, y le sacará á puerto de quietud y tranquilidad. Dígale con el Real Profeta David [1]: «Aunque camine por medio de la sombra de la muerte, no temeré las tribulaciones, porque vos, Señor, estais conmigo.» Y lo que dijo Job: «Señor, ponedme á vuestro lado, y pelee quien quisiere contra mí.»

Tengo por cierto que tras la tribulacion vendrá la consolacion del Señor, y tras la noche el dia, y tras el invierno áspero y frio, la primavera alegre y templada. Porque, así como el buen tañedor de vihuela no estira demasiado la cuerda, porque no se rompa, ni la afloja mucho, porque no haria consonancia y armonía, así aquel músico celestial no nos da siempre prosperidad, porque no aflojemos y perdamos la suave armonía de la virtud, ni tampoco nos aprieta siempre con trabajos y aflicciones, porque no quebremos y desesperemos en ellos; y comunmente la tristeza de la vigilia es pronóstico y señal de la alegría de la fiesta que tras ella Dios nos envia. Y así, dice san Gregorio [2]: «Si miramos verdaderamente el curso desta nuestra vida, hallarémos que no hay en él cosa firme ni estable, sino que, como el caminante, unas veces anda por los campos lla-

1 Psalm., XXII. 2 Epist. XC, lib. III.

nos, otras por las sierras ásperas, así nosotros, ya gozamos de la prosperidad, ya somos apretados de la adversidad, y un tiempo sucede á otro tiempo, para que ni nos levante la prosperidad, ni la adversidad nos derribe. Por tanto, anhelamos por aquel que siempre es uno y el mismo, y no se muda con ninguna mudanza de tiempos, y con tal moderacion ha templado las cosas desta vida, que siempre, ó la adversidad se siga tras la prosperidad, ó al contrario, la prosperidad tras la adversidad, para que, humillados con la una, lloremos nuestras culpas, y recreados con la otra, no desfallezcamos, y la tengamos por áncora firme en nuestros trabajos.» Y Séneca dice [1]: «Dios rige este reino que ves con várias mudanzas. Tras los ñublados viene la serenidad, despues de la bonanza se turba el mar, los vientos soplan á veces, tras la noche sigue el dia, una parte del cielo sube y otra baja.» Esta ley habemos de seguir, á ésta obedecer, y creer que todo lo que se hace se debia hacer, y no reprender á la naturaleza, porque es excelente cosa pasar con alegría lo que no se puede excusar, y sin murmuracion acompañar y obedecer á Dios, que es autor de todas las cosas. Éste es grande ánimo, que se entrega á Dios, y por el contrario, aquél es pequeño y civil, que resiste y se queja del órden

1 Epist. CVII.

del mundo, y quiere ántes culpar á Dios que emendar á sí mismo.

Acuérdese que es mejor la adversidad que la prosperidad, como arriba dijimos, porque las cosas prósperas muchas veces estragan el corazon con soberbia, y las adversas, por el contrario, le purifican con el dolor. En aquéllas se levanta el corazon; en éstas, aunque esté levantado, se humilla. En aquéllas se olvida el hombre de sí mismo; y en éstas se acuerda de Dios. Por aquéllas, muchas veces las buenas obras se pierden, por éstas, las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánima se conserva para no caer en otras. Y en efeto, son innumerables y maravillosos los frutos que saca el hombre de la tribulacion, si se sabe aprovechar della.

Pero el remedio más fuerte y eficaz para resistir y vencer todos los encuentros y golpes de la tribulacion, es considerar con atencion la vida y muerte de Cristo, nuestro Redentor, y procurar de imitar su paciencia y mansedumbre; porque, ¿qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios por su amor enclavado en una cruz? ¿Qué no sufrirá por sus pecados el que ve padecer tanto por los ajenos al Señor de la majestad? Y así, el Apóstol, despues de haber contado las persecuciones y tormentos de muchos san-

tos, y puéstolos por ejemplo de paciencia y constancia, dice estas palabras [1]: «Por tanto, nosotros, que tenemos delante un escuadron de tales testigos, dejando el peso y la carga del pecado que nos cerca, corramos por la paciencia á la batalla que nos está aparejada, mirando siempre al autor y consumador de la fe, Jesucristo, el cual, teniendo delante el gozo, y despreciando la confusion y oprobio del mundo, padeció en la cruz y está asentado á la diestra del trono del Padre. Acordaos, pues, de aquel que padeció de los pecadores tan grande contradicion é ignominia, para que no se cansen ni desfallezcan vuestros corazones, porque áun no habeis peleado ni resistido al pecado hasta derramar la sangre, y estais olvidados de la consolacion, que os habla como á hijos y os dice: Hijo mio, no tengas en poco la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando fueres de Él castigado.» Todas éstas son palabras del Apóstol san Pablo.

Finalmente, debemos considerar que la grandeza de aquella bienaventuranza que aguardamos y alcanzamos por medio de los trabajos, sobrepuja infinitamente á todos los que en esta vida podemos padecer, como lo dice el mismo Apóstol por estas palabras [2]: «No tienen que ver las afliciones que padecemos en esta vida,

1 *Heb.*, XII. 2 *Roman.*, VIII.

cotejadas con la gloria advenidera que esperamos.» Y en otro lugar [1]: «El trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulacion es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.» Los que pasan algun rio caudaloso é impetuoso no miran á la corriente de las aguas, porque no se les turbe y desvanezca la cabeza; mas ponen los ojos en el cielo ó en la tierra firme y estable. Lo mismo habemos de hacer nosotros, que para que las aguas violentas y furiosas de las tribulaciones no nos turben y hagan perder el sosiego y la quietud de nuestra alma, debemos desviar dellas los ojos, y fijarlos en el cielo y en aquella tierra firme, perpétua y segura de los vivientes que esperamos.

Todos estos frutos y esperanzas pierden los malos con su impaciencia, con la cual los mismos trabajos se hacen más pesados y duros de llevar, pues de grado ó por fuerza, queramos ó no queramos, los habemos de llevar, y llevándolos de buena gana, se hacen más ligeros; porque, como dice Boecio [2]: *Beata sorsomnis est æquanimitate tolerantis*. No hay suerte ninguna tan trabajosa, que no sea dichosa y bienaventurada si se lleva con paciencia y ánimo sosegado. Y al contrario, llevando los trabajos cansadamente, son insufribles, porque la carga

1 II, *Cor.*, IV. 2 Lib. II *De con. pros.*, 4.

se hace mayor, y sola la impaciencia ya es una sobrecarga, que pesa más que la misma carga.

Gran prudencia es saber el hombre divertir y entretener el corazon en cosas que le den alivio y esfuerzo cuando anda caido y desmayado; y con leer á ratos un buen libro, ó oir un buen sermon, ó platicar con un amigo fiel y prudente, ó espaciarse y recrearse en algun honesto entretenimiento, engañar sus penas y sustentar la flaqueza humana, y aprovecharse de los remedios corporales para los trabajos del cuerpo, y de los divinos para el mismo cuerpo y para el ánima, de donde muchas veces se suelen derivar y comunicar al cuerpo los contentos y las penas.

Sea, pues, la conclusion deste capítulo, que nos pongamos, como un enfermo que desea mucho la salud, en manos del Médico sapientísimo y soberano, y le digamos con san Agustin: «Señor, cortad aquí y quemad aquí, con tal que nos perdoneis eternalmente.» Que pues lo hacemos cada dia con los médicos corporales, en los cuales hay tan poca seguridad y acierto en la calidad y cantidad de las purgas que recetan, y en los remedios peligrosos y dolorosos que ordenan, más justo es que lo hagamos con aquel divino Médico, que es autor de nuestras penas y solo las puede curar;

porque, así como no hay pena ni dolor que no venga por la mano del Señor, así no hay fuerza para resistirle sino la suya, y ésta nunca nos faltará si nosotros no faltamos confiando en nosotros mismos y desconfiando de Él. Estando santa Felícitas con gravísimos dolores de parto en la cárcel, y quejándose, le dijeron los ministros de justicia, que eran infieles, que si no podia padecer los dolores del parto, ¿cómo podria pasar los horribles y atroces tormentos que le estaban aparejados? Respondió la Santa muy discretamente: «Ahora padezco yo por mí; entónces padecerá Cristo en mí.» Y por esto en el *Martirologio romano*, á los siete de Marzo, hablando desta Santa, se dice, alegando á san Agustin: «Con los dolores del parto se quejaba, y echada á las bestias fieras, se gozaba.» Y es así, que Él padece en nosotros, vistiéndonos de su virtud, y nosotros padecemos en Él, alentados con su espíritu y esforzados con su vigor y gracia. Por esto llamó el Profeta al Señor [1] su paciencia, porque no solamente nos manda que la tengamos, sino porque nos da lo que nos manda. Y por esto nos debemos siempre sujetar en todo á su divina disposicion, y procurar en todos los tiempos, de prosperidad y de adversidad, de dia y de noche, mirar á Él y tener fijo nuestro corazon en Él, como el

1 Psalm. LXX.

aguja de marear mira y no se desvia del Norte; porque si no le perdemos de vista, tendrémos guía cierta y segura para pasar el golfo tempestuoso desta vida, y podrémos contrastar y vencer las horribles ondas y furiosos vientos de la tribulacion.





CAPÍTULO XIV.

De la conformidad que debemos tener con la voluntad de nuestro Señor.

Todos éstos son maravillosos medios para hallar alivio en nuestros trabajos, y en la tormenta tranquilidad. Pero mucho importará pedir muy de veras á nuestro Señor que nos dé una perfetísima conformidad con su voluntad, y que, por más áspero y penoso que sea el camino por el cual quiere que vamos, vamos siempre por él con contento y alegría, queriendo lo que Él quiere; no porque en sí á nuestro gusto estragado sea sabroso, sino porque aunque sea desabrido, se hace sabroso con la dulzura de su beneplácito y santísima voluntad, la cual es la regla de todas las buenas voluntades, y en tanto es una y se puede llamar buena voluntad, en cuanto se conforma con la voluntad divina; y en tanto mala, en cuanto discrepa y se desvia della; y aquella voluntad es más per-

feta y mejor, que está más nivelada con este nivel, y aquella más imperfeta y perversa, que más desdice y se aparta desta perfetísima medida y regla. Porque, así como es más resplandeciente la cosa que más participa de la luz del sol, y más caliente la que es más semejante al fuego, y más ligera la que está más conjunta al movimiento y velocidad del primer moble, porque cada cosa destas es la primera, en su género y medida, de las demas; así la voluntad que está más rendida y sujeta á aquella voluntad, que es metro y mensura de todas las voluntades, que es la de Dios nuestro Señor, es más acertada y derecha. Por esto, sobre aquellas palabras del salmo: «Á los rectos les conviene la alabanza», dice la glosa [1]: «Aquél tiene el corazon recto, que quiere lo que Dios quiere.» Y en otra parte dice [2]: «Torcido tiene el corazon el que no quiere lo que Dios quiere.» Conforme á esto, dice san Agustin [3]: «La justicia de Dios alguna vez quiere que estés sano, y otra que estés enfermo; si cuando estás sano la voluntad de Dios te parece dulce, y amarga cuando estás enfermo, no tienes derecho corazon; ¿por qué? Porque no quieres enderezar tu voluntad y nivelarla con la voluntad de Dios, sino torcer la voluntad de Dios á la tuya. La voluntad del Señor derecha

1 Psalm. XXXII. 2 Psalm. CX. 3 Aug., *in psalm.* XXXV.

es, y la tuya torcida, y por esto la tuya se ha de enderezar y regular con la de Dios, y no la de Dios torcerse con la tuya, y desta manera tendrás recto el corazon.» Ciceron dice [1] «que la verdadera amistad consiste en un querer y no querer: en querer lo que quiere, y en no querer lo que no quiere el amigo.» En ninguna cosa muestra el hombre más lo que quiere á Dios, que en esta verdadera amistad y en la conformidad y sujecion de su voluntad, y en querer lo que quiere y en no querer lo que no quiere. Esto es lo más subido y perfeto del amor; esto lo que levanta y sube de punto la virtud; esto lo que de hombres hace ángeles, y estando aún en este cuerpo mortal, nos hace moradores del cielo. Todas las personas que tratan de oracion y mortificacion, y de aventajarse en la excelencia y perfecion de la vida cristiana, deben procurar con grande ahinco alcanzar este rendimiento y conformidad con la voluntad de Dios. A este blanco han de enderezar sus deseos; éste debe ser el fin de sus santos ejercicios; ésta la suma y fruto de sus trabajos. Tanto piense cada uno haber aprovechado en el camino de la virtud, cuanto hubiere aprovechado en esto; y sepa que tendrá más de descanso y quietud, cuanto ménos fuere suyo y más fuere de Dios, abnegándose

1 Cicer., *De Amicit.*

á sí, y desapropiándose de su voluntad, resignándose en todo y por todo en la voluntad divina, y haciéndose una cosa con ella. El rey David fué llamado de Dios varon segun su corazon [1], por esta resignacion perfetísima que tenía á la divina voluntad, y porque tenía su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan aparejado para cualquiera cosa que Él quisiese imprimir en él, de trabajo ó de alivio, como está una cera blanda en las manos del artífice para recebir cualquiera figura ó forma que le quisiere dar. Que por esto dijo él dos veces: «Aparejado está mi corazon, Dios mio; aparejado está mi corazon.» Y vióse bien este rendimiento de corazon cuando, huyendo de su hijo Absalon, mandó á los sacerdotes que le acompañaban con el Arca del Testamento, que se volviesen con ella á Jerusalen, para que el Arca no anduviese peregrinando y estuviese en peligro. Y añade estas admirables palabras [2]: «Volved el Arca á la ciudad; si yo halláre gracia en los ojos del Señor, Èl me restituirá y me la mostrará, y su tabernáculo; y si me dijere: no me agradas, no quiero que seas rey; aquí estoy, haga de mí lo que fuere servido.» Y el Apóstol san Pablo, cuando Dios le derribó y cegó para levantarle y alumbrarle, y hacerle vaso escogido de su

1 *Act.*, XIII. 2 II, *Reg.*, XV.

santo nombre, la primera cosa que aprendió en la celestial escuela fué esta resignacion y á decir [1]: «Señor, ¿qué quereis que haga?» Y cuando el mismo Apóstol iba á Jerusalen, y Agabo, que era profeta, le profetizó que habia de ser en ella preso y maniatado de los judíos, y se lo quisieron estorbar, respondió con esforzado y valeroso corazon [2]: «¿Por qué llorais y afligis mi corazon? No solamente estoy aparejado para ser preso, sino para recebir la muerte en Jerusalen por el nombre de mi Señor Jesucristo. Y todos los otros discípulos, que le querian estorbar la jornada, se quietaron y sosegaron, diciendo: «Hágase la voluntad del Señor.» Pero ¿para qué traemos otros ejemplos, teniendo por dechado desta doctrina á Cristo, nuestro Redentor, el cual en todas sus acciones nos enseñó esta dependencia de la voluntad divina? Pues en una parte dice [3] que bajó del cielo, no para hacer su voluntad, sino la voluntad de su Padre, que le habia enviado; y en otra [4], que no estaba solo, sino que su Padre estaba con Él, porque hacia lo que le agradaba; y en otro lugar dijo [5] que su manjar era hacer la voluntad del que le habia enviado al mundo. Y estando para partirse dél, y en aquella agonía del huerto, aunque,

1 *Act.*, IX. 2 *Act.*, XXI. 3 Joan., VI. 4 Joan., VIII. 5 Joan., IV.

como hombre que sentia sus penas y estaba angustiado por la representacion de los tormentos que habia de pasar, y de la horrible muerte que tenía delante de los ojos, con inclinacion natural suplicó al Padre eterno que si era posible le librase de aquel cáliz amargo y desabrido, luégo, con el apetito racional y superior, añadió [1]: «pero hágase, no lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis.» En lo cual nos declaró el Señor que no es pecado huir naturalmente el trabajo y la cruz y la muerte; pero que debemos con la razon reformar este natural apetito, y con el espíritu del cielo esforzar nuestra flaqueza y abrazar lo que ella aborrece, por conformarnos en todo con la divina voluntad. Y esto mismo nos enseñó cuando en la oracion del Padre nuestro manda que digamos [2]: «hágase vuestra voluntad, como en el cielo, así en la tierra;» en la cual peticion está cifrada la suma de todo nuestro bien, el cual consiste en que nuestra naturaleza depravada se reforme y enfrene sus apetitos desordenados y bestiales con la ley del Señor, y obedezca perfetamente á sus mandamientos, obrando lo que Él manda que obremos, y huyendo de lo que Él quiere que huyamos, y contentándonos con el estado que por la divina disposicion nos ha sido dispensado, y con la

1 Matth., XXVI. 2 Matth., VI.

suerte de pobreza ó de riqueza, de alteza ó de bajeza, de salud ó de enfermedad, de adversidad ó de prosperidad, ó de otra cualquier condicion ó manera de vida que el Señor nos haya repartido. Y esto, con aquella alegría, resignacion y prontitud (cuanto nos fuere posible, segun el estado desta nuestra peregrinacion y flaqueza), con que todos los santos del cielo, y aquellos purísimos espíritus que le asisten y gozan de su bienaventurada presencia lo hacen, queriendo siempre lo que Él quiere y estando colgados de sus mandatos. De manera, que habemos de procurar tener la misma voluntad que el Señor tiene en lo que Él quiere que la tengamos; porque, como dice san Anselmo [1], ninguna voluntad es justa sino la que quiere lo que Dios quiere que quiera. Y desto se sigue que no está el hombre obligado á querer todo lo que quiere Dios, sino á querer todo lo que Él quiere que quiera. «El hijo, como dice san Agustin [2], obligado está á desear que viva su padre, y esto quiere Dios que él quiera, aunque por otra parte el mismo Dios quiere que muera el padre.» Y la razon desto es, porque la voluntad divina no es regla de la voluntad del hombre, que es criatura racional y libre, sino en cuanto le propone lo que quiere que haga ó deje de hacer; ni el súbdito está

1 Lib. *De lib. arb.*, cap. VI. 2 Aug., *Enchirid.*, cap. CI.

obligado á conformarse con la voluntad de su superior hasta que el superior le declare su voluntad. Y cuando el Señor nos manifiesta la suya, pecho por tierra la habemos de obedecer y querer lo que Él quiere que queramos, y no querer lo que Él quiere que no queramos; porque en esto, como dijimos, está la suma de nuestro bien y perfecion. Y por este medio el ánima se viene á unir con Dios como con su último fin, abnegando su propia voluntad, y cumpliendo la divina, y procurando de ser de tal manera una cosa con Él, que por ninguna cosa que se pierda, pierda ella su paz y quietud. En un diálogo que escribió santa Catalina de Sena, *De la absoluta perfecion del cristiano*, dice, entre otras cosas [1], que Cristo nuestro Señor, su dulcísimo esposo, le habia enseñado que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y que se encerrase y morase perpetuamente en él, y que no sacase dél jamas ni ojo ni pié ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio por ventura le pareceria aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir dél

1 *Ex dialogo sanctæ Catherinæ Senensis consummatam continente perfectionem.*

pasearia por las moradas eternas, y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera dél no se puede alcanzar en mucho. Ésta es, como dijimos, la suma y todo el caudal de nuestra perfecion, que consiste principalmente en la caridad, y della, como de su raíz, nace esta sujecion y rendimiento total á la divina voluntad, que es un tesoro de inestimables bienes y merecimientos.





CAPÍTULO XV.

Cómo podrémos merecer con los trabajos que nos vienen contra nuestra voluntad.

Y si alguno me preguntáre cómo puede agradar á Dios y ser de algun merecimiento lo que padece el hombre contra su voluntad, pues no hay pecado ni virtud, culpa ni merecimiento que no sea voluntario, respondo que así es; pero que podemos, con el favor del Señor, hacer de la necesidad virtud, y lo que al principio era involuntario y sin mérito alguno, abrazarlo de tal manera con nuestra voluntad, que sea voluntario y nos acarree grandísimos merecimientos. Como el que en una peligrosa tormenta echa su hacienda en la mar por no perderse, aunque le pesa de perder su hacienda y no querria echarla, y por esta parte la echa contra su voluntad; pero mirando que la necesidad le obliga á perder la hacienda ó á perder la vida, quiere ántes perder la hacienda que no la vida, porque estima más la vida que

la hacienda. Y por esto echa en la mar su hacienda por su propia voluntad, y quiere voluntariamente por hallarse en aquel trance peligroso, lo que no quisiera si no se hallára en él. Desta manera debemos hacer nosotros, que ya que por nuestra poca virtud y tibieza no deseemos ni busquemos los trabajos, ni los tomemos por nuestras manos por agradar y servir más al Señor, á lo ménos cuando Él los enviare y la enfermedad nos apretáre, ó la pobreza y pérdida de hacienda nos congojáre, ú otro cualquier trabajo y disgusto nos fatigáre, hagamos de la necesidad virtud, y queramos lo que quiere su divina voluntad, aunque sin ella no lo quisiéramos, y ofrezcámoslo al Señor y hagamos sacrificio de la nuestra con entera resignacion de nosotros mismos, la cual puede ser que sea tan fervorosa y eficaz, que agrade á Dios tanto como si por nuestra propia voluntad tomáramos aquel trabajo ó incomodidad y molestia que padecemos. Gerson dice que mereció más Job con la paciencia que tuvo, cuando el demonio le quemó la hacienda, que si por su voluntad la hubiera dado á los pobres; que algunas veces vale más el sufrimiento con paciencia de los azotes que Dios nos envia, sin quejarnos ni murmurar, ni reprender los juicios de Dios, ni tener ódio ni rancor á los que nos afligen, que el abrir-

nos á azotes y despedazar nuestras carnes con impaciencia.

Cuando el santo Job [1] perdió los hijos y la hacienda y la salud, no fué él á buscar ni provocar á Satanas para que le tentase, sino el demonio le buscó á él; pero el Santo se aprovechó de aquella ocasion y conoció el azote de la mano del Señor. Ni el santo Tobías [2] tomó por sus manos la ceguedad, ántes se habia puesto á reposar cuando Dios por medio de las golondrinas se la envió. Ni el casto Josef se vendió á los ismaelitas [3] ni entró en la cárcel por su voluntad. Ni David, cuando el rey Saul le perseguia ó Semey le maldecia [4], gustaba, segun su natural inclinacion, de aquel trabajo que padecia; mas considerando estos santos que no les podia venir ninguno sino por la voluntad del Señor, conformábanse con ella, queriendo lo que Él queria. Unas veces nosotros buscamos y hallamos los trabajos y dolores, y otras ellos nos buscan y hallan; pero en la una y en la otra manera debemos acudir al Señor y consolarnos con su voluntad y providencia; que por eso dijo David en una parte [5]: «Yo he hallado la tribulacion y el dolor.» Y añade: «Y invoqué el nombre del Señor.» Y en otra dice [6]: «La tribulacion y la

1 Job, I. 2 Tob., II. 3 *Gen.*, XXXVII y XXXIX. 4 *Reg.*, I y II, cap. XVI. 5 Psalm. CXIV. 6 Psalm. CXVIII.

angustia me han hallado, pero yo meditaré en vuestros mandamientos.» Género de descomedimiento y de mala crianza es volver á la cara cualquiera cosa que se nos envie, y tanto es mayor la descortesía, cuanto es mayor el que la envia; y así lo es, y grandísima, no querer recebir lo que nos envia el Señor, aunque sean trabajos, y darle con ellos en el rostro.

Si un señor convidase á algun escudero con su casa, y le pidiese que le viniese á servir, y él, porque por entonces no le estaba bien, no quisiese, y despues, trocadas las cosas, se viese en necesidad, y rogase á aquel señor le recebiese en su casa y se sirviese dél, segun las leyes y pundonores del mundo, por ventura aquel señor no le querrá recebir, por parecerle que, pues el escudero no quiso cuando le rogaba, no es justo que él quiera cuando el otro le ruega, ni que abra la puerta de su casa á quien tuvo tan cerrada la de su voluntad cuando le convidaban con ella. Esto hacen los gusanos de la tierra; mas el Rey soberano del cielo y de la tierra, y príncipe de inestimable majestad, no lo hace así con los gusanos viles y despreciados de la tierra, que somos los hombres; ántes de cualquier manera y con cualquier ocasion que vamos á Él, nos acoge y recibe con buen rostro; y por mucho que nos haya rogado é importunado infinitas veces, y

convidádonos con su casa, y llamado y dado aldabadas á nuestra puerta, y nosotros, como malos criados, no le hayamos respondido ni hecho caso de sus ofertas, promesas y regalos, si despues, forzados de la necesidad y como por los cabellos, no hallando remedio ni consuelo, ni adónde poner el pié en alguna criatura, volvemos á Él y le suplicamos que nos admita en su casa, nos sale al encuentro, y con los brazos abiertos nos acoge, y se olvida de las veces que nos rogó y no quisimos, por el deseo amorosísimo que tiene de nuestro bien.

Desta manera, pues, podemos merecer y hacer que sea voluntario lo que de suyo no lo es. Y puesto caso que la sensualidad y la flaqueza de nuestra naturaleza repugne y sienta su dolor, y quiera salir dél, y busque los medios para ello, no por eso desmayemos ni pensemos que está todo perdido, ántes venzamos con la razon y con la voluntad libre y superior esta natural inclinacion, y sustentemos con el espíritu del Señor y con esta nuestra resignacion y sujecion nuestra flaqueza, porque ésta es la que mira y galardona el Señor, el cual nos deja la otra inferior inclinacion para ejercicio y materia de virtud, y para que sea tanto más ilustre nuestra vitoria, cuanto más dura hubiere sido la pelea.



CAPÍTULO XVI.

De los remedios que habemos de usar en las particulares tribulaciones.

Los medios que habemos dicho en los capítulos pasados para aliviar nuestras penas y hallar descanso en la tribulacion son remedios generales, de los cuales nos podemos aprovechar en cualquier linaje que tengamos de cruz y aficion, y ellos solos bastan, (si sabemos usar dellos), para darnos entero consuelo y convertir nuestro llanto en alegría. Pero, demas destos remedios generales, hay otros, de que podemos usar como de medicinas propias para algunas enfermedades particulares, que cuando se aplican con sazon y tiempo tienen grande eficacia para sanarlas. De algunos destos remedios particulares tratarémos ahora con brevedad, remitiéndonos á lo que más difusamente otros muchos y graves autores han escrito.

Algunos hay que son muy afligidos de la pobreza, y más si en algun tiempo fueron ricos y ahora se ven pobres, ó tienen hijos y familia, sin hacienda para sustentarla, ni salud ni industria para ganarla; los cuales tanto más suelen ser combatidos, cuanto ven que otros que no son mejores que ellos son ricos y tienen copia y abundancia de los bienes temporales, y los gastan y derraman viciosa y supérfluamente.

Estos tales, para su consuelo, deben considerar que el estado de la pobreza, aunque en los ojos de los hijos del siglo sea despreciado y miserable, no lo es en los ojos del Señor, ántes es más alabado y tenido por más dichoso y bienaventurado que el de los ricos. Pues el unigénito Hijo de Dios, y Rey de gloria, y Príncipe soberano y Señor de todo lo criado, viniendo á este mundo, y pudiendo tomar el estado rico ó pobre á su voluntad, escogió suma pobreza, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y no teniendo cosa suya en la vida, ni donde reclinar su cabeza en la muerte, ni despues della, propia sepultura. Y pues él, siendo rico, y la mina, vena y fuente de todas las riquezas, se hizo pobre por nosotros, señal es que la pobreza, no solamente no es mala, pero que es camino más llano y seguro para alcanzar el tesoro de la gloria in-

estimable que esperamos. Que por esto el mismo Señor llama bienaventurados á los pobres y amenaza á los ricos [1], y por el Profeta dice [2] que los ojos del Señor miraban al pobre, y que sus oidos están atentos á los ruegos dél. Y Santiago dice [3] que Dios escogió á los pobres en este mundo para hacerlos herederos del reino que prometió á los que le aman.

Considere, lo segundo, que aunque las riquezas parezcan rosas, verdaderamente no son sino espinas, y así las llamó Cristo nuestro Señor en el Evangelio [4], porque lastiman y punzan el corazon con el deseo y solicitud de adquirirlas, y despues de adquiridas con el temor de perderlas, y cuando se pierden con el dolor y tristeza, la cual suele ser igual al amor y aficion con que se poseian. Y por esto dijo san Bernardo [5]: «El amor insaciable de las riquezas mucho más aflige el ánima con el uso dellas, que las recrea; porque el adquirirlas está lleno de trabajos, y el poseerlas de temor, y el perderlas de dolor.» Y en otro lugar dice [6]: «Bienaventurado el que no va tras aquellas cosas que poseidas cargan, amadas ensucian, perdidas afligen.» ¿No es mejor despreciar con honra lo que con dolor has de

1 Matth., v. 2 Psalm. v et x. 3 Jacob., XXII. 4 Matt., VII.
5 *In quodam sermone.* 6 Epist.

perder? Y demas destas congojas y zozobras que las riquezas causan en el corazon del que las desea, posee ó pierde, hay otros peligros más dañosos, de los cuales dice el Apóstol san Pablo [1] que los que desean ser ricos caen en muchas tentaciones y lazos de Satanas, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, los cuales acarrean al hombre muerte y perdicion. Porque la raíz de todos los males es la codicia, que es servidumbre de falsos dioses y un género de idolatría, y por esto el mismo Apóstol ordena á su discípulo Timoteo que enseñe y mande á los ricos que no se desvanezcan y pongan su confianza en las riquezas, porque son inciertas y fugitivas, sino en Dios vivo, que es el que las da. Y el Profeta David les dice [2] que si hubiere copia de riquezas, no pongan en ellas el corazon. Y conforme á esto, considere que los mayores santos han sido más pobres, y que muchos que eran ricos dejaron las riquezas, como carga pesada y embarazosa, para librarse de las molestias y peligros que traen consigo, y hallar más fácilmente á Dios. Y áun algunos filósofos y gentiles las menospreciaron de manera, que las echaron en la mar, para poder filosofar más libremente y atender al estudio de la sabiduría.

Considere asímismo que ni el deseo y codi-

1 I, *Tim.*, VI. 2 Psalm. LXI.

cia de las riquezas, ni el dolor y tristeza de la pobreza son parte para que el que es pobre se haga rico y salga de necesidad, sino para que ella se haga más insufrible y se acreciente con la pena. Y que, como dice Casiano [1], es gran desventura padecer las congojas de la desnudez y pobreza, y perder por nuestra culpa los frutos y tesoros que por ello podriamos alcanzar.

Finalmente, acuérdese que ha de morir, y por ventura más presto de lo que piensa, y que saldrá deste mundo tan desnudo como entro en él, y que en aquella hora tendrá ménos cuidados y dolores que el rico, pues tendrá ménos que dejar y de que dar cuenta á Dios, y que por la pobreza llevada con paciencia y alegría irá al lugar de descanso con Lázaro mendigo; y si fuera rico, por ventura bajará á los infiernos, como lo hizo el rico avariento [2].

Y si en algun tiempo fué rico y se halló con abundancia y prosperidad, y al presente se ve pobre y cercado de hijos y necesidad, no por eso desmaye, sino ponga los ojos en aquel Señor que siendo rico, como habemos dicho, se hizo pobre para enriquecernos y darnos ejemplo con su pobreza; y diga, con el santo Job [3]: «El Señor lo dió y el Señor lo quitó; sea su nombre bendito»; y haga gracias á nuestro Se-

1 Lib. VII, *De instit. monast.* 2 Luc., XVI. 3 Job, I.

ñor, que le quitó un enemigo que nos suele hacer cruelísima guerra, y muchas veces destruirnos y acabarnos. Porque, demas de los tres enemigos mortales que todos los hombres tenemos, que son: demonio, mundo y carne, los ricos tienen otro particular, que son sus mismas riquezas, las cuales con el regalo ablandan, y con la ocasion de pecar corrompen, y con la esperanza de salir con lo que quieren sin castigo, pervierten y arruinan sus ánimas. Por esto dijo el Espíritu Santo [1]: «Si fueres rico, no serás libre de pecado.» Y san Agustin dice [2] que la codicia y amor de las riquezas no teme á Dios ni tiene respeto á hombre, no perdona al padre, ni conoce á la madre, ni obedece al hermano, ni guarda palabra al amigo; oprime á la viuda, atropella al pupilo, hace esclavos á los que son libres, dice falsos testimonios, entrégase en la hacienda de los muertos, como si los que lo hacen no hubiesen de morir; y añade: «¡Qué locura y desatino tan grande, perder la vida y apetecer la muerte, adquirir oro y perder el cielo!»

Acuérdese de lo que dice Job [3]: «El rico cuando durmiere no llevará nada consigo; abrirá sus ojos y hallará las manos vacías.» En las cuales palabras nos da á entender dos cosas. La primera, que toda esta vida es un

1 *Eccles.* XII. 2 August., *De verbis Domini.* 3 Job, XXVII.

sueño, y que los que poseen muchas riquezas y grandes bienes y se tienen por ricos, realmente no lo son, sino que sueñan que son ricos. Deléitanse en las riquezas que sueñan que tienen, y en despertando á la hora de la muerte, se hallan pobres, desventurados y con las manos vacías. La otra, que cuando duermen los ricos como dice Job, abren los ojos, lo cual es contra el uso y costumbre de los que duermen. Porque cuando queremos dormir cerramos los ojos, y cuando despertamos los abrimos. Y el santo Job dice que cuando el rico duerme abre los ojos, para darnos á entender, como dice san Gregorio [1], que cuando muere y duerme el cuerpo en la sepultura, entónces se abren los ojos del alma, para ver y conocer que todas las cosas deste mundo son una representacion y vana figura. Y que hace Dios gran merced al que en esta vida le quita los estorbos y lazos de las riquezas, y hace que las deje ó pierda, ántes que ellas le dejen ó pierdan á él.

No se congoje si tiene familia que sustentar sin hacienda, y sin fuerzas ó industria para ganarla, ni por eso desfallezca; ántes confie en el Señor, que le dió el sér que tiene sin merecerlo, y lo hizo capaz de su gloria, y derramó su sangre por él, y sustenta los pajaritos del

1 Greg., lib. XVIII, cap. XXI.

aire, y los peces de las aguas, y los gusanos de la tierra, que le dará todo lo que hubiere menester para criar los hijos y para sustentar la familia que el mismo Señor le dió, pues está á su cargo y nació con su confianza, y Él así lo tiene prometido. Y muchas veces la falta que tenemos de socorro es por falta de confianza ó por querer Dios nuestro Señor ejercitar la que tenemos y acrecentar nuestra fe; pues es verdad infalible lo que dice el Apóstol san Pablo [1], que nunca deja Dios al hombre de manera, que sea tentado sobre sus fuerzas, ántes cuanto son más fuertes las peleas, tanto son mayores las fuerzas que Él añade para que podamos resistir. Por esto el mismo Salvador llama á sí y convida á todos los cargados y afligidos para darles descanso, y les dice [2] que tomen sobre sí su yugo, y que así hallarán quietud y reposo para sus ánimas, porque su yugo es suave y su carga ligera. Y no lo sería si no fuese por este socorro y favor divino; con el cual, alentada el anima, puede en Dios lo que no puede en sí. Que áun por esto se llama esta carga yugo, porque le llevan dos, que son el hombre y Dios; que sólo el hombre no puede; y en abajando el hombre la cabeza para llevar el yugo, parece que está del otro lado el Señor, ayudándosele á llevar.

1 I, *Cor.*, x. 2 Matth., xi.

Para que diga, con el Apóstol [1]: «Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y su gracia en mí no ha sido en balde, porque he trabajado más que todos, no yo sólo, sino la gracia del Señor conmigo.»

Lo mismo se ha de decir de la doncella honesta, pobre y desamparada, que no tiene un pedazo de pan que llegar á la boca, y es combatida de la necesidad y de los ministros del infierno para que se rinda y venda su castidad. Que esta tal se ha de abrazar con Jesucristo crucificado y desnudo, y resistir y estar fuerte á los fieros golpes de las duras piedras, como otra Susana, ántes que rendirse, y entrar en el horno encendido como los tres santos mozos, y dejarse abrasar, si fuere menester, de las llamas de la hambre y necesidad ántes que adorar la estatua de la deshonestidad [2]. Porque desta manera no dude sino que Dios le enviará un Daniel que la libre, y el rocío del cielo que la socorra [3] y tiemple el incendio de Babilonia, y allí con ella estará en el horno regalándola el ángel, semejante al Hijo de Dios. Y cuando Él fuere servido que padezca y que muera, téngase por bien aventurada y dichosa, pues muere por Dios y es mártir por la castidad.

1 I. *Cor.*, x. 2 Dan., XIII. 3 Dan., III.



CAPÍTULO XVII.

Lo que habemos de hacer cuando estamos enfermos y en las muertes de los que bien queremos.

Esto es lo que toca á la pobreza. Veamos ahora lo que habemos de hacer y meditar cuando Dios nuestro Señor nos visita con dolores agudos y enfermedades. El Sabio dice [1] que no hay contento y alegría que se iguale al de la salud; la cual, puesto caso que cuando se tiene no se estima, pero despues de perdida se desea y llora; y al que no la tiene, todos sus placeres y gozos se le aguan y vierten. Y la enfermedad es tan penosa y triste, porque nos quita la salud, que naturalmente es la cosa más alegre y deleitable que tenemos, y más si es grave, prolija y dolorosa, que entónces es menester mucha gracia del Señor para llevarla con paciencia. Pues el que se halláre en este trabajo

1 *Eccles.*, xxx.

y aflicion, consuele sus penas con las consideraciones siguientes.

Primeramente entienda que Dios es padre y que no se las envia porque se huelgue con ellas, sino para su emienda y correcion, y para despegarle del amor de las cosas sensibles y descarnarle de todos los apetitos de la carne, y acordarle que no es ésta su patria, sino una como venta, y que es en ella peregrino y desterrado. Mire mucho y esté atento á este corazon de Dios, y no considere tanto las manos que le hieren como el corazon y amor paternal con que le hiere, y el fin por que le hiere y castiga. Ablande y enternezca y regale su ánima con la vista y consideracion deste corazon blando, tierno y amoroso del Señor, el cual, como dice San Bernardo [1], porque sabe que algunos, si tuviesen salud, le ofenderian, se la quita para que no le ofendan; á los cuales es provechosa para su salvacion la enfermedad, pues la salud les sería dañosa y para su condenacion. Perniciosa, dice este santo, es la salud que quita al hombre el freno y le aparta de la obediencia, y saludable es la enfermedad con la cual el Señor le castiga, pues por ella se ablanda y humilla el corazon. Y hay algunos corazones tan rebeldes, que no se pueden domar ni ablandar

[1] *De interiori domo*, cap. XLVI.

sino á puros golpes de dolores y tribulaciones.

Lo segundo, piense que, como dijimos arriba, es gran merced de Dios enflaquecer y debilitár al enemigo que nos hace guerra, y quitarle las armas con que nos la hace. Y no hay duda sino que la salud suele ser á muchos ocasion de caer, y la enfermedad de levantarse; que por esto dijo el Real Profeta David: «Multiplicado se han sus enfermedades, y con esto se dieron priesa á buscaros»; lo cual hace la enfermedad, purgando, alumbrando y perficionando el ánima áun más eficazmente que las otras tribulaciones que nos caen de fuera.

Demas desto, considere los grandes y maravillosos provechos que puede sacar de la enfermedad, tomándola como de la mano del Señor, y ofreciéndosela como por penitencia y satisfacion de sus pecados, los cuales ha de pagar y purgar, ó en la otra vida (á buen librar), con las penas del purgatorio, ó en ésta, afligiéndose voluntariamente para satisfacer por ellos. Y porque somos perezosos y flojos, y amigos de nuestra carne, el Señor nos envia con su particular providencia los trabajos y las enfermedades, para que, llevándolas con sufrimiento y alegría, y conformándonos con su voluntad, hagamos virtud de la necesidad, y paguemos como compelidos lo que habiamos de pagar, y no pagamos de nuestra espontá-

nea voluntad. Porque es nuestro Señor tan piadoso y benigno, que acepta estas mismas penas llevadas con paciencia, como si de nuestra propia voluntad las tomásemos y se las ofreciésemos. Y no mira tanto á la parte que tienen de fuerza y necesidad, como á la que tienen de voluntad, con la cual queremos lo que no querríamos, y le ofrecemos, por sujetarnos á su beneplácito y divina disposicion, como arriba se declaró.

De un santo que cada año solia enfermar se lee que faltándole un año la enfermedad, se afligió en gran manera, pensando que le habia desamparado el Señor, y que le suplicó que le volviese la enfermedad.

Un ermitaño, habiendo sido herido á caso de una saeta, pidió á Dios que le durase toda la vida aquella herida, para que con el dolor della reprimiese más fácilmente los deleites sensuales.

El glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro, estando su hija santa Petronila [1] en-

1 Esta Santa no fué hija del Apóstol san Pedro, sino á lo más su discípula ó hija espiritual. Su nombre gentilicio era *Aurelia;* el sobrenombre *Petronilla* le vendria probablemente de *Flavius Petro*, antepasado de los Flavios y de las Domitilas cristianas, con quienes aquella santa vírgen parece haber tenido algun deudo, ó parentesco: Estos nombres constaban en la lápida de su sepulcro, que decia así.

AVRELIAE PETRONILLAE, FILIAE DVLCISSIMAE.

Su Basílica, una de las más célebres en los primeros siglos de la

ferma, fué preguntado por qué no le daba salud, pues la daba á todos los dolientes que venian á él, y bastaba sola su sombra para que, tocados della, quedasen libres de cualquiera enfermedad; y respondió que á su hija le convenia estar enferma, y que por eso no le daba la salud; y para que se entendiese ser ésta la causa, se la dió un poco de tiempo, y despues se la quitó.

Entre los milagros del bienaventurado Patriarca santo Domingo, se escribe [1] que en Roma habia una santa mujer que se confesaba con él y recibia á menudo de su mano la sagrada comunion. Ésta padecia una enfermedad horrible y penosa, porque tenía los pechos de tal manera podridos y encancerados, que le hervia y salia dellos gran cantidad de gusanos; y como el Santo se compadeciese della y le hiciese lástima ver tan fatigada aquella religiosa mujer, rogóle un dia que le diese un gusano de aquellos que salian de sus pechos. Diósele, pero con condicion que se le habia de volver. Era el gusano grande y de una cabeza negra, y tomándole en las manos santo Domingo y mirándole atentamente, se convirtió en una rica y preciosa piedra. La santa

Iglesia Romana, la ha descubierto recientemente el sabio arqueólogo Comendador J. B. de Rossi. *(Nota del editor.)*

1 Ant., III, p. hist., tít. XXIII, cap. IV, §. 10.

mujer cuando la vió se enterneció, y alcanzó, con muchas lágrimas, del Santo que se le volviese, y tornóle al pecho de donde le habia sacado, y luégo se volvió gusano como ántes. Y despues de haber nuestro Señor probado la paciencia desta santa mujer, al cabo la consoló y sanó por las oraciones de este santo Patriarca. Vese por este ejemplo que los que toman las enfermedades, por más que sean asquerosas y dolorosas, con sufrimiento y alegría, los gusanos se les convierten en joyas, y las mismas penas, por particular gracia y favor del Señor, les sirven de consuelo y regalo.

No solamente en el campo ha de pelear el cristiano, sino tambien en su casa, ni solamente se ha de derramar la sangre cuando el tirano y el enemigo le aflige y atormenta, sino tambien en la cama ha de mostrar el pecho valeroso y constante, cuando el mismo Dios, que es verdadero y fiel amigo, le pone á cuestion de tormento con fuerza del dolor, y sin cuchillo del perseguidor le da ocasion para alcanzar la corona, y ser de voluntad mártir por su amor.

Acuda á aquel remedio que pusimos arriba, que es el más poderoso y eficaz de cuantos podemos tomar, y considere atentamente al Unigénito del Padre y purísimo Hijo de la Vírgen y Madre, enclavado por su amor en

una cruz, sin tener parte en su cuerpo que no fuese atormentada con su propio y acerbísimo dolor; que por esto le llamó el profeta Isaías [1] varon de dolores y que sabía de enfermedades. Y dice que tomó sobre sí nuestras dolencias y padeció nuestros dolores, y que fué tenido como leproso, y herido y humillado de Dios; pero que él habia sido llagado por nuestros pecados y afligido por nuestras maldades y disciplinado por nuestras demasías, para que con sus cardenales nosotros fuésemos hermoseados y alcanzásemos paz y salud.

Si la pena ó tribulacion naciere de la muerte del marido, ó mujer, ó hijos, ó otra cualquier persona querida y amada, consolémonos en el Señor, considerando que el que nos la dió nos la quitó, y que es más justo alabarle por el tiempo que nos la dió, que quejarnos porque la llevó, pues es Señor de todos y de todo, y sin hacernos agravio, puede hacer de su hacienda lo que es servido. Y si falleció la tal persona con conocimiento de Dios y con los sacrosantos sacramentos de la Iglesia, puede tener confianza que goza ya ó gozará muy presto del Señor; y debe más alegrarse con ella por el gozo y gloria que tiene, que entristecerse de su soledad y de la falta que le hace, pues el verdadero amor no pone los ojos en sí,

1 Isai., LIII.

sino en el bien del amado; y considerando las miserias y calamidades que hay en el mundo, de las cuales le libró Dios, sería falta de conocimiento ó de verdadero amor el tomar pena de verle libre, y congojarnos de lo que nuestro querido tiene alegría.

Acuérdese que muy presto, y por ventura más de lo que piensa, seguirá al que fué adelante, y no se fatigue porque el que bien quiere llegó poco ántes que él á su patria, sino aparéjese él y disponga sus cosas para ir á ella, y procure de llegar al mismo puerto, donde jamas le perderá de vista.

Venza con la razon el dolor, pues no tiene remedio, como lo hizo David [1], y la llaga que suele curar el tiempo, cúrela él con la obediencia y prudencia cristiana, conformándose en todo con la voluntad del Señor, el cual lloró por la muerte de Lázaro [2], para enseñarnos la flaqueza de nuestra humanidad, y para esforzarla, mandó á la viuda que lloraba la muerte de su unigénito hijo, que no llorase [3]. Y el Apóstol san Pablo [4] nos manda que no lloremos como los gentiles, que no esperan lo que los cristianos esperamos, ni se pueden consolar con la esperanza de la resurreccion y vida perdurable, reprendiendo, no el sentimiento, porque éste es natural, sino el demasiado y

1 II, *Reg.*, XII. 2 Joan., XI. 3 Luc., VII. 4 I, *Tess.*, XIV.

desordenado sentimiento, causado del amor propio, ó de la infidelidad.

El glorioso pontífice y esforzado mártir san Cipriano, en una pestilencia cruel que hubo en su tiempo, escribió un libro, que intituló *De mortalitate*, para consolar y animar á los cristianos. En el cual, entre otras cosas admirables que escribe, dice que Dios nuestro Señor muchas veces le reveló y le mandó que enseñase y predicase que cuando morian y eran llamados de Dios nuestros hermanos, no habian de ser llorados, pues no los perdiamos, sino los enviábamos delante, y estaban ya fuera de los peligros de la navegacion, y habian llegado al puerto de tranquilidad, y que no se habia de dar ocasion á los gentiles para pensar que es fábula lo que los cristianos creemos, viendo que por una parte lloramos tan sin consuelo á los que por otra decimos que viven y gozan de Dios, y para juzgar que somos prevaricadores de nuestra fe y que es vana nuestra esperanza, y que todo lo que predicamos es fingido y compuesto.

Pues si nuestra congoja naciere, no de la muerte del que bien queremos, sino del temor y espanto de la nuestra (que por ser la cosa más terrible de todas las humanas, es la que más nos suele afligir), demas de las consideraciones que habemos dicho, que tambien para

esto nos podrán servir, acordémonos de lo que el mismo san Cipriano dice en aquel mismo libro *De mortalitate*, y es, que estando un santo obispo y compañero suyo muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase á nuestro Señor que le alargase la vida, le apareció un ángel en figura de un mancebo, de rostro hermosísimo y aspecto venerable y resplandeciente, que con voz grave le dijo: *Pati timetis, exire non vultis; quid faciam vobis?* Temeis el padecer, no quereis salir; ¿qué quereis que os haga? Y dice que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase á los demas.





CAPÍTULO XVIII.

Cómo se deben consolar los casados que no tienen hijos.

HABLEMOS del estado de los casados, y consolémoslos en las afliciones y tribulaciones que tienen, anexas á su estado, que no son pocas ni pequeñas; y primeramente tratemos en este capítulo de las mujeres casadas que son estériles y privadas del fruto de bendicion, y por eso se congojan y afligen demasiadamente. Este deseo de tener hijos los casados es natural y muy vehemente, especialmente en las mujeres. Raquel, mujer de Jacob [1], viendo que su hermana Lia tenía hijos y ella no, se afligió de manera, que moria de dolor, y con la impaciencia dijo á Jacob: «Dame hijos, porque si no me los das, me moriré.» A la cual con enojo respondió Jacob: «¿Soy yo por ventura Dios, que te puede

1 *Gen.*, XXX.

dar hijos, el cual te ha privado del fruto de tu vientre?» Tambien se ve este mismo afecto en Ana, madre de Samuel [1], la cual, viéndose estéril y que no paria, se deshacia en lágrimas y andaba triste y desconsolada, y atravesado el corazon de dolor. Argumento asimismo deste vehemente afecto son los extremos que hacen algunas mujeres por tener hijos, en gran perjuicio de su salud y de su vida, y áun de su conciencia. Las que están en esta afliccion y afan, querria que considerasen, ante todas cosas, que Dios solo es el que puede dar los hijos, y que sin Él, ni el marido, ni los remedios, medicinas ni bebedizos ni otra cosa alguna puede dar sér á lo que no tiene sér, ni formar el cuerpo humano en las entrañas de la madre, y mucho ménos infundir en él el ánima racional, que se cria de nada. Sabiendo esto la mujer cristiana, debe conformarse con la voluntad de Dios, y tomar con agradecimiento lo que le da de su mano, y no afligirse por lo que no le da, pues á quien dan (como dicen) no escoge; porque de otra suerte tambien podria afligirse por no ser tan hermosa, ó tan noble, ó tan rica, ó tan agraciada, estimada y servida como otras; que sería una desatinada congoja, pues el Señor reparte sus dones como es servido. Lo segundo,

1 I, *Reg.*, 1.

considere que lo que le parece azote y castigo de Dios, por ventura es gran merced y señalado beneficio que le hace; porque con este solo dolor la libra de otros innumerables y más desmedidos y crudos dolores que no es éste; porque la libra de todas las molestias, dolores y peligros que tienen las mujeres cuando están preñadas y cuando paren, que son tantos, que solas ellas, que lo pasan, lo saben y dignamente lo pueden llorar. Pues despues de haber parido, ¿quién podrá contar los cuidados, temores y pesares que combaten el corazon de la pobre madre? ¿Qué recelo tan contínuo y qué sobresalto tan congojoso, que al hijo no le suceda algun desastre, que no sea travieso y vicioso, que las malas compañías no le perviertan, que no haga ó reciba algun daño, que no se vaya ó no se pierda, ó en fin, que no se muera? Cuando el hijo es niño, hay una perpétua solicitud en criarle; cuando ya grandecillo, un contínuo cuidado y sobresalto en guardarle; si es desobediente, una entrañable tristeza; si bueno y sosegado, una terrible cruz, por el temor que siempre tiene la madre de perderle. Pues ¿qué diré cuando el hijo nace tuerto ó ciego, cojo ó manco, sordo ó mudo, corcovado ó contrahecho, loco ó feo, ó con otras tachas que se ven cada dia y cada hora, áun en los hijos de los señores y prínci-

pes y de los que se tienen por bienaventurados? No digo nada de los cuidados, angustias y peligros que traen consigo las hijas en criarlas, guardarlas y casarlas, ó ponerlas en estado, y más si son muchas y los padres pobres, que es otro dolor y amargura intolerable. ¡Qué pocos son los hijos que salen buenos y son alivio y consuelo de sus padres! ¿Cuántos más son los que les dieron gran contento en su nacimiento, y mucho mayor con su muerte? ¿Cuántos nacieron para cruz y tormento de los que los engendraron, para deshonra de sus casas, para destruicion de la república, para infamia de todo su linaje, y para perdicion suya propia y escándalo de todos los que los conocen? Los cuales con sus calamidades y tristes sucesos convirtieron todo el placer de sus madres en penas, todo su gozo en angustia, y el gusto que tuvieron cuando les dijeron que habian parido un hijo, en llantos, sollozos y gemidos, faltando ántes en ellas el espíritu para vivir que el sentimiento para llorar tantas lástimas y miserias y afrentas como vieron por sus hijos en sus casas. Si se pudiese pintar en un retablo todos los trabajos, dolores, cuidados, temores y miserias que pasa una triste madre con sus hijos, ellos solos bastarian, aunque fuesen pintados, para desengañar á la casada que no los tiene, y para darle á conocer

la merced que Dios le hace en no dárselos; porque el no tenerlos es un dolor solo, y el tenerlos, muchos. Y como dijo un sabio [1], es un infortunio afortunado, ó una desdicha dichosa é infelicidad feliz. No quiero hablar aquí de los hijos que fueron tan crueles y detestables, que dieron la muerte á los que les habian dado la vida, y matando á sus padres, dieron motivo á los legisladores y gobernadores de la república para escribir leyes y buscar nuevos linajes de penas exquisitas para castigo de tan extraña maldad; porque éstos son mónstruos de la naturaleza. Y aunque ha habido algunos que han cometido este delito tan inhumano y aborrecible, son pocos, y no es bien que espantemos á las madres que mueren por tener hijos, con estos ejemplos, que son raros; mas lo que vemos que pasa en las casas de nuestros vecinos, tambien podrémos temer que vendrá por la nuestra, y que los hijos no saldrán tan á gusto como deseamos, especialmente en un siglo tan estragado y de tan disoluta y desenfrenada juventud, que tiene suelta la rienda á sus apetitos y perdido el respeto á las canas, y está olvidada de su obligacion natural, y de la reverencia y obediencia que los hijos deben á sus padres. Y si alguna madre fuere tan dichosa, que no haya visto las calamidades que

1 Eurípides.

vieron otras madres en sus hijos, y hubiere pasado esta navegacion prósperamente, y llegado, á su parecer, al puerto, por tener ya algun hijo salido de la primera edad, quieto, obediente y virtuoso, y como una rosa ó clavellina en la flor de su juventud, acuérdese cuán fácilmente se le puede Dios quitar (y lo suele hacer algunas veces), y secarse con cualquiera viento y helada esta flor, y en el mismo puerto dar al traves el navío; y que en tal caso se siente tanto más la pérdida del hijo, cuanto más segura parece que estaba la posesion dél. Como el labrador siente más pena cuando los panes ya espigados se anieblan que no cuando no nacen. Para excusar esta pena y dolor tan terrible, no hay mejor remedio que no pedir los hijos absolutamente á Dios, ni querer más de lo que Él quiere, para que no falte nuestro contento y felicidad, por faltar lo en que en ella estaba fundado. Lo tercero, querria que considerasen las que se afligen con este deseo, qué causa les puede mover para desear con tanta ánsia lo que desean; porque si es querer conservar el mundo y el linaje humano, de su parte, con la multiplicacion de los hijos, crea que el Señor, sin ellos, le podrá y sabrá conservar, y que no tiene necesidad de su espiga, teniendo tan grandes y tan copiosas mieses. Si le parece que es género de castigo y maldi-

cion el ser estéril, engáñase, porque, aunque en la ley vieja era tenida por maldita la estéril, en la ley de gracia, en que ahora vivimos, la virginidad lleva la palma y es preferida al matrimonio. Si le parece que con no tener hijos carece de fruto de bendicion y del fin del matrimonio, y que faltándole estas prendas de amor y vínculo de más estrecha benevolencia, su marido no la amará tanto ni la querrá bien, consuélese con lo que habemos dicho, que Dios es Señor de todos y de todo, y reparte sus dones como es servido; confórmese con su voluntad, y procure amar y estimar y regalar y servir más á su marido, y desvelarse en darle contento, porque la falta de los hijos se supla con estos servicios y regalos; que desta manera, aunque falten los hijos, no faltará el amor que siempre debe haber y hay entre los buenos casados. Jacob más queria á Raquel, aunque era estéril, que no á Lia, que paria; y Elcana amaba más á Ana, madre de Samuel, el tiempo que fué estéril, que no á Fenena. ¿Por ventura Abraham no amaba mucho á Sarra, su mujer, ántes que tuviese della á Isaac, porque era estéril, ó los padres de Sanson no se amaban porque no tenian hijos? Lo mismo podemos decir de Zacarías y de santa Isabel, y de Joaquin y de santa Ana, y de otros santos y perfetos casados, á los cuales la este-

rilidad y falta de los hijos no los hizo estériles y faltos en el amor y caridad que los buenos casados deben tener entre sí. No quiero decir por esto que la casada no desee hijos, y que no los pida á nuestro Señor, y le suplique que riegue sus entrañas estériles con su gracia, y le dé hijos que le sirvan (y áun que tome algunos medios naturales seguros que para esto le puedan ayudar); pero lo que le pretendo persuadir es, que este deseo no sea demasiado é impaciente; que no se aflija y desespere; que no acuda á hechiceras y mujeres locas y desatinadas; que no tome brevajes ni bebedizos peligrosos; que sepa que todos los remedios que tomáre, si Dios no pone su mano, no le pueden aprovechar ni debe confiar en ellos, y que si confia en Dios y espera dél su remedio con sufrimiento y blandura de corazon y confianza, el Señor se le dará, si fuere para gloria de su divina Majestad y para bien suyo y de su casa; y no habiendo de ser esto, no tiene para qué desear los hijos, pues no los habrá, y si los hubiere, serán sus verdugos, su tormento y su cruz, y por ventura medio para su condenacion.





CAPÍTULO XIX.

De los desabrimientos que hay entre los casados.

Con ser tan grande la aflicion y tristeza que tienen los casados, especialmente las mujeres que son estériles y no tienen hijos, es mucho mayor tribulacion y más para llorar, cuando entre los mismos casados hay poca conformidad, y della nacen desabrimientos y disgustos y amarguras. Porque no sé yo qué mayor mal puede haber (de las tejas abajo), que hallar guerra donde debria haber suma paz, y division en tanta union, y hiel en la miel, y tósigo en la medicina. Pues para hablar desta materia, y dar remedio y consuelo á los mal casados, se ha de presuponer que las causas desta discordia y poca conformidad, muchas veces salen de la mala raíz y del mal pié con que se entró en este santo sacramento, por haberse hecho el matrimonio locamente y por malos

medios y peores fines, y querer nuestro Señor que con la pena se pague la culpa que hubo en esto. Otras veces se hizo el matrimonio, segun la ley de Dios, con cordura y cristiandad, y despues nacen entre el marido y la mujer disgustos, rencillas y rancores, y toda la dulzura de aquel santo estado se convierte en amargura y lágrimas. Hablemos en este capítulo de los primeros, y en el siguiente hablarémos de los segundos. Todas las veces que el santo matrimonio se profana y se toma por malos fines y en ofensa de nuestro Señor, no es maravilla que sea materia de tristeza y llanto, y que pues la entrada fué mala, la estada en él sea trabajosa; y aunque el fin sea bueno, cuando los medios son ruines y desproporcionados, no puede tener buena salida ni causar buenos efetos. La doncella que para casarse sale á vistas y se atavia y compone, y quiere parecer graciosa, hermosa, bien hablada, amiga de donaires y buena conversacion; que tañe y canta y baila y danza, y para atraer á sí al que querria tener por marido, le habla á menudo y le muestra amor, y áun pasa más adelante, y le da prendas de su aficion, muchas veces por el mismo caso, despues de haber perdido á sí misma, pierde lo que pretende, porque el hombre con quien ella se desea casar, y cuya voluntad quiere ganar por aque-

llos medios, gusta dellos para entretenerse ó para tenerla por amiga, mas no por legítima mujer; porque juzga que aquel trato y aquellas habilidades y gracias más son de mujer graciosa y liviana que de grave y honesta. Y si acaso, cegado de la pasion, la quiere y la toma por mujer, despues que pasaron aquellos primeros amores, y se resfrió aquella aficion, y se extinguió aquella llama que ardia en el pecho, comienza el hombre á abrir los ojos y á entender que no debe de ser honesta la que le amó tanto ántes que él fuese su marido, y que lo que hizo con él no siéndolo, tambien lo hará con otros áun despues de casada. Y con esto va perdiendo la aficion que ántes le tenía, y traspasándola á otras mujeres; y éste es un seminario de rencillas, pleitos y discordias entre los casados; y dél fué la semilla y orígen el haber entrado en el matrimonio, que es santo y sacramento instituido de Dios, por puerta falsa y caminos torcidos y medios livianos. Otros hay que aunque entran en el matrimonio con mejores fines, no aciertan en los medios para alcanzar el fin que pretenden; porque en el escoger el marido ó la mujer tienen más atencion al linaje de la parte, á la hacienda que tiene, al oficio ó cargo que espera, á la hermosura ó gentil disposicion, que no á la virtud, á la buena condicion, á la conformidad

de costumbres, á la edad y salud, y otras cosas que se deben mirar y considerar como principales en los que se quieren casar, teniendo las demas por accesorias y ménos principales, como dijo gravemente Séneca: «Con los dedos tomamos las mujeres;» es á saber, contando la moneda que traen, y la primera cosa que se pregunta es, ¿qué hacienda tiene? como si no valiese más el pobre bueno que el rico malo; y como dijo Temístocles, príncipe de Grecia, «el hombre sin dinero que el dinero sin hombre.» El rico y desvariado, cuando se casa, no piensa que toma mujer legítima, sino compañera en sus placeres y vicios, y así la lleva de fiesta en fiesta, de jardin en jardin, tráela ricamente ataviada y hínchela la cabeza de viento; y como la naturaleza nos inclina á estas liviandades, y más á las mujeres, especialmente si son mozas y hermosas, paréceles que no hay otra bienaventuranza en el mundo sino la vida que tienen con sus maridos. Pero en comenzando á nacer los hijos y á crecer los cuidados, y á perderse aquella lozanía de la mujer ya parida, y que la hacienda no basta para tantas galas y expensas supérfluas, como no se puede hacer lo que se hacia, ni dejar lo acostumbrado, búscanse medios para destruir y malbaratar la hacienda, y para dar cabo á lo que no le tuviera si se hu-

biera procedido con cordura; y cuando ella no basta, empeñarse y venderse las ropas y joyas y dote de la mujer, la cual, si es buena, llora y calla, y si es mal sufrida, rompe y riñe, y da gritos contra su marido. No es esto lo peor, porque comunmente estos hombres ricos y viciosos se derraman con otras mujeres, y no se contentan con la que Dios les dió y tienen en su casa, y traen á ella muchas veces enfermedades contagiosas y asquerosas, y las pegan á sus mujeres y áun á sus hijos; y destos tratos nacen los desabrimientos, rencillas y discordias, y áun, con su mal ejemplo y vida viciosa, provocan á sus mujeres para que los imiten y sean tales cuales son ellos, y les pierdan la vergüenza y el respeto; de suerte que inficionan los cuerpos con dolencias contagiosas (como dijimos), y las ánimas de sus mujeres con una lastimosa y horrible pestilencia de liviandad y deshonestidad; y como no está Dios entre el marido y la mujer, el matrimonio, que habia de ser, y para los bien casados es, un paraíso, se convierte en un infierno. Mas el que es pobre, pero pobre honesto y diligente, entiende que el matrimonio es sacramento de Dios, y un ñudo de amor tan estrecho, que no se puede desatar ni romper sino con la muerte, y que hace de dos almas un alma, y de dos cuerpos un cuerpo, y que aunque tenga mu-

chas cargas, se pueden llevar fácilmente adonde hay discrecion y cristiandad, y que cuando éstas faltan, es un yugo intolerable; cuando se casa procura de amar á la mujer que Dios le dió, y mírase en ella con ojos de amor, y si la halla tal como él esperaba, tiénese por bienaventurado, y si no corresponde á lo que él pensaba, con su ejemplo y consejo y buena maña la va amoldando y reformando, para que vivan en perpétua paz y conformidad; y con la diligencia en el ganar, y la templanza en el gastar, de pobre se hace rico, y tiene con que sustentarse á sí y á su mujer y á sus hijos y familia. Ésta es la diferencia que hay en el casarse con hombre rico y vicioso ó con hombre pobre y virtuoso; pero como no se mira esto, ni se ponen los ojos en la virtud, sino en la hacienda, vemos tantos casamientos tristes y llenos de mil fatigas y miserias, porque cada una de las partes se tiene por casado con la hacienda, y no con la persona, y se abraza estrechamente con el arca. El marido tiene á la mujer como por manceba, y la querria ver muerta por gozar á solas de su dote; y la mujer tiene al marido como por enamorado y adúltero, y se querria ver libre dél, y ser señora de sí y de la hacienda á su voluntad. Lo mismo podriamos decir de los otros desvaríos que hay en los casamientos cuando se hacen principalmente

por la nobleza del linaje, ó por la buena disposicion de la persona, ó por el oficio ó cargo que se espera, ó por otras cosas semejantes, que son buenas y se deben estimar, pero no como principales, sino como segundarias y ménos principales en el matrimonio, como dijimos; porque de otra manera se pervierten las cosas y se sacan de sus quicios, y son materia de tristeza, llanto y amargura.

Tambien creo que salen desastrados los casamientos muchas veces porque el marido y la mujer son parientes muy cercanos, porque parece que la misma naturaleza repugna á semejantes conjunciones, y quiere que se tenga respeto á la sangre y propincuidad; y no sin causa las leyes divinas, eclesiásticas é imperiales pusieron límites y vedaron dentro de ciertos grados de consanguinidad y afinidad el contrarse matrimonio. Y dado que traigan dispensacion de la Sede Apostólica, bastará ella para excusar el pecado y para asegurar la conciencia de los que se casan, pero no por ventura para que Dios los prospere, y dé dichoso suceso á sus casamientos. A lo ménos, el glorioso Doctor de la Iglesia san Ambrosio, en una epístola que escribe á un amigo suyo, que le habia consultado si casaria á un hijo suyo con una nieta suya, y sobrina de su hijo, le reprende porque tal cosa habia pensado, y

le aconseja que no lo haga, y le dice que será desastrado el casamiento, y concluye la epístola con estas palabras [1]: *Unde oportet ab ea discedas intentione, quæ etiam si liceret, tamen tuam familiam non propagaret*. Por tanto, es necesario que os aparteis de vuestro propósito, porque, aunque fuese lícito, os será dañoso y no veréis sucesion deste casamiento en vuestra casa. Y san Gregorio dice [2] que aunque una ley romana permitia que el primo hermano se casase con su prima hermana, pero que la experiencia enseñaba que no nacian hijos de tal matrimonio.

No hablamos aquí de los grandes príncipes ni de otras personas públicas, que por graves y públicas causas se pueden casar con sus estrechos parientes, y es justo que la Sede Apostólica dispense con ellos, como lo dice el santo Concilio de Trento [3], hablando áun del segundo grado; pero para la gente comun y ordinaria, aunque sea honrada, en la cual no concurren causas públicas ni muy graves para concederse semejantes dispensaciones, el mismo santo Concilio las restringe y prohibe.

Otra causa suele ser cuando no quiere Dios para casada á la persona que se casa, ántes la

1 Lib. VIII, epist. LXVI, *Ad Paternum*. 2 Lib. XII, epist. *ex registro ad interrogationes Augusti*. cap. VI, et habetur XXXV. q. III, cap. *Quædam lex*, XXIV. 3 Sessio 24. cap. V.

llama á otro estado más perfeto, y ella siente el llamamiento de Dios, y propone de seguirle y vivir en continencia y ser religiosa, y áun algunas veces hace voto de serlo, y despues se arrepiente y vuelve atras, y arrebatada de su sensualidad ó movida de otras causas livianas y ligeras, contra lo que Dios quiere y su propia conciencia le dicta, se casa y toma el estado del matrimonio; el cual, puesto caso que sea santo, como no es el que le convenia, permite Dios que suceda mal y esté lleno de amarguras, y que pues la persona en casarse no siguió la inspiracion y voluntad santa del Señor, sino su propio apetito y gusto, halle desgustos y desabrimientos, para purgar con ellos la culpa que tuvo; porque realmente no hay cosa que más se deba mirar y examinar que la eleccion del estado, del cual depende el contento y felicidad de toda la vida, y no hay cosa que ménos se piense ni que se haga con ménos consejo y madura deliberacion, y así acarrea grandes descontentos é infortunios, y lo que se hizo ligera y apasionadamente, se paga con una perpétua cruz por toda la vida.

Demas destas causas, hay otra de los hijos y hijas mozas que se casan contra la voluntad de sus padres, por su antojo y apetito; porque aunque para la sustancia del matrimonio no sea necesaria esta voluntad, pues basta la de

las partes, como sean hábiles y legítimas; pero deben este respeto los hijos y hijas á sus padres para no tomar compañía sin su licencia y beneplácito, pues son principio de su sér y están debajo de su poder, y ellos desean más su bien que los mismos hijos, y acertarán mejor á escoger lo que más les conviene por ser padres y desapasionados, y con la mayor edad más prudentes y maduros. Y quiere Dios que los hijos tengan tanta obediencia y respeto á sus padres en todo, que no es maravilla que castigue cualquiera falta que haya en esto, y cualquiera desacato y desabrimiento que se les hace. Por esta causa, en el catecismo [1] que, por órden del santo Concilio de Trento, mandó publicar el Papa Pío V, de feliz recordacion, tratando desta materia, se dicen estas palabras: «Entre las otras cosas, lo que principalmente se ha de encomendar y persuadir á los hijos de familias es, que, por reverencia y honra de sus padres y de los otros á cuyo cargo están, no se casen sin que ellos lo sepan, y mucho ménos contra su parecer y voluntad; porque áun en el Viejo Testamento vemos que siempre los padres casaban á sus hijos. Y el Apóstol san Pablo nos da á entender que así se debe hacer, diciendo [2]: «El que casa á su hija doncella hace bien, y el que no la casa

1 *De matri. sacramento, in fin.* 2 I, *Cor.*, VII.

hace mejor.» Dando á entender que es propio oficio de los padres el casar á sus hijas doncellas, y que ellas sin ellos no se deben casar.

He puesto aquí estas causas, para que los casados que andan atribulados y afligidos recorran á ellas y examinen sus conciencias, y vean por dónde les viene el daño y aquel azote del Señor, y si hallaren culpa en sus casamientos, entiendan que su pena es castigo de su culpa, y agradezcan á Dios, que se le da en esta vida y no le guarda para la otra, pues sería más largo y más riguroso; y lo mismo se debe hacer en las otras causas en que hay pecado y ofensa de Dios. Porque las más veces que padecemos algun trabajo y disgusto, nos viene por nuestra culpa, y nosotros la echamos á la mala condicion y falta del compañero, ó á otras cosas extrínsecas, y no acudimos á la raíz, que son nuestros pecados, y á la bondad de Dios, que con la tribulacion los purifica y nos purga; y así no conocemos que merecemos mayor castigo, ni le pedimos perdon, ni le suplicamos que nos dé paciencia, ni aliviamos nuestras penas con estos remedios, ántes las doblamos con cuidados y consideraciones infrutuosas y desbaratadas.

Pues para obviar á estos inconvenientes y consolar á los casados, que por estas causas

están desconformes y afligidos, avisamos primero á todos los que se quieren casar que adviertan cómo se casan, y que entiendan bien primero la fuerza que tiene este santo sacramento del matrimonio, y que es vínculo indisoluble, y una junta muy apretada que hace Dios del marido y de la mujer, y una compañía que, si es dulce, amorosa, pacífica y conforme, es de grande alivio y consuelo para toda la vida; pero si es pesada, odiosa, rencillosa y desconforme, es una cruz y tormento perpétuo; y que para esto conviene que en los que se casan haya temor de Dios y mucha cristiandad, y virtud, y buena condicion, y conformidad de costumbres, para poder llevar suavemente las cargas pesadas del matrimonio. Que por esto dijo el otro sabio, hablando del casamiento: «Toma tu igual.» Y no quiso decir solamente que sea igual en nobleza, riqueza, edad y estado, sino mucho más en condicion y costumbres, porque desta igualdad nace la conformidad y perpétua concordia entre los casados. Pero los que ya están casados, y por no haber acertado en el fin ó en los medios que tomaron para casarse, pagan su culpa con la pena y andan atribulados, vuélvanse á Dios, lloren su culpa, y con la paciencia y sufrimiento procuren ganar la voluntad de la compañía que Dios les dió para su castigo, ó

ellos tomaron por su voluntad; y entendiendo que no hay otro remedio sino éste, abrácense con él, que por ventura el Señor los consolará, y pondrá paz donde hay guerra, y dulzura y suavidad en los corazones amargos y desabridos.





CAPÍTULO XX.

Prosigue el capítulo pasado.

PERO por muchas diligencias que se pusen en buscar los medios para acertar en el santo matrimonio, ni por más recta que sea la intencion, no es posible que siempre se acierte en la compañía que se toma; porque, ó la persona se engaña en tomarla, creyendo que es diferente de lo que realmente es, ó con el tiempo se muda, y con los varios sucesos desta vida y con la mutabilidad natural se truecan las condiciones de los hombres. Las otras cosas, ántes que se tomen y traigan á casa, se pueden examinar y mirar muy en particular, para ver si nos contentan. El caballo, el buey, el jumento y el esclavo se pueden probar ántes que se compren. La compañía que se toma en el matrimonio es carga cerrada; y así, muchas veces acontece que no se entienden las faltas que

hay, hasta que no tienen remedio. Y por esto, aunque todos los negocios se deben encomendar mucho á nuestro Señor, y suplicarle que los guie y enderece, ninguno más que el de los casamientos, los cuales no pueden ser acertados ni dichosos, si no se negocian primero en el cielo que en la tierra. Desto suelen nacer disgustos y discordias en los casados cuando no hallan en la compañía que tomaron lo que pensaban. Mas cuando no hay error ni engaño, con el suceso del tiempo suele haber discordia y division entre los que son una misma cosa, ahora sea por culpa de la mujer, ahora del marido, ahora de ambos, que es lo más ordinario. Y suele crecer esto de manera, que no hay paz ni quietud en casa, sino una pepétua guerra y tormento. No es mi intencion tratar aquí de lo que los casados deben hacer entre sí, y darles reglas de vivir, para que tengan una entera paz y santa conformidad; porque desto han escrito muchos, y es cosa larga y fuera de mi propósito; solamente quiero hablar de lo que es propio deste tratado, que es consolar á los casados que están afligidos y amargos entre sí, y darles remedio para tan grande tribulacion. Para esto digo que el marido y la mujer que tienen poca paz entre sí, deben primeramente considerar que no son dos personas, sino una persona; no dos cuer-

pos, sino un cuerpo; no dos almas, sino un alma. Para darnos á entender esto, Dios nuestro Señor, que habia formado el hombre de tierra, formó á la mujer de la costilla del mismo hombre, para que entendiese que era parte suya y hueso de sus huesos y carne de su carne, y que por ella habia de dejar al padre y la madre, y allegarse á su mujer y ser dos en una carne, como lo dijo nuestro primer padre [1]. Y esto mismo nos enseñó Cristo nuestro Redentor en san Mateo [2], cuando, alegando estas palabras que dijo Adan, añadió: «De manera, que ya no son dos, sino una carne,» que quiere decir una persona. Y si el marido debe hacer esto para con la mujer, mucho más lo debe hacer la mujer con el marido, que es su cabeza y como su señor y padre, y por ser más flaca, que el varon, tiene más necesidad de su arrimo, amparo y defensa. Los filósofos enseñan que la verdadera amistad hace de dos almas un alma, y por esto Horacio, poeta, llama á Virgilio la mitad de su alma. Y san Bernardo, en una epístola, dice de un amigo suyo que era otro él, y que no podia ir el amigo á ninguna parte sin él, porque moraba en el corazon de su amigo más segura y suavemente que en su propio corazon. Pues siendo esto así, ¿qué ha de hacer la mujer pa-

1 *Gan.*, II. 2 Matth., XIX.

ra con su marido, en el cual tiene padre, madre, hermano y amigo, y todas las cosas del mundo? Y si la verdadera amistad consiste en un querer y no querer, ¿por qué los buenos casados no querrán y dejarán de querer lo mismo, pues siendo un alma, no han de tener más de una voluntad? Sea, pues, el fundamento y como quicio de toda la concordia y buena union que deben tener los casados, el procurar de tomar cualquiera cosa de su compañía, no como extrínseca y ajena de sí, sino como cosa propia y que toca á su propia persona; la salud y enfermedad, la honra y deshonra, el contento y el descontento, la pobreza y la abundancia, y todas las demas cosas que tocan al uno son del otro, y por tales se deben tomar; y con este amor y aficion entrañable, se han de llevar y hacer ligeras las cargas pesadas del matrimonio.

Lo segundo, se deben considerar los ejemplos de los que fueron bien casados, especialmente de las mujeres, que áun siendo gentiles y sin conocimiento de Dios verdadero, en las tinieblas de su gentilidad tuvieron esta verdad, y siguieron aquella vislumbre y corta luz de la naturaleza, y amaron y sirvieron á sus maridos con amor tan extraño y constante perseverancia, que merecieron ser alabadas en todos los siglos, y quedar por dechado y

espejo de todas las mujeres casadas. ¿Cuántas mujeres ha habido que, estando sus maridos enfermos, llagados y podridos, los sirvieron muchos años, de dia y de noche, con diligencia increible y amor entrañable? ¿Cuántas chuparon la podre asquerosa y áun ponzoñosa de sus heridas y llagas, poniéndose á peligro de morir ellas por dar vida á sus maridos? ¿Cuántas, estando presos, los sacaron de la cárcel, quedando ellas presas por ellos, y con un santo engaño trocaron con ellos sus vestidos, para poderlo hacer con más facilidad? ¿Cuántas, estando condenados á muerte, los ocultaron, con peligro de sus propias vidas? ¿Cuántas los siguieron en sus destierros, y dejando sus casas, sus haciendas y sus propios hijos, los acompañaron y huyeron con ellos, y vivieron á sombra de tejados con grandísimos peligros y sobresaltos? ¿Cuántas no quisieron vivir despues de la muerte de sus maridos, teniéndolas á ellos por su vida y todo su bien? Todo esto han hecho muchas mujeres, que ni tenian conocimiento del cielo, ni esperaban por ello gloria y bienaventuranza, ni estaban atadas con sus maridos con ñudo tan estrecho ni con vínculo tan apretado como lo es el del sacramento del santo matrimonio, que representa la union inefable que hay entre Jesucristo y su Iglesia; ¿y no lo harán las mujeres cristianas,

que tienen todas estas obligaciones más sobre sí?

Sea lo tercero, que procuren los casados, especialmente las mujeres, quitar todas las ocasiones de disgustos, mayormente en los principios, cuando vienen á poder de sus maridos; porque importa mucho cualquiera enojo en aquel tiempo, cuando se han de ganar las voluntades y amasar las aficiones, y hacer de dos corazones uno, como dijimos; y tambien procuren que en brotando cualquiera ocasion de desabrimiento, se arranque y no se deje crecer. Porque, así como los médicos tienen por más peligrosas las enfermedades que se van cuajando poco á poco que no las que nos vienen de repente por causas graves y desórdenes manifiestos; así, dice Plutarco que entre los casados, las discordias que se van engendrando y creciendo poco á poco con disgustos son más peligrosas y más difíciles de curar que las que nacen súbitamente de alguna grande causa. Procure, pues, la buena mujer (como dijimos) de amar á su marido, de contentarle, servirle, respetarle, y de no tener otra voluntad más de la suya, y de vivir con tanto recato, que con razon no pueda tener celos della; de callar cuando él se enoja y da voces, y hablarle con blandura y cordura cuando él está sosegado y calla; de quitarle los pe-

sares que trae de fuera de casa, y no acrecentárselos con los della; de descubrirle sus secretos y deseos, y darle parte de sus penas, como á padre y amigo y como á sí mismo, y siga en todo su parecer y consejo; de no descubrir ni publicar sus faltas ni lo que pasa entre los dos; porque el secreto sobre el marido y la mujer es sacrosanto, y debe estar cerrado debajo de siete llaves; y, finalmente, procure de tenerle en lugar de Dios y espejarse en él, y mirarle como á sí misma; pero cuando hubiere hecho de su parte todo lo que pudiere para tener paz y dar contento á su marido, y si no aprovecháre, por ser él tan perdido, que no se puede ganar, y tan vicioso, que no tiene remedio, ó tan loco y fuera de juicio, que Dios solo le puede dar seso, vuélvase á Él, y suplíquele de corazon, y hágale suplicar, que ponga su mano y remedie tan grande mal, y que le dé paciencia; y conozca que es azote del Señor, que por este camino y cruz quiere purgar sus pecados, y labrarla y llevarla á gozar de sí. Confórmese con su santa voluntad, y con la paciencia y sufrimiento, y confianza en la bondad de Dios, mitigue su dolor y haga más ligera su carga. Porque, haciéndolo así, ó el Señor la librará della, ó le dará fuerzas para llevarla con suavidad, y estando Dios en su alma, hallará consuelo en su pena y ali-

vio en su trabajo, y paz en la discordia, y en el peligro seguridad, y quietud dentro de sí; la cual, ni el marido ni ninguna otra criatura, si ella no quiere, no se la podrá quitar. Y lo que aquí decimos que debe hacer la buena mujer para con su marido, tambien decimos que lo debe hacer el buen marido con su mujer, porque de ambas partes nacen ocasiones de trabajos y amarguras. Y puesto caso que la mujer debe sujecion y obediencia á su marido por ser su cabeza, y por esta causa sufrir más, el marido debe más compasion á su mujer, y gobernarla con más moderacion y cordura, por ser más frágil y de su natural condicion más flaca y antojadiza; y, finalmente, el consejo de san Gregorio, Papa, es admirable, que dice [1] que los casados deben ser amonestados que cada uno dellos no considere tanto lo que él sufre de su compañía, cuanto lo que la compañía que tiene le sufre á él; porque desta manera llevará con más paciencia lo que hiciere consigo el otro, considerando lo que él hace con él.

1 Gregor., *in Pastor.* III. *p. admonitione*, XXVIII.





CAPÍTULO XXI.

Cómo se deben consolar las personas espirituales cuando les faltan las consolaciones divinas.

TRATADO habemos en los capítulos pasados de algunos remedios principales con que los atribulados y afligidos se podrán consolar en sus tribulaciones, en su pobreza, en sus enfermedades, en las muertes de los que quieren bien, y cosas semejantes, pero todas temporales y de la tierra, que son comunmente las que los hombres mundanos suelen sentir y llorar más. En este capítulo quiero tratar de otro género de tribulacion y desconsuelo más alto y más espiritual, que llega al alma y la atormenta y consume; y se funda, no en la pérdida destos bienes perecederos y caducos, sino en la de otros celestiales y divinos. Porque, así como cuando Dios quiere castigar á los hijos deste siglo no les quita las cosas espirituales (por-

que, como no las aman, no sienten la pérdida dellas), sino en las temporales, que ellos tienen tan arraigadas en sus entrañas, que cuando se las quitan les arrancan las mismas entrañas y se les sale el alma tras ellas, para que castigados por esta manera, se vuelvan á Dios; así, cuando quiere afligir á las personas espirituales, no les quita las cosas temporales (porque no hacen caso dellas, ni reciben pena de la pérdida de lo que no aman ni estiman), sino los consuelos espirituales y divinos, que son los que ellas precian y procuran. Esto es, cuando parece al ánima que no tiene á Dios y que le ha perdido; que le habla, y no le responde; que le busca, y no le halla, y se ve sola y como desamparada y desechada de la faz del Señor, que sabe que es todo su remedio y todo y solo su bien. Este lenguaje entïenden las ánimas devotas y regaladas de Dios cuando Él á tiempos las deja y se les esconde; que las otras que andan como anegadas debajo de las ondas de sus desvariados apetitos y vicios, y no tienen trato ni familiaridad con Dios, no saben á qué sabe esto, ni cuánto sea más agudo el dolor que causa esta ausencia del Señor, que todas las otras calamidades y pérdidas temporales. Pues para estas ánimas recogidas, espirituales y devotas, servirá este capítulo cuando se vieren desconsoladas y como sumi-

das en un abismo deste desamparo de Dios, que es mayor trabajo que todos los trabajos temporales, y la mayor pena de todas las penas. Porque, así como las consolaciones de Dios son mayores de lo que se puede decir, así las desconsolaciones de su ausencia no son creibles á quien no las experimenta. Y como cuando el ánima está de véras regalada y gozosa con la presencia del Señor, no le parece que hay cosa en el mundo que la pueda entristecer, ni turbar aquel gozo que posee, así, cuando Dios le vuelve las espaldas y se ausenta della, y la quiere probar de véras con desconsuelos y temores, se halla á las veces tan triste y afligida, que ninguna cosa la puede alegrar, ni áun aliviar el peso de su grande tristeza, porque se halla entónces el ánima tan atajada, tan pesada, tan perpleja y confusa, que no sabe qué se hacer, y cualquiera cosa que haga la embaraza y confunde más. Está como un viandante que camina por un desierto lleno de bestias fieras, y ha perdido el camino en una noche muy escura, y no sabe qué se hacer. El estarse quédo le aflige, el ir adelante le congoja, el volver atras le da pena; si se queja, no descansa; si llama, no le responden; si no llama, repréndele la conciencia; anda sumido en un mar profundo de angustias y sobresaltos, en tanto grado, que áun el

mismo buscar á Dios busca el ánima cuando está en este estado, y no le halla; ántes todos los medios que toma para consolarse le son materia de tristeza, como á los muy alegres lo suelen ser de alegría las mismas causas con que otros se entristecen. Éste es el verdadero desierto por donde Dios lleva á los que saca de Egipto con la promesa de su palabra; á la cual quiere que crean tanto, que ni estas ni otras cosas los desmayen en la fe; pues es más cierto lo que Él promete que lo que nosotros sentimos, y nos tiene prevenidos y avisados que pasarémos por estas penas, mas que Él nos librará. Pues cuando un ánima se halla en este desierto tan yermo y horrible, ¿qué hará? ¿cómo se consolará? Primeramente, es menester que cuando se halláre en tan peligroso estrecho, y como arrebatado de una corriente de desconsuelos y temores, que no pierda el áncora de la confianza en el Señor, ni se deje ahogar de manera que piense que está del todo olvidado y desamparado de Dios; porque en llegando á este punto, como perdido el gobernalle, se da al traves y se quiebra la nave sin remedio. Para esto, conviene que la persona espiritual asiente en su corazon que las consolaciones y dulzuras con que el Señor á veces regala á sus siervos en la oracion, no son las prendas más ciertas de su amor, ni lo más

precioso ni más fino de la virtud; pues muchas veces los más santos tienen ménos regalos sensibles que otros que son principiantes y ménos perfetos, á los cuales cria el Señor con esta leche, como á niños, hasta que, esforzados ya, dejen de serlo, y coman pan con corteza y comiencen á andar por su pié. De suerte, que el tener más consolaciones sensibles no es señal cierta de ser el que las tiene más perfeto ni más santo, ni más querido del Señor; y eslo cuando, faltando ellas, el hombre no falta un punto de sus santos ejercicios ni de un amor fuerte y macizo, con que se abraza con su Dios y se aprieta con Él y totalmente se pone en sus manos, y con prosperidad y con adversidad, con consuelo y desconsuelo, en paz y en guerra, le sirve igualmente. Para hacer prueba deste amor fino y perfeto, quita Dios muchas veces á sus siervos estos regalos y dulzuras, y no ménos para que ellos conozcan que no son suyas, sino dádiva del cielo, y no se desvanezcan cuando las tienen, ni se congojen demasiadamente cuando les faltan, y siempre anden humildes y dentro de sí, conociendo que no las merecen cuando no las tienen, y agradeciéndolas y sirviéndolas al Señor cuando se las da. Otras veces tambien las quita su divina Majestad con piadosa providencia, para que sus siervos no pierdan la

salud y desfallezcan, porque es tanta la flaqueza de nuestros cuerpos, y tan grande la abundancia y suavidad destos consuelos divinos, que puesto caso que el alma se derrite y regala con ellos, la carne muchas veces se enflaquece y no puede sufrirlos, ni llevar carga tan ligera para el espíritu y tan pesada para sí. Y por otras muchas causas quita Dios estas consolaciones divinas á sus siervos, de las cuales trata largamente, en la segunda parte del libro de la *Oracion*, el padre fray Luis de Granada, adonde las hallará el que las quisiere ver.

Mas algunas veces esta tribulacion no es más que una privacion de los regalos sensibles de Dios, y una como falta del pan y sustento con que el ánima esforzada tiene aliento para andar por el camino áspero de la virtud, y llegar, como Elías despues de haber comido la hogaza, hasta el monte de Oreb, y perseverar en los ejercicios santos de la oracion. Otras veces pasa más adelante, y es un desamparo y una soledad tan grande, un dejamiento que hace Dios en el ánima, que sola la que le padece le puede explicar; porque parece que no sólo el Señor no la ayuda y favorece en aquel punto, pero que la persigue y desfavorece; de manera que no halla ni en sí ni en ninguna criatura reparo, y que el mismo

Dios le vuelve el rostro y se le esconde, ó por mejor decir, se esquiva y la trata como enemigo. Pongamos aquí dos ejemplos deste desamparo del Señor: uno de un varon santo, y otro de una mujer santa, y ambos de dos religiosos de la órden de santo Domingo. Fray Enrique de Suson, aleman de nacion, fué varon muy ilustre en sangre, y más en toda santidad y perfecion, y particularmente en la paciencia y sufrimiento de innumerables y pesadísimas tribulaciones con que Dios le ejercitó muchos años; de las cuales hallándose algunas veces muy apretado, y suplicando á nuestro Señor que le sacase dellas, le apareció un dia y le reprendió, diciéndole: «Cuando Dios te enclaváre en alguna cruz, no has de poner los ojos en cuándo se acabará, sino apretarte con ella y apercebirte para otra.» Otra vez le dijo el Señor las grandes adversidades que habia de padecer, y le especificó tres más terribles que las demas, y entre ellas le declaró la tercera en esta manera: «La tercera es, que hasta agora has mamado los pechos de Dios como niño, mas ya no será lo que ser solia, ni gustarás de aquellos regalos y dulzura divina, ántes te dejaré secar y enfermar de pobreza y falta destos gustos y regalos, y verte has desamparado de Dios y de los hombres, maltratado de amigos y de enemigos, y todo cuanto

imaginares, tratares y buscares para tu consuelo, todo se te volverá al reves.» Y como el Señor se lo dijo, así lo hizo. Éste es ejemplo de varon. Digamos agora el de una purísima y santísima vírgen, que es santa Catalina de Sena; la cual, despues de haber sido regalada extrañamente de Dios, y tratada como dulcísima y amadísima esposa, pasó por este desierto y desamparo, no hallando gota de agua de consuelo para refrescarse y matar la sed, ni bocado de pan que comer, sino serpientes venenosas y enemigos crueles por todas partes, que la perseguian y querian tragar; y buscando al Señor para su defensa, no le hallaba, ni áun rastro dél; porque Él la queria probar y afinar, y para esto dió licencia á los demonios para que empleasen su malicia en combatir á la santa vírgen con tentaciones torpes, y en cuerpos visibles ejercitasen delante della actos sucios, y le apareciesen en várias y horribles figuras, y la maltratasen y afligiesen; y cuando ella se volvia á Dios, Él se le escondia y la dejaba como sola, aunque no estaba sino más acompañada que ántes del mismo Señor que la dejaba. Esta cruz es pesadísima y terribilísima, y que para llevarla son menester hombros de gigante; y así, el Señor no la suele dar sino á personas muy ejercitadas y robustas en la virtud. Pues cuan-

do el Señor fuere servido de probarnos con la falta de sus regalos y consolaciones divinas, no hay que hacer sino humillarnos, y conocer y confesar que somos indignos dellas, y que justísimamente se nos quitan porque no supimos usar dellas ni agradecérselas, como era razon; algunas veces atribuyéndolas á nuestros merecimientos, otras desvaneciéndonos con ellas, y desestimando á los otros que no las tienen, como si por no tenerlas fuesen ménos buenos y perfetos que nosotros; otras descuidándonos en el ejercicio de la oracion y de la mortificacion de nuestras pasiones, y no acudiendo con humilde y total resignacion á la voluntad del Señor, y á las santas inspiraciones que por su sola benignidad nos envia, ó por algun pecado oculto ó aficion desordenada con que está preso y cautivo nuestro corazon; el cual en estas ocasiones debemos examinar con mayor cuidado, y purificarle de cualquiera cosa que hay en él y entendiéremos que puede desagradar á los ojos del Señor. Y hecho esto de nuestra parte, dejémosle hacer de la suya lo que fuere servido; si nos consoláre, tomemos el consuelo con agradecimiento, y si no nos consoláre, el desconsuelo con paciencia; que aunque sea medicina amarga, no por eso será ménos provechosa para la salud; y lo que nos faltáre de regalo, por ven-

tura se nos dará de virtudes sólidas y macizas, de humildad, de paciencia, de amor fuerte, de confianza, de perseverancia y de otros dones de Dios, que valen tanto más que los regalos y consuelos, aunque sean espirituales, cuanto vale más el fin que los medios que se toman para alcanzarle. La mujer que es muy regalada de su marido, cuando está presente no es mucho que le quiera bien y que le sirva y le sea fiel; mas la que hace esto estando su marido ausente y léjos, y como olvidado della, no la escribe ni la regala, ni parece que tiene cuenta con su necesidad, ésta es la buena mujer, amorosa, leal, constante, desinteresada, que ama al marido porque es marido, y no por las dádivas que le da ni por los regalos que le hace. Esto mismo debemos nosotros hacer con el Esposo dulcísimo de nuestras ánimas, cuando nos pareciere que se descuida y olvida de nosotros, y no nos regala como solia, y con tanta mayor solicitud lo debemos hacer, cuanto tenemos mayor seguridad del amor del Señor para con nosotros, que cualquiera mujer puede tener del amor de su marido para consigo; pues es cierto que no se puede olvidar Dios de los suyos, como lo hacen los hombres; y que aunque algunas veces se esconde, nunca se aleja, ántes está más presente cuando parece que está más ausente,

y abrasa con llamas más encendidas de amor al corazon que no se entibia en él por la falta destas consolaciones y regalos. Y si el desamparo fuere tan grande como fué el de santa Catalina de Sena y del santo fray Enrique, de quien habemos hablado, hagamos nosotros lo que ellos hicieron, y tendremos vitoria de nuestros enemigos, con admirable aprovechamiento de nuestras ánimas; porque del santo fray Enrique se escribe en su *Vida* que, despues de haber sido tantas veces crucificado y deshecho, decia que cuando hubiese igual gloria para los que padecen trabajos y para los que no los padecen, era justo que todos deseásemos vivir y morir en cruz, y que á los que Dios aflige, con las mismas afliciones los consuela. Y fué tanto lo que el Señor despues le consoló y regaló, que solia decir: «Si hay alguno que haya padecido adversidades, venga y quéjese; que yo de mí digo que, á mi parecer, nunca he padecido cosa en la tierra, ni sé qué sea cruz, pero muy bien sé qué cosa es gozo y alegría.» Pues ¿qué diré de la bienaventurada vírgen santa Catalina de Sena, la cual, despues de haber padecido y vencido tan feas y abominables tentaciones, que para su purísima ánima eran más grave tormento que el mismo infierno, y pasado por este desierto tan áspero y tan lleno de fieras y bestias ponzoñosas, se

volvió á su dulcísimo Esposo y le dijo (como san Antonio el Abad): «Señor mio, ¿dónde habeis estado? ¿Por qué me dejastes sola?—Sola no, respondió el Señor; que yo aquí estaba, mirando cómo peleabas, y me gozaba de tus vitorias; porque no me huelgo yo con los trabajos de mis siervos, sino con su paciencia, que es más mia que no suya.» Despues el Señor la regaló tan por extremo, que se tendrian por increibles los favores y regalos que le hizo, por ser tan grandes, si los autores que los escriben no fuesen tan graves, y la bondad y dulzura del Señor para con las ánimas que perfetamente le aman y sirven no excediese á todo lo que el ingenio humano puede comprender. Y así decia esta gloriosa y regalada esposa del Señor que en las manos de Dios la muerte es vida y la enfermedad salud, y los trabajos descanso y el infierno paraíso. Tengan, pues, fuerte en semejantes aprietos las ánimas santas y puras, y si tardáre el Esposo, no desfallezcan ni se echen á dormir, sino velen y espérenlo con paciencia, porque *veniens veniet, et non tardabit;* sin falta vendrá, y no tardará. Y en qué haya de estribar esta certidumbre y segura esperanza, declararlo hemos en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXII.

Cómo toda nuestra confianza estriba en los merecimientos de Jesucristo, y cuán grande motivo sea éste para nuestro consuelo.

Lo que más nos suele afligir y desmayar en semejantes aprietos, y en las otras tribulaciones que el Señor nos envia, es el parecernos que aunque Él es suma bondad y piadosísimo y misericordiosísimo, pero que tambien es justo y castigador de pecados, y que siendo tantos los nuestros, no nos mirará con buenos ojos ni nos amará; porque, como el objeto del amor sea el bien, no habiendo en nosotros bien ninguno, ni en nuestro cuerpo, que es un muladar, ni en el ánima, por ser un manantial de pecados, el Señor, que no es ciego, ni apasionado, ni antojadizo, no se puede engañar, ni amar lo que no merece ser amado, ni querer bien lo que es digno de aborrecimiento. De aquí se afligen las ánimas y nacen las congo-

jas, temores y desconfianzas, y el tenerse por desamparadas y perdidas, porque ponen los ojos en sí, y no en la sobreabundante bondad de Dios, y en los tesoros riquísimos de los merecimientos de su benditísimo Hijo, por los cuales Él nos perdona. Y esto es lo que pretendo declarar en este capítulo (porque es el fundamento y la llave de toda nuestra confianza y consuelo), y referir en él parte de un discurso admirable que hizo el padre maestro Juan de Ávila, en que trata altísimamente del amor de Cristo para con los hombres.

Pues para declarar bien la medida con que habemos de medir el amor que Cristro nuestro Redentor nos tiene, habemos de desviar los ojos de nuestra consideracion de nosotros mismos, y ponerlos en Cristo, porque no nace el amor que Él nos tiene de la perfecion que hay en nosotros, sino de la que hay en Él, ni de lo que Él tiene que mirar en nosotros, sino de lo que tiene que mirar en su eterno Padre. Para lo cual se debe presuponer que en el instante de su concepcion fueron dadas á la sacratísima Humanidad de Jesucristo tres gracias tan excelentes y tan grandes, que cada una en su manera es infinita; conviene á saber: la gracia de la union hipostática, y la gracia universal de ser cabeza de toda la Iglesia, y la gracia singular que se le dió á su

santísima ánima. Primeramente se dió á aquella santísima Humanidad el sér divino, juntándola con la persona divina, con tan fuerte ñudo y con tan estrecho vínculo, que en ambas naturalezas, divina y humana, no hay sino una persona, y podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios. Esta gracia es infinita, así porque lo es lo que por ella se da, que es el sér divino, como por la manera con que se da, que es la más estrecha que se puede dar, que es por via de union personal.

Diósele tambien que fuese padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influya su virtud y merecimientos; de manera, que en cuanto Dios es igual al Padre, y en cuanto hombre es Príncipe de todos los hombres; y por este principado se le dió gracia infinita, para que dél, como de una fuente de gracia y de un mar océano de santidad, la reciban todos los hombres; y Él se llama Santo de los santos, no solamente por ser el mayor santo de todos, sino por ser el santificador de todos, y por cuya mano ha de recebir el lustre de santidad todo lo que ha de ser santo. Porque, así como todos los hombres que son engendrados por via natural son hijos de Adan, y á él reconocen por su padre y por su raíz y principio, así todos los que son regenerados por la

gracia sobrenatural nacen deste segundo Adan, que es padre del siglo que ha de venir. Esta gracia es asimismo infinita, porque es para toda la generacion humana, que en su manera es infinita, pues no tiene número determinado, y siempre se puede multiplicar cuanto es de su parte en infinito, y para todo lo que en ella se multiplicáre hay gracia y méritos en la benditísima ánima de Jesucristo.

La tercera gracia fué singular, que se llama *gratia gratum faciens*, que quiere decir, gracia que hace al que la tiene agradable á Dios; y ésta se le dió para santificacion y perfecion de su vida, la cual tambien se puede llamar en cierta manera infinita, porque tiene todo lo que pertenece al sér de la gracia, sin que nada le falte y sin que nada se le pueda añadir. Diéronsele, demas desto, todas las gracias que llaman *gratis datas*, y todos los dones del Espíritu Santo, de manera, que fuese aquella purísima ánima como un rio caudaloso que recoge todas las avenidas y crecientes de todas las gracias, sin que haya gota de gracia que no éntre en él, ni se pueda derivar sino dél. Aquí hizo Dios cuanto pudo hacer y dió cuanto pudo dar, y sobre todo esto, le fué dado en aquel mismo punto que viese luégo la esencia divina, y conociese claramente la majestad y la gloria del Verbo, con quien estaba unida, y

viéndola fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial, cuanta ahora tiene á la diestra del Padre. Todo esto se dió á aquella santísima ánima por pura gracia y magnificencia de Dios, sin que precediese algun merecimiento de parte della, porque todo fué junto, el criarla y dotarla de todas estas gracias, por haber querido Dios hacer esta sacratísima Humanidad, como dice san Agustin, un dechado y una muestra de la divina gracia, tan acabado y perfeto, que cosa no se la pueda añadir.

Pues siendo todo esto así, como queda declarado, cuando esta santísima ánima, en aquel dichoso punto en que fuese concebida, abriese los ojos y viese aquella infinita é inmensa bondad de Dios, y conociese que es digna de infinito amor y servicio, ¡cómo la amaria, cómo la desearia servir, con qué afecto desearia emplear todo su caudal en la amplificacion y acrecentamiento de su gloria! Y cuando se mirase á sí con aquellas grandezas y excelencias que habemos dicho, y conociese de cúyas manos le venía tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganó por su lanza se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese postradas á sus piés todas las jerarquías del cielo, que en aquel punto le adoraron, como dice san Pablo [1]; pregunto yo: cuando todo esto

1 *Hebr.*, I.

viese, ¡con qué amor aquel ánima amaria al que así la hubiese glorificado y ensalzado! ¡cómo desearia que se ofreciese cosa en que servir tan grandes beneficios, y mostrarse agradecida al Dador de tan inmensos bienes! ¿Hay entendimiento de querubines ó de serafines que lo pueda comprender, ó lengua de ángeles que lo pueda explicar? No hay quien mejor reconozca ni agradezca el bien que se le hace, que el verdadero humilde, ni entre todas las criaturas del cielo y de la tierra ha habido criatura más humilde que el ánima de Jesucristo, y por el consiguiente, más agradecida ni más deseosa de servir á Dios las gracias que dél habia recebido. Pues como juntamente viese que Dios era gravemente ofendido de los hombres, y tuviese presentes todos los pecados que desde el principio del mundo se han hecho y se hacen, y se harán hasta su fin, contra aquel Señor tan bueno en sí y tan liberal para consigo, á quien ella deseaba tanto amar y servir, ¡qué dolor causaria esta vista en su amoroso y agradecido corazon! Y entendiendo que Dios queria desenojarse y salvar al linaje humano, que estaba perdido, y que para esto ella, por su amor y obediencia, tomase este negocio á su cargo, y no descansase hasta acabarle; y que, porque la manera que tienen todas las cosas en obrar es por amor, convenia que Él,

para cumplir esta obra de nuestra redencion de los hombres, los amase con tan grande y ardiente amor, que para redimirlos se pusiese á hacer y padecer todo lo que fuese necesario; ¡con qué celo, con qué agradecimiento, con qué obediencia, con qué entrañas de piedad, con qué fuego de amor, con cuán blando, fuerte y encendido corazon se ofreceria para esta empresa, y volveria los ojos á los hombres y se regalaria con ellos, aunque le hubiesen de costar la vida! No hay entendimiento que pueda llegar á entender esto como ello es, ni lengua para poderlo declarar. Por esta via de conocimiento de lo que Dios merece ser servido por lo que es en sí, y de agradecimiento y obediencia, se nos manifiesta este amor tan excesivo de Jesucristo para con nosotros; y no ménos por la de su caridad y gracia, á la manera que dijimos, infinita; porque si muchos santos con una sola gota de gracia, derivada deste piélago inmenso de la gracia de Cristo, tuvieron tanta ánsia y deseo de padecer trabajos y penas, y morir por Dios, ¿qué tal habrá sido el deseo que tendria el mismo Señor de honrar, muriendo, á su Padre, pues es Santo de los santos, fuente de toda la gracia, en cuya comparacion toda la gracia y santidad de todos los otros santos es como un punto en el círculo, y se escurece como la luz

de las estrellas delante del sol? ¡Qué vivos deseos tenía el glorioso Apóstol san Andres de morir crucificado, pues cuando vió la cruz, así se regocijó y la saludó y se abrazó con ella! ¡Qué llamas tan encendidas de amor ardian en el pecho del abrasado Ignacio, cuando le llamaban de Siria á Roma para ser martirizado, y llamaba saludables las bestias que le habian de despedazar y tragar, y decia que si ellas no se quisiesen llegar á él, él les haria fuerza y violencia! ¿Qué diré de las parrillas de san Lorenzo, y de aquel fuego lento que le consumió, y no pudo apagar el incendio interior de su ánima, ántes fué dél de tal manera vencido, que las llamas de fuera le parecian rosas, y cuando más le quemaban decia que estaba en refrigerio? ¡Con cuánto ardor deseó y procuró el martirio el seráfico Padre san Francisco! ¡Cuánta era la caridad del glorioso Patriarca santo Domingo, pues no solamente deseaba ser mártir, sino que todos sus miembros lo fuesen, y cada uno dellos padeciese su martirio! Sería nunca acabar si quisiésemos referir aquí los otros ejemplos de los bienaventurados santos que padecieron, ó desearon padecer por Cristo, y con tanto fervor y con caridad tan encendida, que los tormentos tenian por regalos, la muerte por vida y la cruz por gloria; porque cuando se ama el padecer, no es pena el padecer, sino

alivio y gozo. Pues si estos deseos de padecer tuvieron los santos, que, como dijimos, no tenian sino una gota de gracia, comunicada desta fuente y mar de toda gracia, ¿qué deseos, qué ánsias, qué ardores, qué quebrantos de corazon, qué agonías habrán sido las de la misma fuente, de cuya plenitud y abundancia reciben los demas? De aquí es que se angustiaba tanto este Señor con la dilacion de su muerte, y cada hora que se dilataba le parecia mil años, por el deseo tan encendido que tenía de ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre, y los treinta y tres años que vivió le fueron una perpétua cruz y un nuevo género de tormento. Por esto dijo: «Con bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado, y ¡cómo se angustia mi corazon hasta que llegue la hora dél y se cumpla!» Este deseo, y este amor le hizo padecer tantos y tan terribles dolores, injurias, afrentas, ensayes y nuevos linajes de tormentos; los cuales, con haber sido innumerables y gravísimos, nunca llegaron al deseo que tenía de padecer más, y al amor entrañable é infinito de su corazon; porque mucho más fué, sin comparacion, lo que deseó padecer que lo que padeció, y lo que nos amó allá dentro de su pecho divinal, que lo que nos mostró de fuera con sus llagas; y si como le mandaron morir una vez, le mandáran morir mil, tantas muriera; y si fuera me-

nester estar hasta el dia del juicio en la cruz para nuestro remedio, como estuvo penando tres horas, allí estuviera, y lo mismo hiciera por cada uno de los hombres que hizo por todos, porque tenía amor para todo y gracia para todo, y agradecimiento y gracia para todo. Éstos son los estribos de nuestra esperanza, ésta la áncora de nuestra nave, éste el norte de nuestra navegacion, éste el puerto seguro para recogernos en todas nuestras tempestades. Cristo, por amor del Padre, me ama, y por obedecer al Padre, muere por mí; y el Padre eterno, por los merecimientos y obediencia del Hijo, me perdona; pues ¿cómo no confiaré yo en tal Hijo y en tal Padre? Toda la razon porque el Hijo nos ama es por obedecer á su Padre, y la causa porque el Padre nos perdona es porque se lo merece y suplica su Hijo; y de mirar el Hijo el corazon del Padre resulta que nos ame, porque así lo pide su obediencia; y de mirar el Padre las heridas y peticiones del Hijo procede nuestro remedio y salud, porque así lo pide su merecimiento. Deste aspecto del Hijo al Padre y del Padre al Hijo proceden todas las influencias de dones y gracias con que se gobierna la Iglesia, como del aspecto de los planetas en tal ó tal disposicion proceden las influencias con que se gobierna el mundo, como dicen los astró-

logos. Miraos siempre, ¡oh Padre y Hijo! miraos sin cesar, porque desta inefable vista cuelga nuestra bienaventuranza. ¡Oh vista de inestimable virtud, de la cual proceden los rayos de la divina gracia, el perdon de los pecados, el esfuerzo de Dios en nuestra flaqueza, su compañía en nuestra soledad, su consuelo en nuestra aflicion, y en nuestra desesperacion su seguridad y confianza! Procuremos nosotros estar muy unidos por fe y amor con este Señor, como miembros con nuestra cabeza, como discípulos con nuestro maestro, como soldados con nuestro capitan, como fieles vasallos con nuestro rey, como cautivos con su libertador, como redimidos con su Redentor, como criaturas con su Criador, como esposas con su dulcísimo y amantísimo esposo, y finalmente, como pobres mendigos y miserables con nuestra riqueza, con nuestro tesoro y nuestro sumo bien. Porque si estuviéremos unidos con Él, lo que dél fuere será de nosotros, y allí estarán los miembros donde estuviere la cabeza. En figura desto, dijo David á Abiatar [1], que estaba muy temeroso: «Quédate conmigo y no temas, y lo que de mí fuere, eso será de tí, y conmigo te salvarás.» Éste es el mayor y más eficaz remedio para todas nuestras tribulaciones: juntarnos con este Señor, vivir debajo

1 I, *Reg.*, XXII.

de sus alas, seguir valerosamente su estandarte real, y cuando por considerar nuestra flaqueza desmayamos, ó por mirar á las aguas furiosas y crecidas de nuestras penas se nos desvanece la cabeza, alzar los ojos á lo alto y mirar á Cristo en una cruz, y acordarnos de sus merecimientos y de su obediencia para con el Padre, y del agrado y complacimiento del Padre para con tal Hijo. Todo cuanto Dios tiene fuera de sí es ménos que su Hijo; y pues el Padre nos dió tan liberalmente tal Hijo, al tiempo que éramos sus enemigos y no se lo pediamos, ni nos pasaba por la imaginacion pensar que tal cosa podia ser, ¿qué nos negará ahora de lo que le suplicamos, para poder mejor agradecer y servir este beneficio? ¿Qué me negará el que no me negó á su unigénito Hijo? Pues, como dice san Pablo [1], «Quien no perdonó á su Hijo, sino que le entregó á la muerte por nosotros, ¿cómo no nos habrá dado todas las cosas con Él, para que entendamos que en el punto que nos dió á su Hijo, nos dió juntamente todas las cosas con Él?» Ninguna cosa nos puede atemorizar tanto, cuanto asegurarnos ésta. Cérquennos pecados pasados, apriétennos temores de lo por venir, rodéennos demonios que nos acusen y tiendan lazos, espanten y persigan los hombres, abra el infierno su

1 *Rom.*, VIII.

boca, y pónganse mil peligros delante, que con levantar los ojos á Jesucristo, el manso, el benigno, el obediente, el lleno de misericordia é infinito amador nuestro hasta la muerte, no podemos sino confiar, viendo que apreció tanto nuestra salud el Padre eterno, que por ella dió á su benditísimo Hijo y le entregó á la muerte, y muerte de cruz. Porque, si áun acá entre los hombres hay padres que aman tan entrañablemente á sus hijos, que con sola la vista dellos se amansan y sosiegan, por más enojados que estén, ¿qué hará la vista de tal Hijo en el pecho de tal Padre, que le mira puesto por su obediencia en una cruz?

Esto baste para consuelo de las personas espirituales que andan por el desierto áspero y fragoso del desconsuelo, y son probadas y purificadas del Señor con la soledad y desamparo de su dulce y amorosa presencia.

Desta misma manera podriamos decir de las demas tribulaciones, y dar en cada linaje dellas sus medicinas y remedios, como de los que padecen afrentas é injurias, ó falsamente son acusados y oprimidos con calumnias, y discurrir por los otros géneros de cruz que hay en cada estado y forma de vida; mas por ser tantos, y casi infinitos, me ha parecido dejarlos, y contentarme con los remedios que en general y en particular habemos dicho hasta aquí.

Solamente quiero añadir algunas sentencias de las muchas que acerca desta materia se hallan en Séneca; porque este filósofo, aunque en todos sus libros se mostró grave y severo, pero en los que trata de las miserias humanas y de la fortaleza é igualdad de ánimo con que se han de pasar, es maravilloso y divino; y aunque es verdad que en la Sagrada Escritura y en los libros de los santos tenemos abundantísima luz para todo lo que en esta vida habemos menester, y particularmente para nuestro consuelo y esfuerzo, porque, como dice el glorioso Apóstol san Pablo [1], todo lo que está escrito está escrito para nuestra doctrina, y para que por lo que leemos de la paciencia que tuvieron los santos, y de la consolacion que despues de haberlos probado les dió el Señor, aprendamos nosotros á tener confianza en Él, todavía me ha parecido poner aquí, como he dicho, algunas sentencias de este filósofo, así porque son admirables, como para nuestra confusion, y para que, considerando cuánto más obligados estamos nosotros á llevar con sufrimiento y alegría nuestras penas, pues tenemos tantos mayores rayos de luz y más ayudas de gracia y más prendas de bienaventuranza que él tuvo, procuremos poner por obra lo que nos enseña de una virtud tan

1 *Rom.*, XV.

excelente y tan necesaria como es la paciencia, y que nos ha sido tan encomendada con ejemplos y con palabras de Cristo nuestro Redentor y de todos los santos que le imitaron.





CAPÍTULO XXIII.

Algunas sentencias de Séneca acerca de las miserias desta vida, y cómo las habemos de pasar.

No me parece que hay hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad [1]; porque este tal no tuvo ocasion de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal dél, pues le tuvieron por indigno de quien alguna vez fuese vencida la fortuna.

Yo juzgo que eres miserable, porque nunca fuiste infeliz [2]. Has pasado tu vida sin contrario. Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco; porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia enseñe á cada uno lo que puede.

Considera que no es propio del magnánimo

1 Lib. *De provid.*, cap. III. 2 *Ibidem*, cap. VI.

mostrarse fuerte en la prosperidad [1]; porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí.

Lo más subido y perfeto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese [2]; porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que ésta era la divina voluntad.

Necesariamente habeis de conceder que el varon justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría, sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.

Para aquellos es pesada la fortuna á los cuales halla desapercebidos [3]. Fácilmente sufre el golpe el que siempre le espera; porque áun los enemigos se espantan más cuando vienen de sobresalto y acometen repentinamente. Pero los que están apercebidos y aparejados para la guerra no se espantan tanto, y sostienen el acometimiento con mayor facilidad.

Arroja de tí todo lo que lastima tu corazon, y entiende que si de otra suerte no se pudiese

1 Lib. *De cons. ad Mart.*, cap. VI. 2 *In Præs.*, lib. III. *Nat. quæst.* 3 Lib. *De cons. ad Helv.*, cap. V.

sacar, el mismo corazon se habria de arrancar con ello [1].

Ligero es el dolor que no se acrecienta con la opinion, y si el hombre comienza á animarse y á decir «no es nada,» ó á lo ménos, «es poco, esforcémonos, que presto pasará,» hácese más ligero [2]. Tanto es cada uno miserable, cuanto lo piensa ser. ¿Qué aprovecha renovar los dolores pasados, y porque fuiste infeliz serlo siempre? Natural cosa es alegrarse el hombre con el fin de sus males; por esto conviene cortar y apartar de nosotros el temor del mal que está por venir y la memoria de lo pasado. Porque lo uno ya pasó, y lo otro no sabemos si vendrá. Así como el enemigo que va á los alcances es más dañoso al que huye, así todas las miserias humanas aprietan más al que huye y les vuelve las espaldas.

Volved los ojos á todos los mortales, y no hallaréis casa donde no haya copiosa y contínua materia de lágrimas [3]. Éste está oprimido de la pobreza trabajosa, aquél inquieto con la ambicion desasosegada; el otro, despues de haber alcanzado las riquezas que deseó, teme perderlas, y anda fatigado con su mismo deseo. El uno llora porque tiene hijos, y el otro porque los perdió. Ántes nos faltarán las lá-

1 Epist. LII. 2 Epist. LXXVIII. 3 Lib. *De consol. ad Polib.*, cap. XXIII.

grimas que las causas de llorar. ¿No ves qué vida nos prometió la naturaleza, pues quiso que el llanto fuese principio de nuestra vida? Por aquí comenzamos; éste es nuestro progreso, éste nuestro fin, y todo el discurso de nuestra vida es uno y conforme. Por tanto debemos llorar con moderacion nuestros males, porque muchas veces lo habrémos de hacer, y acordándonos de los trabajos y calamidades que han de venir, guardemos las lágrimas para cuando vinieren, y pues habemos de llorar muchas veces, lloremos ahora con templanza.

Si te midieres con la naturaleza, nunca serás pobre [1]; si con la opinion de los hombres, nunca serás rico, porque la naturaleza se contenta con poco, la opinion no tiene fin, y si la sigues, cuanto más tuvieres, más desearás.

Ninguno es digno de Dios sino el que desprecia las riquezas [2], de las cuales yo no te quito el uso y la posesion, pero querria que las poseyeses sin desasosiego, lo cual de una manera alcanzarás, si te persuadieres que podrás vivir dichosamente sin ellas, y si las mirares siempre como cosa que se va.

Gran cosa es no estragarse con el uso de las riquezas; grande es aquel que en las riquezas es pobre, pero más seguro el que no las tiene [3].

Nunca tuvo poco el que está contento con

1 Epist. XVI. 2 Epist. XVIII, *et in excerptis*. 3 Epist. XX.

lo que tiene, y nunca tuvo mucho el que desea más [1].

Dices que la pobreza te es pesada; ántes tú eres pesado á la pobreza [2]. No está la culpa en la pobreza, sino en el pobre; porque ella es ligera, alegre y segura. Dices que eres pobre; no sabes que eres pobre, no porque lo eres, sino porque te tienes por tal. Dices que eres pobre; ninguna cosa falta á las aves, el ganado se sustenta cada dia, las fieras en sus cuevas y en los desiertos hallan de comer, y tú piensas que te ha de faltar.

Digo que las riquezas no son buenas, porque si lo fuesen harian bueno al que las posee [3], y pues vemos que tantos malos las tienen, no se pueden con razon llamar buenas. Ponedme en una casa muy opulenta con grande copia de oro y plata, no por eso me tendré en más, pues la casa y las riquezas, aunque están cabe mí, están fuera de mí. Ponedme debajo de un portal entre los pobres mendigos y andrajosos, no por eso me tendré en ménos. Yo despreciaré todo el reino de la fortuna; pero si me dieren á escoger, tomaré lo mejor. Todo lo que viniere procuraré que sea bueno para mí, pero holgaréme que venga lo más sabroso y más alegre y que ménos me ha de fatigar.

1 Epist. cxx. 2 *In excerptis.* 3 Lib. *De vita beata,* cap. xxiv et xxv.

Perdí la hacienda; por ventura ella te perdiera si no la hubieras perdido [1]. Perdí la hacienda; así tendrás ménos peligro. Perdí la hacienda; dichoso tú si con ella perdiste la codicia; pero si ella se quedó contigo, todavía eres más dichoso que ántes, pues perdiste la materia con que se ceba tan grande mal. Perdí la hacienda, y ella ha perdido á muchos. Serás de aquí adelante en el camino más ligero, y más seguro en tu casa. No tendrás heredero, pero no le temerás. Si lo miras bien, la fortuna te ha descargado y puesto en el lugar más seguro. Lo que piensas que es daño, es remedio; lloras, gimes y dices que eres miserable por haber sido despojado de tus bienes; por tu culpa sientes tanto esta pérdida. No la llevarias con tanta congoja si ántes hubieras poseido las riquezas como cosa que habias de perder.

Dices que padeciste naufragio [2]. Considera no lo que perdiste, sino que escapaste; desnudo saliste, pero saliste. Perdiste todo tu ato, pero pudieras perecer tú juntamente con él.

Aprendamos á vivir con templanza, á refrenar la lujuria, á vencer la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza, á amar la sobriedad, á satisfacer á los deseos naturales con cosas fáciles y de poca costa, á tener como debajo de llave las esperanzas falsas, y

1 *In excerptis e libris Senecæ.* 2 *Ibidem.*

reprimir el ánimo deseoso de vanidad, y finalmente á buscar las riquezas, no en la fortuna, sino en nosotros mismos [1].

¿Qué cosa es entre todas las cosas humanas la más saludable y principal? No admitir en el ánimo malos consejos, levantar las manos juntas al cielo, no desear bien alguno que otro haya de perder, desear lo que se puede desear sin que ninguno os lo contradiga, que es una santa mente; y todas las otras cosas que los mortales tanto estiman, mirarlas como cosas que como se vienen, así se van [2].

Lloras porque perdiste la vista, y no consideras que con esto cerraste la puerta á infinitos apetitos, y que carecerás de muchas cosas que por no verlas te habias de sacar los ojos [3]. ¿No entiendes que es parte de la inocencia ser ciego? A éste los ojos le muestran la mujer casada para el adulterio, á aquél la parienta para el incesto, á otro la hacienda y casa que ha de robar, y así los ojos son ministros y ejecutores de los vicios.

Dirás: El dolor viene; respóndote que si es ligero, le padezcas con alegría, pues no será muy dificultosa la paciencia, y si es riguroso, será grande la gloria [4]. Dices que es duro el dolor; yo te digo que tú eres muelle y blando.

1 Lib. *De tranquil. animi*, cap. IX. 2 *In præfat*, lib. III, *Nat. qæst*. 3 *In excerptis Senecæ*. 4 *Ibidem*.

Dices que pocos le pudieron sufrir, y yo te digo que seamos nosotros desos pocos. Dices que somos flacos de nuestra naturaleza, y yo digo que no infames tú á la naturaleza; que ella fuertes nos engendró. Dirás: Huyamos el dolor; ¿cómo, pues él sigue á los que le huyen?

En vano te afliges si afligiéndote no has de aprovechar, y injustamente te quejas de lo que aconteció á uno, pues ha de acontecer á todos. Loca es la queja y el deseo donde hay tan poco intervalo entre el deseado y el que desea [1]. Por tanto, con más paciencia habemos de llevar la pérdida del que murió, pues tan presto le habemos de seguir. El que se queja que otro murió, quéjase que fué hombre. Todos estamos sujetos á esta sentencia; el que nació ha de morir. En el tiempo hay diferencia, pero no en la salida. Lo que hay entre el primero y postrero dia es vario é incierto. Si miras las miserias que se pasan en este espacio y curso de la vida, áun para el muchacho es largo; si la ligereza con que vuela, para el viejo es corto.

Morirás; ésta no es pena, sino naturaleza del hombre. Morirás; con esta condicion entré que habia de salir. Morirás; este es derecho de las gentes, volver lo que recebiste. Morirás [2]; esta vida es una romería que se acaba; á esto

1 Epist. XCIX. 2 *In excerptis.*

vine, esto hago, todos los dias me llevan al término que la naturaleza me puso cuando nací, ¿de qué me puedo quejar? No soy el primero ni seré el postrero; muchos han ido delante, y todos me seguirán. Pero morirás mozo; por ventura con esa muerte me libraré de algun gran mal, y á lo ménos de la vejez.

Perdido he el hermano; loco es el que llora las caidas de los mortales [1]. ¿Es ésta cosa nueva ó maravillosa? ¿Qué casa hay, de plebeyo ni de rey, que no tenga sus muertes y sus tristezas? La muerte, el destierro, el llanto, el dolor no son suplicios, sino censos y tributos de la vida [2]. Gran consuelo es pensar que lo que os ha acontecido á vos, ha acontecido á todos los que han vivido ántes de vos, y acontecerá á todos los que despues han de venir. Y por esto ha querido la naturaleza hacer que sea tan comun y universal la muerte, para que siendo lo que es más terrible, á todos inevitable, nos consolemos con la igualdad. Tambien será parte de consuelo el considerar que este tu dolor no aprovecha para ninguna cosa ni al difunto ni á tí, y así no querrás que sea largo y prolijo lo que no puede aprovechar [3].

Ya goza tu hermano del cielo ancho y des-

1 *In excerptis.* 2 *De cons. ad Polyb.*, cap. XXI. 3 *Ibidem*, cap. XXVIII et XXIX.

cubierto, y deste lugar bajo y vil ha subido á aquel lugar que abraza y recoge en su bienaventurado seno las ánimas desatadas de los vínculos desta mortalidad. Allí está libre y seguro, gozando de todos los bienes con sumo gozo é increible alegría. Engáñaste, no perdió la luz tu hermano; ántes ha alcanzado otra más resplandeciente y más segura. No pienses que te han hecho agravio en haberte quitado tal hermano, sino que te hicieron gracia todo el tiempo que gozaste dél. Injusto es el que no deja á la voluntad del que da, el tiempo y el uso de lo que da. Codicioso el que no tiene por ganancia lo que recibió, sino por pérdida lo que restituyó. Desagradecido el que tiene por agravio que se le acabe su contento. Necio el que no piensa que hay otro fruto sino el de los bienes presentes, y tiene por perdido lo pasado, y no tiene por más seguro y cierto lo que ya no se puede perder. Pero dirás: Murió mi hermano cuando ménos lo pensaba. Cada dia pasan delante de nuestros ojos los entierros de personas que conocemos y que no conocemos, y nosotros no lo advertimos, y con otros cuidados nos olvidamos, y pensamos que es repentino lo que toda la vida se nos está predicando. ¿Qué novedad es que muera un hombre, cuya vida desde su principio hasta el cabo no es otra cosa sino camino para la muerte?

Quejaisos que no vivió vuestro hijo tanto como pudiera vivir [1]. ¿De dónde sabeis que le convenia vivir más, y que no le estaba bien acabar ahora? Porque ¿qué persona hay hoy en todo el mundo que tenga sus cosas tan asentadas y bien puestas, que con el suceso del tiempo no tenga que temer? Todas las cosas humanas huyen y desvanecen como humo, y ninguna parte de nuestra vida es más frágil y quebradiza ni más sujeta á mudanza que la que es de más gusto y contento. Y por tanto, los que se tienen por dichosos y felices deben desear la muerte, porque en tan grande inconstancia y confusion no hay cosa segura sino la que ya pasó. ¿Qué seguridad podíades vos tener que aquel cuerpo hermoso de vuestro hijo, guardado con tanto recato y cuidado, se habia de conservar limpio y casto en una ciudad tan deshonesta y sucia, y que sin caer en enfermedades contagiosas habia de llegar á la vejez? Pensad la flaqueza y los vicios de nuestra ánima y que no siempre los fines responden á los principios, ni la grave vejez á la honesta mocedad.

Todas estas son sentencias deste excelentísimo y gravísimo filósofo, que nos enseñan con qué armas habemos de pelear contra los golpes y encuentros desta miserable vida, y los medios que habemos de tomar para no ser

1 *De cons. ad Martianum*, cap. XXI et XXII.

ahogados de las ondas de la tribulacion, las cuales he traido aquí para nuestra doctrina, como dije, y para nuestra confusion. Y en un libro que escribió [1], en el cual trata por qué estando todas las cosas humanas debajo de la providencia de Dios, da él á los buenos trabajos y males, dice que lo hace el Señor para bien de los mismos que los padecen, para que se ejerciten en las cosas dificultosas y arduas, y hagan callo en la virtud, y para ejemplo y provecho del mundo, y para que entendamos todos cuáles son verdaderos bienes y verdaderos males. Y esto baste para la primera parte deste tratado, en el cual pretendemos escribir de los remedios que debemos usar en las tribulaciones particulares que cada uno de nosotros padece en sí ó en las personas conjuntas consigo por sangre ó por amor. Tratemos ahora de las calamidades generales que Dios envia á toda una congregacion, ciudad, provincia y reino, y veamos cómo nos habemos de haber en ellas. Pero ántes de comenzar esta segunda parte, paréceme que será bien declarar y desenvolver una cuestion que suele admirar y afligir á muchos, los cuales inquieren y preguntan por qué Dios nuestro Señor da en esta vida prosperidad á los malos y adversidad á los buenos. A la cual pregunta en el capítulo siguiente se satisfará.

1 Lib. *De prov.*



CAPÍTULO XXIV.

Por qué Dios nuestro Señor da en esta vida bienes á los malos, y males á los buenos.

No solamente la gente vulgar y pecadora se maravilla que los buenos sean afligidos y los malos prosperados, pero los muy santos y grandes amigos de Dios se han espantado y casi dádole quejas por ello. El pacientísimo Job dice : «Señor, ¿por qué los impíos viven y son prosperados y abastados de riquezas?» El Profeta Jeremías dice [2]: «¿Por qué el camino de los malos es tan dichoso, y sucede bien á todos los transgresores de la ley que obran mal?» Y el Profeta Abacuc, hablando con Dios, dice [3]: «¿Por qué mirais y favoreceis á los despreciadores de vuestra ley, y disimulais y callais cuando el pecador atropella y oprime al inocente y al que es más justo que no él?»

1 Job, XXI. 2 Jerem., XII. 3 Abac., I.

El Real Profeta David se vió tan congojado y apretado con esta duda, que dice [1]: «Mis piés casi han resbalado, y casi he tropezado y caido por el celo grande que tengo sobre los pecadores,» considerando la paz y descanso que ellos tienen, y la felicidad que en todas las cosas les acompaña. El glorioso Doctor de la Iglesia san Agustin, escribe estas palabras [2]: «No podemos alcanzar el secreto juicio de Dios, por el cual aquel bueno es pobre, y este malo es rico; éste, que por sus maldades debia, á nuestro parecer, ser afligido, tenga gozo y contento, y el otro, que por su buena vida debria alegrarse, ande siempre congojado y afligido; que salga del juicio el inocente condenado, ó por la maldad del juez, ó por los testigos falsos, y que el perverso acusador no solamente quede sin castigo, sino que triunfe y se alabe de haberse vengado del que no lo merecia; que el pecador tenga entera salud, y el justo esté consumido y podrido de enfermedades; que veamos algunos mozos robustos que usan de sus fuerzas para saltear, y otros que ni con una palabra ofendieron á nadie mueran con diversas muertes atroces y penosas; que muchos niños, los cuales daban esperanza de ser provechosos con sus vidas, sean arrebatados de la muerte ántes de tiempo, y

1 Psalm., LXXII. 2 Aug., XX, *De Civ.*, cap. II.

otros que nos parece que no habrian de nacer, se logren y vivan largos años; que esté asentado en el trono y sublimado en honra y dignidad uno que sabemos que es oprobrio y escándalo de la república, y otro que es justo, pacífico y provechoso esté arrinconado y sepultado en perpétuo olvido; y otros ejemplos semejantes á éstos, que por ser tantos no se pueden contar.» Todo esto es de san Agustin. Y Salviano dice [1]: «¿Para qué me preguntas porqué uno es mayor y otro es menor, uno feliz y otro infeliz, uno flaco y otro fuerte? La causa porque Dios lo hace yo no la entiendo, pero basta por suficientísima causa, que yo pruebo que lo hace Dios. Porque, así como Dios sobrepuja y excede infinitamente á toda la razon humana, así el saber que Dios lo hace es la mayor y mejor razon que se puede dar; y no hay para qué buscar nuevas causas y razones, pues todas las que se pueden imaginar y decir se comprenden en esta palabra: «Dios lo hace, Dios es el autor.» Y san Jerónimo dice [2]: «¿Piensas que muchas veces no es combatido mi corazon y herido de aquella ola y pensamiento: por qué algunos viejos malvados gozan de los bienes deste siglo, y algunos muchachos inocentes y la niñez sin pecado se coge como flor ántes de tiempo? ¿por qué muchas

1 Lib. III, *De provid.* 2 Tom. I, *Ad Paulam, de obitu Blesillæ.*

veces los niños de dos y tres meses, y que maman los pechos de sus madres, son afligidos del demonio y se cubren de lepra, y se consumen con otras enfermedades; y por el contrario, los impíos, adúlteros, homicidas, sacrílegos, viven robustos y recios, y confiados de su salud, blasfeman al Señor, que se la da? Pero cuando me fatiga este pensamiento, luégo me acuerdo de lo que dice el Profeta [1]: Quise saber la causa desto, y halléme embarazado, y vi que no la puedo entender hasta que éntre en el santuario del Señor y vea el fin de los malos, porque los juicios de Dios son un abismo sin suelo, y Dios es bueno, y todo lo que hace Él, bueno, y necesariamente lo ha de ser.» Todas estas palabras son de san Jerónimo.

Pues para responder á esta pregunta y duda, que así ha ejercitado á los santos, se ha de presuponer primeramente que de cuatro maneras puede nuestro Señor repartir los bienes y los males temporales en esta vida. La primera, dando siempre á los buenos bien, y á los malos mal. La segunda, al reves, dando siempre trabajos á los buenos y prosperidad á los malos. La tercera, dando siempre bienes á los buenos y á los malos, y males á los malos y á los buenos, en tal forma, que no haya

1 Psalm. XXVII.

ninguno, ni bueno ni malo, que no participe del bien y del mal. La cuarta, mezclando los bienes y los males de tal manera, que algunos de los unos y de los otros participen del bien y del mal, y que ni todos los buenos sean siempre prosperados ni siempre afligidos, sino que haya algunos buenos que gocen de la prosperidad, y otros que sean ejercitados con la adversidad; y de la misma suerte algunos malos tengan alegres y quietos sucesos, y otros tristes y trabajosos. Este modo postrero escogió Dios nuestro Señor, en el repartimiento de las cosas temporales, como más acertado y más conveniente. Y así dice el bienaventurado san Gregorio Nacianceno [1] que no se atrevia él á juzgar que uno era bueno por la prosperidad que tenía, pues vemos que hay muchos malos y pecadores que gozan della, ni á pensar que es pecador el que es afligido, pues en esta vida muchos santos lo son. Y la Sagrada Escritura y las historias sagradas y profanas están llenas de infinitos ejemplos que enseñan y prueban esta verdad.

La razon que los hombres en esta escuridad y tinieblas en que vivimos podemos dar deste gobierno y providencia del Señor es, que el estado presente que tenemos en esta vida es estado de fe, y para que ejercitemos esta vir-

1 Greg. Naz., orat.

tud es necesario que las cosas que creemos no sean patentes y claras, porque, si lo fuesen, no creeriamos lo que viésemos. Y si Dios siempre diese bienes temporales á los buenos, y males á los malos, poca dificultad y poco merecimiento habria en creer que Él es justo juez y tiene providencia de las cosas humanas, y que galardona á cada uno conforme á sus obras. Y demas desto, no se moverian los malos á servir á nuestro Señor sino por temor de la pena, ó por amor mercenario y de su propio interes. Y Dios quiere ser Señor de hombres que libre y amorosamente le sirvan, y que sepan que no se da en esta vida el premio de los servicios que le hacemos, sino que el justo muchas veces ha de ser en ella perseguido y atribulado para que ejercite la paciencia, y el pecador para que se emiende.

Por esto dice el bienaventurado san Agustin [1]: «Ha querido la divina Providencia aparejar en la otra vida algunos bienes para los buenos, de los cuales no gozarán los pecadores, y algunos males para los malos, los cuales no padecerán los buenos. Mas estos bienes y males temporales ha querido que sean comunes á los buenos y á los malos, para que no apetezcamos los bienes demasiadamente, pues vemos que tambien los tienen los malos,

1 August., lib. 1 *De civit. Dei*, cap. VIII.

ni ménos huyamos, como pusilánimes, de aquellos males que muchas veces padecen los buenos. Es bien verdad que va mucho en el uso de las cosas prósperas y adversas; porque el bueno ni se engrie con la prosperidad, ni desmaya con la adversidad, y el malo es castigado con la adversidad, porque se desvanece con la prosperidad. Aunque en el repartimiento destas cosas temporales muchas veces muestra el Señor su divina providencia. Porque si agora castigase todos los pecados con pena manifiesta, muchos pensarian que aquí se acababa todo el castigo, y que no hay más que temer en la otra vida. Y al reves, si no castigase en ésta ningun pecado claramente, no creerian que hay divina Providencia. De la misma manera en las cosas alegres y prósperas, si Dios con su liberalidad no las concediese á algunos que se las piden, parecerles hia que no estaba el darlas en su mano, y si las diese á todos los que se las piden, juzgarian por ventura que no le habian de servir sino por ellas. Y así no serian píos y agradecidos, sino avaros y codiciosos. Y siendo esto así, y que los buenos y los malos son afligidos, no por eso habemos de pensar que no hay gran diferencia entre el bueno y el malo, porque no la hay en las cosas que padecen. Porque en la semejanza de los males que se padecen hay

desemejanza grande de los que los padecen, y debajo de la misma pena y dolor no es lo mismo vicio y virtud. Porque así como en el mismo fuego resplandece el oro y humea la paja, y con la misma trilla se desmenuza la paja y se alimpia el grano, y no es lo mismo el aceite y las heces que dél quedan, aunque se expriman en el mismo lagar; así el mismo trabajo prueba á los buenos, y los purifica y afina; y á los malos los condena, congoja y desanima. Y en la misma aflicion los malos aborrecen á Dios y le blasfeman, y los buenos le alaban y glorifican. Tanto va, no en el padecer, sino en quién es el que padece; porque con el mismo aire el ungüento precioso derrama su fragancia, y el cieno su mal olor.» Todo esto es de san Agustin.

Desta doctrina se saca que Dios reparte los bienes y los males temporales á los buenos y á los malos como es servido, para que hagamos poco caso dellos, y mucho de los bienes espirituales y divinos, de que gozan en esta vida los justos, y carecen los malos. Tales son: la caridad, la humildad, el menosprecio del mundo, la castidad, la paciencia, el sufrimiento en los trabajos, y las demas virtudes con que está hermoseada y enriquecida el alma del justo. Y al contrario, la del pecador está desnuda y privada de todos estos bienes,

los cuales son tanto mejores y más excelentes que la nobleza, salud y fuerzas del cuerpo, y que la hacienda, honras y cargos temporales, cuanto el ánima excede al cuerpo, y el cielo á la tierra, y lo eterno á lo transitorio y momentáneo.

Pero, demas de lo que nos enseña san Agustin, hay otras causas porque nuestro Señor reparte á los buenos adversidades, y á los malos bienes temporales en esta vida. Porque, como dice Séneca [1]: «Así como nosotros nos holgamos de ver salir al coso, cuando hay en él un toro bravo, un mozo valiente y animoso, y asirle del cuerno y detenerle y hacerle dar muchas vueltas, ó pelear con un leon y rendirle y matarle; así parece que nuestro Señor recibe gusto cuando un soldado y siervo suyo lidia con la que llamamos fortuna adversa, y pelea con la pobreza, con el dolor, con la infamia ó con cualquiera otra calamidad, y la sujeta y vence con las fuerzas que Él le da y por su amor; porque desta manera es Dios glorificado en él. El cual, así como un buen capitan para las hazañas de mayor trabajo y peligro escoge los soldados más esforzados y valerosos, así escoge Él para estos trances rigurosos y peleas los que tienen más valor y virtud. Y como los soldados, cuando son nom-

1 Lib. *De Provid.*, cap. II.

brados para semejantes empresas, no se quejan del capitan, ántes se tienen por muy honrados y favorecidos dél, así los que son ejercitados del Señor con trabajos y dificultades las deben tener por regalo y favor.» Todo esto dice Séneca.

Pero los bienes temporales dalos Dios á algunos pecadores en esta vida; porque, así como comunica la luz del sol y la pluvia, no solamente á los buenos, pero tambien á los malos, para manifestar más su inestimable bondad y aquel dulcísimo afecto de padre que tiene para con el hombre, así tambien reparte los bienes temporales á los malos, para declarar esta misma bondad. Y juntamente manifiesta su divina justicia; y esto en dos maneras: la primera, porque comunmente no hay hombre tan perdido y desalmado, que no tenga alguna cosa buena, y por pequeña que sea, es Dios tan justo, que no quiere que quede sin galardon. Y como no se le ha de dar al pecador en la otra vida, quiere pagárselo en ésta. Y así leemos [1] que Dios dió á Nabucodonosor el reino de Egipto, aunque era malvado é infiel, porque le habia servido haciendo guerra contra sus enemigos. Y á las comadres ó parteras de Egipto [2] les hizo bien por la piedad que usaron con los niños de los he-

1 Ecech., XXIX. 2 *Exod.*, I.

breos que nacian. Por esto dijo Séneca [1]: «A estos que ama Dios y los tiene por buenos, los curte y endurece y ejercita; pero á esotros que parece que perdona y regala, guárdalos para los males que han de venir.»

La otra manera con que Dios manifiesta su justicia, dando á los pecadores los bienes temporales, es porque, como dice el bienaventurado san Agustin, muchas veces niega Dios al hombre, por misericordia, lo que sería ira si se lo concediese. Y así vemos que muchos alcanzaron la hacienda y el cargo y la privanza, y el lugar alto que pretendian, y que despues cayeron y perdieron lo que habian alcanzado con mayor afrenta y dolor; y la risa se les convirtió en llanto, y la felicidad en miseria, y lo que parecia regalo y merced de Dios les fué cuchillo y verdugo. Y lo que es peor, algunos se van al infierno por haber usado mal destos bienes temporales, que por ventura se salváran si no los tuvieran. Y así se ve que fué castigo lo que parecia beneficio y dádiva de Dios.

Demas desto, da el Señor estos bienes á los malos, para que, atraidos de su liberalidad y benignidad, se conviertan á él, y considerando que otros mejores y más hábiles que ellos no tienen lo que ellos tienen, lo reconozcan

1 Lib. *De provid.*, cap. VI.

de Dios y le amen y sirvan como á dador y fuente de todo lo que poseen. Y si el amor y agradecimiento de lo que han recebido de la mano del Señor no tuviere tanta fuerza para enternecerlos y aprisionarlos y rendirlos, la tenga el temor de perderlo, pues ven que, como Dios lo da, así lo puede quitar, y para que no lo quite, es bien tenerlo propicio.

Cuando ni el amor ni el temor no bastan para enfrenar al pecador, dice Boecio que da Dios estos bienes caducos á los pecadores para que no sean tan malos, y para que con este cebo se entretengan, y no hagan los males gravísimos é innumerables que harian si no los tuviesen, blasfemando y despojando y persiguiendo á los buenos, y viviendo entre ellos como unos leones y tigres.

Asimismo les da á los malos el mando é imperio para que con su tiranía ejerciten á los buenos y purguen la escoria de las culpas que tienen, y se afine la virtud dellos, y se esmere más la obediencia y fidelidad de los que los obedecen y sirven por amor del Señor.

Finalmente, da Dios estos bienes á los malos para que mejor conozcamos lo poco que valen y se deben estimar, como lo dijo san Agustin. Porque si Dios nuestro Señor, que es sapientísimo y justísimo, da estos bienes á los hombres perdidos, á los infieles y herejes,

señal es que los tiene en poco y que son viles, porque si fueran bienes para estimar, no se los diera, pues manda que no se arrojen las piedras preciosas á los puercos. Pero con esto nos da á entender que estos bienes no son bienes preciosos, sino cargas pesadas de caminantes, y que el que va más cargado lleva más trabajo en su jornada y corre más peligro.





CAPÍTULO XXV.

Prosigue el capítulo pasado, y declárase por qué da Dios bienes temporales á los buenos.

Por estas y otras razones da Dios nuestro Señor los bienes temporales á los malos. Pero porque no se alcen con ellos y piensen que ésta es su herencia, y que no tienen parte en ella los buenos y siervos del Señor, tambien los reparte con larga mano á algunos amigos suyos, como á Abrahan, Isaac, Jacob, Josef, David, Salomon, Ecequías, y en el Nuevo Testamento á Constantino, Teodosio, Carlomagno, san Silvestre, san Gregorio y otros santos y siervos suyos. Esto hace Dios primeramente para enseñarnos que Él es la primera y universal causa y fuente de todos los bienes, y el gobernador y administrador de todas las cosas criadas, las cuales dispone y rige y endereza con su incomprensible providencia á los fines

que Él es servido; y se desengañen los hombres que fian en sí ó en otros hombres, y locamente piensan que no tiene Dios cuidado de las cosas humanas; porque es verdad infalible lo que dijo el Real Profeta David [1], que todo lo que Dios quiere se hace en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos; y lo que dijo Daniel á Nabucodonosor [2]: «Siete tiempos se mudarán sobre tí hasta que entiendas que el Señor del cielo es Señor de la tierra y del reino de los hombres, y que Él le da á quien es servido.»

Tambien con esto se quita otro engaño que han tenido algunos hombres perdidos, pensando no ser lícito al cristiano poseer bienes temporales, como lo decia Juliano Apóstata, para despojarlos dellos con esta ocasion. Pero si nuestro Señor da estos bienes á sus siervos, claro está que justamente los poseen, porque de otra manera no se los daria.

Vese asimismo más claramente la perversidad de los que no usan bien destos bienes temporales, y se dejan cegar y arrebatar del desordenado amor y codicia dellos; y que la causa deste mal no está en las mismas cosas, pues otros usan bien dellas, sino en la aficion demasiada de los que pervierten y estragan el uso dellas. Porque, como maravillosamente

1 Psalm. cxxxiv. 2 Dan., iv.

dice san Gregorio Papa [1], hay algunos que por gozar de Dios usan como de emprestadas de las cosas deste mundo, y otros que por gozar á su placer del siglo, como por cumplimiento y de paso se quieren servir de Dios. Los unos tienen las cosas desta vida en uso y las eternas en deseo; los otros desean y gozan de las presentes sin freno, acordándose algunas veces como por entre sueños, de las de Dios. El malo déjase llevar de su gusto y pasion; el bueno tiene la rienda á su apetito y refrena su corazon. El malo piensa que es señor de lo que posee y que lo puede desperdiciar á su antojo; el bueno conoce que es dispensador de lo que Dios le entregó, y sabe que le ha de dar cuenta dello hasta la postrera blanca. El malo cree que merece toda la honra que tiene, y que se debe á su persona todo lo que se hace con él; el bueno aunque se vea superior de otros en la dignidad, y por ello honrado y servido, no por esto se desvanece, sino ántes se humilla y confunde, entendiendo que muchos de sus súbditos son mejores que él es, y que la honra que le hacen no es por lo que merece su persona, sino por lo que pide el grado y dignidad de su oficio. Y tiene asentado en su corazon que toda esta vida es como una comedia, en que entran á representar diversos

1 *Moral.*, lib. II, cap. V.

personajes, y que no es más alabado el que representa la persona de rey ó de papa, sino el que representa mejor la suya, aunque sea de un pobre labrador.

Enséñanos asimismo nuestro Señor, cuando da estos bienes temporales á algunos buenos, que tambien los daria á los demas si les estuviese bien, y que el no dárselos es porque no les conviene. Porque, como dice gravemente Boecio, Dios nuestro Señor es como un médico sapientísimo, que cura várias enfermedades con várias medicinas y remedios, dando á cada uno de los enfermos la medicina que ha menester, conforme á su sujeto y disposicion. A uno da una purga amarga y desabrida, á otro dulce y suave. Y el que la recibe amarga no se puede ni debe quejar, ni pedir que le den la dulce, porque en esto no mira el médico al deseo del enfermo, sino á su salud.

Demas destas razones, por las cuales da Dios los bienes temporales á los buenos, hay otra, que es despertarlos y levantarlos á la contemplacion, amor y deseo de los bienes inestimables que esperamos. Porque si Dios nuestro Señor, en este valle de lágrimas, en este desierto de bestias y destierro lastimoso y miserable en que vivimos, hace tantas mercedes al hombre, y le abraza y regala con tanta benignidad, y le da salud, honra, hacienda,

cargos preeminentes, mando y señorío, ¿qué hará en el cielo, en aquella nuestra patria bienaventurada y en aquel palacio real, y en aquellas moradas de gloria y descanso, donde le verémos y gozarémos como Él es?

Finalmente, da Dios estos bienes á los buenos por hacer bien á todo el mundo con ellos, porque el malo todo lo toma y lo quiere para sí; mas el bueno, como otro sol, comunica su luz y reparte sus rayos con todos. Si tiene hacienda, sabe que Dios se la dió para socorro del pobre; si tiene honra, para que honre á los que por su virtud lo merecen; si tiene cargo y poder, para que dé la mano al caido y ampare al que poco puede, y reprima y castigue al atrevido. Así que la merced que Dios hace al bueno, aunque se da á uno, es de todos, porque todos gozan della. Y como las venas pequeñas y delgadas, hasta las que llaman capilares, reciben la sangre de las venas mayores, así todos los pobres y miserables se sustentan y mantienen con lo que los buenos ricos les comunican, á los cuales reparte Dios estos bienes, como habemos dicho, para que ellos los repartan con los demas.





CAPÍTULO XXVI.

Porqué da Dios bienes ó males á los que no hacen bien ni obran mal.

No solamente hace Dios lo que habemos dicho con los justos y con los pecadores, pero tambien con los que no hacen bien ni obran mal, por no poder usar del libre albedrío, ni consultar y deliberar y escoger, como son los insensatos y locos, y todos los niños ántes que tengan uso de razon. Vemos pues á muchos niños en su tierna y pura edad afligidos y consumidos de enfermedades; y al reves, otros como una flor hermosos, sanos y agradables; y preguntamos: ¿Qué es la causa desto?

Para responder á esta cuestion es de saber, primero, que de los males que padecen los niños, muchas veces tienen la culpa los padres. Porque si el padre es desperdiciado y jugador, y gasta la hacienda que tiene en profanidades

y demasías, y por esto deja á sus hijos pobres, desta pobreza que ellos padecen èl padre tiene la culpa, pues quebranta la ley de Dios, que manda que la hacienda se gaste en buenos usos. Y si por andar el padre distraido se inficiona y pega la enfermedad contagiosa á su mujer, y della se deriva á los hijos, claro está que la culpa estuvo en el padre, y por ella castiga Dios á los hijos, (que son parte del padre), para bien del padre y de los mismos hijos, los cuales no se pueden quejar deste castigo, porque aunque no tienen pecados actuales que le merezcan, pero basta el pecado original, en el cual fueron concebidos, que es el seminario y raíz de todos los demas.

Y aunque, por virtud del santo Bautismo, se les perdona el pecado y se quita la fealdad de la culpa, pero no por eso el bautizado se libra de las penalidades y miserias á que quedó sujeto por él; ántes se queda como un vaso de barro frágil y quebradizo, y sujeto, como ántes, á la alteracion, corrupcion y muerte, y consiguientemente á las enfermedades y miserias desta vida. Y así no es maravilla que viva conforme á las leyes de su naturaleza y padezca todas las calamidades á que ella está obligada. Lo cual con maravillosa providencia ordena el Señor, para que el hombre que por el bautismo es incorporado en Cristo, y hecho

miembro suyo, se conforme con su cabeza, y por una parte por la regeneracion y gracia del Sacramento, sea libre de la culpa que contrae cuando es engendrado de sus padres, y por otra pueda con las penalidades imitar á su cabeza y padecer por ella, y juntamente ejercitar su virtud y tener en que merecer, y venga al santo Bautismo, no por la comodidad desta vida y por la impasibilidad del cuerpo, sino por la gracia y riquezas del ánima, y por la gloria y bienaventuranza que espera.

Otras veces hace esto nuestro Señor, ó para castigar otros pecados de los mismos padres, ó para probarlos y ejercitarlos con el dolor que sienten de la enfermedad de sus hijos; el cual algunas veces les atormenta más que si ellos mismos la padeciesen. Cuando es castigo, la causa particular es, como habemos dicho, porque hace un ídolo de sus hijos, y todo su amor, regalo y confianza ponen en ellos, y por acrecentarlos en honra y hacienda se desvelan y olvidan de Dios, y le ofenden gravemente. Y porque Dios es Dios fuerte y celoso [1], y visita los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, castiga á los padres con las penas y enfermedades y áun con las muertes de sus mismos hijos [2].

Mas á las veces no es tanto castigo éste,

1 *Sapient.*, XI. 2 *Exod.*, XX.

cuanto prueba de Dios para ver si los padres le aman á él más que al hijo; lo cual se conoce en el dolor y sentimiento; porque, al paso que va el amor, va el dolor, y lo que mucho se ama se siente mucho cuando se pierde. Por esto sobre aquellas palabras del Apóstol [1] en que, hablando de los ricos, dice que se enredan y meten en muchos dolores, dice el bienaventurado san Agustin que son muchos los dolores, porque son muchos los amores en que se embarazan y enlazan los ricos. Y así el padre y la madre que se congojan demasiadamente con la enfermedad de su hijo, y no admiten consuelo cuando se muere, y les parece que se les acaba la vida con la vida de su hijo, muestran la flaqueza de su corazon y el desordenado amor que le tenian. Y esto quiere Dios que conozcan, para que se vuelvan á Él y traspasen en Él su amor.

Da asimismo estas enfermedades el Señor á los niños, para que desde pequeñitos se crien con trabajo y dolor y se vayan como curtiendo, y sean para más que los que se crian con mucho regalo. Porque los que se crian con trabajos y necesidades conténtanse despues con ménos, sufren las miserias desta vida con más facilidad, son más parcos y templados é industriosos para allegar y guardar su hacien-

1 I, *Tim.*, VI.

da. Y al contrario, los muy delicados y regalados no son buenos para nada: ni para la paz, porque se dan á la lascivia, ni para la guerra, porque luégo se desmayan y se derriten con los trabajos della. Si quieren servir á algun príncipe, no aciertan; si entran en religion, no pueden llevar la aspereza y rigor della, ni se saben amoldar á los ejercicios de la humildad y mortificacion. Y todo esto nace de haberse criado con demasiado regalo y blandura de sus padres, la cual, como dijo Quintiliano [1], es la peste y destruicion de la virtud para los niños, y el castigo y cuchillo para los mismos padres. Y por esto nuestro Señor, para cortar esta mala raíz, trata ásperamente á los niños, para que con la hambre y con la sed, con el calor y con el frio y enférmedades se hagan á las armas, como dicen, y puedan llevar mejor las miserias desta vida, y ofrecerse al peligro y á la muerte, si fuere menester, por el bien de la república y por amor de la religion y de la virtud.

Y muchas veces se lleva nuestro Señor á los niños, porque sabe que si creciesen le ofenderian y se condenarian, como lo dice Salomon por estas palabras [2]: «Arrebatado ha sido, para que la malicia no trocase su entendimiento, ni el fingimiento engañáse su ánima. En poco

1 Lib. I. 2 *Sapient.*, IV.

tiempo vivió mucho, porque su ánima era agradable á Dios, y por esto el Señor se dió priesa á sacarle de enmedio de las maldades.» Y con esta consideracion se han de consolar los padres cuando ven que no se logran sus hijos, y que son arrebatados de la muerte ántes de tiempo, aunque con ellos pierdan la esperanza de la herencia y del oficio y beneficio que pensaban alcanzar. Porque, demas de librarlos Dios de un mal mundo, lleno de infinitas miserias y calamidades, asegúralos y pónelos en el puerto tranquilo y sosegado, fuera ya de todo temor y peligro. Destas razones que habemos dicho se saca por qué da nuestro Señor estos trabajos y penas temporales á los niños que no tienen uso de razon, dejando á la naturaleza mortal y corruptible en que nacieron hacer su oficio, y mostrando en esto y en todo su infinita sabiduría y bondad.

Y si algun curioso preguntáre porqué hace esto nuestro Señor, y no hizo al hombre inmortal é incorruptible, como hizo al ángel, pareciéndole por ventura que esto fuera mejor, respondo conforme á lo que á otra pregunta semejante á ésta responde san Agustin, que no fuera mejor [1]; porque, aunque es verdad que la naturaleza incorruptible é inmor-

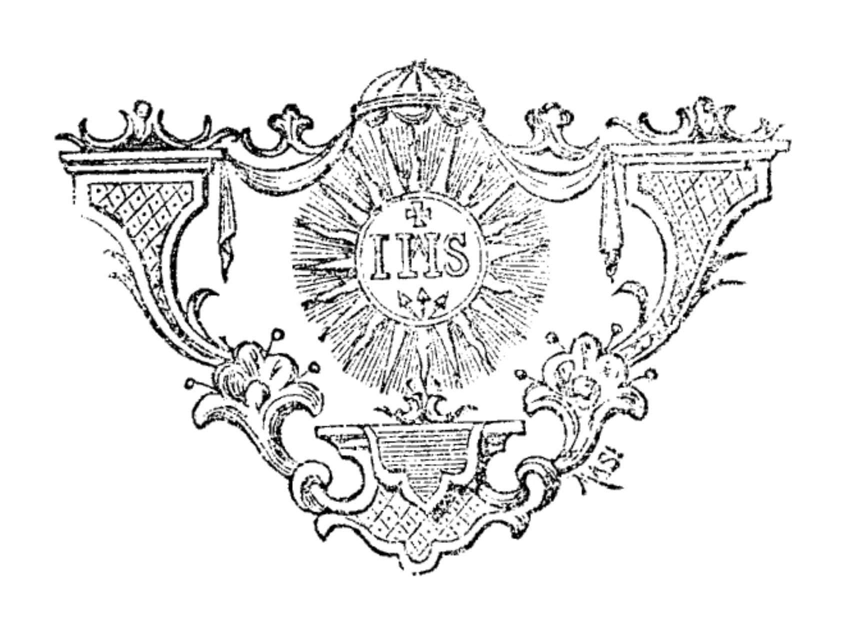
1 Lib. XI, *super Genes., ad lit.*, cap. VII et VIII.

tal es más perfeta y excelente que la mortal y corruptible, como lo es el cielo más que la tierra, y que por esta parte parece que sería mejor que los niños y todos los hombres fuéramos incorruptibles, pero no es así; porque mejor es que la tierra sea tierra que no cielo, aunque el cielo sea más perfeto que la tierra, y que el pié sea pié, y la mano mano, que no que el pié y la mano sean ojos, aunque el ojo sea más perfeto y noble miembro que el pié y la mano, pues así se compone mejor el cuerpo con esta diferencia de miembros, y el universo con la diversidad de elementos y mistos, y resplandece más la sabiduría de Dios, la cual en esta variedad de cosas y naturalezas despliega los rayos de su incomprensible poder y bondad, que siendo una en sí, en las cosas que produce es tan vária y tan admirable.

Pero ¿por qué da nuestro Señor á los niños los bienes temporales, pues vemos algunos hijos de padres generosos, lindos, sanos y agradables? Para que, como arriba dijimos, entendamos que Dios es el dador y autor de todos los bienes, y cuánto le agrada la pureza é inocencia que tienen los niños. Porque, puesto caso que no tienen aquella inocencia y bondad que tienen otros que son crecidos en edad, los cuales se abstienen del mal que podrian y

sabrian hacer, porque Dios les manda que no lo hagan, y por la misma causa obran el bien; pero tienen los niños falta de malicia y de ruindad, y no pueden en aquella edad hacer mal; que es una imágen y como sombra de la verdadera inocencia. Y con esto queda declarado lo que propusimos, y las causas porque Dios reparte á los buenos y á los malos, y á los que al presente no hacen bien ni obran mal, los que en esta vida llamamos bienes y males. Resta ahora que sigamos el hilo de nuestro discurso, y tratemos de las tribulaciones generales con que Dios aflige y castiga el mundo, que es la segunda parte deste tratado.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.





LIBRO SEGUNDO,

EN QUE SE TRATA DE LAS TRIBULACIONES GENERALES Y DE SUS REMEDIOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

De las tribulaciones generales con que Dios suele castigar.

No solamente castiga nuestro Señor á las personas particulares, y las aflige con várias penas por sus particulares culpas, como en el libro precedente queda declarado, pero tambien azota y atribula las ciudades, provincias y reinos enteros por los pecados que se cometen en ellos. Así lo dice el Real Profeta David [1], y que el Señor habia secado los rios, y convertido la tierra fértil y abundante en salitrales por la maldad de los que moraban en ella. Y el *Eclesiástico* dice [2]: «La muerte, el derrama-

1 Psalm. CIII. 2 *Eccles.*, XL.

mamiento de sangre, la contienda, la espada, las opresiones, la hambre, el asolamiento y los demas azotes vienen sobre los pecadores y por ellos vino el diluvio.» Jeremías, hablando de la seqüedad y esterilidad que hubo en su tiempo, cuando ni se hallaba agua en las fuentes ni yerba en los campos, claramente nos enseña que los pecados y maldades del pueblo fueron causa de aquella calamidad [1]. Y lo mismo enseña el Profeta Oseas [2], contando en particular los vicios y abominaciones de su tiempo; y por esto dice que lloraria y se secaria la tierra, y se enflaquecerian todos los moradores della, y faltarian las bestias del campo y las aves del cielo. Amós, despues de haber referido la violencia y calumnias con que los ricos consumen á los pobres, dice [3] que por esto les dará Dios dentera y carestía, y falta de agua y de pan. Por esto Achuior, capitan y príncipe de los hijos de Amon, habiendo declarado á Holoférnes cómo Dios tenía proteccion del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo [4] que ántes de acometerle procurase saber si á la sazon habia ofendido á Dios, porque si esto era, podia tener por cierta la vitoria; y si no, que dejase aquella empresa, porque no le iria bien, ni sacaria más della que vituperio

1 Jer., XII et XIV. 2 Oseas, IV. 3 Amós, IV. 4 Judith, V.

y confusion, porque Dios pelearia por su pueblo, contra el cual ninguno podria prevalecer. Esto mismo se ve en el *Libro de los Jueces* manifiestamente, donde se cuenta cómo Dios castigaba á su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendia, y cómo le libraba cuando, arrepentido de sus maldades, hacia penitencia y se volvia á Él. Por esto llama Dios, en la Sagrada Escritura [1], á Ciro su pastor y su Cristo, y á Nabucodonosor su siervo, y dice [2] que le habia servido contra el Rey de Tiro [3], porque eran ministros de su justicia, como lo son todos los otros que Él toma para castigo y asolamiento de los reinos y provincias.

Cuando Alarico, rey de los godos, iba con gran saña á destruir á Roma, un santo ermitaño le fué á hablar y á rogar que no ensangrentase sus manos ni fuese causa de la destruicion de tanta gente inocente, y él respondió [4] que no podia hacer otra cosa, porque cada dia le aparecia un hombre, que le angustiaba y le importunaba, y mandaba que fuese á Roma y la asolase [5]. Atila, rey de los hunos, que arruinó tantas provincias, se llamó *metus orbis et flagellum Dei, espanto del mundo y azote de Dios*. Y el gran Tamorlan se llamó *ira*

1 Isai., XLIV et XLV. 2 Jerem., XVI. 3 Ecech., XXXIX. 4 Socrat., lib. VII, cap. X. Sozom., lib. IX, cap. VI. 5 *Naucler.*, c. vol. *Gen.*, XVI.

de Dios. Y realmente el uno y el otro fué azote y ejecutor de la ira del Señor. Y así, acercándose Atila á la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió á recebir san Lupo, Obispo della, vestido de pontifical, con todo su clero, y le dijo [1]: «¿Quién eres tú, que turbas la tierra y la destruyes?» Y él respondió: «Yo soy el azote de Dios.» Entónces el santo Obispo le mandó abrir las puertas y dijo: «Sea muy bien venido el azote de Dios;» y entrando los soldados en la ciudad, los cegó Dios de manera, que pasaron por ella sin hacerle daño alguno; porque, aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que le recebian, como azote suyo, con tanta sumision.

Otros lugares muchos hay en la Sagrada Escritura que nos enseñan esta verdad, y no ménos los ejemplos de los castigos que ha hecho Dios nuestro Señor en el mundo por los pecados, los cuales no traemos aquí por ser cosa muy sabida y notoria, y desear en este tratado la brevedad. Basta decir lo que dijo el excelentísimo capitan y amado de Dios, Josué, á todo el pueblo ántes que muriese [2], despues de haberle contado las vitorias que Dios le habia dado. Dios, dice, es santo, fuerte y celoso, y no perdonará á vuestros pecados y maldades. Si dejáredes al Señor y sirviéredes

1 *Naucler.*, ibid. 2 Josué, XXIV.

á otros dioses, volveros ha las espaldas, y afligiros ha y asolaros ha, por más que os haya hecho tantas mercedes como habeis recebido de su mano.

Conforme á esta dotrina, habemos de entender que la guerra, la sequedad, la hambre y pestilencia, los incendios y todas las otras calamidades que Dios nos envia son para castigo de los pecados que comunmente se hacen en la comunidad. Aunque tambien leemos que por el pecado de uno castiga Dios temporalmente á muchos, como castigó al pueblo de Israel con la hambre de tres años, en tiempo del Rey David [1], por haber quebrantado el Rey Saul su juramento y palabra que habia dado Josué á los gabaonitas [2]. Y asimismo castigó Dios á todo el reino por el pecado del Rey David [3], cuando mandó contar y empadronar el pueblo, y se desvaneció.

Y áun algunas veces, queriendo nuestro Señor castigar al pueblo por otros pecados, permite que peque el Rey para con esta ocasion castigar al Rey y al reino, como lo vemos en este hecho de David, del cual dice la Sagrada Escritura que habiéndose enojado el furor del Señor contra Israel, movió al Rey David, ó permitió, como se escribe en el libro del *Para-*

1 II, *Reg.*, XXI. 2 Josué, IX. 3 II, *Reg.*, XXIV.

lipomenon [1], que Satanas le tentase para que mandase contar el pueblo, y el uno y el otro fuese por ello castigado [2]; sobre el cual lugar dice el gran Gregorio, y lo trae la glosa ordinaria, que segun los merecimientos de los súbditos endereza y dispone Dios los consejos de los que gobiernan, y que por la culpa de las ovejas permite que peque el buen pastor. Porque hay tanta union y correspondencia entre los merecimientos del pueblo y de los que le rigen, que muchas veces por la culpa del pastor se empeoran las costumbres del pueblo, y por la culpa del pueblo se tuerce y desfallece la vida del gobernador; que es un grande aviso para entender que de los castigos públicos que Dios envia son causa los pecados, y que conforme á los merecimientos del pueblo dispone y encamina el Señor los consejos de los que le gobiernan, como lo dice san Gregorio.

Y áun algunas veces levanta Dios á los malos, y les da el cetro y señorío para castigo del pueblo, como lo dice Job [3]: «Yo haré que reine el hipócrita, el que parece bueno y no lo es, por los pecados del pueblo.» Y Isaías dice [4]: «Yo les daré príncipes muchachos, y los afeminados y disolutos los señorearán.» Otras

1 I, *Paral.*, cap. XXI. 2 II, *Reg.*, XXIV. 3 Job., XXXIV. 4 Isaí., III.

veces permite que los bárbaros y los hombres crueles é impíos tiranicen y aflijan el pueblo, y con sus crueldades purguen la escoria de sus grandes maldades; y por esto llama por Isaías *vara de su furor* al Rey de los asirios, y por Ecequiel á Nabucodonosor *siervo suyo*, porque se sirvió dellos para castigar á los diez tribus de Israel y á la tribu de Judá. Otras veces, ó hace á alguno Rey para que castigue la impiedad de algun otro Rey, del cual el Señor se tiene por muy ofendido, como hizo á Jehu, para que arruinase y deshiciese la posteridad y casa de Acab, y para que consuele y repare las quiebras de su pueblo, como á Ciro y Constantino.

Pero, volviendo á lo que íbamos tratando, no es maravilla que peque el Rey, que es la cabeza, y sea castigado el pueblo, que es el cuerpo que se rige por ella; más es de maravillar que castigue Dios á muchos por el pecado de un solo hombre particular, como se ve en el castigo que dió á los tres mil soldados que iban sobre la ciudad de Hay [1], los cuales volvieron las espaldas á sus enemigos y fueron vencidos por el pecado de Achan, que, contra lo que Dios tenía mandado, habia hurtado algunos bienes de la ciudad de Jericó, los cuales habian sido anatematizados por el mismo Dios [2]. Porque quiso el Señor con el castigo

1 Josué, IV. 2 Ibid., VII.

del pecado de uno avisar y escarmentar á muchos, y darnos á entender que si así castiga la culpa de uno, mucho más ásperamente castigará la de muchos, y que cada uno de la comunidad se debe considerar, no como cosa apartada y por sí, sino como miembro y parte de la república, y tener por suyo propio el bien y mal della, como lo hacen los miembros en el cuerpo humano, y nos lo enseña el Apóstol san Pablo [1]. No causa menor admiracion el considerar que cuando Dios castiga con estas penas temporales generalmente á una república, tambien comprende con los malos á muchos buenos, y castiga al inocente y santo con el malvado y pecador; lo cual hace el Señor, como dice el bienaventurado san Agustin [2], por tres razones. La primera, porque, ya que no tengan los justos aquellos vicios y maldades por las cuales el Señor envia aquel azote, pero tienen otras faltas é imperfeciones, que quiere Dios purgar, y consumir la escoria con el fuego de la tribulacion, para que sean sus siervos plata cendrada y oro fino, pasado por el crisol. La segunda, porque muchas veces aunque les desagradan los vicios y sienten y lloran los males que ven en la república, y les pesa de la rotura y libertad con que muchos viven, pero no tienen ellos la caridad y liber-

1 I, *Cor.*, XII. 2 *De Civit. Dei*, lib. I, cap. IV.

tad que debrian para enseñar, amonestar y reprender á los que así viven, y disimulan con ellos, ó por no tomar trabajo, ó porque recelan ofender á los poderosos, por el daño que dellos les puede venir para los bienes temporales que desean alcanzar ó temen perder. Y así justamente son afligidos con los malos y les es amarga y desabrida esta vida, porque ellos no quisieron desgustar á los malos, sino ántes disimular con ellos y andar al sabor de su paladar. No corrigieron lo que pudieron corregir y emendar, y por esto son azotados los buenos con los malos, dice este santo Doctor, no porque hacen la mala vida que hacen ellos, sino porque están asidos demasiadamente á esta vida temporal y á las comodidades della; pues por temor de perderlas dejan de ayudar á sus prójimos y encaminarlos á la vida eterna. Cuando no hay esta culpa, es la tercera causa el mayor merecimiento y corona del que padece como padeció Job, y para que el hombre se conozca y haga experiencia de sí, y vea con qué afecto ama á Dios y le sirve, y el prójimo se edifique, anime y esfuerce en los trabajos que padece, considerando que el justo que no tiene tantos ni tan graves pecados como él, tambien es afligido y azotado del Señor. Todo esto es de san Agustin.



CAPÍTULO II.

Que alguna vez castiga Dios los pecados con otros pecados, y permite grandes escándalos en el mundo.

PERO ¿qué maravilla es que castigue el Señor las culpas con las penas y los deleites y gustos desordenados con dolores y desgustos saludables? ¿Qué maravilla es que por uno castigue á muchos el que es Señor de todos? Y que se sirva como de alguaciles de los trabajos temporales que envia, para dar descanso perpétuo á aquellos á quien los envia. ¿Qué maravilla es que el justo sea atribulado en esta vida con el pecador, para que no sea atormentado con él en la otra?

Mayor maravilla es que castigue Dios unos pecados con otros pecados, y que lo que en sí es culpa comience á ser pena y castigo de otra culpa. Mayor maravilla es que, siendo Dios tan bueno como es, permita tantas maldades

en el mundo; y siendo suma verdad y soberana luz, deje que se levanten tantos errores, y que se sienten en la cátedra de pestilencia falsos profetas y verdaderos embaucadores, y que cieguen á los hombres con las tinieblas de sus disparates y desvaríos. Mayor maravilla es que cunda y se extienda tanto la infeccion, y que herejías tan desatinadas, sucias, crueles y prodigiosas como las que vemos en nuestros tiempos, sean abrazadas con tanta facilidad y gusto de hombres que tienen nombre de cristianos y se precian de cuerdos y avisados. Mayor maravilla es que dure tanto este castigo, y que los tiranos y enemigos de Dios tengan el cetro y la corona, y consuman con exquisitos géneros de tormentos á sus siervos, con tanto orgullo y ufanía, como si la mentira tuviese ó pudiese tener rendida á la verdad, y el pecado triunfar de la virtud, y el infierno de la Iglesia de Jesucristo. Mayor maravilla es que una armada grande y poderosa, y que parecia invencible, aprestada para volver por la causa de Dios y su santa fe católica, y acompañada de tantas oraciones y plegarias y penitencias de sus fieles y siervos, se haya deshecho y perdido por una manera tan extraña, que no se puede negar sino que es azote y severo castigo de la mano del muy Alto.

Porque lo que más admira es, que parece

que Dios desampara á los suyos en una causa tan suya, y que se queda el hereje como triunfando, y el católico lloroso y afligido, y que se da ocasion á los flacos é ignorantes para que piensen, ó que Dios no tiene providencia de las cosas humanas, ó que no las gobierna con rectitud, ó que es falso lo que es verdad, y verdad lo que es mentira y falsedad. Ésta es grandísima tentacion para los buenos, que se afligen, y para los malos, que se confirman en sus errores y maldades; y por esto es grandísimo castigo de Dios.

Y asimismo lo es ver personas religiosas, ó que tenian opinion de virtud, representar con embustes y embaimientos en su cuerpo las llagas de la pasion de Cristo nuestro Redentor, ó vender sus marañas y artificios por revelaciones y favores de Dios, deslumbrando y trayendo la gente embaucada y como encantada con semejantes engaños. Y aunque Dios es infalible verdad y al fin los descubrió, y no permitió que el fingimiento artificioso echase raíces y quedase autorizado y asentado en los pechos de los fieles, pero no por eso deja de ser azote del Señor el permitir en nuestros tiempos estos males, los cuales entibian á los flojos y enflaquecen más á los flacos, y desacreditan la virtud. Todos estos males habemos visto en nuestros dias, y sin duda son tri-

bulaciones y castigos generales de Dios, y tanto más graves y peligrosos que otros, cuanto más ocasion dan á los malos, ó para desconfiar de la bondad del Señor, ó para seguir sus errores, ó para hacer poco caso de la sólida y verdadera virtud.

A todas estas dudas conviene que satisfagamos con el favor del Señor, y que allanemos estos barrancos, en que los hombres sensuales y de poca fe suelen caer y atollar, y que declaremos por qué Dios castiga unos pecados con otros pecados, y permite que nazcan y crezcan tanto las herejías. Y porque algunas veces parece que deja y se olvida de los suyos, dando vitoria á los malos contra los buenos y á los herejes contra los católicos. Y asimismo porque permite que el espíritu de la falsedad y engaño pervierta á personas que tienen nombre de religion y virtud, y éstas traigan tan escandalizada y atónita la gente como habemos visto. Porque, pues éstas son tribulaciones generales, que tocan á toda la república, y más peligrosas y perjudiciales que las otras, que solamente nos quitan los bienes caducos y perecederos, escribiendo de la tribulacion, parece que debemos tratar dellas, y dar los remedios que se nos ofrecen para que semejantes castigos de Dios nos sean frutuosos. Y pues habemos, en el libro pasado, enseñado á

las personas particulares cómo se han de haber en sus particulares tribulaciones para sacar provecho dellas, justo es que enseñemos á todos lo que deben hacer en los trabajos comunes y universales, que abrazan y comprehenden á toda la república.





CAPÍTULO III.

Que el hombre no debe juzgar los secretos juicios de Dios ni escandalizarse dellos.

ANTES que declaremos las causas porque Dios nuestro Señor castiga á los suyos con los males rigurosos que acabamos de decir, habemos de traer á la memoria dos cosas que arriba declaramos. La primera, que Dios es autor y causa efectiva de todo lo que es pena, y que no lo es sino permisiva de lo que es culpa. La segunda, que no permitiria tan grandes males y pecados si no fuese para sacar dellos otros mayores bienes. Porque, como admirablemente dice san Agustin [1], ha juzgado el Señor que era mejor sacar bien de los males que no no permitir los mismos males. Presupuestas estas dos verdades, tambien se ha de presuponer la tercera, que no es ménos importante y cierta

1 *Enchirid.*, cap. XXVII.

que ellas, ni para lo que queremos explicar ménos necesaria: que así como no hay cosa más secreta y escondida é incomprensible que Dios, así sus juicios son profundísimos y secretísimos, y no hay quien los alcance ni pueda investigar. El Real Profeta David dice [1] que los juicios de Dios son un abismo sin suelo. El sabio Salomon dice [2]: «Así como no sabes el camino del espíritu, ni de dónde viene, ni á dónde va el viento, ni cómo los huesos se forman y traban entre sí en el vientre de la mujer preñada, así tampoco puedes saber las obras de Dios, que es el artífice y obrador de todas las cosas.» El pacientísimo Job dice [3] «que Dios es grande, y que vence nuestra ciencia, porque no se puede con ella comprehender.» Y en otro lugar [4], que no hay ninguno que pueda escudriñar sus caminos. El Apóstol san Pablo exclama [5]: «¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios y cuán investigables sus caminos!» Y no es maravilla que el hombre no pueda comprehender los secretos juicios del Señor, pues apénas entiende los de los otros hombres, y áun algunas veces no se entiende á sí mismo.

Si nosotros con nuestro bajo ingenio y enten-

1 Psalm. XXXV. 2 *Eccles.*, I, cap. XI. 3 Job, XXXVI. 4 Eodem, cap. 5 *Rom.*, II.

dimiento alcanzásemos los consejos de Dios, no sería Dios, porque este nombre de Dios quiere decir un sér y un piélago de infinitas perfecciones, que no se puede agotar ni comprehender sino del mismo Dios. Por eso Isaías dice [1]: «Verdaderamente que vos sois Dios secreto y escondido.» Y san Pablo [2], que «mora en la luz inaccesible, la cual ningun ojo puede sufrir.» Y por esta misma razon cubrió los suyos Elías con el manto, cuando pasaba delante dél [3]; y con razon por cierto, pues el pueblo de Israel no podia mirar atentamente en el rostro resplandeciente de Moisén [4].

Nuestro entendimiento dice Aristóteles que para entender las cosas altas y divinas es como el ojo de la lechuza para mirar la luz y resplandor del sol. ¿Quién puede medir el cielo á palmos, ó encerrar en un pequeño vaso toda la inmensidad del mar? Un hombre de poca vista no alcanza á ver lo que otro hombre de larga y excelente vista. Un villano zafio y tosco no puede entender lo que entiende un sabio letrado. Los Reyes y Príncipes procuran que no se entiendan sus consejos, y en esto ponen parte de su autoridad y buen gobierno. Y si esto hacen los hombres, ¿qué maravilla es que lo haga Dios? ¿Qué maravi-

1 Isaias., XLV. 2 I, *Tim.*, VI. 3 III, *Reg.*, XIX. 4 *Exod.*, XXXIV.

lla es que no entendamos por qué permite el Señor que este mundo esté como un abismo lleno de tinieblas y maldades, y que tanta parte de los hombres viva sin luz y conocimiento de su Criador, y adore la piedra y el barro y las obras de sus manos, y que donde hay fe y noticia verdadera haya tan poco amor del Señor, tan poca obediencia de su santa ley, tan poca estima de la virtud, tanto descuido, olvido y menosprecio del cielo, y tanto cuidado, deseo y ánsia por las cosas de la tierra? ¿Quién entenderá por qué el Señor quiso que el santo Rey Josías (de quien dicen las divinas letras que no hubo ántes ni despues dél otro rey [1] semejante á él, y de quien tantos años ántes se habia profetizado su nacimiento y las hazañas que habia de obrar), muriese en la flor de su edad, atravesado de saetas por sus enemigos, siendo llorada su muerte de todo el pueblo y lamentada del Profeta Jeremías [2], que compuso los Trenos ó Lamentaciones á manera de endechas y canciones llorosas, para que se cantasen en sus honras? ¿Quién entenderá por qué dió el mismo Señor tan mal suceso á los santos intentos de tantos Pontífices, Reyes y Emperadores en las jornadas que hicieron para cobrar la tierra santa, y á los de san Luis, Rey de Francia, el

1 IV, *Reg.*, XXI. 2 II, Par. XXXV.

cual habiendo ido por su propia persona á hacer guerra á los infieles dos veces, la primera fué preso y la segunda murió de pestilencia, y la una y la otra salió en vano la jornada? ¿Quién comprenderá los secretos juicios deste Señor en las guerras que tuvieron los católicos con los herejes husitas del reino de Bohemia; en las cuales habiéndose juntado tantas veces las fuerzas de la Iglesia y del imperio para castigarlos, siempre fueron desbaratados, temblando y huyendo los católicos de solo el nombre de Juan Zisca, capitan de los herejes, que era tuerto y despues ciego, y siempre impiísimo y cruelísimo? ¿Quién penetrará sus consejos en los acaecimientos que leemos y vemos, y en las vitorias que da muchas veces á los malos contra los buenos?

Pero ¿qué maravilla es que no alcancemos estos secretos del Señor, pues se nos van de vista las cosas menudas y mínimas que tenemos delante de los ojos? ¿Quién puede entender la sabiduría de Dios, que resplandece en sus obras, y no solamente en las grandes, sino en las pequeñas, despreciadas y viles? ¿Quién comprenderá (como dice el bienaventurado san Agustin [1]), porqué la carne del pavo se conserva mucho tiempo y no se corrompe? ¿porqué la paja conserva la frialdad de la nie-

1 *De Civit. Dei.*, lib. XXI, cap. IV.

ve con su calor templado, y madura y sazona las servas? ¿porqué la cal viva se enciende con el agua fria, que suele apagar el fuego, y no se enciende con el aceite, con el cual el mismo fuego se suele encender? ¿porqué la piedra iman trae á sí el hierro y le abraza, y no le toma, y si le ha tomado le deja, poniendo cabe ella al diamante? ¿porqué la piedra que Plinio llama theamedes tiene otra propiedad contraria á la piedra iman, que es despedir y apartar de sí el hierro? [1] ¿Quién podrá explicar la causa por que un pece pequeño, llamado en latin *rémora* [2], pegado á una nave grandísima, que navega con próspero viento y tendidas todas las velas, la detiene y hace parar con tanta fuerza, que no se puede menear? [3] ¿Quién la admirable propiedad del ave fénix, que, con ser una en el mundo y llegar á quinientos años de vida, dice san Ambrosio [4] que se renueva, y ardiendo en fuego de leños olorosos, revive y se restituye de un gusano que nace della? ¿Quién la del animal que llaman salamandria, que es á manera de un lagarto, y vive en el fuego, y con su frialdad le apaga? [5].

1 Lib. XXXVI, cap. XVI. 2 Plin., lib. IX, cap. XXV, y lib. XXXII, en el proemio. 3 Plin., lib. X, cap. II. 4 Ambr., *in oratione de fide resurrectionis, et in psalm.* CXVIII, serm. XIX. 5 Plin., lib. X, cap. LXVI.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos exquisitos y no tan sabidos de todos, habiendo otros infinitos de las cosas que cada dia tenemos entre las manos? ¿Quién puede comprehender la solercia y providencia de las hormigas, el concierto y gobierno de la república de las abejas, la sutileza y artificio en tejer y cazar de las arañas, el zumbido horrible y el aguijon agudo, penetrativo y sangriento del mosquito; la generacion, vida, sueño, comida y labor del gusano que hila la seda, y la riqueza inestimable que se saca de su trabajo, pues la lozanía del mundo y la gala de los príncipes y el ornamento de las iglesias es fruto dél? Sería nunca acabar si quisiésemos traer aquí las cosas de naturaleza admirables y estupendas que, ó no conocemos, ó no acabamos de entender, en las cuales resplandecen los rayos de la sabiduría del Señor. Pero no es éste mi intento, sino declarar cuán corto es nuestro entendimiento y cuán flaca es nuestra vista, pues no alcanzamos con ella ni las cosas inmensas ni áun las mínimas y tan pequeñas, que apénas se pueden ver. Lea quien quisiere á Aristóteles, á Teofrastro, Plinio, Eliano y otros autores, y de los nuestros á san Basilio, y á san Ambrosio en el *Exameron*, y á san Agustin en los libros de la *Ciudad de Dios*, y al padre fray Luis de Granada *sobre el Símbolo*.

Pues si no alcanzamos las cosas pequeñas y bajas que traemos delante de los ojos, y nos da tanto en que entender una hormiguilla, y una flor, y un gusanillo, y una aguja de marear, y otras cien mil cosas, y no acabamos de entender su compostura, virtud y propiedades, y cómo obran los efetos admirables que vemos y experimentamos, ¿de qué nos maravillamos que no entendamos ni penetremos los incomprensibles consejos y juicios profundísimos que Dios trata en el consistorio de su inefable providencia? Por esto dijo san Gregorio [1]: «El que en las obras que hace Dios no halla la razon por que las hace, hallará en su flaqueza y bajeza causa bastante porque no puede descubrir esta razon.» Y en otro lugar [2]: «Cuando los justos tienen algunos sucesos contrarios á lo que ellos deseaban, luégo se vuelven á los secretos juicios de Dios, para ver en ellos con cuánta sabiduría y órden dispone dentro lo que parece desordenado por defuera.» Y san Agustin dice [3]: «Aunque no sepamos por qué Dios hace ó permite estas cosas (el cual tiene sumo poder, suma sabiduría y suma justicia, sin parte alguna de flaqueza ni de temeridad ni de malicia), todavía aprendemos provechosamente á no hacer mu-

1 Lib. IX, *Moral.*, cap. XI. 2 Lib. XXVII, *Moral.*, cap. II. 3 *De Civit. Dei*, lib. XX, cap. II.

cho caso de los bienes ni de los males que vemos que son comunes á los buenos y á los malos, y de buscar aquellos bienes que son propios de los buenos, y huir aquellos males que son propios de los malos. Pero cuando viniéremos á aquel juicio de Dios, cuyo tiempo propiamente se llama Dia del juicio ó Dia del Señor, entónces entenderémos que no solamente lo que en él se juzgáre, sino tambien todo lo que hasta aquel dia se ha juzgado y queda por juzgar, ha sido justísimo. Y asimismo se manifestará con cuánto juicio de Dios nos han sido encubiertos sus juicios, aunque para los buenos y piadosos no está encubierto que es justo lo que lo está. Salviano dice [1]: «Porqué haga Dios las cosas que habemos dicho no quiero que me lo preguntes. Hombre soy, y no entiendo los secretos de Dios, ni me atrevo á investigarlos, y quedo como azogado cuando me viene pensamiento de escudriñarlos. Porque en cierta manera es un linaje de sacrilegio y temeridad querer saber el criado más de lo que permite su Señor. Bástate saber que el mismo Dios dice que Él es hacedor y obrador de todas las cosas.»

Y así, cuando vemos algunos sucesos extraños y que á la flaqueza humana parecen desordenados y errados, habemos de acudir á

1 Lib. III, *De Provid.*

esta regla certísima, y oir lo que nos dice el Apóstol [1]: «No quieras saber las cosas altas, sino teme.» Y lo que dijo san Agustin: «No seas curioso en inquirir é investigar; porque bien puede ser que la causa sea oculta, pero no puede ser que sea injusta.» Y san Gregorio dice [2]: «Los juicios de Dios, cuanto son más oscuros, con tanta mayor humildad se deben reverenciar.» Porque, como dice el Espíritu Santo: «El que escudriña la majestad cae como oprimido y ahogado de la gloria» [3]. Y en otro lugar [4]: «Tú, que hablas de aquel Señor que es eterno, acuérdate que eres mortal, y cuando disputas de la sabiduría de Dios, piensa que no puedes escudriñar su consejo.»

De un santo ermitaño se lee que deseó y suplicó instantemente á nuestro Señor que le revelase sus secretos juicios, y queriéndole Dios hacer esta merced, le envió un ángel en figura de otro ermitaño, el cual, llegado á él, le rogó que se fuesen los dos á visitar á algunos otros padres de los que estaban por aquel yermo. Hiciéronlo así, y fueron á la celda de un santo monje, que los acogió con gran caridad y alegría, y á la partida el ángel le hurtó un jarro que tenía: y como le echase ménos el monje, envió tras ellos un mozo, discípulo su-

1 *Rom.*, XI. 2 Greg., *Moral.*, lib. XXVII, cap. II. 3 *Prov.*, XXV.
4 Lib. XII, *Moral.*, cap. XV.

yo, para rogarles que se le volviesen. El ángel dió un golpe al mozo y le mató. Fueron despues á la celda de otro ermitaño, seco, duro y desabrido; el cual apénas los quiso admitir y dar entrada en su celda. A éste le dió el ángel, el dia siguiente, el jarro que habia hurtado al otro santo monje. Maravillándose desto mucho el monje que llevaba en su compañía, y estando escandalizado de lo que habia hecho el ángel, que él creia que era monje como él, le dijo el ángel: «Tú has deseado mucho y demandado á Dios que te descubriese sus juicios, y Él me ha enviado para que te los declare. Yo hurté el jarro á aquel monje porque habia sido hurtado y se le habian dado á él, y no era razon que cosa habida con pecado estuviese en la celda de un tan santo varon, aunque él, por no saberlo, le poseia sin pecado. Díle á este otro ermitaño, avaro y mal acondicionado, para su daño y castigo. Maté al mozo para que se salvase, porque entónces estaba en gracia de Dios, y si yo no le matára, él matára aquella misma noche á su padre y maestro espiritual, y se fuera al infierno.» Y con esto, desapareció el ángel, y el santo quedó muy consolado, y enseñado de reverenciar y no juzgar los juicios secretos del Señor. Pero volvamos á nuestro propósito, y declaremos las dudas que propusimos en el capítulo pasado.



CAPÍTULO IV.

Por qué castiga nuestro Señor unos pecados con otros pecados, y cuán grande castigo sea éste.

El Real profeta David, hablando con el Señor, dice de los pecadores [1]: Señor, añadid á sus maldades otras maldades, y no tengan parte en vuestra justicia.» El Apóstol san Pablo claramente dice [2] que porque los hombres no conocieron á Dios, ni le supieron glorificar en sus criaturas, ántes adoraron la piedra y el barro y las obras de sus manos, y se desvanecieron en sus devaneos y locos pensamientos, mudando la verdad de Dios en la mentira; por esto permitió Dios que, pues no le habian conocido á Él, no se conociesen á sí, y que cayesen en todas las torpezas y abominaciones

1 Psalm. LXVIII. 2 *Rom.*, I.

que allí cuenta, escureciendo la gloria de su excelencia y dignidad. Y en otro lugar dice el mismo Apóstol [1] que porque algunos no reciben la caridad de la verdad para ser salvos, el Señor permite que caigan en errores y crean á la mentira, para que sean juzgados todos los que no creyeron á la verdad y consintieron á la maldad.

Destos lugares del Apóstol, y de otros de las divinas letras, concluyen los teólogos que muchas veces castiga Dios unos pecados con otros pecados, lo cual hace justísimamente. No porque el Señor sea obrador y causa de la culpa, porque esto no lo puede ser, como arriba declaramos; mas porque, por la obstinacion y dureza del pecador, que no quiere aprovecharse del socorro de la gracia, ni de los favores y mercedes que Dios llueve sobre él, Él le quita este socorro divino; sin el cual queda pobre, desnudo, desarmado, y entregado á sus apetitos sensuales y malas inclinaciones, y como caballo desbocado y sin freno, él mismo se despeña en otras maldades y pecados, los cuales en sí propiamente son pecados, y por la causa que he dicho se llaman y se pueden llamar penas y castigos de los primeros pecados, por los cuales mereció que le fuese quitado aquel freno y particular socorro

1 II, *Thess.*, II.

de Dios. Y así dice el bienaventurado san Gregorio [1]: «El primer pecado es causa del siguiente, y el siguiente es pena del precedente.» Y en otro lugar: «El pecado que nace de otro pecado, no solamente es pecado, sino pecado y pena de pecado; porque Dios todopoderoso con justo juicio desampara al pecador. Y desto se sigue que por la culpa del pecado pasado caiga en otros pecados, y que el que á sabiendas cometió la maldad, despues cometa otras, destituido de la divina gracia.» Esto es de san Gregorio [2] sobre Job. Y sobre Ecequiel, en la homilía undécima, declara copiosamente cómo el primer pecado es pecado y causa del pecado, y el segundo, pecado y pena del pecado. Aunque nunca el Señor en esta vida desampara al pecador de tal manera, que con el ayuda que le da no pueda arrepentirse y volver en sí [3].

Este castigo de Dios es terribilísimo y más para temer que otro ninguno que Él nos envia de penas temporales. Ni la sequedad, ni la hambre, ni la corrupcion del aire y mortandad, ni la guerra y division de los reinos, ni otra ninguna calamidad temporal es tan espantable señal de la ira y saña de Dios, como lo es este azote de pecados con peca-

1 Lib. xv, *Moral.*, cap. XII. 2 Greg., *Moral.*, lib. XXIV, cap. XII.
3 S. Tom., III, p. q. 86, art. 1.

dos. Porque los demas, aunque sean rigurosos y temerosos, comunmente son castigos de padre; pero éste es castigo y venganza como de enemigo. Así lo dice el mismo Dios por Jeremías [1]: «Yo te he herido con llaga de enemigo y con un cruel castigo.» Y en otra parte llama el mismo Profeta á esta manera de castigo «viento abrasador» [2], porque no es para aventar el grano y purgar el ánima, sino para abrasarla y quemarla y consumirla.

Cosa es que pone espanto considerar que siendo Dios una bondad infinita, y que ama infinitamente la virtud y la galardona con gloria eterna, y aborrece infinitamente el pecado y le castiga con pena de infierno, y que dió su propia sangre y murió en un madero para matarle y destruirle, permite en el mundo tantas maldades y tan feas y tan abominables, que son más propias de bestias fieras y demonios que no de hombres; y entre ellas, tantas herejías como leemos que ha habido en los siglos pasados, y con dolor de nuestro corazon vemos en nuestros dias. Porque la herejía es uno de los mayores pecados del mundo, y despues del ódio y aborrecimiento de Dios, es el mayor de todos; la cual corta y arranca la raíz y fundamento de las virtudes de la vi-

1 Jerem., III. 2 Ibid. IV.

da cristiana, que es la fe, sin la cual ninguno puede agradar á Dios.

De aquí podemos sacar cuantos y cuán grandes deben de ser nuestros pecados, pues han merecido tan horrible y lastimero castigo como es haber el Señor permitido en nuestros tiempos las herejías infinitas que vemos, enseñadas por maestros de vida infames, de doctrina pestilentes, en la razon desvariados, en los efetos que hacen sediciosos, sangrientos y destruidores de toda la religion, paz y justicia, y que en poco más de setenta años que han corrido, despues que del infierno las resucitó Martin Lutero, han asolado y arruinado tantas y tan ilustres provincias y reinos, que por no tocar derechamente á la materia de la tribulacion, que es propia deste tratado, y por haberlo escrito en el libro que se imprimió en Madrid, el año de mil y quinientos y ochenta y seis [1], de la *Vida del bienaventurado padre Ignacio de Loyola*, nuestro padre, y fundador de esta mínima Compañía de Jesus, no lo prosigo ni trato aquí, remitiendo el letor á aquel lugar, donde lo podrá hallar más copiosamente. Y en la historia que escribimos del *Cisma de Inglaterra* hallará asimismo el estrago y destruicion que ha hecho en aquel reino y en los convencinos esta pestilencia in-

1 Lib. II, cap. XVIII.

fernal. Pero veamos por qué nuestro Señor permite tan grandes males como son las herejías, y castiga con tan duro azote á tantas y tan grandes y nobles provincias como vemos perdidas por ellas; cuyo castigo tambien es nuestro, por ser de nuestros hermanos y de la santa Iglesia, cuyos hijos somos; lo cual trataremos en los capítulos siguientes.





CAPÍTULO V.

Por qué permite nuestro Señor las herejías, y cómo con ocasion dellas descubre su poder.

AUNQUE son tan grandes y perniciosos los daños que hacen las herejías, todavía son mucho mayores los bienes que nuestro Señor saca dellas, por los cuales las permite; porque siempre habemos de estar muy firmes y arraigados en aquel principio y verdadero fundamento que arriba declaramos: que Dios nuestro señor no permitiria males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes que son los mismos males que permite. Y esto es propio de Dios. Porque, así como el malo áun de lo bueno saca mal, así el sacar bien del mal y convertir las espinas en rosas, y sanar con la ponzoña, y dar vida con la muerte, es propio del Señor del universo, que es autor de la vida [1]. Y esto

1 Euseb. Emis., hom. IV, *De Epiphan.*

no nace de la naturaleza del mal ni de los males. No es causa deste bien la herejía ni los herejes, sino la benignidad y suma clemencia de Dios, que en este hecho manifiesta su infinito poder, su incomprensible sabiduría, y aquella su inestimable bondad, que no tiene tasa ni medida. Y la manifestacion destas perfeciones suyas es mayor bien y de mayor provecho para los buenos y finos católicos, y de mayor gloria para Dios, para la cual crió todas las cosas, que son los daños que se siguen de las herejías.

Vamos desenvolviendo esta verdad y desmenuzando lo que habemos dicho. ¿Cómo se descubre el soberano poder de Dios en tiempo de herejías? Defendiendo la verdad, y dándole valor y fuerzas para que, aunque esté desarmada, arrinconada y desvalida, prevalezca contra las puertas y todo el poder del infierno [1], y salga siempre con vitoria. Vese esto en la orígen, progreso y fin de las herejías pasadas. Pero, por no ser prolijo, hablaré de sola la de los arrianos, la cual, estando armada con la potencia de los emperadores, y con la aparente y sofística sabiduría de los filósofos, y con la autoridad de muchos obispos engañados, y con el artificio y embustes de los que la profesaban, y haciendo riza y

1 Matth., XXVI.

carnicería en los verdaderos siervos de Dios, y tomando todos los medios de maña y fuerza para oprimir y desarraigar de la Iglesia la verdad católica, no pudo hacer mella en ella más que lo hacen las olas en una alta y fuerte roca.

Fué tan grande y terrible esta persecucion de los arrianos, que dice della Vicencio Lirinense estas palabras [1]: «En este peligroso tiempo bien se vió cuán grandes calamidades vienen al mundo con la introducion de nuevas doctrinas. Porque, no solamente las cosas pequeñas, sino tambien las grandes, entónces padecieron. No solamente el parentesco, el deudo, las amistades y las casas particulares, pero las ciudades, los pueblos, las provincias, las naciones, y finalmente todo el imperio romano se turbó y estremeció. Porque, como la profana novedad de los arrianos, á guisa de una furia infernal, hubiese ganado ó engañado primero al Emperador, luégo rindió á los principales ministros de su palacio; y apoderada dél, comenzó á consumirlo todo y turbar las cosas particulares y públicas, las sagradas y profanas, y sin hacer diferencia de lo bueno ni de lo malo, de verdadero ni de

1 *In libello advers., hæreses.* cap. VI. De la persecucion arriana tratan Athanasio en la *Apología de su huida;* Hil., contra Constancio; Greg. Nac., en la oracion fúnebre de Bas. Sulp. lib. II; Ruf., lib. X, cap. XXVII; Prosp. in chro. Vic., de pers. vandal.; Oros., Greg., Tur. y los demas autores de la hist. eccl.

falso, dar en las cabezas como en enemigos. En este tiempo las mujeres casadas eran afrentadas, las viudas despojadas, las vírgenes violadas, los monasterios derribados, los clérigos echados de sus casas, heridos los diáconos, desterrados los sacerdotes, y las cárceles y calabozos estaban llenos de santos varones y siervos de Dios. Y buena parte dellos andaban afligidos, peregrinando por los campos de dia y de noche, porque les era prohibido el entrar en los pueblos. Y así eran forzados á guarecerse en los desiertos, espeluncas y cuevas, entre las fieras y peñas, y consumidos de la hambre y de la desnudez, casi muertos en vida, acabar sus amargos y dichosos dias.» Hasta aquí son palabras de Vicencio Lirinense, autor gravísimo, que há más de mil años que floreció.

San Basilio confiesa [1] que fué tal esta persecucion, que pensó que era principio de la apostasía, de la cual habla san Pablo en la epístola á los thessalonicenses [2]; y san Jerónimo en una epístola dice que, fuera de Atanasio y Paulino, todo el Oriente estaba inficionado de la herejía de Arrio.

¿Cómo se mostró el poder grande de Dios en el esfuerzo que dió al invencible Doctor de la Iglesia san Atanasio [3] para resistir á la he-

1 Epíst. LX. 2 II, *Thess.*, II. 3 Ruf., lib. X.

rejía arriana y para escaparse de las manos de sus enemigos, y dejar burlados todos sus consejos, ardides y artificios? ¿Cómo se descubrió este mismo poder en el espíritu y doctrina con que armó al otro su compañero y valeroso capitan san Hilario, Obispo Pitaviense [1], para que, aunque desterrado de su iglesia, y llevado á tierras extrañas y bárbaras, diese vida á los muertos, y resplandeciese con milagros, y volviese á ella con vitoria? [2] ¿Cómo pudieran cuatro mil y novecientos y sesenta y seis obispos y personas sagradas, (entre las cuales habia muchos viejos delicados y enfermos [3]), padecer lo que padecieron en Africa por esta misma causa, en tiempo de Honorico, rey de los vándalos [4], sino esforzados deste poder del Señor [5], el cual tanto más fuerte se mostraba, cuanto ellos eran más flacos, y más terribles los tormentos que padecian? Y no ménos eficaz argumento deste poder fué el dar habla milagrosamente á otros, á quien el mismo tirano Honorico habia mandado cortar de raíz las lenguas [6], para que sin ellas hablasen tan bien como hablaban con ellas, y haber hecho otros infinitos y

1 Socr., lib. II. 2 Socr., lib. III, cap. VIII. 3 Sozom., lib. V, cap XII. 4 *Martirol. rom.*, á 12 de Octubre. 5 *Naucl.*, lib. II; *Gen.*, XVII. 6 Greg., lib. III, *Dial.*, cap. XXXII; *Evag.*, lib. IV, cap. XIV.

admirables milagros como hizo para confirmacion de nuestra santa religion y confusion de sus enemigos, los cuales, por ser tantos, no se pueden contar.

Y nuestro Príncipe de España san Hermenegildo [1], ¿de dónde tuvo ánimo y espíritu para menospreciar el reino, desobedecer al Rey Leovigildo, su padre, resistir á los acometimientos y vanos asaltos que le dieron, pasar por la aspereza de la cárcel, y no temer el cuchillo ni la muerte espantosa, por no discrepar un punto de la fe católica, sino porque en esta gloriosa hazaña queria descubrir su soberano poder nuestro Dios? El cual finalmente, por la sangre deste mártir suyo y esclarecido Príncipe dió fin á la herejía arriana, que habian introducido los godos en España, y no solamente en ella, sino en todo el mundo se acabó la pestilencia é infeccion de aquella perversa dotrina; y los maestros que la sembraban fueron condenados en los sagrados concilios, y castigados [2] severamente de la mano de Dios, y los Reyes y Emperadores [3]

1 Greg., lib. III, *Dial.*, cap. XXXI. 2 Arrio murió repentinamente, echando las entrañas. Athan., orat. I. *Contra arrianos*, y Ruffin., lib. X, *Hist.*, cap. XIII. 3 Constancio murió de apoplegía. Socrat., lib. II, cap. XXXVII. Valente vivo fué quemado de los godos. Ruff., lib. X, cap. XIII. Honorico, rey de los vándalos, murió comido de gusanos, que manaban de todo su cuerpo. Vict., lib. III, y Procop. lib. III, *De libell. vuan.*

que la favorecian tuvieron desastrados fines. Y con esto, la religion católica triunfó de la herejía, y tuvo sosiego, paz y quietud.

De la misma manera podriamos particularizar esto en las demas sectas de perdicion que se han levantado, en los siglos pasados, contra nuestra santa madre Iglesia católica, apostólica y romana, que han sido innumerables, cruelísimas y perniciosísimas, las cuales todas se han deshecho como humo, y siempre la verdad, por más que haya sido combatida, ha prevalecido y triunfado de la mentira, para que en esto se viese y se manifestase más el poder de Dios.





CAPÍTULO VI.

Cómo se descubre la sabiduría de Dios en el tiempo de herejías.

PUES ¿que diré de la luz admirable de la sabiduría divina, que resplandece y se descubre más en el tiempo escuro y caliginoso de las herejías? Porque, como el Señor tiene tan grande y tan paternal providencia de sus escogidos, cuando son menester, envia unos sapientísimos doctores, para que, como unas lumbreras del cielo, alumbren el mundo y deshagan con los rayos esclarecidos de la verdad las tinieblas espesas de los herejes. Y así como lo blanco se echa de ver mejor par de lo negro, y la luz cabe lo escuro, así el espíritu celestial destos varones eminentes; derivado de aquella fuente soberana de la sabiduría de Dios, resplandece más cuando le cotejamos y contraponemos con la perversa inorancia de los maestros

insipientes. No hubieran mostrado tan excelentemente su sabiduría los gloriosos Doctores de la Iglesia católica, san Atanasio y san Hilario, de quienes habemos hecho mencion, si Arrio, enemigo de la verdad, no les hubiera dado materia para ello. Ni san Jerónimo contra Vigilancio, Joviniano y Elvidio, ni san Agustin contra los pelagianos y maniqueos, ni san Cirilo contra Nestorio, ni santo Domingo contra los albigenses, ni otros santísimos y sapientísimos varones y capitanes esforzados hubieran podido desplegar la riqueza de su dotrina, y emplear los filos y aceros de su valor contra otros monstruos y enemigos del Señor, si ellos no hubieran salido en campaña y pregonado guerra contra la Iglesia católica.

En esto se muestra mucho la sabiduría de Dios, que es la fuente de donde estos santos varones bebian. Y no ménos en el juntar los concilios generales, y asistir con el espíritu de su infalible promesa y verdad en ellos, para que con ella se desterrasen de la santa Iglesia las nuevas, peregrinas, falsas y curiosas dotrinas, y se estableciesen las verdaderas, macizas y sólidas, por las cuales ella se habia de regir y gobernar. Desta manera se convocó y celebró en Nicea, ciudad de Bitinia, el concilio Niceno, en tiempo de san Sil-

vestre, Papa, y del Emperador Constantino, que fué el primero general, al cual vinieron trescientos y diez y ocho obispos, y en él fueron condenados Arrio, Sabelio y Fotino. Y en el tiempo de san Dámaso, Papa, y de los Emperadores Graciano y Teodosio se celebró el concilio Constantinopolitano, de ciento y cincuenta obispos, contra Eunomio y Macedonio; y el Efesino, de doscientos obispos, contra los errores de Nestorio, Obispo de Constantinopla, en tiempo del Papa Celestino y del Emperador Teodosio el Segundo; y el Calcedonense, de seiscientos y treinta obispos, en tiempo de san Leon, Papa, y de Marciano, Emperador, contra Eutiquio y Dioscoro, que son los cuatro concilios generales que san Gregorio dice que veneraba como los cuatro evangelios; y despues destos, se han celebrado otros muchos concilios generales contra diversos herejes [1]. Y últimamente se celebró el concilio de Trento contra los errores de Lutero y sus secuaces, y en él y en todos los demas se puede ver cómo resplandece esta sabiduría de Dios, y la claridad, resolucion y firmeza con que se determinan y establecen en ellos las verdades purísimas de nuestra santa fe, y se condenan y deshacen los errores contrarios, para que de todos los concilios saque-

1 Lib. I, epist. XXIV.

mos aquella conclusion y verdadera sentencia de Vicencio Lirinense [1], que es propio de la modestia y gravedad cristiana no enseñar á nuestros sucesores nuestra propia y nueva dotrina, sino retener y conservar la que aprendimos de nuestros padres.

Y nuestro Señor suele algunas veces confirmar con milagros los mismos concilios, como lo hizo en el concilio Niceno, en el cual murieron dos de los obispos congregados ántes que se acabase el concilio y los padres le firmasen, y despues que le firmaron, fueron con él á la sepultura de los dos obispos difuntos, y pidiéronles que si lo que en el concilio se habia determinado era verdad, lo firmasen de su mano y lo aprobasen; y dejando aquella noche en aquel lugar el concilio sellado, á la mañana, desenvolviéndole, le hallaron firmado de mano de los dos santos obispos difuntos, con estas palabras: «Nos, Crisanto y Musomio, los cuales en la santa y universal y primera sínodo de Nicena [2] habemos sido del mismo parecer que los otros santos padres, aunque cuanto al cuerpo somos ya difuntos, con nuestra propia mano habemos firmado este papel.» Y en el concilio Calcedonense, habiendo gran controversia entre los herejes y

1 Lib. *Contra hæres.*, cap. IX. 2 Niceph., lib. VIII, *Hist.*, cap. XXIII.

católicos acerca de la verdad de nuestra santa fe, se tomó por medio que para averiguar la verdad se acudiese al cuerpo de santa Eufemia, que con gran reverencia era venerado en aquella misma ciudad y lugar del Concilio, y que se pusiesen dos libros, el uno de los herejes y el otro de los católicos, dentro de su sepultura, y que el que la Santa aprobase, éste se tuviese por bueno y verdadero. Hízose así, y el de los herejes se halló arrojado á los piés de la Santa, y el católico dió ella misma de su mano (sacando el cuerpo de la sepultura) al Emperador Marciano y á los obispos católicos; y con esto quedó la verdad conocida y confirmada con tan evidente milagro y ilustre testimonio del cielo, como lo escribe Juan Zonáras, autor grave y griego, en el tercero tomo de sus *Anales*, donde habla del Emperador Marciano.

Demas desto, se mandan en los concilios muchas cosas tocantes á la reformacion de las costumbres y á la emendacion de la vida, por las cuales hoy dia vivimos y estamos en pié y no somos del todo acabados. Y si no fuera por la ocasion de las herejías, no se celebráran los concilios contra ellas, ni la Iglesia católica gozára de los bienes innumerables é importantísimos que dellos se han seguido; porque, así como en tiempo de paz nos descuidamos y

dormimos á buen reposo, pero en alzando bandera los enemigos y andando la guerra, se aparejan y alimpian las armas, se reparan los muros, se fortifican las ciudades, se proveen de municiones y pertrechos los castillos, se vela y se hace centinela en cualquier lugar de sospecha; y esto todo cesaria si no hubiese enemigos; así en la guerra que los herejes nos hacen despierta Dios á los que dormian y hace nueva gente. Estúdiase más, y entiéndense mejor las sagradas letras, las determinaciones de los concilios, los decretos de los sumos pontífices, las sentencias conformes de los santos doctores; y se investigan y apuran las tradiciones apostólicas y las costumbres universales de la Iglesia, que son las principales y más fuertes armas con que habemos de pelear; y nos apercebimos para resistir y acometer, y reparamos y mejoramos nuestras vidas, que cuando están desportilladas ó caidas son comunmente como la batería abierta por donde entran las herejías. San Agustin dice estas palabras [1]: «Muchas cosas tocantes á la fe católica, cuando somos desasosegados de la engañosa inquietud de los herejes, para poderlas defender contra ellas, se consideran con mayor atencion y se entienden con más claridad y se predican con más cuidado, y la cues-

1 Lib. VI, *De Civit. Dei*, cap. XI.

tion que movió el adversario es nueva ocasion de aprender.»

Esto vemos que ha hecho nuestro Señor en estos miserables tiempos, enviando nuevos soldados de socorro á su Iglesia para que se opongan á los herejes, y despertando é inspirando á muchos varones señalados en santidad y ciencia que escribiesen libros de diferentes materias contra nuestros enemigos, é ilustrasen con ellos la santa Iglesia, y enseñasen y esforzasen á los fieles. En todo esto se descubre la sabiduría incomprensible del Señor.

Asimismo se manifiesta en otro modo, que algunas veces ha usado para mayor confusion de los herejes, convirtiendo á los sabios y grandes letrados por varones simples y sin letras, como aconteció en el concilio Niceno; al cual vino un gran filósofo y agudo disputador, el cual, queriendo hacer ostentacion de su dotrina é ingenio, se puso á disputar con algunos perlados católicos, grandes letrados; y como ellos no pudiesen convencerlo con la fuerza de sus argumentos, salió un santo Obispo simplicísimo, llamado Spiridion, para disputar con él, y díjole solamente estas palabras [1]: «Oye, hermano; nosotros los católicos cristia-

1 Ruf., lib. x, *Hist.*, cap. III; Sozo., lib. I, cap. XVII, y Niceph., lib. VIII, cap. XV.

nos creemos en Dios Padre Todopoderoso, que crió el cielo y la tierra, y en su unigénito hijo Jesucristo, nuestro Señor, y lo demas que se contiene en el credo»; y dicho esto, añadió: «¿Crees esto ó no?» Fué tanta la fuerza que el Señor dió á estas llanas y sencillas palabras, que el santo Obispo pronunció confiado en la verdad dellas, que el filósofo altivo, y que estaba ufano de ver cuán bien le habia ido en la disputa con los otros, luégo se rindió y dijo que sí creia, y que miéntras habian disputado con él con palabras, él habia respondido á unas palabras con otras palabras; mas que cuando, dejadas las palabras, Dios habia usado de su eficacia y virtud, no habian podido las palabras resistir á la virtud y saber de Dios. Y así siguió el famoso filósofo al humilde y simple Obispo, y se hizo discípulo de quien se tenía por maestro. Otra vez, quejándose algunos filósofos al Emperador Constantino [1] porque habia mudado la religion antigua de los emperadores romanos y sabios de Grecia, y favorecido á los cristianos, que creian que un hombre crucificado era Dios, se ordenó una disputa entre muchos dellos y Alejandro, Obispo de Constantinopla, el cual, confiando más en la verdad de la fe que defendia, que en la ciencia ó elocuencia humana, que

1 Sozo., lib. I, cap. XVII.

no tenia, salió en campo, y habiendo señalado los filósofos á uno, el más eminente y sabio que habia entre ellos, para que disputase y fuese como caudillo é intérprete de los demas, el santo Obispo comenzó su disputa desta manera: «Filósofo, yo te mando, de parte de Dios, que no hables»; y con esta sola palabra que oyó, perdió la habla el filósofo, y enmudeció de tal manera, que se rindió ó se rindieron todos los otros filósofos, sus compañeros, á la verdad invencible de la fe, que la simplicidad del santo Obispo Alejandro defendia [1]. Y lo mismo aconteció á san Pedro mártir queriendo disputar con un hereje, el cual no pudo hablar y quedó mudo por oracion del Santo. Y por esta manera se convirtió; y se conoció y confirmó la verdad católica. Y como éstos hay otros ejemplos en las historias eclesiásticas.

1 En su *Vida*, Surio, tom. II.





CAPÍTULO VII.

La bondad de Dios, que se manifiesta en tiempo de herejías.

Si el Señor es admirable cuando descubre su poder y su saber contra los herejes, no lo es ménos cuando muestra contra ellos su bondad. Porque ¿en qué puede resplandecer más la bondad inmensa y soberana del Señor, que en sacar bienes tan grandes como los que habemos dicho, de un mal tan grande y espantoso como es la herejía? ¿que sea nuestro Dios tan bueno, que los mayores males del mundo le sirvan para tan grandes bienes? ¿y que ni la malicia de los demonios, ni la perversidad de los hombres, ni la potencia y crueldad de los tiranos, ni todo el poder del infierno sea parte para que se pierda uno de sus escogidos, para que no saque Él gloria para sí y provecho para nosotros? Grande argumento es éste de su infinito poder y bondad.

Desta manera, del mayor de los pecados, que fué la muerte cruelísima y afrentosísima de su precioso Hijo, sacó Dios el mayor de los bienes, que es la redencion del linaje humano, la conversion del mundo y la manifestacion de su infinita bondad y misericordia; y de la persecucion de los tiranos ha sacado la fortaleza y constancia y triunfo de los mártires, y nuestro esfuerzo, y la defensa de la Iglesia católica, y la confusion de sus enemigos. Y de los pecados que cada dia permite sacamos más claramente la clemencia y bondad de Dios, que los sufre y los perdona; y por un cabo conocemos la flaqueza y miseria del hombre, que cae en ellos, y por otro, cuando se levanta, su escarmiento, cautela y aviso, humillándose por ellos y haciendo penitencia dellos; y guardándose con más recato de recaer, y compadeciéndose de los que caen, y consolándolos y animándolos y dándoles la mano en sus caidas; que por esto dijo el Apóstol san Pablo [1] que á los que aman á Dios todas las cosas les aprovechan. Sobre el cual lugar dicen los santos doctores que hasta los mismos pecados que cometieron les son de provecho, por las razones que acabo de decir. De suerte que, así como un peritísimo y sapientísimo médico descubre más la excelencia de su arte cuando hay

1 *Rom.*, VIII.

más enfermos y dolencias que parecen incurables, curando él y dando salud á los que están desahuciados y sin esperanza alguna de remedio, así nuestro Médico soberano muestra más su bondad sufriendo nuestros males, y sacando dellos tan grandes y tan inestimables bienes, y dando vida y salud á los que se contaban por muertos.

Tambien se manifiesta en otra cosa no ménos importante esta bondad, que es en comunicarse á los hombres é inflamarlos de tal manera con su amor, que mueran por él y por la defensa de su verdad. Porque, así como en ninguna cosa de cuantas Dios ha hecho por el hombre ha manifestado tanto su bondad, ni dado muestras tan claras y eficaces de lo mucho que le quiere, como en haber dado su vida y muerto en una cruz por él, así en ninguna cosa puede el hombre dar retorno á Dios y mostrar lo que le ama, tanto como en derramar la sangre y morir por Él. Porque, como dice el Apóstol [1], la mayor prueba del amor es dar la vida por el amado. Y como el morir Dios en una cruz por el hombre es la mayor prueba que Dios nos ha dado para que el hombre conozca lo que tiene en Él, así el morir el hombre por la verdad y amor de Dios es la más cierta y eficaz prueba del amor que el

1 *Rom.*, v.

hombre tiene á Dios. Pero en lo uno y en lo otro descubre el Señor maravillosamente su bondad, y lo uno y lo otro es singular gracia y beneficio suyo. Porque, si Dios no previniese al hombre con su dulzura, y le aprisionase con sus cadenas, y le encendiese con vivas llamas, no podria él por sí arder en tal fuego de amor divino, que menospreciase su propia vida y padeciese los tormentos atrocísimos que por Él padece. Así que, aunque todos los mártires antiguos, y los que en nuestros dias han muerto por la fe católica en Francia, Flandes, Inglaterra, (que son innumerables), han dado con su sangre firmísimo testimonio de lo mucho que amaban á Dios y estimaban la fe católica, por la cual murieron; pero esta fortaleza y bondad dellos es prueba y argumento manifiesto de la bondad de Dios, que se la dió. Porque, así como el sol es la fuente y orígen de toda la luz corporal, y sin él no hay luz; y donde hay mayor luz hay mayor participacion del sol; así Dios es sumo é infinito bien, y la fuente y primer principio de toda bondad; de manera que ninguna cosa puede ser buena sino por Él. Y donde hay más esclarecidos y resplandecientes rayos de bondad, ahí hay mayor participacion de la bondad eterna. Y como en la muerte de los mártires hay mayor muestra desta bondad y amor,

como habemos declarado, síguese que hay mayor participacion de la bondad divina, y que con ocasion de las herejías muestra el Señor más su bondad.

Demas destos bienes tan importantes y ciertos, hay otros muchos, que saca su divina Majestad para provecho de sus escogidos; porque con la turbacion de las herejías se prueba más nuestra fe, se aviva más nuestra esperanza, se enciende la caridad y se descubren los verdaderos amadores de Dios. Que por esto, como dice el Apóstol [1], es necesario que haya herejías, para que con ocasion dellas se manifiesten y conozcan los siervos leales y probados que tiene el Señor. Porque, así como las casas que están fundadas sobre la peña viva resisten al ímpetu de las lluvias y torbellinos y avenidas, y se quedan en pié sin detrimento suyo, y las que están sobre arena las trastorna el viento y caen y se las lleva la corriente; así las almas que están fundadas sobre los cimientos fuertes del temor santo y amor del Señor resisten á todas las tentaciones y encuentros impetuosos de los errores y herejías, y las flacas y sin cimientos cualquiera viento las derriba y asuela. É importa mucho que los buenos sean conocidos, y que los soldados vengan á las manos con los enemigos, para

1 I, *Cor.*, x.

que se conozcan los que son animosos y valientes y los que son cobardes y tímidos; los cuales, porque ántes de la batalla andaban mezclados y militaban debajo de la misma bandera, todos parecian unos.





CAPÍTULO VIII.

Lo que habemos de hacer en el tiempo que hay herejías.

AUNQUE Dios nuestro Señor es tan bueno, que saca tan grandes bienes, como habemos dicho en el capítulo pasado, de tan grande mal como es la herejía, no por eso nosotros habemos de dejar de aborrecerla y huir della como de pestilencia; porque ella de sí no produce bien alguno, ni puede con su aire corrupto dejar de inficionar las almas y darles muerte. Mas el Señor es tan bueno y poderoso, que hace triaca de la ponzoña y convierte en vida esa misma muerte. Para enseñarnos este aborrecimiento que habemos de tener á las herejías, y cómo habemos de huir de los herejes y maestros pestilentes que las siembran, tenemos muchos y maravillosos ejemplos de santísimos y gravísimos varones, y lo que es más, la do-

trina de Cristo nuestro Redentor [1], que nos manda que tengamos por étnico y publicano (que es por descomulgado y apartado del comercio y favor de Dios), al que no oyere y obedeciere á su Iglesia. Y san Pablo dice [2] que huyamos del hereje. Y san Juan Evangelista [3], que áun no le saludemos ni le digamos palabra de buena crianza. Y san Ignacio, su discípulo, nos enseña á huir de cualquiera que no siguiere la dotrina de la santa Iglesia católica, y no tratar con él aunque sea amigo, hermano, hijo ó padre [4]; y el mismo Santo lo guardó esto de manera, que áun en sus epístolas no quiso nombrarlos, por no contaminarlas con el nombre dellos.

Conforme á esta saluble dotrina, el Apóstol san Juan salió de un baño adonde se lavaba Cherinto, hereje, y dijo á sus discípulos [5]: «Huyamos de aquí, porque no caigan estos baños sobre nosotros, en los cuales se está bañando Cherinto, enemigo de la verdad», como lo cuenta Eusebio [6]. Y san Ireneo dice que nunca los apóstoles quisieron tratar ni hablar con los herejes. Y san Policarpo, discipulo del mismo san Juan, preguntándole en Roma Marcion, hereje, por qué se apartaba dél, si le co-

1 Math., XVIII. 2 Tit., III. 3 Joann., II. 4 S. Ignat., epist. IX et X. 5 Euseb., *Eccles. Hist.*, lib. IV, cap. XIV. 6 Euseb., lib. III, cap. III, *Contra Valentinum*.

nocia? le respondió [1]: «Conozco al hijo primogénito de Satanas.» Habiendo enterrado á caso á un santo monje en una sepultura en que estaba enterrado un hereje, le oian cada noche decir al católico, como quien hablaba con el hereje: «No me toques, hereje, ni te llegues á mí, enemigo de la santa Iglesia católica.» ¡Qué aborrecimiento debia de tener á los herejes en vida el que así huia de ser tocado de los huesos de uno dellos en la sepultura! [2]. Toda una ciudad entera se despobló, y los moradores della se pasaron de África á España [2], por no tener obispo á un hereje, que Honorico, rey de los vándalos, arriano y cruelísimo perseguidor de los católicos, les habia dado [4]. Estando una vez unos muchachos católicos en la calle jugando á la pelota, pasó un hereje á caballo, y la pelota con que jugaban á caso topó en la cabalgadura en que iba el hereje, y los muchachos no se atrevieron á tocar la pelota ni tomarla más en las manos, teniéndola por cosa maldita y contaminada; de lo cual se ve cuán grande piedad y recato debian tener los padres, pues tan bien enseñados estaban sus hijos, y lo que importa desde la tierna edad criarse los niños con ódio y aborrecimiento de todo lo que es contrario á

1 *Prado espiritual*, cap. XL. 2 *Nancl.*, vol. II. 3 *Gener.*, CLXXI.
4 Teot., lib. IV. *Hist.*, cap. XIV.

nuestra santa religion [1]. Severo Sulpicio cuenta que habiendo el bienaventurado san Martin, por necesidad y por evitar mayores daños, comunicado con ciertos obispos herejes, se le secó el espíritu, y que no hacia despues tantos milagros, y que el mismo Santo lo lloraba y atribuia al haber tratado con ellos. Y así conviene que nosotros los aborrezcamos y huyamos, y que de nuestra parte hagamos lo que somos obligados para aplacar la ira de Dios y detener el azote riguroso de su venganza; el cual en permitir las herejías se manifiesta.

Y lo primero que habemos de hacer es acudir al mismo Dios, y con contínua, humilde y devota oracion suplicarle que no castigue las ánimas que Él remedió con su preciosa sangre, con castigo tan severo y atroz como es permitir las herejías; y que aunque nuestros pecados merezcan cualquier azote, los paguemos con penas y trabajos corporales, y no con las espirituales, que son en tan grande ofensa é injuria de su divina Majestad. Pongámosle delante el tesoro riquísimo de los merecimientos y la preciosísima sangre de su unigénito Hijo, la intercesion de todos los ángeles y espíritus bienaventurados del cielo, y especialmente de aquella soberana Reina y Señora nuestra, que es alabada de la santa Iglesia por

1 *Dialog.*, III.

haber confundido y aniquilado todas las herejías, y de aquellos gloriosos capitanes y divinos labradores que conquistaron el mundo, y derribada la idolatría, plantaron en él nuestra santa fe católica, ó derramaron su purísima sangre por ella, ó con la luz resplandeciente de su dotrina la enseñaron y explicaron, y deshicieron las tinieblas y errores de los herejes.

Lo segundo, debemos hacer gracias al Señor por habernos dado á nosotros verdadero conocimiento de su fe y verdad, y que en nuestros reinos, como en la tierra de Gessen, veamos luz y claridad [1], (estando tantos otros reinos y provincias llenas de tinieblas y escuridad, como lo estuvo Egipto [2]), y que gocemos de la paz, justicia y tranquilidad de que gozamos, que son frutos de la verdadera religion, en el tiempo que otros, por haberla perdido, andan sumidos y anegados en las olas turbulentas de tantas tempestades y alteraciones. Debemos pedir á Dios con mucha instancia que guarde á todos los príncipes y ministros fieles que Él tiene en la tierra, por cuya vigilancia, celo y poder nos viene tanto bien.

Principalmente y ante todas cosas debemos emendar nuestras vivas y despedir de noso-

1 *Exod.*, x. 2 *Sap.*, XVIII.

tros todos los vicios, y más los que nos disponen á abrazar y seguir más fácilmente las herejías. Porque, dado caso que la fe es el principio, raíz y fundamento de todas las virtudes del cristiano, y que no puede haber fe verdadera en él sin caridad y sin las otras virtudes que dependen della, pero tambien es cierto lo que dice el Apóstol san Pablo [1], que muchos dieron al traves con la fe por tener poca cuenta con su conciencia; y lo que dice en otro lugar [2], que la raíz de todos los males es la codicia, y que muchos por dejarse llevar della perdieron la fe. Conforme á esta verdad, que nos enseña el Apóstol, no hay duda sino que es gran disposicion para perder la fe, la mala vida y corrupcion de las costumbres. Y así comunmente vemos que los hombres perdidos y desalmados fácilmente se hacen herejes y buscan errores en la dotrina para autorizar y defender los desconciertos de su mala vida. Y si esto en los tiempos pasados fué verdad, no lo es ménos en los presentes, por ser las herejías de nuestros tiempos más peligrosas, blandas y sensuales, y fundadas en deleites y carnalidades, y enemigas de toda aspereza y penitencia. Por tanto, si queremos que Dios nuestro Señor nos haga merced de conservar en nosotros y en todo el reino el dón inesti-

1 I, *Tim.*, I. 2 *Idem*, VI.

mable de su santa fe católica, debemos, cuanto nos fuere posible, cercenar todas las superfluidades y demasías, y desarraigar las blanduras y deleites de la carne, y refrenar nuestros gustos y apetitos, para que estén enfrenados y no nos despeñen en el abismo de las abominables, desvariadas y sangrientas herejías con que vemos perdidos otros reinos, los cuales en otros tiempos florecian en grande cristiandad y religion.

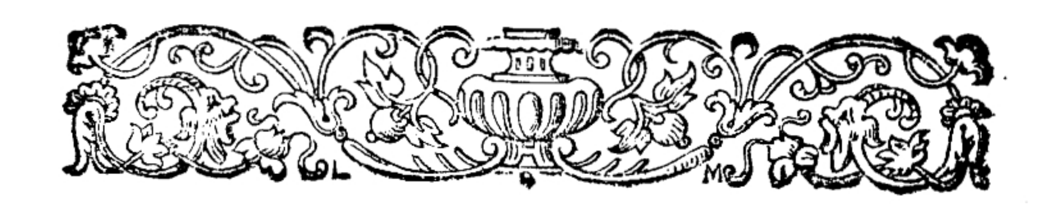
No nos habemos de contentar solamente con esto, sino tambien procurar hacer guerra á los herejes y vencerlos con nuestras obras. Quiero decir, que nos debemos ejercitar en todas las obras de piedad y virtud que ellos aborrecen y persiguen, como son los ayunos, penalidades y obras de penitencia; la invocacion de los santos, el uso y reverencia de sus imágenes, el pío afeto y devocion particularísima á la soberana Reina del cielo, nuestra Señora, á las indulgencias y cuentas de perdones y *agnus Dei;* el confesarse y comulgarse á menudo con la disposicion debida; el respeto y obediencia á la Sede Apostólica, obispos, perlados, sacerdotes y religiosos y superiores espirituales y temporales, que Dios nos ha dado; porque la perversa y falsa dotrina de dos maneras se puede convencer: ó con la verdadera y católica dotrina, ó con la santa vida. La

primera toca á solos los doctores y pastores de la Iglesia; la segunda, á ellos y á los que no lo son, porque todos pueden y deben deshacer y destruir la mala dotrina de los herejes con sus buenas obras, haciendo todo lo contrario, como habemos dicho, de lo que ellos enseñan contra nuestra santa religion, que es una manera muy fuerte y eficaz para desterrar los errores del mundo.

Luis Lipomano, Obispo de Verona en nuestro tiempo, sacó á luz las vidas de muchos santos; y Lorenzo Surio, monje cartujo, publicó muchas otras y perficionó lo que Lipomano habia comenzado; en las cuales vidas van notando en la márgen los hechos y ejemplos notables de los santos que son contrarios á las herejías destos tiempos; pareciendo á estos dos prudentes, piadosos y celosos varones que la mejor manera para deshacer las tinieblas de los herejes es ponernos delante, como una hacha encendida, la vida de los santos que Dios nos dió por guía y maestros. Y cierto que acertaron mucho; porque, demas que con los ejemplos de los santos convencen á los herejes, y prueban que todo lo que ahora enseña y usa la Iglesia católica, en todos tiempos y en todas las provincias se usó, mueven mucho más las obras que las palabras, y no hay más firme testimonio para confirmar la verdad que

del que nos las enseña con su ejemplo, y de tal suerte se abrazó con ella, que muchas veces por no perderla perdió la vida; lo cual se ha dicho para avisar al verdadero católico que muestre con su vida su fe, y el aborrecimiento que tiene á los herejes con hacer obras contrarias á su pestilente dotrina.





CAPÍTULO IX.

Por qué permite nuestro Señor alguna vez que los infieles y herejes florezcan, y los fieles y católicos padezcan.

Visto hemos por qué permite Dios las herejías, y algunos de los grandes provechos que se sacan dellas y lo que debemos hacer nosotros contra ellas. Pasemos adelante, é inquiramos por qué á los herejes é infieles, que sabemos cierto que son sus enemigos, algunas veces los prospera Dios y les da dichosos sucesos, y á los católicos y fieles y verdaderos siervos suyos los atribula y aflige; como se ve en los sucesos que tuvieron los Príncipes cristianos en las jornadas que hicieron para la conquista de Jerusalen, y en el santo y poderoso Luis, Rey de Francia, el cual peleando las batallas del Señor, una vez fué preso de los infieles y otra murió de pestilencia, como dijimos, y en los

herejes husitas, que tantas veces alcanzaron vitoria de los católicos, que con mayor número de soldados y poder les iban á hacer guerra en tiempo de Segismundo Emperador. Y para no repetir historias antiguas, esto mismo nos enseñan algunos sucesos que habemos visto en nuestros tiempos, los cuales han sido causa de engreimiento vano y triunfo á los herejes, y descaimiento y desconsuelo á los católicos, y de admiracion y espanto á toda la cristiandad. Pues si es cierto que estos sucesos no son á caso, sino que Dios nuestro Señor los hace, ¿porqué los hace? ¿Porqué desampara su causa? ¿Porqué no oye las voces y gemidos de tantos siervos suyos? ¿Porqué desfavorece á los buenos y favorece á los malos, aflige á sus amigos y da contento y alegría á sus enemigos? Y hablando de lo que nos toca y habemos visto, tanto es cosa de más maravilla, cuanto es más nueva y ménos usada en nuestros tiempos. Porque en estos setenta años, ó poco más, que há que la perversa y diabólica secta de Martin Lutero comenzó á perturbar la paz de la Iglesia católica en todas las guerras que por causa de la religion se han hecho en Alemania la alta y la baja, en Francia y en otras partes (que han sido muchas), siempre los católicos han vencido y triunfado de los herejes. Y pues es verdad lo que dijimos arriba,

que Dios no permite males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes, ¿qué bienes puede haber con que se recompensen los daños inestimables que de pérdidas tan lastimosas comunmente se sienten y en todos tiempos se pueden temer? A esta pregunta, que es comun de todos los hombres cuerdos y celosos, cierta y cumplidamente solo Dios puede responder, porque Él solo, como hemos dicho, sabe sus secretos juicios, y los fines é intentos que tiene, y los medios suaves y eficaces que para alcanzarlos ha de tomar, y á nosotros no nos toca sino reverenciarlos con humildad, y ponernos en todo debajo de las alas de su misericordia y proteccion; pero rastreando algo de sus juicios, y buscando por los efetos que vemos las causas que no sabemos, diré lo que se me ofrece en esto.

Ante todas cosas, se ha de presuponer aquella verdad que en la primera parte de este tratado dejamos declarada: que Dios nuestro Señor es el autor y la primera causa de todos los males de pena que padecemos, y que sin su voluntad ni un pajarito cae en la red. Tambien se ha de presuponer que los sucesos que habemos visto en nuestros dias no son contrarios á los que ha tenido estos setenta años la santa Iglesia católica contra los herejes, ni ellos tienen porqué engreirse y desvanecerse

por ellos, pues hasta ahora siempre que los católicos pelearon los vencieron, y ahora, porque no se peleó no se venció, y no se peleó porque el Señor quiso castigarnos, no por mano dellos, sino por la suya, para que nosotros nos humillásemos, y ellos no se pudiesen ensoberbecer con nuestro castigo.

Los filósofos más groseros atribuyen los acaecimientos y varios sucesos que ven á las causas naturales; los historiadores á las morales; los astrólogos á las estrellas. Los teólogos y sabios cristianos los refieren á la divina Providencia, como á fuente y primer principio de todas las cosas; la cual algunas veces las dispone de manera, y con tal suavidad ordena los consejos y circunstancias que entrevienen en ellas, que parece que fué acaso lo que se hizo, y que si se perdió la jornada, fué, ó por la culpa del capitan, ó por la poca obediencia de los soldados, ó por la falta de municiones y de bastimentos, ó porque el enemigo tuvo en la batalla en su favor el sol ó el viento, ó por otras causas semejantes, siendo verdad que la causa principal fué la voluntad del Señor, aunque se sirvió de las otras causas particulares para obrar con más suavidad. Y los que solamente miran á lo de fuera echan la culpa á lo que por defuera se ve; mas los que tienen la vista más aguda y limpia ven la disposicion

soberana del Señor, que resplandece en semejantes sucesos.

Declaremos esto con dos ejemplos de las divinas letras, uno de paz y otro de guerra. Pecó el Rey Salomon, y edificó templos, y adoró á los dioses de las mujeres idólatras que habia tomado [1]. Enojóse el Señor y díjole que quitaria el reino á su hijo Roboan en castigo de aquella maldad, aunque por la memoria de David, su padre, no todo, sino solamente las diez tribus. Y viviendo aún el mismo Salomon, Achías, Profeta, estando solo en el campo con Jeroboan, criado de Salomon, le dijo de parte de Dios que él sería rey de las diez tribus de Israel, y en prueba desto, le dió de doce partes de su ropa las diez. Pero aunque esto habia determinado el Señor, quiso hacerlo con suavidad, y ordenó que Roboan no creyese á los viejos, que le aconsejaban que diese gusto al pueblo y condescendiese con él, sino á los mozos, que le dijeron que le apretase y cargase más. Y con esto todo el pueblo de Israel se exasperó y se rebeló y apartó de la obediencia de Roboan, y tomó por rey á Jeroboan, el cual reinó sobre las diez tribus, como Dios se lo habia prometido. Y así, queriendo Roboan hacer guerra á Jeroboan para cobrar su reino, le mandó Dios decir por el

1 III. *Reg.*, cap. XI et XII.

Profeta Semeya que no la hiciese, porque su voluntad habia sido que el reino se dividiese, y que no habia más que tratar. Pero puesto caso que ésta habia sido su voluntad, y que la tenía declarada á Salomon y á Jeroboan, como habemos dicho, para ejecutarla ordenó las cosas de suerte, que á los que no sabian lo que Dios tenia determinado pareciese que el mal consejo de los mozos sin experiencia que habia seguido Roboan, no haciendo caso de los viejos, habia sido causa de aquel daño y de la desobediencia y apartamiento del pueblo, aunque no habia sido sino medio con que se ejecutó más suavemente la divina voluntad. Y así dice la misma Escritura Sagrada que la causa principal porque Roboan no dió contento al pueblo habia sido porque Dios estaba enojado con él, y queria cumplir su palabra y dividir el reino de Salomon.

Este ejemplo es de paz; pongamos otro de guerra. Fué Acab [1], Rey de Israel, á la guerra, y dice la Sagrada Escritura que uno de los enemigos flechó el arco y tiró una saeta, la cual, volando por el aire, acaso hirió al Rey y le traspasó, y murió. Pero esta muerte, que parecia haber sucedido acaso, el Profeta Miqueas por parte de Dios se la habia profetizado, y díchole que moriria en aquella guerra.

1 III. *Reg.*, XXII.

Y como éstos, tenemos otros ejemplos en las divinas letras, que nos enseñan que no es acaso ni sólo mal gobierno lo que parece que lo es, sino la voluntad del Señor; aunque Él ordena las cosas de suerte que parezca que ellas mismas se hacen, y nosotros, que no sabemos su voluntad y lo que conforme á ella ha de suceder, estamos obligados á trazar y ordenar lo que nos toca, de manera que por nuestra imprudencia y poco aviso no se pierdan las cosas.

Esto presupuesto, digo que muchas causas puede haber porque Dios nuestro Señor castiga á los suyos con tristes sucesos; mas la primera y más cierta y principal es la de los pecados que de tal manera merecen ser castigados.

En el libro de los *Jueces* se lee [1] que habiendo cometido una gravísima maldad unos vecinos de la ciudad de Gabaa (que era en la tribu de Benjamin), y queriendo los de las otras tribus castigarlos, se armaron dellos cuatrocientos mil hombres y consultaron con Dios lo que debian hacer. Él les respondió que fuesen á la guerra y castigasen aquel delito y á los de la tribu de Benjamin, que no le habian querido castigar, ántes estaban armados veinte y cinco mil dellos, con otros setecientos valentísimos soldados de la ciudad de Gabaa, para resistir y pelear con los cuatrocientos mil. Y

1 *Jud.*, xx.

para que no se engañasen en elegir capitan general, el mismo Dios se le señaló. Fueron á la guerra, pelearon con los de Benjamin, fueron vencidos y murieron dellos veinte y dos mil. Acudieron á Dios, postráronse, lloraron, y estuvieron todo el dia hasta la noche en oracion, encomendando muy de véras á Dios su negocio, y consultando con Él si habian de tornar á pelear y pasar adelante en su empresa. Mandóles Dios que peleasen; pelearon, fueron vencidos la segunda vez, y murieron diez y ocho mil dellos. Visto este mal suceso, ayunaron, ofrecieron sacrificios y aplacaron la faz del Señor, y suplicáronle que les mandase lo que habian de hacer. Mandóles que volviesen á la batalla, porque él les daria el dia siguiente la vitoria y la ciudad de Gabaa, y así se la dió y mataron veinte y cinco mil y ciento infantes valentísimos, y tomaron y quemaron y asolaron la ciudad. Ésta es la historia.

Cosa es que pone admiracion ver que siendo la causa tan justa y consultada y encomendada á Dios, y habiendo recebido el capitan general de su mano, hayan sido castigados dos veces de los delincuentes los que por órden del mismo Dios los iban á castigar. Algunos doctores dicen que la causa desto fué porque habiendo algunos de la tribu de Dan hurtado un ídolo á Michas, le pusieron en su pueblo y

le adoraban públicamente, y esto era notorio en Israel, y no lo habian castigado, ni quitado el ídolo, como estaban obligados [1]. Y por otra parte, iban á castigar el delito y escándalo de sus hermanos, que aunque era grave, era menor que el que ellos consentian y disimulaban entre sí. Y así dice san Gregorio, Papa [2]: «¿Qué quiere decir que el pueblo de Dios, que iba con celo de hacer venganza, fué, ántes que la hiciese, vencido de aquellos cuyos pecados queria castigar, sino enseñarnos que los que quieren castigar las culpas ajenas, primero han de ser purgados de las suyas, para que, siendo ellos limpios, puedan alimpiar á los otros, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Redentor, hablando de la adúltera [3]: «El que de vosotros está sin pecado sea el primero que le tire la piedra»? Venian á castigar los pecados ajenos, y dejaban los suyos. Por tanto, examinen primero su conciencia, emienden y lloren ántes sus pecados, y despues reprendan y corrijan los ajenos.» Todo esto dice san Gregorio y lo trae la glosa ordinaria en aquel lugar [4]. Y añade: «Con este ejemplo se enseña á los que van á la guerra justa que miren bien, ántes de ir á ella, si tienen algun pecado que me-

1 *Jud.*, XVIII. 2 Greg., *Moral.*, lib. XIV, cap. XIII. 3 Joan., VIII. 4 Glosa ordinaria, in cap. XX *Judic.*, et Abulens. et Chartusien, en aquel lugar.

rezca ser castigado con la espada del enemigo.»

De manera que quiso Dios castigar á las once tribus primero, para que, siendo purgados de su delito, pudiesen mejor castigar á los otros sus hermanos. Los unos y los otros habian ofendido á Dios y merecian castigo; y queriendo el Señor dársele, ordenó las cosas de manera, que los unos y los otros fuesen castigados, y los unos fuesen ejecutores de la divina justicia contra los otros. Y desto se saca que en la guerra no basta que la causa sea justa y que se consulte á Dios, y que se tome con buena intencion, para que tengamos por cierta la vitoria, si por otra parte hay pecados y tenemos enojado á Dios. Porque algunas veces permite Él que el que tiene injusta causa, á los principios venza y castigue, como ministro suyo, los pecados de los otros que la tienen justa, para que ellos, despues de purificados con la pena, puedan con más razon y con más justa causa castigar y destruir á sus enemigos, por cuya mano fueron castigados. Esto mismo podemos entender en los desastrados y calamitosos sucesos que nuestro Señor envia á su Iglesia, con los cuales quiere Él castigar primero los pecados de los fieles, para que estando ellos purgados, puedan despues con más razon ser ministros de su divina justicia y castigadores de las abominaciones ajenas.



CAPÍTULO X.

Qué pecados son los que Dios castiga con los malos sucesos, y porqué los castiga por mano de otros mayores pecadores.

Si alguno me preguntáre qué pecados son éstos que Dios nuestro Señor suele castigar con adversos sucesos, porque, tocando el castigo á todos, parece que los pecados han de ser públicos y de todos, respondo que en varios tiempos y en varias naciones suelen reinar pecados diferentes, con los cuales se estragan y corrompen las repúblicas, aunque comunmente todos ellos se reducen á deshonestidad, á codicia y soberbia, que son las tres fuentes de todos nuestros males. Pero, para satisfacer más á esta pregunta, referiré aquí lo que dice Salviano á otro propósito bien semejante á éste, y es desta manera.

Cuando los godos, vándalos, hunos, cua-

dos, alanos y otras bárbaras naciones inundaron sobre la tierra y destruyeron á Italia, Francia, España, África y otras provincias del imperio romano, hubo grande admiracion y espanto en el mundo, deste azote tan riguroso que el Señor le habia enviado, y Salviano, Obispo de Marsella, que en aquel tiempo florecia con grande opinion de santidad y letras, escribió ocho libros, que intituló: *Del verdadero juicio* ó *De la providencia de Dios*. En ellos da razon de aquel justo castigo del Señor, y para justificarle cuenta los pecados que en aquel tiempo habia en el mundo, por los cuales el Señor de aquella manera le habia castigado [1]. Y despues de haber contado en general el olvido y menosprecio de Dios con que la mayor parte de la gente vivia en aquel tiempo, y el descuido y tibieza de los eclesiásticos, los robos y tiranías de los señores, la insolencia de los caballeros, el engaño y mentira de los negociantes, la disolucion y profanidad de los cortesanos, la escaseza y codicia insaciable de los ricos, las calumnias de los pleiteantes, las extorsiones de los ministros de justicia, la crueldad y desalmamiento de los soldados, y finalmente, la vida de los cristianos, tan estragada y perdida, que más parecia vida de unos puros gentiles que de cristianos, vie-

1 Lib. III.

ne á decir Salviano [1] que las causas particulares de aquel azote habian sido la lujuria y deshonestidad de las personas nobles y principales; el repartimiento injusto de las cargas y gravezas de la república, que se echaban sobre los pobres y miserables, eximiendo y descargando á los ricos y poderosos, de suerte que la carga de los fuertes llevaban los flacos, y los que eran los primeros en decretar que se pagase, eran exentos en el pagar, siendo liberales de la hacienda ajena y escasos de la suya; el poco respeto que se tenia á la virtud y religion; los desacatos contínuos que se hacian á Dios en el jurar y perjurar, sirviéndose del santo nombre de Cristo, no para afirmar y establecer la verdad, sino para colorear y esforzar la mentira y para asegurar falsamente al prójimo, y teniéndole ya seguro, destruirle [2]; la envidia y pesar del bien ajeno, teniendo por infelicidad propia la felicidad de su prójimo, creyendo que no puede tener nadie honra si es honrado su vecino; la muchedumbre y maldad de los cobradores y recetores, que desollaban y empobrecian los pueblos, y so color de cobrar los derechos imperiales, chupaban la sangre de los pupilos y de las viudas, y dejaban asoladas las ciudades, sin haber quien les fuese á la mano y les hiciese resistencia, porque

1 Lib. IV. 2 Lib. V.

hasta los sacerdotes y predicadores dice que callaban y no se atrevian á decir la verdad, porque no era recebida, sino desechada y perseguida [1]; la disolucion de las comedias y representaciones que se usaban en aquel tiempo, con manifiesto estrago de las costumbres y perdicion de la república. Y en lamentar sola esta plaga gasta un libro, que es el sexto de los ocho que escribió.

Éstas son las causas más principales que da este santo y elocuentísimo varon, por las cuales dice que Dios destruyó el imperio romano, y envió enjambres y ejércitos de gentes feroces y bárbaras para ruina y asolamiento de los moradores de la tierra, las cuales he querido referir aquí para que, si algunas dellas nos tocan á nosotros, las quitemos y emendemos.

Y si más adelante algun curioso me preguntáre qué es la causa por que, siendo los pecados de los herejes tantos y tan atroces y abominables, y sin duda mucho mayores y más aborrecibles que los de los católicos y fieles, en número, impiedad y crueldad, Dios los sufre á ellos, y castiga á los fieles y católicos, respondo que esta misma pregunta hace al Señor el Profeta Abacuc, maravillado que diese á su pueblo fiel en manos de sus enemigos, que eran infieles é idólatras, y abominables en

1 Lib. VI.

los ojos del mismo Dios, y dice [1]: «¿Porqué, Señor, disimulais y callais, y permitis que el malvado y pecador se coma y trague al que es más justo que no él?» Y Salviano hace la misma pregunta: «¿Porqué Dios quiso que los godos y vándalos y otras naciones bárbaras, que eran herejes ó infieles, se apoderasen de los católicos y cristianos, y los cautivasen y tratasen como esclavos, pues aunque pecadores, eran mejores que los bárbaros que los afligian y maltrataban?» Y responde que lo bueno que tenia el cristiano, que era luz de la fe, no era suya, sino de Dios, y que esta misma fe le obligaba á esmerarse en la virtud y á conformar la vida con su creencia, y á diferenciarse en las obras de los paganos, y que no lo haciendo así, merecia mayor castigo; porque no es maravilla que el ganapan viva como ganapan; mas eslo que el caballero y el señor y el hijo del Rey vivan como ganapan.

Demas desto, digo que el Señor nos trata á nosotros como á hijos, y á los herejes como á esclavos; porque muchas cosas permite y disimula el amo á su esclavo, que no las consiente ni disimula á su hijo, no por otra razon, sino porque el uno es hijo y el otro es esclavo. Y así dice Séneca [2]: «Cuando vieres que los buenos y amigos de Dios trabajan y sudan y

1 Abac., II. 2 Lib. *De provid.*, cap. I.

suben por caminos ásperos, y que los malos se huelgan y dan á deleites y regocijos, acuérdate que nosotros nos solemos holgar de la modestia de nuestros hijos y que damos más licencia á los hijos de nuestros esclavos; y piensa que esto mismo hace Dios.» Cuando el buen padre de familias ve á una ramera tratar liviana y deshonestamente, no se maravilla, porque es ramera; mas si ve á su mujer ó á su hija hacer cosa que no deba, por muy ligera que sea, la reprende y castiga; porque el amor y cuidado que dellas tiene le hace mirar y castigar las faltas muy pequeñas, disimulando las graves en la otra, que trae escrito en la frente lo que es. Desta manera pues hace nuestro Señor con nosotros, porque nos tiene por hijos, castigándonos, y disimulando por algun tiempo las culpas de los herejes como de esclavos y enemigos suyos, hasta que llegue el tiempo de su asolamiento y destruicion.

En el libro de los *Macabeos* se cuenta la horrible y cruelísima persecucion que el rey Antioco, sobre todos los hombres de su tiempo impiísimo, hizo á los judíos y á la ciudad y templo de Jerusalen, en el cual sólo en aquel tiempo era Dios conocido y adorado en el mundo; y despues de haberse referido la sangre que derramó, sin perdonar á hombre ni á mujer, á niño ni á viejo, á casada ni á donce-

lla, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado, y otras cosas tan feas y abominables como éstas; temiendo el sagrado escritor de aquella historia que podia ser ocasion á los flacos de algun escándalo ver que el pueblo escogido del Señor fuese así tratado del mayor tirano y más cruel y fiera bestia que habia en la tierra, para consuelo y esfuerzo de los que así estaban afligidos, añadió estas notables y divinas palabras [1]: «Yo ruego á todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios los ha hecho, no para destruicion, sino para emienda y correcion de nuestra gente; porque no dejar largo tiempo sin castigo al pecador es señal de gran beneficio del Señor, el cual no nos espera con paciencia á nosotros, como aguarda á las otras naciones, para castigarlas más rigurosamente el dia que Él tiene determinado, colmada ya su maldad; ni quiere que sea así con nosotros, ni acabarnos de una vez y hacernos pagar por junto nuestras culpas. Y ésta es la causa porque no aparta su misericordia de nosotros, ni desampara su pueblo cuando le aflige y castiga.» Todas estas son palabras del Espíritu Santo, escritas en el libro de los *Macabeos;* las cuales nos dan

1 I *Mac.*, VI.

claramente á entender que el azote en la casa del justo es misericordia de Dios, no conocida, y la prosperidad en la casa del malo es disimulada y encubierta ira de Dios. Y así dice el glorioso Papa san Gregorio [1]: «Porque es verdad lo que está escrito que Dios castiga al que ama y azota al que tiene por hijo [2], muchas veces la santa Iglesia es afligida en esta vida con várias adversidades, y la vida de los malos goza de prosperidad, porque en la otra no aguarda premio, sino castigo. Mas los herejes, viendo las afliciones de la santa Iglesia, la menosprecian, y piensan que es afligida porque es falsa su creencia y religion.» Esto es de san Gregorio.

Y en el mismo libro de los *Macabeos* se cuenta otro ejemplo, que confirma admirablemente esta misma verdad; porque habiendo, de los siete hermanos Macabeos, los seis acabado gloriosamente su batalla, y muerto despedazados por la defensa de la ley de Dios, el séptimo y postrero hermano con grande ánimo y valor se volvió al Rey Antioco y le dijo estas maravillosas palabras [3]: «Nosotros por nuestros pecados padecemos, y aunque el Señor para nuestro castigo y emienda está algo enojado con nosotros, pero pasará presto el enojo, y volverá su rostro sereno á sus siervos. Mas

1 Lib. II, *Moral.*, cap. XV. 2 *Heb.*, XII. 3 III, *Mac.*, VII.

tú, malvado y sobre todos los hombres detestable, no te ensoberbezcas vanamente, ni con falsas esperanzas te enciendas contra los siervos de Dios, porque áun no has escapado del juicio de aquel Señor que es todopoderoso y ve y provee todas las cosas. Mis hermanos por un breve dolor que han padecido gozan ahora de la posesion de la vida perdurable; y tú por justo juicio de Dios serás castigado conforme á tu soberbia y maldad. Yo, como tambien lo han hecho mis hermanos, ofrezco mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, suplicando á nuestro Señor que aplaque su ira y perdone á todo su pueblo, y con tormentos y azotes te haga confesar que Él solo es Dios y Señor.»





CAPÍTULO XI.

Otras causas por que Dios suele castigar á los católicos y fieles.

OTRA causa, y no pequeña, se me ofrece destos castigos, fundada tambien en la misma historia que hemos contado de las once tribus que hicieron guerra á la de Benjamin y la asolaron. Porque en ella se dice [1] que los del pueblo de Israel confiaban mucho del mucho número y valor de su ejército, y hacian tan poco caso de los de la tribu de Benjamin, que los acometieron por un cabo peligroso y dañoso para ellos mismos; porque les parecia que los habian de tragar y consumir en cualquier lugar y de cualquiera manera que peleasen. Y como Dios nuestro Señor es tan celoso de su honra, y es y quiere ser conocido por triunfador de Israel, (como le llamó Samuel), no da algunas veces

1 *Jud.*, xx.

la vitoria á algunos ejércitos poderosos, para que ninguno se pueda ensoberbecer y decir que por su mano la alcanzó, y no se la dió el Señor [1].

Desto tenemos buen ejemplo entre otros, en Gedeon [2]; al cual enviándole Dios contra Madian, y habiéndole prometido la vitoria, y siendo los enemigos innumerables, y como dice la Sagrada Escritura, como una infinidad de langostas, y teniendo Gedeon treinta y dos mil soldados, le mandó Dios que los despidiese y que se quedase con sólos trescientos. Y da la causa por estas palabras: «Mucha gente tienes; no daré á Madian en tus manos, porque Israel no se glorie contra mí y diga: Con mis fuerzas y con mi brazo me he librado.» Por esto David dijo al gigante Golías, cuando salió á pelear con él [3]: «Tú vienes á mí cargado de hierro y con espada, lanza y escudo, y yo vengo á tí en el nombre del Señor de los ejércitos, el cual te dará en mis manos, y yo te mataré y cortaré la cabeza.» Y añade la causa [4] «para que todo este pueblo sepa que el Señor no nos ha salvado con espada y lanza, sino que es suya la guerra, y da la vitoria á quien es servido.» Y el Rey Assa, habiendo de pelear contra un ejército innumerable de enemigos, hizo oracion á Dios ántes de la batalla y dijo: «Se-

1 I, *Reg.*, XV. 2 *Jud.*, VII. 3 I, *Reg.*, XVII. 4 II, *Paral.* XIV.

ñor, para Vos lo mismo es dar la vitoria con pocos ó con muchos; ayudadnos, Señor Dios nuestro, porque, confiados en vuestro nombre y poder, venimos á pelear contra esta muchedumbre infinita»; y así los desbarató Dios. El santo Rey Ecequías, estando cercada Jerusalen del Rey Senaquerib, se volvió á Dios y le dijo [1]: «Libradnos, Señor, deste tirano, para que todos los reinos de la tierra sepan que Vos sólo sois Dios y Señor»; el cual envió un ángel que en una noche mató ciento y ochenta y cinco mil de los asirios. El fortísimo capitan Júdas Macabeo, viendo á sus soldados desmayados, por ser ellos pocos y los enemigos muchos, les dijo [2]: «Fácil cosa es que los muchos de los pocos sean vencidos, y para el Señor lo mismo es librar con pocos ó con muchos porque la vitoria no se alcanza con numerosas huestes y ejércitos poderosos, mas del cielo la da Dios.» La santa Judit [3], para cortar la cabeza á Holoférnes, primero se armó con oracion, y suplicó á nuestro Señor que le diese constancia y fortaleza para ello, y añade: «Para que quede la memoria de vuestro nombre, y sepa todo el mundo que Vos derribastes á este tirano por mano de una mujer, y todas las gentes conozcan que Vos sois Dios y no hay otro señor sino Vos.» Y otros muchos lu-

1 IV, *Reg.*, XIX. 2 II, *Mach.*, III. 3 Judith., IX.

gares hallamos en las sagradas letras, que nos enseñan que Dios es señor de los ejércitos y da la vitoria á quien es servido, y que quiere que la reconozcamos de su mano, y qué la manera para alcanzarla es confiar en Él, y no en nuestras fuerzas.

Para que esto se entienda mejor, muchas veces desbarata el Señor los consejos de los hombres y aniquila su poder, y hace que muchos sean vencidos de pocos, y que Abrahan [1] con sólos los criados de su casa desbarate el campo vitorioso de cuatro reyes; y que Jonatas [2] con sólo un paje de lanza ponga terror en el ejército de los filisteos; y que solos los pajes de lanza de los príncipes y señores venzan las huestes innumerables de Benadab y de los treinta y dos reyes que le acompañaban [3]; y que con la quijada de un jumento [4] mueran mil de los enemigos, y con la honda de David [5] el soberbio y armado gigante; y el poderoso Sissara, con sus novecientos carros armados y ejército, sea vencido de una y muerto de otra mujer [6], y que Holoférnes, y todo su poder sea destruido por mano de la santa Judit [7]. Y así, cuando un ejército es muy poderoso, orgulloso y bravo, y despreciador del enemigo y muy confiado de sí, muchas veces le deshace Dios, porque

1 *Gen.*, XIV. 2 I, *Reg.*, XIV. 3 III, *Reg.*, XX. 4 *Jud.*, XV. 5 I, *Reg.*, XVII. 6 *Judith.*, IV. 7 *Ibidem*, IX.

quiere la gloria para sí, y que los hombres conozcamos nuestra flaqueza y que sepamos que es suya, y no nuestra, la vitoria.

Otras vèces no está la culpa tanto en la presuncion y orgullo, cuanto en la intencion con que se emprenden las guerras. No solamente cuando se emprenden con vanos fines y en ofensa de Dios, sino tambien cuando se tiene más cuenta con la propia injuria que con la del Señor de todo lo criado; porque muchas veces en las guerras concurren dos causas justas, la de Dios, cuando la guerra se hace contra los infieles ó herejes, que son sus enemigos, y la nuestra, cuando habemos sido provocados dellos y nos queremos satisfacer de los agravios que nos han hecho, y volvemos justamente por nuestra seguridad y reputacion. Pero cuando concurren estas dos causas, siempre se han de poner los ojos primeramente en la que es más principal, que es la gloria del Señor y el ensalzamiento de su santa fe, y despues en lo que nos toca, para que el Señor vuelva por los que vuelven por su honor. Y cuando esto no se hace, sino que tenemos por principal lo accesorio, y lo accesorio por principal, como algunas veces acontece, no es maravilla que permita el Señor que se pierdan las jornadas, no porque tuvieron malos fines, sino porque en ellas se tuvo más cuenta con lo

que es ménos, y ménos con lo que es más, y hizo la criatura más caso de sus particulares intereses que de la honra y gloria de su Criador.

En el libro de los *Macabeos* se dice [1] que al tiempo que Nicanor, capitan del Rey Demetrio, vino con poderoso ejército contra los judíos, ellos, animados de las palabras y esfuerzo de Júdas Macabeo, su capitan, determinaron de resistirle y pelear, poniendo toda su confianza en Dios; y da la razon desta resolucion que tomaron el Espíritu Santo por estas palabras: «*Eo quod civitas sancta, et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoribus et filiis, itemque pro fratribus et cognatis minor solicitudo; maximus vero, et primus pro sanctitate timor erat templi*. La causa por que se determinaron de pelear valerosamente era por el peligro en que estaba la santa ciudad y el templo, porque tenian ménos cuidado de sus mujeres, hijos, hermanos y deudos, y el mayor y más principal temor de todos era que no se arruinase aquel santo templo.» Y así como el celo de Dios fué el principal estímulo y motivo que tuvieron para la guerra, y acometieron á los enemigos invocando con el corazon al Señor y meneando las manos valientemente, así el mismo Señor acudió á sus ruegos y les dió gloriosa vitoria, matando treinta y cinco mil

1 II, *Mac.*, cap. últ.

de sus enemigos. Filon, judío, autor gravísimo y elocuentísimo, en un libro que escribió de la embajada que él mismo hizo, por parte de los judíos, á Calígula, Emperador, dice que habiendo mandado este tirano á Petronio, su presidente de Siria, que pusiese en el templo de Jerusalen su estatua con este título *Novi Iovis illustres Cai;* todo el pueblo, dejando sus casas y haciendas, y partido en seis escuadrones, tres de hombres viejos, mozos y niños, y tres de mujeres viejas, casadas y doncellas, vino á Petronio y se echó á sus piés, y derramando rios de lágrimas le dijeron: «Nosotros os dejamos nuestras ciudades, y os concedemos nuestras heredades y casas y todo el aderezo y riquezas dellas, y pensarémos que no os lo damos, sino que lo recebimos de vuestra mano, y no pedimos ni os suplicamos, en recompensa de todo ello, sino que no hagais novedad en nuestro templo, y que nos le conserveis como le habemos recebido de nuestros antepasados. Si esto no podemos alcanzar de vos, veisnos aquí, todos nos ofrecemos al cuchillo y á la muerte, por no ver vivos una cosa tan lastimosa y más grave que la misma muerte.» Y con este sentimiento que tuvieron, y celo de conservar su templo y religion, Dios los favoreció, y mató y quitó el sér de hombre al que se tenía y queria ser adorado como Dios.



CAPÍTULO XII.

La misericordia que Dios usa con los que mueren en semejantes jornadas, ó despues, por ocasion dellas.

Puede tambien ser causa destos sucesos el querer Dios nuestro Señor usar de misericordia, y llevar por este camino al cielo á muchos que perecen en semejantes jornadas, los cuales si volvieran con prosperidad á sus casas, por ventura se condenarian. Porque cuando así van á algunas empresas santas, y con deseo de defender la fé católica y derramar por ella su sangre, es de creer que en el tiempo de su mayor trabajo y aflicion se vuelven de todo corazon á Dios y le piden perdon de sus pecados, y le ofrecen la muerte que tienen presente; y que el Señor, que es piadosísimo, la acepta y les perdona las culpas de la vida pasada, y las que como hombres habrán cometido en aquella jornada, y que desta manera se salvan muchos que en sus casas se perdieran. Y siendo

esto así, para ellos es misericordia lo que á nosotros nos parece castigo, y beneficio inestimable lo que tenemos por azote.

Para confirmar esto diré un ejemplo muy notable y de grande admiracion, que sucedió en una jornada, en tiempo de san Bernardo. Habiendo los cristianos ganado la santa ciudad de Jerusalen, y cobrádola de mano de los infieles, en tiempo de Godifredo de Buillon, y alcanzado gloriosas vitorias, despues fueron muy apretados de los enemigos. Y queriendo el Papa, como padre comun de todos los cristianos, mover á los Príncipes y Reyes poderosos y á todos los fieles á tomar las armas, é ir á la Tierra Santa para defender ó morir por sus hermanos, mandó á san Bernardo, cuya santidad en aquel tiempo era muy celebrada y reverenciada en el mundo, que predicase la cruzada, y animase con sus sermones á toda la gente para empresa tan gloriosa. Predicó el Santo, movió y animó á las provincias y reinos á tomar las armas, confirmó su predicacion, con innumerables y grandísimos milagros [1]. Hízose la jornada, fueron á ella en persona el Emperador Conrado y el Rey Luis de Francia. Sucedió mal el negocio, perdiéronse los ejércitos, hubo gran llanto y tristeza en

1 En la *Vida de San Bernardo*, lib. III, cap. IV. Gulielmo Tiro, *De la guerra de Jerusalem*, lib. XVII.

toda la cristiandad, levantáronse contra el glorioso san Bernardo muchas murmuraciones y quejas, llamáronle falso profeta y engañador, y causa de una ruina y calamidad tan lastimosa y miserable como habia venido á la cristiandad. Vióse muy afligido el bienaventurado y fiel siervo del Señor, y conoció que ésta era tentacion y probacion suya. Escribió al Papa Eugenio III sobre ello [1], trayendo muchos lugares de la Sagrada Escritura á este propósito, y diciendo que él se holgaba que las quejas fuesen contra él y no contra Dios, y de recebir en sí, como escudo, los golpes y las saetas que se tiraban, para que no llegasen al Señor. Y para que se viese que Dios le habia mandado predicar lo que predicó, y que su voluntad habia sido que se hiciese aquella jornada, demas de los milagros que habia obrado ántes el Santo para animar á la gente, despues della alumbró un ciego, en testimonio desta verdad. Pero, volviendo á nuestro propósito, una de las razones que dió san Bernardo para consolar á la gente de aquel triste suceso, fué decir que si la Iglesia oriental no habia sido librada con aquella jornada de sus enemigos, la Iglesia celestial habia sido con ella enriquecida; y que si habia sido Dios servido de librar con esta ocasion, no los cuer-

1 En el principio del II lib. *De consideratione.*

pos de muchos fieles, que estaban oprimidos de los paganos en Oriente, sino las ánimas de los que en Occidente estaban cautivos de Satanas, ¿quién se podia quejar ó decir al Señor: «Porqué habeis hecho esto?» Y que cualquier hombre cuerdo debia tener por peor la suerte de los que volvieron de la jornada y tornaron á sus antiguos pecados, y por ventura á otros mayores, que no la de los que murieron en ella, y habiendo purgado con várias tribulaciones sus ánimas, las dieron al Señor, el cual por ventura, como dice Salviano á otro propósito [1], no quiere en estos castigos que todos perezcan, sino herir á una parte con la espada de su sentencia y emendar la otra parte con el ejemplo, y mostrar á todos su severidad con el castigo de los que perecen, y su benignidad con el perdon de los que se salvan.

Si esta causa que habemos dicho es tan piadosa y tan propia de la suavísima bondad del Señor, no lo es ménos el querer que se cumpla el número de sus mártires y de aquellos bienaventurados y valerosos caballeros que Él *abeterno* escogió para sublimarlos y glorificarlos con la corona del martirio; porque es grande gloria de un rey y de su reino tener muchos grandes en él; y tales son en el cielo todos los mártires, los cuales con tanto valor

1 Lib. 1 *De provid.*

y esfuerzo pelearon y muriendo vencieron y triunfaron de la muerte y del pecado y del infierno. Esto se podia declarar en particular, tratando de los cristianos y católicos que por ocasion de haber sucedido mal algunas jornadas que hicieron contra herejes ó infieles, fueron dellos atormentados y muertos por la fe de Jesucristo nuestro Redentor; pero para evitar prolijidad bástanos lo que ha sucedido en Inglaterra en estos dias, adonde la Reina y los de su consejo, desvanecidos con los sucesos que habemos visto, y embravecidos y embriagados con su rabia é impiedad, han ejecutado su saña y derramado la sangre inocente de muchos católicos, pareciéndoles que ya no tenian que temer. Y si el Señor fuera servido de trocar las cosas y darnos el suceso que se deseaba, no se hubiera por ventura cumplido este número, ni hubieran muerto por la fe católica, los que despues han muerto por habernos querido humillar y probar el Señor.

Y de cuánta gloria sea para Dios, y ornamento para el cielo, y esfuerzo y ejemplo para los fieles, y honra y lustre para toda la Iglesia católica, la muerte de cualquiera destos mártires, no lo quiero yo aquí tratar por no divertirme de mi propósito. Léalo quien quisiere en el Padre Fray Luis de Granada, en el tratado que escribe *De la gloria y grandeza de los mártires.*



CAPÍTULO XIII.

Que alguna vez deja Dios de castigar á los infieles y herejes porque áun no es llegado el tiempo del castigo.

SUELE, otrosí el Señor, como piadoso, longánime y paciente, y que, como dice Isaías [1], nos espera para tener misericordia de nosotros, y se tiene por honrado cuando nos perdona, algunas veces amagar á sus enemigos y avisarlos con el terror y espanto de la guerra ántes de asolarlos, por no ser por ventura aun llegado el tiempo de su castigo y destruicion. Porque, puesto caso que Dios castiga todos los pecados y pecadores, pero no lo hace luego, sino vase poco á poco, aguardándolos para que vuelvan en sí y hagan penitencia. Y cuando perseveran en su dureza y obstinacion, entónces alza la mano, y hiere con tanta mayor fuerza cuanto ha sido mayor su sufrimiento. Por esto dijo

1 Isai., XXX.

san Pablo, hablando con el pecador [1]: «Por ventura desprecias las riquezas de la bondad y paciencia y longanimidad del Señor, y no ves que la benignidad de Dios te está atrayendo y esperando para que hagas penitencia; mas tú, con tu duro é impenitente corazon, atesoras la ira de Dios contra tí, la cual se descubrirá en el dia de su saña, cuando revelará y manifestará su juicio.» Y en el libro del *Génesis* leemos [2] que prometiendo Dios, á Abrahan de dar á sus hijos la tierra de promision, (la cual en aquel tiempo era habitada de los amorreos y cananeos y de otros pueblos infieles), dándole la razon porque no le daba luégo á él la posesion della, le dijo: «Porque no se han cumplido las maldades de los amorreos.» Quiere decir; aun no es cumplido el tiempo que he determinado esperarlos ántes de darles el castigo; el cual, como he dicho, tiene determinado para castigar los pecados y maldades de todos los reinos y provincias del mundo, y hasta que llegue este tiempo, el Señor se detiene y espera, y entre tanto algunas veces amaga, y en llegando aquel tiempo hiere y asuela. Por esto los Profetas, cuando amenazan con el azote de Dios á las gentes, dicen que ya ha llegado su tiempo, ó que ya se cumplieron sus pecados, y que se acerca el dia de la visitacion de Dios;

1 *Rom.*, II. 2 *Gen.*, XV.

dando á entender que era llegado el tiempo que el Señor tenia determinado para castigar sus maldades [1].

Y no es maravilla que el Señor se vaya tan despacio, y use desta blandura y longanimidad en el castigar; porque, como dice san Juan Crisóstomo [2], los hombres tarde y con mucho trabajo hacemos; presto y con mucha facilidad deshacemos. Pero Dios, al contrario, más presto hace que deshace, porque con una sola palabra crió el mundo, y en seis dias le ordenó, distinguió, y le puso en la perfecion que ahora está. Y para destruir la ciudad de Jericó [3], mandó que la gente de guerra la cercase y anduviese al rededor cada dia una vez por espacio de seis dias, y que al séptimo los sacerdotes tambien la rodeasen, y sonasen sus trompetas y clamase todo el pueblo, y que desta manera caerian los muros de la ciudad, y ella seria entrada, y así se hizo. De manera que en criar y perficionar el universo gastó seis dias, y siete en destruir una ciudad. Porque es más inclinado á hacer que á deshacer, á perdonar que á castigar, á salvar que á arruinar; y lo uno hace movido de su natural bondad, y lo otro forzado de nuestras culpas y pecados.

1 *Vide Abulensem, in cap.* XVIII *Judicum*, q. XVII. 2 Serm. V, *De pœnitent.* 3 Josué, VI.

Bien entenderá esto quien leyere en el *Génesis* que ántes que Dios por las carnalidades y maldades de los hombres, enviase el diluvio y arruinase el mundo, tocado con entrañable é íntimo dolor, como si fuera hombre y tuviera afectos humanos, dijo [1]: «¡Ay! destruiré al hombre que crié, y echaréle de la tierra.» Y el que leyere en Isaías [2] que siendo Dios fuerte y celoso y todopoderoso, y Señor de las batallas y que ninguno le puede resistir, dice que aunque calla y disimula, algun dia hablará, y dará bramidos como la mujer que está con dolores de parto, que como por fuerza echa la criatura que tiene encerrada en el vientre, y castigará á sus enemigos [3]; y el que consideráre que viendo Cristo nuestro Redentor á Jerusalen, lloró sobre ella, por el castigo que le habia de venir. Por esto dijo el Sabio [4]: «¡Oh cuán bueno y cuán suave es, Señor, vuestro espíritu en todas las cosas, que á los que yerran corregis, y á los que pecan avisais!»

No es Dios, dice san Juan Crisóstomo, como los Reyes que hacen guerra, que tienen secretos sus consejos y ardides para que el enemigo no sepa por dónde le han de entrar ó acometer; ántes hace todo lo contrario, y publica la guerra, y avisa ántes de comenzarla, y co-

1 *Genes.*, VI. 2 Isai., XLII. 3 Luc., XVI. 4 *Sap.*, XII.

mo dice el Profeta [1], alza la espada, flecha el arco, apareja las saetas, y muy de espacio se pone á punto de guerra para que el pecador tenga tiempo de arrepentirse y vuelva en sí, y pida perdon al Señor, pues ve que con Él no puede contrastar.

Por esto envió Dios á Jonas para que predicase en la gran ciudad de Nínive y amenazase á los moradores della con el castigo porque no se le queria dar, y Jonas huyó, temiendo que al cabo el Señor usaria de su clemencia y los perdonaria, y que esto sería deshonra y afrenta suya. Y despues que sucedió como él lo habia pensado, se afligió de suerte, que dijo: «Señor, yo sé que Vos sois Dios clemente y misericordioso, paciente y benigno sobremanera, y perdonador de maldades; llevadme, Señor, deste mundo; que mejor es la muerte que no la vida para mí.» [2] Y fué menester que Dios le consolase y que le diese á entender cuán justo era que Él perdonase á una ciudad como á Nínive, y á tantos niños inocentes que habia en ella, pues Jonas recebia tanta pena que se hubiese secado la hiedra, que él no habia criado ni hecho crecer, porque le hacia sombra y le defendia del ardor del sol.

Plutarco, filósofo gravísimo, escribió un libro, en que trata porqué Dios no castiga luégo

1 Psalm. VII. 2 Jon., IV.

á los pecadores; y entre otras causas que trae desta benignidad del Señor, dice [1] que lo hace para enseñarnos la paciencia, enfrenar nuestra ira y no dejarle la rienda, ejecutando luégo la venganza contra aquellos que nos ofenden, y asimismo para darles tiempo de penitencia, porque muchos hombres que en un tiempo fueron perversos y detestables, con esta longanimidad de Dios volvieron en sí y se trocaron, y fueron varones excelentes. Y añade que muchas veces de un malo nace un bueno, y que como nosotros no quemamos la esparraguera y las espinas hasta haber cogido el espárrago que nace dellas, así el Señor no castiga al malo hasta haber cogido el bueno que dél habia de nacer. No se ejecuta la sentencia de muerte luego que se pronuncia contra el facineroso que está en la cárcel, ni en tragando el pece al anzuelo, encontinente le abren y le hacen pedazos y le frien; cuerda se le da á veces y tiempo para que se espacie y recree hasta que venga el tiempo del comerle. Desta misma manera, aunque el Señor tenga ya dada la sentencia, no la ejecuta luégo contra el infiel y hereje, ántes le da algunas veces buenos sucesos, y le entretiene y regala hasta que llegue el tiempo de despedazarle y freirle.

Pero si por esta parte es misericordia la que

1 Plutarco, *De sera Numinis vindicta.*

Dios usa con los infieles y herejes, aguardándolos y dándoles tiempo de penitencia, por otra tambien es obra de justicia y un género de castigo más riguroso que si temporalmente los castigase. Porque, como el mayor castigo de Dios sea permitir los males de culpa, y entre ellos los de la herejía, (como queda declarado), y los malos de su prosperidad de ordinario sacan motivos para endurecerse y para perseverar en su maldad, los herejes comunmente no toman esta blandura de Dios por aviso y amenaza, sino por favor y regalo suyo, como lo dice san Gregorio Papa por estas palabras [1]: «Muchas veces los herejes, viendo que la santa Iglesia es afligida, piensan que las tribulaciones que padecen los fieles católicos les vienen por sus pecados, y que ellos son justos porque Dios los deja sin castigo, para que se endurezcan en su maldad.» Y conforme á esto, no emiendan los herejes, sino acrecientan sus culpas, ni se apartan de su falsa creencia; ántes, siendo ciegos, piensan que ellos solos ven, y cierran los ojos á todo rayo de luz y verdad. Y éste, como he dicho, es el mayor castigo que en esta vida con justo y severo juicio suele dar Dios. De donde se sigue que ellos se endurezcan más y se enreden en un laberinto inexplicable de sus pro-

1 *Moral.*, lib. XIV, cap. XVII.

pios desatinos y maldades, y que estando abrazados con el estiércol de sus torpezas y fealdades, piensen que están cercados de rosas y se tengan por muy seguros y favorecidos del Señor.

Pero cuando ellos están más descuidados y se tienen por más favorecidos de Dios, y por esto están engreidos y desvanecidos, entónces repentinamente viene sobre ellos la ira del cielo, que los destruye y deshace. Fué el pueblo de Israel á la guerra contra los filisteos y fué vencido. Llevaron el Arca del Testamento al campo para ser más ayudados y socorridos de Dios, y como ellos eran transgresores de la ley que estaba encerrada en aquella Arca, no fué Dios servido favorecerlos por medio della; ántes fueron la segunda vez vencidos de sus enemigos, y con mayor destrozo y matanza que la primera. Y la misma Arca, en que tanto confiaban, fué tomada y llevada á tierra de los filisteos y puesta cabe sus dioses. Y con este buen suceso quedaron tan ufanos y contentos los filisteos, que les pareció que ya no habia más que hacer sino gozar de la vitoria y paz que habian alcanzado. Pero á deshora la paz se trocó en guerra, y la alegría se les volvió en llanto, porque el Señor á sus solas, por medio de sola el Arca, los consumió y asoló, y mostró que habia querido castigar y afligir á

su pueblo primero, y despues arruinar á sus enemigos, que estaban soberbios y altivos, y que lo hacia de manera que se viese claramente que lo hacia Él, y que ninguno se podia gloriar de haber tenido mano en aquel castigo y obra tan propia suya.

Esto es lo que toca á los infieles y herejes. Mas para los que, por la misericordia de Dios, son cristianos católicos y desean agradarle y servirle, el beneficio incomparable que les ha hecho en darles su luz y verdad, no son de poco provecho cualesquiera sucesos, por adversos y tristes que sean, si lo saben ponderar; porque con ellos quiere el Señor probar su fe, despertar su esperanza, ejercitar su fortaleza, emendar sus vidas, reprimir su orgullo, humillar su soberbia, enderezar sus consejos, apurar su intencion, encender su oracion, darles motivo para confiar mas en Él; y desta manera vencer á sus enemigos.

En el *Deuteronomio* dice Dios estas palabras [1]: «Si se levantáre entre vosotros algun profeta ú hombre que diga que ha tenido en sueños revelacion de Dios, y en testificacion desto diere alguna señal, y sucediere lo que él dijo, y despues os quisiere apartar del servicio de vuestro Dios, y persuadiros que sirvais á dioses ajenos, no creais ni oyais al tal profeta;

1 *Deuter.*, XIII.

porque vuestro Señor Dios os tienta y prueba para que se manifieste y declare si le amais de todo vuestro corazon y de toda vuestra ánima, ó no.» Permite Dios que suceda lo que dice el falso profeta, para probar la fidelidad y amor de su pueblo, y que no suceda lo que desea el católico y siervo suyo, para probar más su fe y avivar su esperanza, y ejercitar las otras virtudes que habemos dicho. Esto baste para declarar algunas de las causas que á mi bajo entendimiento se ofrecen, porque nuestro Señor algunas veces da prósperos sucesos á sus enemigos, y adversos á sus fieles y amigos. Ahora veamos lo que se debe hacer en semejantes ocasiones.





CAPÍTULO XIV.

Lo que se ha de hacer en semejantes sucesos.

Pues cuando el Señor fuere servido de azotarnos y afligirnos con pérdidas y tristes sucesos, lo primero que debemos hacer es volvernos á Él y reconocer el azote de su mano, y emendar cada uno su vida, y quitar de sí todo lo que entiende que puede desagradar á Dios y ser causa de aquella tribulacion. Las cabezas y gobernadores de la república, demas de reformarse á sí é ir delante de todos con el ejemplo y honestidad de sus vidas, han de procurar que las de los demas sean tan compuestas y concertadas, (á lo ménos en lo exterior, que es lo que principalmente está á su cargo), que no haya pecados y escándalos públicos, ni cosas graves en ofensa de nuestro Señor. Porque si el azote viene por las culpas, y el castigo público por los pecados públicos, como comun-

mente suele venir, cierto es que el mejor remedio para quitar la pena será emendar la culpa que es causa della, y reformar las vidas y componer las costumbres, y apartar todo lo que es tropiezo y escándalo público, para que, quitando la causa del azote, cese el mismo azote y se aplaque la saña y furor justo del Señor. Porque, cuando esto no se hace, ni hay emienda con el azote, es muy mala señal y cierto indicio de mayor y más terrible castigo. Porque, así como un pecado, cuando no se purga y emienda con la penitencia, dice san Gregorio que con su mismo peso apesga y hace caer en otros pecados, así la tribulacion y castigo de Dios, que no nos reforma y emienda, es señal cierta de otros más ásperos castigos y tribulaciones que nos han de venir; y así conviene desvelarnos en aplacar al Señor.

Esto es lo primero y principal que debemos hacer, y despues poner los ojos en Dios con grande confianza. Y si lo que se comenzó fué para su servicio y para nuestra quietud y seguridad, no debemos desmayar, sino esforzarnos y animarnos, y emendar las faltas si hubo algunas de nuestra parte, y llevar adelante lo comenzado, y no por un mal suceso creer que siempre será así.

En las guerras hay varios sucesos, y los que en ellas fueron más dichosos y alcanzaron ma-

yores vitorias, algunas veces fueron vencidos, y si miráran á los desastrados principios que tuvieron en sus empresas, no tuvieran tan dichosos fines. Ni Ciro, ni Alejandro Magno, ni Julio César, ni Pompeyo Magno, ni ningun otro valerosísimo capitan siempre venció y fué dichoso en la guerra, ni la prosperidad y dichosa suerte puede estar siempre en un sér. Los romanos al principio fueron vencidos de los samnites y despojados de sus armas y vestidos, fueron pasados ignominiosamente debajo de las picas cruzadas, en forma de horca, que por el lugar llamaron *caúdinas furcas*, y despues vencieron á sus vencedores, y triunfaron veinte y cuatro veces dellos, y asolaron y desarraigaron de tal manera su ciudad, que en Samio, que así se llamaba no quedó rastro de Samio. La primera vez que pelearon los mismos romanos en Italia contra Pirro, rey de Epiro, que es Albania, fueron vencidos y desbaratados por la novedad de los elefantes que traia el Rey en su ejército, los cuales los romanos hasta entónces nunca habian visto. Pero la segunda vez vencieron al Rey. ¿Cuántas veces fueron vencidos los mismos romanos de los cartagineses ántes que ellos los venciesen y arruinasen su ciudad? Y estuvieron tan apretados y afligidos de Aníbal, y tan debilitada y consumida su república

por la muerte de sus soldados y capitanes, que parecia se habia de acabar el imperio romano. Pero con el ánimo y valor se repararon, y echaron de Italia á su enemigo, y en su misma patria le vencieron y dieron fin á Cartago y á su imperio.

Pues nuestros españoles numantinos ¿no pelearon y vencieron por espacio de catorce años á los romanos, y siendo solos cuatro mil guerreros, desbarataron cuarenta mil dellos? Pero al cabo los vencedores fueron vencidos, y Numancia, que es Soria ó cerca della, fué asolada y destruida. Los cimbros y teutones rompieron tres ejércitos de los romanos ántes que de Mario, su capitan, fuesen vencidos y acabados. Lo mismo aconteció á Yugurta y Mitridátes, que hizo guerra largo tiempo con los romanos, y les ganó algunas provincias, y puso espanto y terror en la misma ciudad de Roma, hasta que la felicidad de Sila y el valor de Luculo y la grandeza de Pompeyo le consumieron. César la primera vez que pasó á Inglaterra perdió su armada, por no tener entera noticia (como él mismo dice) de los efetos que hace la luna llena en el mar Océano [1]; pero volvió la segunda vez con más aviso y consejo, y peleó y venció, y fué el prime-

1 César, *De bello gal.*

ro que sujetó aquella isla y la hizo provincia de los romanos.

Y porque no sean todos los ejemplos de paganos, Heraclio, Emperador, tuvo muchos encuentros con los persas, y perdió muchas provincias ántes que venciese las tres batallas á Cosdroes (que con las vitorias pasadas estaba muy ufano é insolente, y le quitase el reino), y cobrase el santo madero de nuestra redencion. Nuestro Rey don Ramiro, el dia ántes que alcanzase aquella memorable vitoria del Clavijo contra los moros, se vió tan apretado dellos que herida y muerta buena parte de su gente, se retiró á una montaña, y estuvo toda la noche en oracion, suplicando con lágrimas á nuestro Señor que le socorriese y librase de aquella angustia y peligro; y así le apareció el glorioso protector de las Españas, Santiago, y le animó y esforzó, y le dió con su presencia la vitoria. Pues el valeroso Rey don Alonso, hijo del rey don Sancho, ¿no fué vencido de los moros en Alárcos, ántes que él los venciese, y alcanzase aquella admirable y gloriosa vitoria de las Navas de Tolosa, tan alegre para los cristianos como llorosa para los moros, pues con pérdida de solos veinte y cinco cristianos, murieron de los moros doscientos mil?

Otros inumerables ejemplos podriamos

traer, si éstos no bastasen, para mostrar que á todos los grandes capitanes que triunfaron en el mundo, algunas veces sucedieron casos adversos, pero la misma adversidad los esforzaba y daba ánimo para llevar adelante su empresa, escarmentando y emendando la segunda vez las faltas que habia habido en la primera, porque el varon magnánimo y constante en la dificultad cobra ánimo, y en el peligro esfuerzo, y en lo que los otros desmayan, muestra él su pecho y valor, y desta manera da á entender que no puede ser vencido de la fortuna. Y el verdadero cristiano, que está colgado de Dios, y sabe que los buenos y malos sucesos nos vienen de su mano, aunque alguna vez sea azotado y afligido, no por eso desespera; ántes emienda sus costumbres y se vuelve á Dios, y dice lo que dijo Job: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo:* aunque me mate, esperaré en Él.

Para ejercitar esta esperanza y probarnos, y ver si, desconfiados totalmente de nosotros, confiamos en Él, deja Dios algunas veces llegar las cosas á tal punto y extremo, que se tengan por desahuciadas; y faltando los remedios humanos, se sientan y agradezcan más los divinos; como lo vemos en Abrahan [1], que le dejó llegar á lo último, y atar á su hijo Isaac

1 *Gen.*, XXII.

y ponerle sobre el altar, y desenvainar la espada y alzar la mano para herirle, y entónces se la tuvo el ángel y libró al hijo, y le fueron hechas aquellas magníficas y maravillosas promesas [1]. Y Josef, ántes que fuese socorrido de Dios y levantado en el trono, se vió fatigado y aherrojado en la cárcel, y perdida la esperanza que tenia en el copero de Faraon. Y la honesta Susana primero fué sentenciada y tenida por adúltera, y como tal llevada á la muerte, y cuando los sayones estaban con las piedras en las manos, y parecia que no habia ya remedio humano, entónces envió el suyo del cielo el Señor [2].

San Pablo dice [3] que una vez tuvo una gravísima y terribilísima persecucion en Asia, que le derribó y postró de tal manera, que le parecia que era sobre sus fuerzas y que le cansaba la vida [4], y que pensó morir. Y añade que Dios le habia dado aquella tribulacion tan extremada y desmedida para que desconfiase de sí, y estribase su esperanza en Dios, el cual, dice le libró y que le libraria de todos sus trabajos.

1 *Gen.*, XLI. 2 Dan., XIII. 3 II, *Cor.*, I. 4 Así la Vulgata, *ita ut taederet nos etiam vivere.* El texto griego dice: ὥστε ἐξαπορηθῆναι ἡμᾶσ καὶ τοῦ ζῆν, *ita ut desperaremus vivere*, esto es, *de suerte que desconfiábamos y desesperábamos de salir con vida de aquella tribulacion y persecucion.*—(Nota del editor.)

Lo mismo sucedió al Emperador Teodosio, nuestro español y religiosísimo y valerosísimo Príncipe [1], el cual habiendo sido certificado del santo abad Juan, que tenía don de profecía, que Dios le daria la vitoria contra Eugenio, tirano, y asegurádole que sería así los santos Apóstoles san Juan y San Felipe, (que la noche ántes de la batalla le aparecieron, estando él prostrado en oracion); al punto que comenzó á pelear su ejército con el enemigo, le rompieron un escuadron y le mataron diez mil hombres, y él se vió en tan grande aprieto y conflicto, que poniendo los ojos en el cielo con gran fervor y fe, exclamó y dijo aquellas memorables palabras que refiere san Ambrosio [2]: *¿Ubi est Deus Theodossi?* ¿Adónde está el Dios de Teodosio? El cual, aunque á él le parecia que estaba léjos, no estaba sino muy cerca, y queria probarle y ponerle en aquel estrecho para que reconociese de su mano la vitoria, la cual al cabo le dió, peleando por él con un torbellino y con unos furiosos vientos que repentinamente se levantaron, los cuales cegaban y y herian á los enemigos con las armas que les tiraban los del campo de Teodosio, y con las que ellos mismos arrojaban, haciéndolas vol-

1 Theodor., lib. v, cap. XXIV; Sozom., lib. VII, cap. XXII; Socr., lib. v, cap. XXIV; Niceph., lib. II, cap. XXXIX. 2 D. Amb., *in oratione de obitu Theodossi*, tom. III.

ver atras. Y así dice Rufino [1] que al principio estuvo en duda la vitoria de Teodosio, y que los bárbaros que iban en su ejército fueron vencidos, no para que Teodosio fuese vencido, sino para que entendiese que no vencia por ellos. Porque, como divinamente dice san Agustin [2], cuando Dios dilata y no da luégo lo que le suplicamos, no es para negar sus dones, sino para que se estimen; porque lo que mucho se desea, despues de alcanzado es más gustoso, y lo que se da luégo tiénese en poco. Y san Gregorio dice [3]: «Cuanto más tarda el Señor en oir los deseos de sus siervos, tanto mas los oye para su merecimiento, porque con la dilacion crece su deseo.»

No piense nadie que no agradan al Señor las oraciones y plegarias de sus siervos porque luégo no las oye, ni desmaye porque se le dilata lo que pide, ni deje de pedir é instar pareciéndole que son vanas sus peticiones, porque el Señor, como dicen estos santos, quiere que estimemos sus dones y que con la dilacion crezca el merecimiento y el deseo, y que se avive y encienda nuestra fe, y que digamos: «¿Adónde está el Dios de Teodosio?»

Esto es lo que toca á los prósperos sucesos que da Dios alguna vez á los infieles y here-

1 Ruf., lib., XI, *Hist. eccles.*, cap. XXXIII. 2 *De verbo Dei*, cap. I. 3 *Moral.*, lib. XX, cap. XXV.

jes, afligiendo por mano dellos á los católicos y fieles, y lo que en semejantes ocasiones debemos hacer. Tratemos ahora de otro género de tribulacion que habemos padecido en estos tiempos, de algunas personas que tenian nombre y opinion de santidad, y han sido ilusas y engañadas, y engañado á muchos; cuyas caidas no solamente han sido lastimosas para los que cayeron, sino tambien dañosas para los flacos y escandalosas para los tibios cristianos, que con esta ocasion aflojan en virtud, ó mofan y hacen escarnio de los que la siguen.





CAPÍTULO XV.

Que algunas veces permite Dios que personas tenidas por santas sean engañadas y engañen á otros.

HAN sido tantas las personas que han brotado en breve tiempo, y salido con nuevas invenciones y artificios para engañar al mundo so capa y color de santidad, y tales las revelaciones que han fingido, y las llagas que han pintado y representado en sus cuerpos, y tan grande el crédito que comunmente á algunos dellas se ha dado, y el escándalo que, despues de descubierto y castigado el engaño, se ha seguido, que con razon se puede tener éste por un género de tribulacion terrible, y tanto más peligroso, cuanto más toca al bien de las almas y al conocimiento verdadero y amor y estima de la virtud. Otras tribulaciones afligen el cuerpo y nos quitan los bienes temporales, los cuales, que queramos, que no, algun dia ha-

bemos de dejar; pero las que tocan al ánima y la turban y afligen, y la hacen aflojar en el camino de la virtud, son más perjudiciales porque nos privan de los medios con que habemos de alcanzar los bienes perdurables.

Mas para que ninguno se maraville destos embustes y engaños, ni de las caidas lastimeras de personas religiosas y recogidas, es necesario saber que no es ésta cosa nueva y nunca vista en el mundo, sino muy usada y acostumbrada, y que siempre hubo en él engañadores y embaidores, los cuales unas veces con varios artificios y marañas procuraron deslumbrar á la gente con vanas apariencias y fingimientos y tomaron máscaras de santidad; otras siendo ellos engañados y engañando sin saberlo.

Por esto dice san Jerónimo [1], que los que se hacian ermitaños habian de salir de la escuela de los monesterios, y ser tales, que no se espanten con la aspereza del desierto; ni sepan fingir (como lo hace alguna gente liviana) que tienen grandes peleas con los demonios, para parecer en los ojos del vulgo inorante hombres milagrosos, y de aquí venir á tener grandes ganancias. Dando á entender que en su tiempo habia quien usase de semejantes embaimientos y engaños.

1 *Hieron.*, epist. ad Rustic. monachum.

De Simon mago leemos que en Samaria traia embaucada la gente, y la persuadia que él era una nueva virtud de Dios, y para poderla mejor engañar se hizo cristiano, pensando poder obrar por virtud del santo Bautismo los milagros y maravillas que obraba san Felipe, diácono, de quien habia sido bautizado [1]. Venido á Roma, cegó asímismo á muchos de aquella ciudad, y de tal manera con sus artes diabólicas los enloqueció que le pusieron una estatua con esta letra: *Simoni Deo Sancto* [2]; *á Simon, Dios santo;* y áun le tuvieron por Dios, como dice Eusebio, hasta que el glorioso Príncipe de los Apóstoles, san Pedro, le venció, y con su palabra poderosa le derribó del aire, por donde volaba, y le hizo caer en el suelo, quebradas las piernas, y se desengañó el pueblo con su ignominia y afrenta.

En la isla de Candia hubo un hombre, si fué hombre, y no demonio, como algunos dicen, vestido de carne, el cual fingió que era Moisén, y persuadió á una infinidad de judíos que le siguiesen, porque Dios queria renovar sus antiguos prodigios y milagros, y abrir de nuevo la mar para que pasasen á pié enjuto por ella, y llevarlos á la tierra de promision [3]. Y así, yendo él delante, como guía y capitan,

1 *Act.*, VIII. 2 *Hist. eccles.*, lib. II, cap. XIII. 3 Socr., lib. VII, cap. XXXII; Adon, *in chron.*, año 425, y Sigiberto, año 438.

le siguieron por un camino muy áspero hasta llegar á unos riscos y despeñaderos espantosos, que daban sobre la mar, y se despeñaron y ahogaron muchos, y se ahogáran muchos más si no fueran socorridos de algunos cristianos, y los que se libraron se convirtieron á nuestra santa fe y recibieron el agua del Bautismo.

De un Anatolio, dice Severo Sulpicio que hacia cosas maravillosas y queria ser tenido por la virtud de Dios, y que traia una ropa, como enviada del cielo, tan blanca y resplandeciente, que ponia admiracion, y de tal materia y hechura, que no habia ninguno que pudiese atinar ni saber de qué fuese compuesta, y que llevándole por fuerza á san Martin, desapareció la vestidura entre las manos de los que le llevaban [1].

El mismo cuenta que en nuestra España se levantó un mozo, que primero decia que era Elías, y despues que era Jesucristo, y que fué tan creido y tenido por tal de muchos, que un obispo, llamado Rufo, le adoró como á Cristo, y que por esto fué privado de su obispado. Y lo mismo escribe san Gregorio Turonense de un rústico frances, que se fingió Profeta y áun Cristo, y juntó más de tres mil hombres, entre los cuales habia muchos sacerdotes, y para

1 En la *Vida de san Martin*.

mejor engañar, repartia á los pobres el oro y y plata y ropa que le daban. Adivinaba y pronosticaba las cosas advenideras, sanaba muchas enfermedades, y despues mandaba que le adorasen, robando á los que no lo hacian, hasta que le mataron y se esparció la gente que le seguia [1]. Y el mismo san Gregorio dice que él conoció y procuró convertir algunos de los que de este falso Cristo habian sido engañados.

Otro habia, que se llamaba Eum del Estrella, el cual con sus hechizos y embustes embaucó muchas gentes, diciendo que era Cristo, que venia á juzgar á los vivos y los muertos [2]. Y en el concilio que se hizo en Rhems, por mandado de Eugenio III, fué preso y castigado.

En la ciudad de Augusta, en Alemania, por los años del Señor de mil y quinientos y once, hubo una doncella, de obra de cuarenta años, que se llamaba Ana, que ni comia ni bebia ni dormia [3], sino que siempre estaba (á lo que parecia) en perpétua contemplacion, muy regalada y visitada de Dios; y despues de haber engañado al Emperador y á otros Príncipes,

1 *Hist. franc.*, lib. x, cap. xxv, y Sigiberto, año 592. 2 Roberto de Monte, en el suplemento *ad chron.* Sigibert, anno 1148, y Neubri., lib. v, *rerum anglicarum.* 3 *In continuatione Chron. Eusebii per quemdam Germanum.*

se descubrió el artificio, y fué conocida por mujer infame y disoluta, y por ello desterrada de la ciudad, se fué á Triburgo, adonde la ahogaron por sentencia pública.

El año de mil y quinientos y cincuenta y tres [1] hubo en París quien decia que tenía el espíritu de San Juan Evangelista; y en la misma ciudad y en Basilea hubo otro que se fingia san Pedro, y otro que publicaba que tenía consigo por su maestro y guia el ángel de Moisén, y pronosticaba muchas cosas falsas.

Por no revolver las historias antiguas, y por hablar de lo que habemos visto en nuestros dias, doce apóstoles falsos, forasteros, anduvieron en España predicando por las aldeas y pueblos pequeños, y confesando la gente, daban á entender que les habian sido revelados de Dios sus pecados, y en fin fueron descubiertos y echados á galeras. Pues ¿qué diré de la santidad fingida de Magdalena de la Cruz, tan sabida y notoria en España? [2] Estando yo

1 Surius, 1, *Histor.*, año 1553. 2 Llamada vulgarmente *la monja de Portugal.* Hizo creer á muchos con sus engaños que Jesucristo la dispensaba extraordinarios favores, entre ellos haber impreso en su cuerpo las cinco llagas. El P. Rivadeneira, que estaba en Madrid cuando más ruido metian estos espirituales embustes, aunque por respeto á las personas que les daban crédito se abstuvo al principio de condenarlos, nunca los pudo aprobar, diciendo: «Yo no quiero condenar las llagas de esta monja; pero veo que las manosean de manera, y tratan con tan poco respeto que merece que se las quite Su Divina Majestad.»—(Nota del editor.)

en Italia, una religiosa, que era tenida por santa en Bolonia, mostraba las llagas de la sagrada pasion del Señor en sus piés y manos y costado, y muchas veces le goteaba la sangre de la cabeza como si la tuviera traspasada con una corona de espinas, y al fin se halló que todo era burla y engaño. Tambien en la ciudad de Camarino, que es cerca de Nuestra Señora de Loreto, estando yo en aquella santa casa, una doncella recogida y honesta, engañada de otro, se hizo ella misma llagas en sus piés y manos, fingiendo que las habia recibido del cielo. Y estuvo el pueblo tan engañado y persuadido que era así, que, mandando el vicario del Obispo recoger á la dicha doncella en un monasterio para averiguar la verdad, le quisieron apedrear, diciendo que perseguia á su santa, la cual, finalmente, descubierto el artificio y engaño, fué castigada; y el autor y mal consejero murió en los tormentos que le dieron.

Esto se ha dicho para que se entienda que no es cosa nueva lo que habemos visto estos dias en España, aunque cierto es maravilla que en un mismo tiempo hayan salido tantas mujeres llagadas y engañadas en diversas partes, que parece que algun espíritu de ilusion anda suelto y desencadenado, y que en la gente hay mucho aparejo para ser engañada é

ilusa; pero tampoco no hay que maravillarse desto, ni que algunas personas que no tienen verdadera virtud quieran con apariencia y sombra della dar á entender que la tienen.

Mayor maravilla es ver algunos que verdaderamente eran siervos de Dios y grandes santos caer en grandes maldades y abominaciones, y volver las espaldas á Dios, habiendo ántes gozado de su comunicacion y resplandor, como fué el Rey David, varon segun el corazon de Dios, que juntó el homicidio con el adulterio; y el sabio Salomon, su hijo, que cayó en un abismo tan profundo de insipiencia, que vino á adorar los ídolos; y Júdas que siendo Apóstol y estando en la escuela de Jesucristo, nuestro Redentor, le vendió; y Nicolas Antioqueno uno de los siete diáconos que eligieron los sagrados Apóstoles, que fué muy deshonesto y hereje y maestro de herejías; y Orígenes, el cual, siendo hijo de padre mártir, y habiendo, cuando era mozo, deseado y procurado y casi alcanzado la corona del martirio, y padecido grandes persecuciones por la fe de Jesucristo, y puesto las manos en sí por no amancillar su castidad, y siendo maestro y luz de las iglesias de Oriente, á la fin prevaricó y cayó en graves errores.

San Agustin llora y lamenta las caidas de algunos excelentes varones, que eran en la

Iglesia de Dios como los cedros del monte Líbano y como las estrellas del firmamento, y dice estas palabras, hablando con Dios [1]: «Habemos visto muchos, Señor, y oido de nuestros padres, (lo cual no puedo sin gran temor acordarme ni sin gran pavor decirlo), que primero habian subido casi á los cielos y puesto su nido entre las estrellas, despues cayeron hasta los abismos, y sus almas fueron en los males afeadas. Habemos visto caer las estrellas del cielo, heridas del furioso ímpetu de la cola del dragon, y tambien habemos visto otros que estaban caidos en el polvo de la tierra, los cuales se han levantado, y dándoles vuestra misericordia la mano, han subido hasta el cielo maravillosamente. Habemos visto morir á los vivos y resucitar á los muertos, y á los que estaban asentados entre los hijos de Dios y en medio de aquellas piedras preciosas encendidas y abrasadas con el fuego de vuestro amor, como un poco de lodo ser hollados y convertidos en su nada.» Todo esto dice san Agustin, y se podria bien probar con hartos ejemplos de las historias pasadas, si no tuviésemos presentes los que en nuestros dias habemos visto de varones en sangre ilustres, en hábito religiosos, en dotrina famosos y en la opinion de bondad admirables, los cuales

1 Aug., *Solil.*, cap. XXIX.

han caido en graves errores y escandalizado á los flacos y turbado á los inorantes, que piensan que el que está en pié no puede caer, y que es mengua de la religion que se pervierta el religioso, y menoscabo de la virtud desfallecer el que es tenido por virtuoso.





CAPÍTULO XVI.

Que no hay seguridad en esta vida, ni por qué escandalizarnos de semejantes caidas.

PERO, si bien miramos, hallarémos que es grande engaño pensar que hay seguridad en esta vida, y que basta ser uno religioso ó haber servido muchos años á Dios para tenerla; porque, como dice san Gregorio [1], no hay lugar seguro en este mundo, pues Loth en Sodoma fué santo y en el monte pecó [2], y nuestros primeros padres en el paraiso terrenal cayeron, y Lucifer y sus secuaces en el cielo [3]. Antes, si bien miramos, no es tanto de maravillar que una persona religiosa caiga, aunque su caida comunmente es más escandalosa y dañosa, porque, como dijo muy bien el glorioso Padre san Antonio Abad, y lo refiere en su *Vida* san Atanasio [4], aunque los demonios combaten y tien-

1 Greg., *in Ezech.* 2 *Genes.*, XIX. 3 *Ibidem*, III. 4 Atanasio, en la *Vida de san Antonio Abad.*

tan á todos los cristianos, tienen particular ojeriza y ódio á los monjes y á las personas del todo dedicadas á Dios, y más cruelmente las acosan y persiguen. Y así, no es maravilla que, siendo como son, del mismo barro que los otros, y teniendo las mismas malas inclinaciones naturales que los demas, se dejen alguna vez vencer de las peleas fuertes, pesadas y contínuas de Satanás, el cual tanto más furiosamente las tienta y procura derribar, cuanto con su caida entiende que Dios nuestro Señor ha de ser más ofendido, y los buenos más escandalizados y apartados de la virtud.

Porque algunos, viendo que el que cayó era tenido por santo y por dechado de virtud y religion, desmayan y dejan los ejercicios de oracion y mortificacion en que ántes se ocupaban, pareciéndoles que aquellos ejercicios fueron causa que cayese el que cayó, y que ellos estarán más seguros de caer dejando lo que ha sido ocasion de caer á otros. Otros hay que viendo la caida de uno piensan que todos caen, y que pues cayó el que era religioso y aprobado en la virtud y tenido por santo, todos los otros que lo parecen no deben de ser más santos que éste, y que pues hubo encubiertas y fingimientos en el uno para engañar y parecer más santo de lo que era, tambien las habrá en los otros, y que no es oro todo lo que

reluce, ni hay ya santos en el mundo, sino que todos somos hombres, cuál más, cuál ménos, y de la misma masa é hijos de Adan. Y con esto se desacredita la virtud.

Mas los primeros que desmayan y dejan los ejercicios virtuosos en que ántes se ocupaban, creyendo que si perseveran en ellos vendrán á dar en los mismos inconvenientes que dieron otros, viven muy engañados, porque no saben distinguir la naturaleza y sustancia de las cosas que son buenas en sí, del mal uso dellas, y hacen una regla falsa y perjudicial para todas las cosas humanas, porque la oracion en sí, santísima cosa es, y utilísima y necesaria para tener vida espiritual, para vencer sus pasiones, para resistir al demonio y triunfar del infierno y conquistar el cielo. Y por esto toda la Sagrada Escritura nos enseña, y muchas veces repite, que oremos siempre, y que insistamos en la oracion y que no desfallezcamos en ella. Y la mortificacion asimismo, y el uso de todos los ejercicios espituales, son cosas enseñadas de Dios y de los santos con su ejemplo y dotrina, y así en ellos no puede haber defeto ni falta alguna; y si alguna hay, no nace de lo que es bueno en sí, sino del que usó mal de lo que era bueno. Y si por el mal uso desechamos lo que es bueno, provechoso y necesario, de la misma manera podríamos desechar todas las artes y

ciencias, y áun todas las cosas humanas, porque de todas ellas se puede usar mal.

¡Cuántos letrados usan mal de las leyes, defendiendo causas injustas y opugnando á los inocentes! ¡Cuántos médicos se han aprovechado de la medicina para dar ponzoña á los hombres! ¡Cuántos teólogos se han desvanecido con su ciencia, y sacado de la luz y resplandor de las sagradas letras errores y tinieblas por su culpa! ¡Cuántos, por estudiar sin discrecion, han perdido la salud y áun el juicio! Pues ¿diremos que son malas estas ciencias y que no se deben estudiar porque algunos usan mal dellas? Por esa razon no habia de haber armas para los soldados, porque el salteador usa mal dellas, ni se debria navegar la mar, porque hay en ella bajíos y bancos y rocas, ni sembrarse la tierra, porque alguna parte della es estéril, ni habitarse las casas, porque algunas veces se caen súbitameute y toman debajo á los que viven en ellas, y son sepultura de sus moradores. ¿Qué cosa hay más necesaria para la vida humana que el pan y el vino, pues el uno, como dice la Sagrada Escritura, esfuerza, y el otro alegra el corazon del hombre? Y si mirásemos á los que perdieron la salud por comer y beber mucho, no comeríamos nosotros ni beberíamos, ni nos aprovecharíamos de lo que Dios nos dió para nuestra vida

y sustento. Lo mismo podríamos decir del agua y del aire y del fuego, y de los otros elementos, y áun del sol y de la luna, que, con ser la vida del mundo, algunas veces matan á los que no saben usar dellos.

Y no solamente en estas cosas naturales y humanas puede haber daño, y le hay, pero tambien de las divinas y sobrenaturales le sacan algunos, convirtiendo en ponzoña la medicina, y tomando los santos sacramentos para condenacion de sus almas; pero no por eso ellos dejan de ser santísimos y ungüentos preciosísimos para sanar nuestras llagas, y unas medicinas divinas y de suyo eficaces para dar vida á todos los que las toman como se han de tomar, aunque los que se descomiden á Dios por su culpa hallan la muerte donde otros hallan la vida. Pues ¿sería bien dejar de confesarse y de comulgar porque algunos se confiesan y comulgan mal, y como Júdas, en recebiendo al Señor, le venden y le entregan en manos de los pecadores? No por cierto. Pues si en todas las otras cosas humanas y divinas no dejamos lo que vemos que nos es provechoso ó necesario, aunque algunos no se sepan aprovechar dello, y distinguimos la sustancia y verdad de cada cosa del uso della, ¿porqué no lo harémos así en lo que más nos importa y nos es más necesario, y sin lo cual no pode-

mos vivir ni dejar de desfallecer y caer? ¿Porqué queremos estar siempre caidos por el temor de caer? Como dijo Quintiliano: *Dum timent ne aliquando cadant semper jacent* [1].

Pues los otros que por uno juzgan á todos, y creen que no hay hombre santo porque uno que lo parecia y por ventura lo era cayó, no tienen menor ni ménos peligroso engaño; porque de la misma manera podrian condenar á todos los estados de los hombres, pues en todos ellos hay algunos que no hacen lo que deben. ¿Podrian condenar á todos los jueces porque uno se dejó cohechar y cegar de la codicia, y á todos los abogados porque hay entre ellos quien defienda el pleito injusto, y creer que no hay soldado valeroso porque uno fué cobarde, y que todas las mujeres casadas son adúlteras porque una hizo traicion á su marido? Pues si seria temeridad en estos estados y en los demas condenar á todos por uno, mucho más lo es en lo que tratamos y tenemos entre manos, porque es en mayor detrimento y perjuicio de la religion y virtud y en daño gravísimo de la república.

San Agustin, escribiendo al pueblo de Bona, dice esta maravillosa sentencia [2]: «Si alguna mujer casada cae en alguna flaqueza, no por eso los maridos dejan sus mujeres ni acu-

1 Quintil., lib. VIII, cap. V. 2 Epist. CXXXVII.

san á sus madres. Pero si de los religiosos que profesan santidad se descubre alguna culpa, ó verdadera ó falsa, luego instan todos y se deshacen, y procuran que se crea que todos los otros cayeron y son malos.» Y san Buenaventura se queja de lo mismo [1], y con mucha razon, porque no perdieron nada los ángeles buenos porque Lucifer, y todos los de su bando se rebelaron contra Dios, ni los falsos profetas de los bosques y de Baal [2], aunque eran tantos, fueron parte para desacreditar y enflaquecer la virtud y celo santo del Profeta Elias, ni la traicion y maldad de Júdas empeció á la obediencia y fidelidad de los otros once Apóstoles, ni la herejía de Nicolás escureció la gloria de san Estéban proto-mártir, ni la virtud y santidad de los otros santos diáconos, sus compañeros, ni porque algunos poco religiosos no hagan lo que deben, deja de haber en las religiones otros innumerables que alumbran al mundo con su dotrina y le inflaman con su ejemplo, y por uno que caiga, infinitos quedan y están de pié, los cuales no es justo que pierdan porque se pierda uno. San Agustin dice estas palabras [3]: «Hallais algunas monjas no tan recogidas como sería razon; ¿reprenderéis por ventura por eso los monas-

1 Cuæst. XVI, *super reg.*, tom. I. 2 III, *Reg.*, XVIII. 3 August., *in psalm.* XCIX.

terios de las monjas? No es justo que por algunas vírgenes livianas condenemos á las que son santas en el cuerpo y en el espíritu, ni tampoco que por estas loables alabemos á las que no lo son.» Y en otra parte dice [1]: «Tambien hay falsos monjes y falsos clérigos, como hay falsos cristianos; porque, hermanos mios, en todos estos tres estados, de los cuales otras veces os habemos hablado, hay buenos y hay malos.» Y san Jerónimo, escribiendo contra Elvidio, hereje, que decia que habia algunas vírgenes taberneras, responde [2] que no solamente las habia taberneras, sino tambien deshonestas; pero que no tenía la culpa desto la virginidad, sino la simulacion y fingimiento de las que, no siendo vírgenes, lo querian parecer. Quede pues esta verdad declarada y asentada en nuestros pechos: que aunque hay lobos, hay tambien ovejas, y que no deben los que lo son dejar su pellejo, como dice san Agustin, porque algunos lobos, para matarlas, algunas veces se vistan dél.

1 Aug., *in psalm.* CXXXII. 2 San Jerónimo, contra Elvidio.





CAPÍTULO XVII.

Por qué causas permite Dios estas ilusiones y engaños.

RESTA que veamos por qué permite nuestro Señor estas ilusiones y engaños, y qué provechos se pueden sacar dellos, pues que es verdadero y cierto aquel fundamento que pusimos arriba, conforme á la dotrina de san Agustin, que siempre son mayores los bienes que saca Dios de los males, que los mismos males que permite. Primeramente, saca Dios nuestro Señor destos engaños el castigo de las mismas personas que son engañadas, y la manifestacion y gloria de su justicia, porque comunmente caen en estos engaños y marañas las personas vanas, altivas, soberbias y que presumen de sí, las cuales no se conociendo, piensan, ó que tienen más virtud de la que realmente tienen, ó que es suya la que tienen,

no reconociendo la del Autor y fuente de todo bien, ni agradeciéndosela con humilde y reverencial temor. De aquí vienen á desvanecerse y engreirse, y á apetecer vanamente la honra, y á desear parecer mejores de lo que son, y á buscar embustes y falsas apariencias para resplandecer en los ojos del vulgo y deslumbrar á los inorantes. Y así permite nuestro Señor que estas tales personas se levanten, para que caigan con mayor ignominia, y que la secreta soberbia sea castigada con pública infamia, y el apetito desordenado de honra vana con vergüenza, oprobrio y afrenta; porque, como dice el Sabio [1]: «En lo mismo que el hombre peca debe ser castigado.»

No ménos muestra Dios en esto su misericordia que su justicia, porque con estas caidas y castigos les abre los ojos, que estaban cerrados con la culpa, y les da luz para que se conozcan y lloren el estado en que ántes estaban, y se levanten con mayor ánimo y esfuerzo, no para volar por el aire y beber los vientos de la fama vana y gloria popular, sino para caminar por las estrechas sendas de la virtud y poner los ojos en aquel solo Señor, que, así como resiste y humilla á los soberbios, así levanta á los humildes y los enriquece de su gracia. Porque, así como el sabio médico,

1 *Sapient.*, XII.

cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar, así nuestro Señor para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro. Y así dice san Gregorio [1]: «¿Qué cosa es la virtud, sino medicina, y qué es el vicio, sino herida? Pues porque nosotros de la medicina hacemos llaga, Dios de la llaga hace medicina, para que, pues caemos con la virtud, seamos curados con el vicio.» San Agustin dice [2]: «Oso decir que á los soberbios es provechoso caer en algun pecado claro y manifiesto, para que los que agradándose á sí cayeron, desagradándose á sí se levanten.» Porque san Pedro más provechosamente quedó descontento de sí cuando lloró, que habia quedado contento cuando vanamente presumió. Y san Isidoro dice [3]: «Muchas veces es provechoso á los arrogantes que sean desamparados de Dios, para que, conociendo su flaqueza, se reconozcan y despues de la caida se humillen.»

1 Gregor., *in Moral.* 2 August., *De civit. Dei.* 3 Isidor., III. *De sum, bono.*

Tambien nos declara Dios con esto la flaqueza y miseria de nuestra naturaleza humana, y que los más de los hombres nos regimos por el sentido y aparencia exterior de las cosas más que por la existencia y verdadera sustancia dellas, pues tanto caso hacemos de unas llagas y señales que vemos, y tan poco de las virtudes sólidas y macizas de muchos siervos de Dios, que las encubren con su humildad y recato.

Y áun de aquí se sigue otro provecho, que es enseñarnos la diferencia que hay destas señales exteriores á los dones interiores de Dios, y apreciar y estimar en lo que se debe la verdadera virtud. Porque todas estas señales exteriores pueden ser falsas y engañosas, como la experiencia nos lo ha mostrado; mas las virtudes interiores son ciertas y seguras; y aunque no hubiese engaño en estas señales de fuera, sino que verdaderamente fuesen argumentos ciertos de la verdadera virtud y de la gracia del Señor, que mora en el alma de la persona que las tiene, y la hermosea y enriquece y clarifica, todavía no hacen ellas el ánima santa, como la hace la gracia y las virtudes, ni son causadoras, sino solamente unas como muestras y efetos de la santidad que hay en ella. Y así se debe hacer más caso de lo que hace santo y es causa de santidad, que no de

lo que solamente es indicio y muestra della, como lo dice san Gregorio hablando de los milagros; los cuales, puesto caso que sean ciertos y verdaderos, no por eso el que los hace es más santo; y muchos han hecho milagros, que están en el infierno [1].

Pues si tanto caso hacemos destas cosas y señales exteriores, y nos maravillamos dellas, y reverenciamos á los que las tienen, aunque por ventura sean fingidas y aparentes, ¿qué cuenta habemos de tener con la verdadera virtud? ¿Cuánto más habemos de estimar una caridad encendida y un fino amor de Dios y de nuestros prójimos, una humildad profunda, una paciencia invencible, una mansedumbre suave, un menosprecio de sí mismo y de todas las cosas caducas y perecederas, un celo fuerte y fervoroso de la honra y gloria del Señor, un cuidado solícito y contínuo de la oracion, una mortificacion de los propios apetitos perseverante y rigurosa, y las demas virtudes que son propias del cristiano y siervo del Señor, y le hacen templo y morada suya, y agradable delante su divino acatamiento?

Esto es lo que nos quiere enseñar Dios, y juntamente enderezar nuestros torcimientos y poner freno á la demasiada facilidad de muchas personas que en varias partes aparecian

1 Epist. XXXVIII, lib. IX; Bon., *De proc.*, VII; *Rel.*, cap. XVIII.

con llagas, y daban ocasion á que otras mujeres livianas y tenidas por espirituales las deseasen tener, y se persuadiesen que á lo ménos interiores ya las tenian, y áun que algunas imitasen y contrahiciesen aquella vana representacion. Porque cierto ha sido cosa lastimosa la muchedumbre de mujercillas engañadas que se han visto en nuestros dias en muchas y de las más ilustres ciudades de España, las cuales con sus arrobamientos, revelaciones y llagas de tal manera tenian movida y embaucada la gente que trataban de oracion y cosas de espíritu, que parecia que no tenía ninguno la que no se arrobaba y tenia estos dones extraordinarios, que decian ser de Dios, y que á la medida de lo uno habia de ir lo otro, y que andan al mismo paso espíritu y revelaciones de Dios. Pero, como Él tiene providencia de su santa Iglesia y ama á sus escogidos, aunque por las razones que habemos dicho permitió que estas personas cayesen, quiso que fuese manifiesta y castigada la caida dellas, para que escarmentasen las demas y se detuviesen en el apetito de semejantes ilusiones, y buscasen la verdadera santidad donde ella está, y no en las cosas inciertas y aparentes, que traen consigo tan grande engaño y peligro.

Demas destos provechos, que son tan im-

portantes, hay otro que no lo es ménos, que es, enseñarnos cómo todo lo que es fingido y procurado y encubierto con artificio y simulacion no puede durar, sino que al cabo, quitada la máscara, se descubre y parece lo que es. Porque no hay arte tan sutil, ni engaño tan ingenioso y delicado, que al fin no se alcance, y que Dios no le descubra y castigue. Mas lo que es verdadero, sólido y macizo tiene raíces que no se secan, y da fruto que no se marchita. Y éste es un grande argumento para que sepamos distinguir lo falso de lo verdadero, y para que no creamos que es fingido todo lo que hay en este género de revelaciones y favores de Dios, como lo hacen los herejes y algunos malos cristianos, reprobando y desechando todas las cosas que tienen olor y sabor de piedad y de alguna luz sobrenatural y extraordinario rayo y favor del cielo, aprovechándose, como dijimos, de la ocasion, y pensando que todo es engaño porque una se engañó.

Mas los cuerdos y prudentes no toman á bulto las cosas ni las pesan con falso peso, ántes apartan lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo falso, y lo que es don y gracia del Señor de lo que es imaginacion ó invencion de hombres; y saben hacer diferencia de las llagas admirables y divinas que el seráfico san Francisco, Patriarca de los frailes menores, recebió

en su cuerpo, quedando con ellas hecho un vivo retrato de Jesucristo crucificado, las cuales están canonizadas con el decreto y uso de la santa Iglesia, y de las que algunos graves varones escriben que otros santos tuvieron, á las de las mujercillas de nuestro tiempo, que sabemos han sido contrahechas y fingidas. Porque las unas fueron acompañadas con verdadera, y las otras con aparente santidad; las unas, los que las tenian las escondian y ocultaban; las otras, las que no las tenian las contrahacian y publicaban; las unas tienen autoridad de la santa Iglesia ó de personas muy graves y siervos de Dios que las escriben; las otras han sido reprendidas y castigadas públicamente por los ministros de la misma Iglesia; las unas, como fruto sólido y maduro, han permanecido; las otras, como una flor aparente, se han marchitado y desaparecido como humo. Y para concluir este capítulo, tambien nos enseña Dios nuestro Señor con estas caidas lo que habemos de hacer para que nosotros no caigamos, y cómo nos habemos de haber en ellas para sacar provecho del mal ajeno; lo cual tratarémos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XVIII.

De lo que habemos de hacer cuando Dios permite semejantes tribulaciones.

Mucho importa saber lo que se ha de hacer para acertar cuando se ofrecen estas ocasiones de ilusion y engaño, pues de cualquiera manera que se yerre, se yerra mucho. Porque si al espíritu de Dios tenemos por espíritu del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes á los fariseos, que las obras que el Hijo de Dios obraba por virtud del Espíritu Santo las atribuian al espíritu malo, y decian que las hacia en virtud de Belcebú. Y si, por el contrario, con liviandad y vana credulidad tenemos por instinto y favor del cielo lo que es invencion de hombres ó engaño de Satanas, y le damos crédito y fe, ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por la luz, y la mentira por verdad, y á Belial por Cristo, y al demonio por Dios? En lo uno y en lo otro hay gran pe-

ligro, ó en tener á Dios por demonio, ó al demonio por Dios. Pues para no errar en cosa que tanto importa, dirémos algo de lo que, á nuestro flaco parecer, deben hacer aquellos á quienes no incumbe el examinar estas cosas, que son todos los seglares, los cuales no son jueces de las cosas espirituales, ni deben entremeterse en quererlas decidir y determinar; y cómo las han de examinar las personas que por razon de su oficio ó profesion están obligadas á apurar y averiguar la verdad.

La gente comun debe hacer dos cosas. La primera, tener cierto juicio y verdadera estima de lo que son y en lo que se deben tener semejantes arrobamientos, llagas y revelaciones; porque, como habemos dicho, muchas veces son aparentes y engañosas; y puesto caso que sean verdaderas, no por ellas es más santo el que las tiene, ni ménos santo el que no las tiene, aunque algunas veces son muestra y argumento de santidad. Porque el bienaventurado san Francisco, glorioso en su vida, y con sus llagas admirable, no por haberlas tenido dirémos que excedió en santidad á todos los otros santos que no tuvieron llagas impresas del Señor, pues los sagrados Apóstoles y la soberana Reina del cielo nuestra Señora no las tuvieron. La segunda cosa es que se detengan y no se dejen llevar luégo de la cor-

riente, creyendo que todo lo que se dice es verdad; porque, si lo es, el tiempo lo descubrirá y ello prevalecerá; y si no lo es, no habrá habido falso juicio ni engaño. Por esto dijo el Apóstol san Juan [1]: «No querais creer á todo espíritu; mas probad los espíritus si son de Dios.» Y la razon da san Pablo, diciendo [2] que el mismo Satanas se transfigura en ángel de luz. Para averiguar y probar estos espíritus tiene Dios puestos en su Iglesia jueces y doctores, y hasta que ellos los califiquen, y con el contraste nos declaren si son oro fino ó no, no hay para qué arrojarnos, ni tener por espíritu de Dios al que no sabemos cierto que lo es.

Y tanto mayor recato se debe tener en esto, cuanto en nuestros dias habemos visto más embaidores, que no solamente han traido al retortero al vulgo y á la gente curiosa y ociosa, pero tambien han deslumbrado á varones graves, letrados y religiosos, los cuales, por ser grandes siervos de Dios y llenos de devocion, piedad y celo, creyeron todo lo que les pareció podia despertar la devocion y acrecentar la piedad, y amplificar la gloria del Señor en su Iglesia; y como ellos eran santos, dieron crédito á lo que parecia santidad, porque no hay cosa más fácil que engañar á un bueno,

1 Joan., IV. 2 II, *Cor.*, XI.

porque su bondad y sinceridad le hace que no juzgue ni piense mal de la malicia y artificio ajeno. Y es propiedad de santos creer lo bueno y no creer fácilmente mal de nadie, como del glorioso Padre san Francisco y del angélíco Doctor santo Tomas de Aquino y de otros santos se escribe en las historias de sus vidas.

Estas dos cosas deben hacer los que no son examinadores y jueces destas llagas y extraordinarios favores de Dios, antes que se declare y se apure la verdad por los que Dios ha puesto en su Iglesia para ello. Pero despues que ellos hubieren hecho su oficio, débese tener por cierto y acertado su juicio. Y si dieren por buenas y por de nuestro Señor las revelaciones, arrobamientos, llagas ó profecías y cosas semejantes que hubieren examinado y averiguado, alaben á la divina Bondad, que hizo aquella merced á su hermano para bien y provecho de su santa Iglesia. Y si, por el contrario, las dieren por falsas y fingidas, y se entendiere que la persona que era tenida por santa, no lo era, y que la que parecia que estaba asentada entre los ángeles se halló caida entre los pecadores, no se maraville nadie ni escandalice por ello, ántes reconozca la flaqueza y miseria humana, y sabiendo que no hay seguridad en esta vida, y que él es de la misma masa, y que fué concebido y nació en

pecado y con las mismas malas inclinaciones que los otros hijos de Adan, desconfie de sí, y tema de caer donde los otros cayeron, y de dar al traves donde los otros dieron, y de salir de la batalla muerto ó herido, pues pelea con los mismo enemigos, y de su cosecha no tiene mayores fuerzas ni mejores armas que ellos para pelear.

Sepa cierto que si no ha caido, no ha sido por su virtud, sino por la misericordia del Señor, que con la bendicion de su dulzura y gracia le ha preservado. Humíllese con esto, como quien ha de dar cuenta á Dios de los beneficios que ha recebido de su mano, y particularmente deste; y entienda que todos los males que ve en sus prójimos son beneficios, y las caidas ajenas mercedes suyas; pues él hubiera caido como cayeron los otros, y tuviera los mismos males que ellos tienen, si el Señor particularmente no le hubiera tenido de su mano. Porque, como muy bien dice san Agustin: «En cualquier pecado que caiga un hombre puede caer otro hombre, si el Señor que hizo al hombre no le tiene de su mano.» Y así dice san Bernardo [1]: «Guárdate de no ser curioso pesquisidor ó juez temerario de la vida ajena, y aunque halles alguna cosa mal hecha, no la juzgues ó condenes; ántes si no puedes

1 *Supe\z Cautec.*

la obra, excusa la intencion, el poco saber, el olvido y descuido, y los acaecimientos humanos; pero si por ser la cosa tan evidente no la pudieres excusar ni darle salida, habla contigo mismo, y dí dentro de tí: «verdaderamente que fué ésta terrible y vehemente tentacion; ¿cómo hubiera caido yo con otra tal si Dios no me tuviera de su mano?» Todo esto dice San Bernardo.

De aquí ha de nacer otro afecto de compasion y caridad que habemos de usar con nuestro hermano que cayó, y de prudencia y aviso para escarmiento nuestro. La compasion y caridad ha de nacer del mal de nuestro prójimo, y de ver afeada la imágen de nuestro Dios, y el que era vaso de honra hecho vaso de contumelia, y el templo del Espíritu-Santo cueva de ladrones, y el que parecia guía y ejemplo de virtud, tropiezo y escándalo de los flacos y principiantes. La prudencia y aviso se engendra del propio conocimiento, y de saber que no es, como dije, de otro barro ni de otro metal. Y para que no desmaye en la virtud, ponga los ojos, como arriba se dijo, en los innumerables soldados esforzados y valerosos que tiene Dios en su Iglesia, y en los que de dia y noche pelean, como fuertes y gloriosos caballeros, contra todo el poder del infierno, y alcanzan vitoria dél y de sí mismos.

Y puedan más estos ejemplos para animarle y esforzarle que los de los cobardes y ruines soldados para enflaquecerle, ni las caidas de algunos pocos, que habiendo ántes peleado fuertemente, despues rindieron las armas al enemigo.





CAPÍTULO XIX.

Lo que han de hacer los que Dios puso en su Iglesia para averiguar la verdad de semejantes cosas.

Esto es lo que toca á los que no tienen oficio y obligacion de averiguar la verdad. A los que la tienen, siendo, como son, pastores y maestros de todos, y llenos de sabiduría, no hay para qué nosotros, que somos ovejas y discípulos, queramos enseñar y dar reglas de lo que deben hacer. Pero, porque no haya falta en este tratado, diremos aquí brevemente algunos de los avisos que habemos hallado en autores graves que tratan desta materia, que por ser de varones santos y grandes letrados y muy experimentados, podrá ser que puedan aprovechar. Y si cada uno dellos por sí no fuere bastante para descubrir la verdad, á lo ménos lo serán

cuando todos se juntaren y concurrieren en uno.

Sea pues el primer aviso y fundamento de todos los demas, y como el justo peso de la buena moneda, la humildad y sumision de la persona que dice tiene semejantes dones de Dios. Porque si presume y vanamente se complace de sí, y fácilmente los publica y huelga que sepan y estimen, este tal merece ser engañado del demonio, y por engañado le podemos tener. Todos los santos nos enseñan esta segura y saludable dotrina. Enviando Dios á Moisén á librar su pueblo, y teniéndose él por indigno, dijo [1]: «Yo os suplico, Señor, que envieis al que habeis de enviar.» Y Jeremías, enviándole el mismo Dios á predicar, dijo [2]: «¡Ah! ¡ah! ¡ah! Señor, que no sé hablar.» Y san Juan Bautista, cuando vino Cristo nuestro Señor al rio Jordan para ser bautizado dél, le dijo [3]: «¿Cómo Señor? Yo debo ser bautizado de Vos, ¿y Vos venis á mi?» San Pablo se cuenta por el mayor de los pecadores y dice [4] que no merece ser llamado Apóstol. San Agustin hace gracias á nuestro Señor [5] porque le habia librado de la tentacion de pedirle milagros, y le suplica que la aparte siempre de sí. San Buenaventura dice [6] que

1 *Exod.*, IV. 2 Jerem., I. 3 Matth., III. 4 I, *Cor.*, XV. 5 Libro X, *Confess.*, cap. XXXV. 6 De *Progressu relig.*, cap. XIX et XX.

muchos han caido en graves locuras y errores, en castigo de haber deseado tales cosas, y que se deben huir con oraciones, ayunos y penitencias. Juan Gerson escribe dos tratados desta materia [1], y cuenta algunos ejemplos de cosas que sucedieron en su tiempo, en confirmacion desta verdad. San Vicente Ferrer [2] y Dionisio Cartusiano dan esta misma dotrina. San Ambrosio y Sulpicio fueron deste mismo parecer. Santa Catalina de Sena [3], á los principios que nuestro Señor comenzó á visitarla con visiones y revelaciones, tuvo grande sospecha que fuesen engaños de Satanás, y dice que plugo mucho á Dios este temor santo y recelo, porque siempre el caminante en esta vida le ha de tener. Un santo de los Padres antiguos, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, y diciéndole que venía para que le viese y adorase, respondió: «Mirad á quién os envian; que yo no merezco ver en esta vida á Jesucristo.» Y con esta humildad desapareció el demonio [4]. Otro santo Padre, en otra semejante vision, cerró los ojos y dijo [5]: «No quiero yo ver á Cristo en esta vida; plegue á

1 Part. 1, *Opusc. de distinctione verarum visionum a falsis, et de probatione spirituum.* 2 San Vicent., *Tract. de vita spiritual*, cap. *De mod prædic.* 3 *Opusc. de exem. authen.*, cap. xxv en su *Vida.* 4 *In vitis patrum*, p. 2. 5 Paladio en la *Hist. de los santos padres.*

Él que le merezca ver en la otra.» Y con esto quedó el demonio burlado. El glorioso san Martin, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, conoció que era Satanás, porque venía con mucho aparato, y no con modestia y humildad, que, como he dicho, es el peso verdadero desta moneda, y señal de ser obra de Dios, el cual ama y se comunica á los humildes [1]; que la soberbia, como dice san Agustin, merece ser engañada. Y por el contrario, cuando san Antonio preguntó al ángel quién podria escaparse de tantos lazos y tentaciones como le habia mostrado, le respondió que la humildad [2]. Y así lo dijo el Profeta David [3]: «El Señor guarda á los pequeñuelos; humilléme yo y libróme Él.» Por esta causa, si viéremos liviandad, presuncion y estimacion propia en el que dice que tiene estos dones extraordinarios de Dios, entendamos que hay engaño.

Y asimismo si los publica y manifiesta fácilmente, porque el verdadero humilde, cuantos más dones tiene de Dios, tanto más se encoge y se avergüenza y los encubre, guardando su secreto para sí, y sólo los manifiesta á quien le puede enderezar y guiar por camino llano y seguro, sujetándose al juicio de los

1 Sulpicio, en la *Vida de san Martin.* 2 *In vita sancti Antonii.*
3 Psalm. XII.

perlados y maestros suyos, porque desconfia de sí. Quien quisiere saber el recato que en semejantes cosas se debe usar, lea la vida que san Buenaventura escribió del seráfico Padre san Francisco [1], y en ella hallará el que tuvo este glorioso y santísimo Patriarca en encubrir las llagas sagradas que le fueron impresas, y el solícito cuidado con que traia cubiertas las manos y calzados los piés, y hacia otras cosas, para que no pareciesen ni se echasen de ver aquellos rubíes con que su carne resplandecia y habia sido adornada y hermoseada del Señor. De santa Catalina de Sena escriben san Antonino, arzobispo de Florencia, y fray Raimundo de Capua [2], que fué confesor della, y despues Maestro general de la Órden de los predicadores, que estando una vez en oracion le apareció Jesucristo, su esposo, con las cinco llagas como que se las queria imprimir, y que temiendo ella que si se las imprimia exteriores y visibles, quedaria muy honrada y venerada de la gente, le suplicó humilísimamente que no lo hiciese, sino que interiormente se las imprimiese y le diese á sentir perfetamente los acerbísimos dolores de su sagrada Pasion, porque esto era lo que ella deseaba y habia

1 Bonaventur., *in Vita sancti Francis.*, cap. XIII. 2 *Sancti Anton.*, III, p. tit. XXIII, cap. XIV, §. 10. Fray Raimundo de Capua, en su *Vida*, p. 2, cap. VI.

menester para gozar del fruto de su dulzura sin peligro de desvanecerse.

Otra señal hay, que se sigue de la primera, y es la paciencia y sufrimiento, ó impaciencia y enojo de los que dicen que tienen estas cosas extraordinarias. Porque, así como el oro pasa sin detrimento por el fuego y se refina en el crisol, así el verdadero siervo de Dios se apura y perficiona en las contradiciones y adversidades. Por esto dijo el Sabio [1] que la dotrina del varon se conoce por la paciencia que tiene. Buena señal es cuando alguna persona que dice tiene estos regalos y favores de Dios y no es creida, sino reprobada y tenida por loca, calla y sufre, y tiene paciencia, y se vuelve á Dios para que manifieste su verdad, y trata con los que la persiguen con suavidad y mansedumbre; y porque los santos Profetas tuvieron esta paciencia y se esmeraron en ella, dice Santiago, exhortándonos á ella [2]: «Tomad por ejemplo, hermanos, del trabajo y de la paciencia á los Profetas, que hablaron en el nombre del Señor.» Y aunque esta señal no es del todo cierta, porque algunas veces hay grandes artificios en esto, y no faltan personas que con una falsa y fingida paciencia saben callar y sufrir y disimular; pero el que no tiene sufrimiento, y se enoja y embravece, y

1 *Proverb.*, XIX. 2 Jacob, V.

amenaza á los que no le creen y le contradicen, parece cierto que no tiene espíritu de Dios.

Otra señal de la verdadera moneda es la color que tiene, la cual tambien se ha de mirar; porque, aunque no todo lo que reluce es oro, pero es cierto que no lo es lo que no reluce ni tiene color de oro. Esta color es examinar el fruto y efetos que se siguen de semejantes gracias y favores del Señor, el cual todo lo que hace lo hace para bien y provecho de su santa Iglesia. Y así el Apóstol san Pablo, ántes de contar en particular los dones que el Señor reparte á su Iglesia, dice [1] que todos los reparte y distribuye *ad utilitatem*, para provecho y utilidad della. Si se sigue emienda de vida, correcion de costumbres, reformacion de la república, son buenas señales para que creamos que es de Dios lo que se dice. Mas si hay curiosidad y vanidad y perdimiento de tiempo, es cierto que no es de Dios. Porque si un hombre prudente y sano no habla palabras ni hace obras ociosas, ménos las hablará ni hará el Santo de los santos, el cual dice de sí [2]: «Yo soy el Señor, que te enseño todas las cosas provechosas.» Y si las enseña, mucho más las obra, y no hace cosas extraordinarias sin algun particular provecho ó necesidad.

1 I, *Cor.*, XII. 2 Isai., XLVIII.

En esto de la utilidad, no solamente se han de considerar los efetos que estas cosas hacen en el pueblo, sino tambien los que hace la conversacion y trato del que las tiene en los que comunican con él, si se aprovechan en su espíritu, si se les pega devocion, si salen más castos, más humildes y piadosos de su comunicacion; porque, así como el que toca una cosa olorosa queda oloroso, así el que trata con un verdadero siervo de Dios, que está resplandeciente con la lumbre soberana y como vestido de espíritu del Señor, queda de su comunicacion con olor y sabor del espíritu que hay en él.

Otras señales hay que son más interiores y áun más ciertas, sacadas de los efetos que obran estas cosas en las ánimas de los que las tienen; de los cuales se puede sacar si ellas son de espíritu bueno ó de espíritu malo, como son: la luz ó escuridad, la paz ó turbacion, la ternura y suavidad, ó la sequedad y desabrimiento interior, el conocimiento y aborrecimiento de si mismo, ó la altivez y presuncion que causan en el ánima, y finalmente, el aliento y esfuerzo que le queda para todas las obras de virtud, aunque sean arduas ó dificultosas, ó el caimiento y desmayo, y otras señales semejantes, que por ser interiores y ocultas no se pueden saber sino de las mismas

personas que las pasan. Santa Catalina de Sena dice [1] que nuestro Señor la enseñó que las revelaciones de Dios al principio ponen temor y espanto, y que despues dan confianza y seguridad, y las del demonio, al reves, al principio alegran y regalan, despues atemorizan y entristecen, á la manera que lo suelen hacer la virtud y el vicio. Las de Dios, como son rayos de luz, alumbran el ánima, y la hacen conocer y reverenciar á Dios, y conocer á sí misma y confundirse y humillarse. Las del demonio, como son tinieblas y del padre de la mentira, escurecen y causan vana reputacion y presuncion. Y san Buenaventura enseña [2] que cuando en las visiones, no solamente hay consuelo y regalo interior del ánima, sino tambien blandura sensible y sensual del cuerpo, con la cual la carne se regala y altera, que las tales visiones no pueden ser de Dios, cuya visitacion se comunica al ánima para armarla contra todos los vicios, y principalmente contra la deshonestidad.

1 En su *Vida*. 2 *De process.*, VII, *Relig.*, cap. XVIII.





CAPÍTULO XX.

Lo que particularmente se ha de advertir en los que dicen que son profetas.

Todo esto se ha de mirar y examinar en las personas que tienen arrobamientos y llagas y otros particulares favores de Dios; pero si tienen revelaciones y profecías, y dicen que Dios les habla y que les manda que digan algo de su parte, y quieren ser tenidos como profetas é intérpretes de la divina voluntad, (porque tambien habemos visto en este tiempo algunos embaidores que se llamaban y querian ser tenidos por profetas de Dios); demás de todo lo que habemos dicho, se ha de advertir y tener por regla infalible y principal la verdad de todo lo que dicen. Porque, si en ello hay algun rastro de mentira ó falsedad, no puede ser de Dios, que es suma y eterna verdad; y no se compadece con el espíritu de verdad el espí-

ritu de falsedad, y repugna á la esencia y difinicion de la profecía toda falsedad. Porque, siendo la profecía una luz y conocimiento que Dios infunde con su divina revelacion en el entendimiento del profeta, así como es imposible que sea falsa la revelacion divina, que es causa de aquella luz y conocimiento, así tam- es imposible que sea falsa la misma luz y conocimiento que es efeto de aquella revelacion, porque es su semejanza é imágen, como el hijo es semejanza del padre que le engendró.

Bien puede ser que el espíritu de la mentira diga alguna verdad para engañar más fácilmente y esconder debajo de aquel cebo el anzuelo de su falsedad, y tambien puede ser que un falso profeta diga una cosa que salga cierta y verdadera; pero no es bastante argumento para tenerle por Profeta de Dios, ántes es cierto que no lo es si dijo otras cosas que salieron falsas; porque la cosa que salió cierta puede ser que sea del enemigo, ó que con un buen juicio y prudencia natural se pueda alcanzar, ó que sucedió á caso, ó que se dijo despues que sucedió, como profetizada y sabida ántes que sucediese. Y el salir una cosa sola falsa es cierta señal que no es de Dios, por lo que habemos dicho; porque en esto se diferencia el verdadero profeta del falso; que el verdadero siempre dice verdad, y el falso,

ó nunca la dice, ó no siempre, como nos lo enseña san Juan Crisóstomo, y lo dice el mismo Dios en el *Deuteronomio*, por estas palabras [1]: «Si allá en tu corazon me preguntares cómo podrás entender si el Profeta que habla es verdadero y dice lo que yo le mando, respóndote que tengas esta señal cierta y verdadera: si el tal Profeta dijo alguna cosa en mi nombre, y no sucedió lo que dijo, sabe cierto que Dios no se lo reveló, sino que él mismo se lo levantó por su soberbia.»

Asimismo se ha de advertir que Dios revela á los verdaderos Profetas sus misterios en una de tres maneras [2]. Algunas veces alumbrando el entendimiento y comunicándole una lumbre inteligible, ó las especies inteligibles de las cosas que les revela, que es la más alta y excelente manera de profecía. Otras con alguna vision imaginaria, que es inferior á la primera. Otras con alguna voz ó cosa sensible que oye ó ve, que es la manera y grado mas ínfimo de todos. Y juntamente se ha de notar que el demonio no puede alumbrar nuestro entendimiento; pero puede representar en nuestra imaginacion las especies de las cosas sensibles, y formar la voz, y contrahacer la color y los cuerpos y los objetos pro-

1 Hom. XIX *in Matth.*, cap. XVIII. 2 Agus., lib. XII, *Super Gen. ad litteram*, cap. VII.

pios de los sentidos, cuando Dios se lo permite. Y por esto, cuando alguno dice que es Profeta y que tiene alguna vision imaginaria, ó que oye la voz que habla con él, se debe tener más sospecha y examinar con más cuidado la verdad de su profecía, que si tuviese ilustracion del entendimiento; porque, como habemos dicho, el demonio no puede alumbrar y dar luz al entendimiento, y puede con voz fingida y con vision falsa é imaginaria engañar al que se llama Profeta. Y así, pudiendo ser que no sea de Dios lo que tiene, se ha de tener más recelo que si realmente tuviese tal ilustracion de entendimiento, que no puede ser sino de Dios.

Otra señal ponen algunos hombres experimentados y grandes siervos de Dios, para tener por sospechosas las revelaciones ó instintos que alguna gente seglar y lega dice que tiene de Dios para reprender ó avisar de alguna cosa secreta á tercera persona, y mucho más á sacerdote ó perlado ó semejante persona á quien se debe particular reverencia y respeto [1], porque no es éste su oficio, y parece que se confunde y turba con esto el órden que Dios tiene puesto en su Iglesia.

Y áun no es menor señal de ser falso Profeta cuando siembra en el pueblo poca obe-

1 Maestro Avila, en el *Audi filia*.

diencia y respeto á los mayores y superiores que Dios nos dió, ahora sean espirituales, ahora temporales, porque nunca el espíritu de Dios es contrario á sí mismo, ni pone division ni desacato y falsa libertad.

Y mucho más cierta señal es de ser falsa y engañosa profecía, si el que dice que la tiene no quisiese sujetar su juicio al de los tales perlados y superiores que Dios ha puesto en su Iglesia, ó no los quisiese obedecer, pareciéndole que la luz que tiene es tan clara y evidente, que no tiene necesidad de aprobacion, y tan firme y segura y superior, que se debe seguir más que cualquiera otro mandato, aunque sea de Obispo ó Papa, á ella contrario, porque solo esto basta para convencerle que es ilusion del demonio, y no verdadera y santa revelacion. La razon desto es, porque esta revelacion ó profecía no nos consta que es de Dios, ni estamos obligados á recebirla hasta que lo sepamos. Y cónstanos que Dios ha puesto en su Iglesia pastores y doctores para que averigüen lo dudoso, declaren lo oscuro y aparten las tinieblas de la luz, y la mentira de la verdad. Y siendo esto así, toda buena razon pide que lo que es incierto se regule y averigüe por lo que es cierto, y no lo que es cierto por lo que es incierto y dudoso.

En Florencia, en tiempo del Papa Alejan-

dro VI, un religioso, llamado fray Jerónimo Savonarola, de Ferrara, varon docto y tenido por santo, y que con sus sermones hizo notable fruto en aquella ciudad, comenzó á desvanecerse y hacerse Profeta, y muchos le tenian por tal, y á querer gobernar el estado de aquella república por revelaciones y profecías. Por esta causa hubo en ella grandes turbaciones y divisiones, las cuales queriendo atajar el Papa, le mandó que no predicase, y él no quiso obedecer, porque decia que estaba más obligado á obedecer á Dios que á los hombres. Excomulgáronle, y no hizo caso de la excomunion; llamáronle á Roma, y burlóse della; prendiéronle y quemáronle, y con razon, porque no solamente no obedecia él, pero enseñaba que no estaba obligado á obedecer á la Cabeza de la Iglesia y Vicario de Jesucristo nuestro Señor, diciendo que se encontraba con el mismo Cristo, que le mandaba que predicase, lo cual era falso. Y por esta misma razon el santo Oficio de la Inquisicion en Roma y en España ha vedado algunos sermones y obras deste Padre, por hallarse en ellas sembrada esta mala dotrina. Y al cabo él mismo se reconoció, y confesó que la vanidad le habia trasportado, y el deseo desordenado de su gloria y propia estimacion cegádole y héchole fingir profecías y revelaciones. Tanto puede

un apetito desenfrenado y desvariado de ambicion, que derrueca á los que se tienen por sabios y los despeña en los abismos.

La sabiduría que viene de arriba, como dice Santiago [1], es suadible, que quiere decir, blanda y flexible y que se deja persuadir, y como oro fino doblar y tratar, y el que tiene espíritu de Dios se sujeta á la órden del mismo Dios y al espíritu que él ha dado á los perlados y maestros puestos de su mano en su Iglesia. El que no lo hace así, y se fia de su prudencia, y se tiene por sabio en sus ojos, necesariamente ha de caer, y como dice san Juan Climaco [2], este tal no tiene necesidad de demonio que le tiente, porque él mismo se es demonio y enemigo para sí.

Quiero acabar este capítulo y esta materia con las palabras que, hablando della, dice san Buenaventura [3]: «Muchos, dice este santo Doctor, se engañan pensando que es espíritu de Dios lo que es sentido propio ó espíritu de error. Y por esto hay tantas profecías y pronósticos, que nos tienen ya cansados y ahitos. Tratan de la venida del Antecristo, de las señales del juicio, de la destruicion de las religiones, de la persecucion de la Iglesia, del asolamiento del reino y de otras várias calamidades del

1 Jacob., III. 2 Climac., gra. XXII. 3 *De process.*, VII; *Rel.*, cap. XIX.

mundo; á las cuales profecías, varones graves y devotos han dado más crédito de lo que fuera menester. Porque, dado que fueran verdaderas, en otras cosas más provechosas se pudieran los religiosos y siervos de Dios ocupar.» Todo esto es de san Buenaventura. Y desto, y de lo que dice Gerson, se colige que en todos los tiempos hay ilusiones, y que áun los varones graves y devotos algunas veces son engañados, y que es más seguro y provechoso ocuparse en el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes que en semejantes revelaciones ó engaños.

Otras señales se pueden dar á este propósito, que se hallarán en estos y en otros autores antiguos y modernos. Para el mio, que principalmente es escribir los remedios que debemos usar para sacar fruto de las tribulaciones, particulares y públicas con que Dios nos azote, esto me parece que basta. Y así será bien que acabemos este tratado para que no canse con su prolijidad al letor; lo cual haremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XXI.

Conclusion desta obra.

EUSEBIO Cesariense, autor gravísimo, en el principio del octavo libro de su *Historia eclesiástica*, escribe [1] que despues de muchas cruelísimas persecuciones que habia padecido la santa Iglesia, de los tiranos que la afligieron é ilustraron con la sangre que derramaron de los gloriosos mártires, comenzó á gozar de alguna paz y quietud, y juntamente á aflojar en la virtud y descaecer de aquel perfecto y admirable estado de santidad que ántes habia tenido. Porque dice que comenzaron á nacer algunas pasiones entre los perlados, y á crecer la ambicion, envidia, ódio y vanidad, y los cristianos á perder aquel lustre y resplandor de vida que por medio de los trabajos y tormentos habian alcanzado y conservado. Y que

1 Lib. VIII, cap. I.

para purgar estas culpas permitió el Señor que viniese á la Iglesia la persecucion de los Emperadores Diocleciano y Maximiano, que fué la más terrible y espantosa de todas; de lo cual sacamos que muchas veces se pierde con la paz lo que se gana con la guerra, y se derrama con la prosperidad lo que se ha llegado con la adversidad, y que Dios nuestro Señor permite que seamos afligidos para que purguemos con la tribulacion las culpas que en el tiempo del descanso cometimos.

Esto debemos tener siempre delante para alivio de nuestros trabajos; y nuestra misma experiencia nos lo enseñará si con atencion y cuidado consideráremos los varios y casi contrarios afetos que tiene nuestra ánima en el tiempo de la tristeza y de la alegría, de la pena y del consuelo, y cuánto más fácilmente se conoce y se humilla y acude al Criador cuando no halla contento en las criaturas, y cuando todas ellas parece que la aborrecen y la despiden y arrojan de sí, más que cuando la abrazan, entretienen y regalan.

Demas desto, habemos de tener muy arraigada esta verdad en el corazon (la cual, no solamente la luz que tenemos del cielo y nuestra santa fe nos la enseñan, pero tambien la alcanzaron algunos de los que carecian della, por sólo el instinto natural y lumbre de la ra-

zon): que Dios nuestro Señor gobierna y dispone todas las cosas deste mundo, altas y bajas, pequeñas y grandes, universales y particulares, y las encamina á lo que Él es servido con su incomprehensible providencia. De manera que ni un cabello de nuestra cabeza ni una hoja no cae del árbol sin su voluntad. Y que de tal suerte tiene cuidado de todo el universo, como si no le tuviese de las cosas particulares y menudas, y de tal manera le tiene del gusanillo y del mosquito, como si no tuviese otra cosa en que entender, como lo dice san Gregorio Magno por estas palabras [1]: «De tal manera tiene Dios cuidado de cada cosa por sí, como si no la tuviese de todas; y así mira por todas como si estuviese descuidado de cada una; porque, así como toda la belleza, variedad y fecundidad del árbol le viene de la virtud de la raiz que le sustenta, y hasta la más pequeña y más apartada hoja recibe todo el humor y frescor y hermosura que tiene della, aunque sea por medio del tronco y de muchas ramas que están en medio, así no hay cosa tan menuda ni despreciada en este como árbol maravilloso del mundo, que no se gobierne y se sustente desta divina y soberana raiz de la providencia del Señor, por muchas causas mediatas que haya entre ella y las cosas que

1 Lib. xxv, *Moral.*, cap. I y XIX.

gobierna. Y como el sol con sus rayos alumbra la luna y las estrellas fijas, y los planetas y todo aquel supremo y celestial hemisferio, y es tan poderosa su virtud, que juntamente penetra hasta las entrañas de la tierra, y engendra en ellas plata y oro y piedras preciosas, y en la mar perlas y otras cosas admirables, y no hay cosa ninguna corporal tan baja y vil, que no participe de su eficacia y luz, así é infinitamente con más excelencia, el Señor, como otro sol de justicia, alumbra, rige y da vida á todas las cosas del cielo y de la tierra, visibles é invisibles, y no hay cosa tan desechada, que no participe de sus rayos y que no sea gobernada y enderezada por Él.»

Pero, aunque esto sea verdad, es tan particular y tan extraordinario y regalado el cuidado que Dios tiene del hombre, que parece que, en comparacion de él, no tiene ninguno de las otras cosas corporales. Así dijo el Apóstol san Pablo [1]: «*Numquid de bobus cura est Deo?* ¿Tiene por ventura Dios cuidado de los bueyes?» O lo que dijo dellos, díjolo por nosotros, para que supiésemos lo que debiamos de hacer. No porque no tenga el Señor cuidado de los bueyes y de todas las otras cosas más pequeñas y bajas, sino porque es tan grande el que tiene del hombre, que respeto dél parece

1 I, *Cor.*, IX.

que no le tiene de las otras cosas que crió para servicio del mismo hombre, como en comparacion del cuidado que se tiene del hijo del Rey, no parece que se tiene ninguno del caballo y del criado que le ha de servir, y porque el que se tiene dellos es porque han de servir al Príncipe.

Y si Dios tiene tanta providencia sobre cualquiera de los hombres, mucho mayor la tendrá sobre los cristianos y sobre los justos; á los cuales ha hecho particioneros de su conocimiento y amor, y los ha escogido, entre todas las naciones del mundo, para pueblo particular suyo, y los ha tomado por hijos, y dellos es y se llama padre [1], y tal padre, que quiere y nos manda que á boca llena se lo llamemos, y no lo llamemos á los padres carnales que nos engendraron, porque, aunque lo son de la carne, no lo son del espíritu, ni se puede comparar su amor con aquel amor verdadero, entrañable é infinito que nos tiene el Padre de las misericordias, que es fuente y orígen de todos los que se nombran padres en el cielo y en la tierra.

Por ser este amor macizo y fuerte, se dice que es Dios padre, y por ser blando, tierno y regalado, se llama tambien madre en las divinas letras. Y no solamente madre, pero áun

1 Matth. XXIII.

dice el mismo Señor por Isaías [1]: «¿Qué madre hay que se pueda olvidar de su hijo pequeñito, y que no se compadezca del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque en mis manos te tengo escrito.» Y ésta es la causa por que dijo el Real Profeta [2]: «Mi padre y mi madre me han desamparado, mas el Señor me ha tomado para sí.» Y por esta misma causa dijo el Señor [3]: «No os dejaré huérfanos; porque, aunque me voy, yo volveré y estaré con vosotros.» Y para declarar más este afeto de dulcísimo padre, unas veces dice [4] que quien tocáre á sus hijos, tocará á las niñas de sus ojos. Otras [5], que los hará sombra con sus alas, como lo hace la cigüeña para defender del ardor del sol á sus hijuelos. Otras [6] llama á sus siervos y santos segun la traslacion hebrea, sus escondidos, y dice que Él los guardará dentro de su tabernáculo, y que los esconderá allá en lo más encerrado y secreto, donde estén siempre delante de sus ojos [7]. De manera que hace con ellos lo que haria un rey con una persona que quisiese guardar mucho, que no se contenta de tenerla dentro de su palacio real, sino que la mete en su retrete, y quiere que esté siempre en su presencia para que esté más se-

1 Psalm. XLIX. 2 Psalm. XXVI. 3 Joan., XIV. 4 Psalm. XXIV. 5 Psalm. XC. 6 Psalm. LXXXII. 7 Psalm. XXX.

gura y guardada, no solamente con las paredes de su palacio, sino con sus mismos ojos. Otras veces dice [1] que no sólo cuando le llamaren, pero áun ántes que le llamen, los oirá, y ántes que acaben de hablar hará lo que piden. Y como dice el Profeta [2]: «Prevendrá sus peticiones con su misericordia.» Y otras cosas maravillosas dice en la Sagrada Escritura para descubrirnos y manifestar más su amor y el particular cuidado que tiene de los suyos.

Á este amor pertenece, no solamente amarlos, proveerlos, ampararlos, curarlos y aconsejarlos como á hijos, pero tambien reprenderlos y castigarlos y azotarlos, para darles despues la herencia como á verdaderos hijos. Pero en los mismos azotes mezcla la blandura de dulcísimo padre, que por esto dijo el Real profeta [3]: «*Universum stratum ejus versasti in infirmitate ejus*. Señor, cuando Vos visitais al justo, y le azotais con alguna enfermedad, tambien le regalais, y le haceis la cama limpia y blanda para que pueda reposar.» De manera que juntamente, por una parte, hace oficio de padre riguroso, azotando y dando la enfermedad, y por otra de madre piadosa ó de una amorosa y solícita enfermera, regalando al enfermo y dándole alivio y descanso, por donde los que desean ser y se precian de hijos

1 Psalm. XXVI et XXX. 2 Isaias, LXV, Psalm. LVIII. 3 Psalm. XL.

de Dios, sepan recebir el azote y el regalo, el castigo y el consuelo del Señor, como de verdadero padre, pues no lo es ménos en lo uno que en lo otro, y todo nace de un mismo y entrañable amor.

Y si este cuidado y paternal solicitud tiene el Señor de cualquiera de sus escogidos, ¡cuán grande, cuán admirable y divino será el que tiene de toda su Iglesia, que es la congregacion de todos los fieles, que están derramados por todo el mundo, y unidos y atados entre sí con el vínculo de una misma fe; en la cual congregacion están todos los justos y santos que hay en la tierra [1], que por esta causa se llama la Iglesia santa y católica, y está rodeada de innumerables ángeles para su defensa, y del Señor de los ángeles, que está en medio della, y prometió de estarlo hasta la consumacion del siglo [2], y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella [3], porque está como unos reales muy bien ordenados y con sus escuadrones puestos á punto de guerra.

Porque, si Dios nuestro Señor tuvo tan especial providencia de la sinagoga, que era sombra y figura de la Iglesia, y regaló tanto aquel pueblo, que Él mismo quiso ser su guía y su capitan y caudillo, haciéndole sombra de dia con la nube, y alumbrándole de noche con

1 Matth., XVI. 2 Matth., XXVIII. 3 *Cant.*, VI.

la coluna de fuego, y enseñándole cuándo habia de partir, andar, parar, y por dónde habia de caminar, y dónde y cuánto tiempo habia de descansar, de manera que no tenia el pueblo necesidad de cuidar de sí, porque todo el cuidado tenía Dios dél; si esto, digo, hizo con aquel pueblo rebelde y de dura cerviz, ¿qué hará con el pueblo que, como le llama san Pedro [1], es pueblo adquirido y comprado con su sangre, linaje escogido, sacerdocio real y gente santa? Bien seguros podemos estar que no permitirá el Señor y esposo desta santa Iglesia cosa que no sea para mayor bien della.

Y si alguna vez parece que duerme y que se olvida de nosotros, como decia David [2]: «Levantaos, Señor, ¿por qué dormis? Levantaos y no disimuleis tanto, y no nos desprecies hasta la fin, ni os olvideis tanto de nuestra pobreza ni de nuestra tribulacion,» sepamos cierto que, como dice el mismo Real Profeta [3]: «No dormirá ni dormitará el que es guarda y defensa de Israel.»

Lo que á nosotros nos toca es conformarnos con su santísima voluntad y desenojarle, y emendar nuestras vidas; porque, así como el Señor, cuando hacemos lo que debemos, vela para nuestra defensa, así cuando le ofendemos y le volvemos las espaldas vela para nuestro

1 I, Petr., II. 2 Psalm. XLIII. 3 Psalm. CXX.

castigo. Que por esto vió el Profeta Jeremías [1] la vara que velaba, para darnos á entender que Dios vela para azotar al pecador, y que si queremos que Él alce la mano del castigo, la habemos nosotros de alzar de la maldad, y que todos los trabajos y calamidades que tenemos, ó públicos ó particulares, son golpes desta vara divina, que vela sobre nuestras culpas, y que en tanto que ellas duraren durará el castigo, como lo dice divinamente san Cipriano por estas palabras [2]: «Vemos que Dios nos envia azotes, y que no hay temor de Dios; vemos los castigos que nos vienen de arriba, y no hay quien tiemble ni desfallezca de miedo. Si no hubiese en las cosas humanas este castigo, ¿cuánto sería mayor el atrevimiento y libertad de pecar, viendo que donde hay culpa no hay pena? Quejaisos que las fuentes no os dan las aguas tan copiosas como solian, que los aires no son tan saludables, que la pluvia del cielo no cae á su tiempo, que la tierra no acude con fruto, que los elementos no os sirven para vuestro provecho y regalo como ántes. Pregúntoos yo si vos servis á Dios, por el cual todas las cosas os sirven; si obedeceis vos á aquel Señor por cuyo imperio todas las cosas os obedecen. Vos quereis que vuestro esclavo os sirva, y que sien-

1 Jerem., I. 2 Ciprian., *ad Demetrianum.*

do hombre como vos y compuesto del mismo barro que vos, y teniendo ánima racional como vos, y habiendo entrado en el mundo y habiendo de salir dél debajo de las mismas leyes que vos; quereis, digo, que se desvele, y que no piense de dia ni de noche sino en hacer vuestra voluntad, y cuando discrepa un punto della le afligis, azotais, lardeais, y con hambre, sed, desnudez, hierros, cadenas y cárcel le atormentais; ¿y vos no conoceis, pobre y miserable de vos, á vuestro Dios y Señor, ejercitando contra otro hombre como vos un imperio tan cruel y riguroso? Quéjase Dios que no hay en la tierra quien le conozca, y con todo esto, no hay quien le quiera conocer y temer. Reprende las mentiras, las deshonestidades, los engaños, la crueldad, la impiedad y todas las maldades, y no hay quien se convierta á penitencia. Vemos con nuestros ojos los azotes con que Dios nos tenia ántes amenazados, y no hay quien con la experiencia de las cosas presentes se emiende y provea á lo por venir. Entre las adversidades y males que padecemos, que son tantos, que apénas podemos respirar, porfiamos á ser malos; y estando por todas partes cercados y ahogados de calamidades, no queremos juzgarnos, sino juzgar á los demas.

»Enojaisos porque se enoja Dios, como si vi-

viendo mal mereciésedes que os hagan bien, ó como si todos estos trabajos no fuesen más ligeros que vuestros pecados. Vos, que juzgais á los demás, sed juez de vos mismo, entrad en los rincones de vuestra alma y hallaréisla desnuda y fea y por muchas partes amancillada; porque, ó está hinchada de soberbia, ó estragada de la codicia, ó arrebatada de la ira, ó con el juego perdida, ó abrasada de la deshonestidad, ó carcomida de la envidia, ó furiosa y fuera de sí por la crueldad. Y maravillaisos que crezca la ira de Dios para nuestras penas, creciendo cada dia nuestras culpas.

»Quejaisos que se levanten los enemigos y os hagan guerra, como si faltando enemigos hubiese paz entre los naturales. Quejaisos que se levanten los enemigos, como si faltando las armas y los peligros de los bárbaros no hubiese guerra doméstica, y las injurias y las calumnias de los poderosos no fuesen más crueles que las armas de los mismos enemigos. Quejaisos de la esterilidad y de la hambre, como si la sequedad causase mayor hambre que la violencia, y la necesidad no creciese con la codicia de ganancias y con los precios excesivos de las cosas.

»Quejaisos que se os cierre el cielo, teniendo vos cerrados vuestros alholís y graneros en la tierra. Quejaisos que haya pestilencias y

enfermedades, siendo verdad que la misma pestilencia descubre vuestras maldades ó las acrecienta; porque con los enfermos no usais de misericordia, y con los muertos usais de crueldad, siendo temerosos para la obra de misericordia, y atrevidos para la injusta ganancia, huyendo los cuerpos de los muertos, y apeteciendo y tomando sus despojos.

»En los salteadores hay alguna vergüenza y empacho en el pecar: buscan lugares apartados y desiertos, y procuran de cometer sus maldades con tal recato, que se cubran con las tinieblas de la noche y de la soledad. Ahora en las mismas ciudades la avaricia públicamente se encruelece, y en la plaza, á la luz del mediodía, pone su tienda, de la cual salen tantos falsarios, ladrones y homicidas, que son tanto más libres y furiosos en el pecar, cuanto pecan con mayor seguridad y sin temor alguno de castigo. Los malos cometen los delitos, y no hay buenos que los castiguen. No hay temor de acusador ni de juez; sálense los facinerosos con lo que quieren, porque los buenos callan, los que los saben temen, los jueces venden la justicia. Por tanto, el Señor, por el Profeta, alumbrado con la luz de su espíritu, nos dice que Él bien puede atajar todos los males y convertir las adversidades en prosperidad; pero que nuestros pecados le van á la

mano y le estorban que no nos haga merced. Y así dice por Isaías [1]: «¿Por ventura no es poderosa la mano del Señor para salvaros, ó cierra los oidos para no oiros? No es esto, no; sino que vuestros pecados están de por medio entre Dios y vosotros, y por vuestros pecados os ha vuelto el rostro y no tiene misericordia de vosotros.» Pues lo que habemos de hacer es pensar nuestras maldades, llorar cada uno las llagas de su conciencia, y así no se quejará de Dios, entendiendo que merece lo que padece.» Hasta aquí es de Cipriano.

El gran Padre y Doctor de la Iglesia san Jerónimo, llorando las calamidades de su tiempo y la destruicion del imperio romano, que hicieron los godos y vándalos, dice así [2]: «El mundo y el imperio romano se cae á más andar, y nuestra cerviz levantada, con todo eso, no se sujeta. Vemos que Dios mucho tiempo ha estado enojado con nosotros, y no le desenojamos. Por nuestros pecados los bárbaros son valientes; por nuestros vicios el ejército romano es vencido; y como si no bastasen para nuestros daños las guerras de fuera, las civiles y domésticas han destruido más que la espada del enemigo. Desventurados fueron los israelitas, en cuya comparacion Nabucodono-

1 Isai., LIX. 2 Tom. I, *In epitaphio Nepotiani ad Heliodorum*.

sor es llamado siervo de Dios [3]; y desdichados somos nosotros, pues en tanto estremo desagradamos al Señor, que toma por instrumento la rabia de los bárbaros para nuestro castigo y para ejecutar su saña contra nosotros. El Rey Ezequías hace penitencia, y por ella en una noche un ángel mató ciento y ochenta y cinco mil asirios [4]. Josef cantaba alabanzas al Señor, y el Señor vencia por el que le alababa [5]. Moisén peleó contra Amalec, no con espada, sino con la oracion [6]. Por tanto, si queremos que Dios nos levante, humillémonos. ¡Oh gran vergüenza! ¡oh duro é insensible corazon, que no acaba de creer ni entender los juicios de Dios! El ejército romano, vencedor y Señor del mundo, es vencido y tiembla y se asombra con la vista de aquellos que apénas pueden andar, y que piensan que son muertos en poniendo los piés en el suelo; y no entendemos las voces de los profetas, que dicen que de uno solo huirán mil; y no cortamos las raíces de la enfermedad, para que cese la misma enfermedad, y veamos luégo por experiencia que las saetas de los bárbaros ceden y se rinden á las lanzas de los romanos, y sus turbantes á nuestras celadas, y sus rocines á nuestros jinetes.» Todas estas palabras son deste glo-

1 Jerem., XXV. 2 Isai., XXXVIII. 3 Paralip., VII. 4 *Exod.*, XVII.

riosísimo Doctor, las cuales nos declaran que todas las calamidades que padecemos son penas de nuestras culpas, y que el remedio para salir de las unas es llorar las otras y emendar las vidas y aplacar la ira del Señor.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Y DEL TRATADO DE LA TRIBULACION.



ERRATAS MÁS NOTABLES.

Página XII, línea 10, dice: «á la luz de las creencias,» debe decir: «á la luz de nuestras creencias.»

Página XXI, líneas 20 á 22, donde dice: «y si la prudencia es virtud y parte de la prudencia,» debe decir: «y si la elocuencia es virtud y parte de la prudencia.»

Acabóse de imprimir este Tratado de la Tribulacion, en Madrid en casa de Manuel Tello á XXX dias del mes de Agosto de este año del Señor de MDCCCLXXVII.

